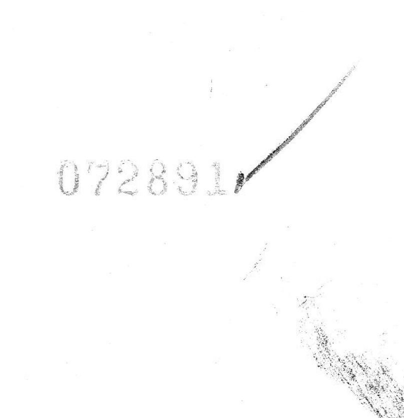




ANTOLOGIA DEL CUENTO SALVADOREÑO

(1880-1955)

Queda hecho el depósito
que marca la ley

Primera edición
Departamento Editorial
Ministerio de Cultura
San Salvador, 1959.

Segunda edición
Dirección de Publicaciones
del Ministerio de Educación
San Salvador, 1976.

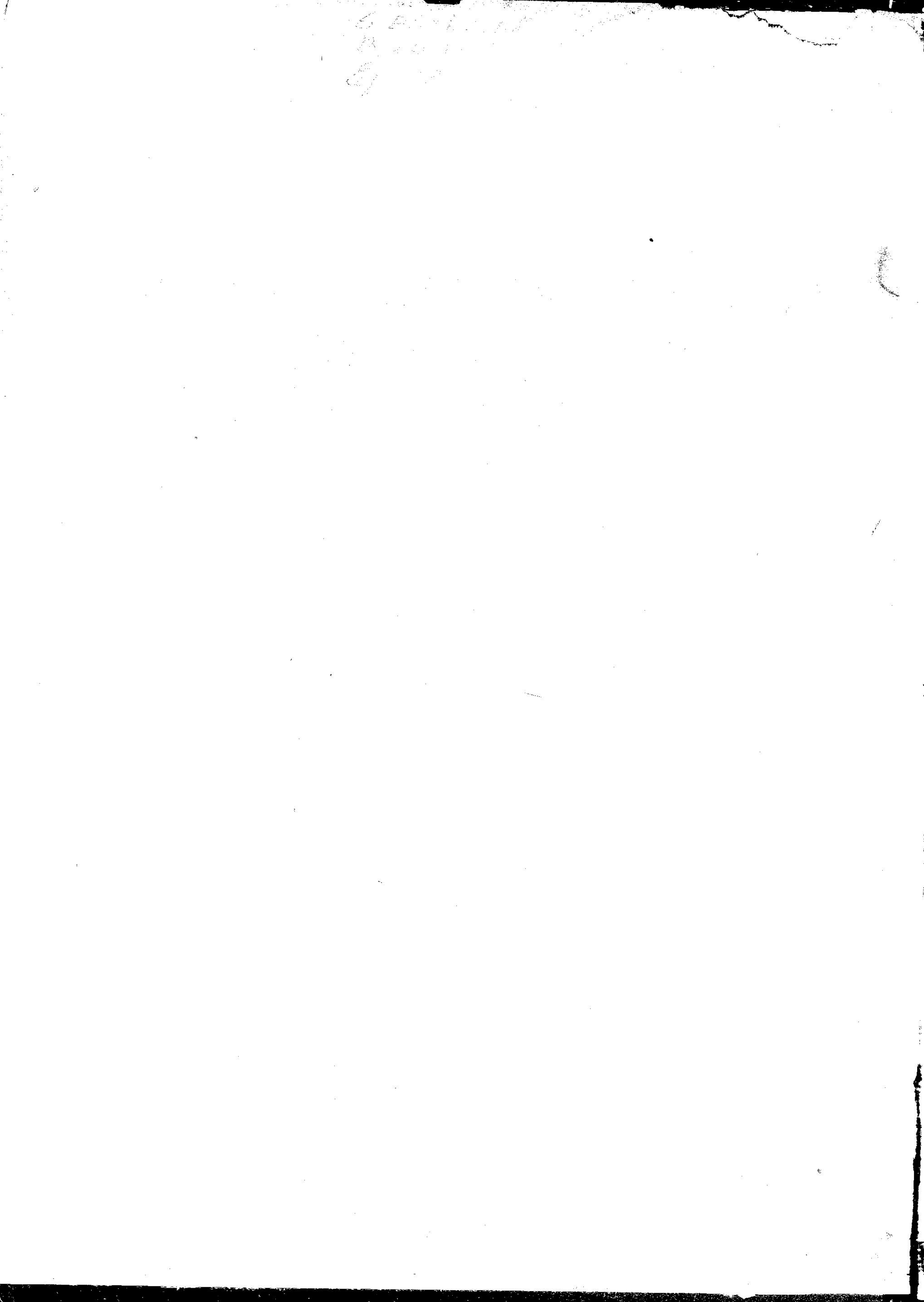
Impreso en los Talleres de la
DIRECCION DE PUBLICACIONES
Pasaje Contreras, 145. San Salvador,
El Salvador, Centro América,
1 9 7 6

MANUEL BARBA SALINAS

ANTOLOGIA DEL CUENTO SALVADOREÑO
(1880-1955)



MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION DE PUBLICACIONES
San Salvador, El Salvador, C. A.



NOTA EDITORIAL

La primera edición de la "Antología del Cuento Salvadoreño" se hizo en 1959, coronando así el esfuerzo de Manuel Barba Salinas por ofrecer un panorama que abarca setenta y cinco años de nuestra narrativa. Tanto ahora como entonces, la obra llena necesidades de lectura en nuestro medio y ofrece puntos de referencia para investigaciones de mayor profundidad sobre el desarrollo literario en El Salvador.

Entre los autores incluidos algunos guardaron silencio; otros, en cambio, continuaron ofreciendo una creación que testimonia toda una manera de concebir al hombre salvadoreño y su realidad. Nuestra historia literaria es muy tierna y sólo el tiempo ubicará a nuestros autores en los lugares que les correspondan dentro de la búsqueda por una identidad cultural propia del salvadoreño rural y urbano.

Esta nueva edición obligó a actualizar, hasta donde fue posible, las fichas bio-bibliográficas de los autores, de los cuales muy pocos viven aún. Se ha respetado la Introducción de Barba Salinas a la primera edición, ya que apunta algunos breves juicios sobre los antologados y es el testimonio de una labor de rescate que hoy, a veinte años de distancia, no podemos menos que agradecérsela.

INTRODUCCION

He aquí el fruto de una búsqueda entusiasta y devota. Hemos revuelto incansablemente antiguas ediciones de periódicos y libros en la Biblioteca Nacional, para formar esta Antología que cubre setenta y cinco años (1880-1955) del cultivo del cuento en El Salvador.

Desde luego, es preciso advertir que el autor no ha logrado consultar como hubiera deseado, colecciones de periódicos y revistas de corta vida que aparecieron en el período que hemos querido abarcar, por haber sido imposible encontrarlas. Se nos han escapado ejemplares valiosos del cuento salvadoreño que no hemos podido conocer, y en consecuencia, no figuran en esta Antología. Pero podemos asegurar, que los mejores autores que han cultivado el cuento —ese género literario tan valioso y difícil— aparecen en este trabajo y dan testimonio del acierto y buena fortuna con que se ha cultivado en nuestro país, a lo largo de tres cuartos de siglo.

Se ha dicho repetidas veces que El Salvador es un desierto intelectual, en nada propicio para manifestaciones del espíritu. Acaso sea cierto que el ambiente no es adecuado para el estímulo de la obra de arte y la literatura. Pero a pesar de todo, a despecho de que el artista y el hombre de pensamiento han vivido rodeados de gente que sólo tiene el instinto de posesión y carece en absoluto del instinto creador, en un estrecho tramo de tierra superpoblada y pobre, en incesante lucha para la adquisición del diario vivir, la obra de arte y el cultivo de las letras, han dado frutos de magnífica calidad.

Lo que ha pasado, en verdad, es que nuestros autores son casi inéditos por causa de las reducidísimas ediciones, nunca bien distribuidas ni divulgadas.

De ahí resulta que se les ignora casi completamente.

Esta Antología y otras que le seguirán, son un empeño para divulgar

ampliamente en el Continente Americano, lo mejor de las letras salvadoreñas. Ello será posible gracias al decidido apoyo que el Dr. Reynaldo Galindo Pohl está dando a todo lo que significa renacimiento del arte y de las letras.

El Departamento Editorial del Ministerio, que posee una magnífica instalación tipográfica, publica cada semana un nuevo título de obra literaria. Las ediciones son de suficiente tiraje para que la literatura salvadoreña sea conocida ampliamente en nuestro Hemisferio y en el mundo.

De aquí en adelante, todo lo bueno que se ha hecho y se haga en el país en cuestión de letras, no ha de quedar inédito ni olvidado. Circulará profusamente en las librerías de América y se enviará al mayor número de bibliotecas públicas en todas partes. Podrá decirse que en aquel desierto intelectual, como ha sido llamado nuestro país, ha surgido un oasis al conjuro del espíritu.

El cuento moderno tuvo sus grandes creadores en América a fines del siglo pasado y fue entonces cuando comenzó a cultivarse en El Salvador.

Desde ese tiempo ha estado dando frutos de belleza y mensajes de comprensión humana. La vida dramática y pintoresca de las gentes humildes del pueblo, ha sido el motivo obligado de nuestros mejores cuentistas. Ambrogi y Salarrué se han destacado, de modo insigne, en este género. José María Peralta, Salvador J. Carazo, Francisco R. González, Manuel Mayora Castillo y Francisco Herrera Velado, cultivaron el cuento humorístico, lleno de amable ironía y excelente dicción. Alberto Rivas Bonilla es maestro en el buen decir de pureza castellana y hay gracia inimitable en sus relatos. Así también en el Negro Ramírez, José Jorge Laínez, Hugo Lindo y otros. Sus motivos son generalmente extraídos de la vida cotidiana. Siempre hay un granito de sal y una sonrisa picaresca en el bregar de cada día, aunque la sonrisa florezca entre lágrimas calladas y la sal y la gracia tengan sabor de fruta en agraz.

Mayo de 1956.
(Sic)

SALVADOR J. CARAZO

Nació en San Salvador, el 14 de octubre de 1850 y murió en la misma ciudad, el 29 de junio de 1910.

Se educó en Londres (Inglaterra) y en París (Francia) y viajó por diversas ciudades de Europa. Adquirió una sólida cultura intelectual, dedicándose con buena fortuna a las bellas letras y a otros estudios humanísticos.

De regreso al país en 1876, a los veintiséis años, comenzó a escribir en diarios, revistas y otras publicaciones de la época. Hacía también traducciones del inglés y del francés, dando a conocer en español, grandes autores ingleses y franceses. Era de familia ilustre, de porte distinguido y gran señorío en su persona. Cultivó el humorismo a la manera británica y había en su prosa, fina ironía en la que se adivinaba la influencia de las letras francesas.

En el ocaso de su vida, cayó en gran pobreza material y sufrió estrecheces y privaciones, sin perder su distinción espiritual y conservando una actitud de gran señor estoico, irónico y resignado, sonriente y altivo.

EN PROVINCIA

Ese condenado barbero, bajo el especioso pretexto de afeitarme, me ha rebanado la cara; sin embargo, forzoso es hacer una visita de cumplido a Don Melitón Poca-Sangre; cuando se tienen pocas relaciones con gentes de campanillas es conveniente conservarlas y para eso, es necesario ser atento. Me lavaré —o más bien me lavaría porque por lo visto el hotelero no considera el agua como artículo de primera necesidad, si se la hago pedir es capaz el muy tuno de cargármela en cuenta como una extra cualquiera. Al menos habrá un peine por aquí —¡que si quieres! ¡Qué bárbaro! ¡no poner a un desgraciado pasajero ni siquiera aquel utensilio tan necesario! ¿Pensará el hotentote que me voy a alisar el pelo con los dedos? ¡Nones! ¡Aunque arda Troya, aquí va esto!

Y el individuo que se entregaba a aquel animado monólogo en un hotel de provincia salió en mangas de camisa al corredor a habérselas con el augusto personaje que en aquel momento, de pie tras el mostrador se ocupaba con la debida solemnidad en la complicada operación de confeccionar un cocktail. En el momento de humedecer los bordes de seis copas que tenía delante, con una raja de limón, después de haber agitado la mezcla apropiadamente, se le presentó el quejoso rojo de indignación y tartamudeando a influjo de la cólera que empezaba a apoderarse de él.

—¡Eh! Usted, ¿por ventura no acostumbran lavarse en esta población los pasajeros?

—¿Por qué lo dice usted? —preguntó el hospitalario tirano con extrañeza.

—Porque en mi pieza, no hay agua, ni jabón, ni toallas, ni peines; no hay nada en fin, más que una sopera que han confundido con *otra cosa,* y que estoy determinado a no usar; ¿estamos?

—¡Es singular! —replicó el otro con una flema desesperante.

—¿Usted cree?

—Yo mismo he dado orden de que arreglen para usted el número 3.

—¡Pues me gusta el arreglo!

—Al menos habrá una cama lista para...

—¡Sí! Con legiones de chinches.

—Pero tendrá sábanas limpias.

—¡Sí! Las del último tísico que se murió en ella. Vaya usted a verlas y bailará del gusto.

Yo había escuchado todo el diálogo y en este momento me creí obligado a confirmar todo lo dicho, agregando jesuíticamente, que por inadvertencia *sin duda* habían omitido poner asientos en la pieza que compartía con el postulante.

El hotelero llamó a uno de sus asistentes para comunicarle las órdenes del caso; éste requirió a otro, quien a su vez exigió la presencia del de más allá. Luego empezó una serie de carreras, de idas y venidas, de gritos y cuchicheos sin objeto. Abrieron y cerraron sin intermisión multitud de alacenas, cofres, armarios, gavetas y cajones. Consultaron, o parecieron consultar con la cocinera, con el mozo de cuadra, con la *molendera*, y hasta con los individuos que pasaban por la calle, y no lo hicieron con los caballos, tal vez por temor de no recibir contestación de ellos.

Mi compañero, entre tanto, para no perder tiempo y haciéndose el distraído, procedió a sorberse unas tras otras las copas de licor que aguardaban impacientemente hacía rato, unos jugadores de dominó por quienes habían sido pedidas. Estos echaron miradas furibundas al intruso que con tan poca ceremonia disponía de lo que ya consideraban como su legítima propiedad; pero él lejos de darse por entendido de lo que significaban aquellas mudas protestas, chasqueaba la lengua con un gusto y una unción altamente cómicas.

Por último, parece que se entendieron amo y criados, y el primero nos anunció el hecho con cierta pompa, diciéndonos:

—Los caballeros están servidos... ¿quién se ha bebido los *cock-tails?*

—¡Yo! —dijo el culpable sobándose el vientre con inequívoca complacencia.

—Eran de esos señores...

—Lo siento mucho: pero... se hacen otros. ¿Vienes conmigo? —agregó con imperturbable sangre fría.

Algunas modificaciones ofrecía a la sazón el Nº 3. El cuarto se hallaba cuasi-aseado, semi-limpias parecían las sábanas y los lavabos habían sido provistos de lo demás indispensable. También habían retirado el mueble cuyas dimensiones asustaban a mi amigo sustituyéndole con *dos más manuales.* La situación, pues, empezaba a ser sostenible. Pero empeñado Mamerto, que así se llamaba el joven, en poner a prueba la solidez de los muebles, empezó por tirarse de golpe en la cama, que como todas

las de su clase, requería un trato más delicado. No es extraño pues que se desplomara desmayada al suelo, después de lanzar unos quejidos que partían el alma. Los bastidores no pudiendo resistir el choque, se hicieron añicos, cayéndole encima al postrado doncel, quien con grandes carcajadas y haciendo no pocos esfuerzos en medio de las ruinas, logró recobrar la perpendicular.

Esta cama debe ir al hospital, fue su primera observación. Y así diciendo con mucha presteza removió la ropa, que tiró al suelo, en seguida agazapándose bajo el destruido mueble, aplicó la cabeza al enrejado de correas y levantó aquél, dirigiéndose sin vacilar hacia la puerta.

—¿Dónde vas? —le pregunté riéndome de la figura que hacía.

—A practicar un cambio.

—¿Cómo así?

—Ya verás.

En efecto se coló en un dormitorio inmediato en el que había algunas camas vacías al lado de otras que presentaban traza de ser ocupadas a sus horas. En un segundo reemplazó la que llevaba con otra que colocó en el puesto de la antigua, en el Nº 3, arreglóla, y con la pachorra más exquisita se tendió a la bartola en ella.

—Y bien —le pregunté— ¿qué dices?

—¡Nada! Aquella cama la ha roto uno de los que duermen en la otra pieza.

—¡Bah! Todos ellos lo negarán a pies juntos.

—Eso no me importa; mi cama *como tú ves* está entera.

—¿Pero no te remuerde la conciencia?

—Querido, en el almuerzo había cierta sopa de *macarroni* ¿te acuerdas?

—¡Si apenas hace hora y media de él!

—¿Ya has comido cucarachas?

—¿Yo? ¡No faltaría más que eso para divertirme!

—Pero ya has *comido.*

—¡Jamás!

—Yo encontré una en mi plato. ¡Por cierto que estaba *cargada!*

—¡Puah!

—Sí, hombre. Ahora recuerdo que me hiciste notar cierto saborcillo a *rincón* en la sopa. ¡Era su esencia!

—¡Un demonio!

—Que el estómago la sea leve. Ahora comprenderás que *me vengo,* conciliando mi venganza con mi escuálido bolsillo.

—¡Bien hecho! ¡Qué grosería! ¡Hacerle a uno comer inmundicias. . . !

Al cerrar la noche, nos echamos mi amigo y yo a la calle en viaje de descubrimiento, como decía el alegre joven refiriéndose al objeto de

nuestra salida, que no era otro que el de *tropezar* con la casa Poca-Sangre. En efecto, caminábamos en medio de profundas tinieblas entre las que resaltaban aquí y allá, algunos puntitos luminosos.

—Me parece —dije al observar aquéllos—, que veo faroles.

—¡Que no! —replicó Mamerto—, son las brasas de los cigarros que fuman los serenos.

—No puede ser —torné a decir—, no oscilarían si tal fuesen. ¿Acaso sean cigarrillos de papel *de venado?*

Sería necesario para explicar la cosa de ese modo que todos los cigarrillos hiciesen llama al mismo tiempo...

—En efecto; pero... ¡aguarda! Aquí hay un guarda-cantón sobre el que han dejado un capote encerado. ¡Si nos lo lleváramos!

—No hombre —díjele yo al reconocer al que era—, es un sereno que duerme; no hay tal guarda-cantón.

—¡Amigo! —gritó mi compañero— ¡ya son las nueve!

El *como* agente de la autoridad dio un salto, se restregó los ojos, lanzó un bostezo y prorrumpió en un horrible alarido:

—*Las nueve han da-a-do y seré-je...nóo.*

—¿Qué hace usted hombre? ¡Si apenas son las ocho!

—Bueno —dijo el pobre hombre en tono de enfado— ¿y *paqué* me dice su compañero que son las nueve?

—¿Y usted por qué duerme, en vez de vigilar?

Ahora bien, el sereno de la otra esquina oyendo cantar la hora, a su vez *berreó* las nueve en voz aún más desapacible que la de su camarada, y en breve en toda la población se oyeron los diferentes cantos de los demás vigilantes, con no poca sorpresa del vecindario que creyó la cosa ordenada por el gobernador —a quien maldito lo que quería— acusándole en consecuencia de arbitrariedad en el desempeño de sus funciones.

—Buena la hemos hecho —dije tirando del brazo de mi compañero y tocando en "retirada".

—¿Por qué?

—Porque si se le antoja al comandante de la gendarmería averiguar por qué se cantan las nueve a las ocho y nos delata el sereno, nos lucimos.

—Pues buen remedio; apretar el paso.

Lo que yo había previsto sucedió. El agudo silbido de los pitos con que se llamaban unos celadores a otros me lo anunció suficientemente.

—He ahí lo que has logrado —dije a Mamerto.

—No importa, la salvación está cerca.

—¿Cómo?

—Pues, fuera de las líneas —gritó echando a correr hacia los barrios exteriores de la ciudad... siguiéndole yo a paso gimnástico.

Pero apenas habíamos penetrado en el laberinto de callejuelas que constituía el suburbio, nos arrepentimos de lo que teniendo en cuenta las

circunstancias de tiempo y lugar, pudiera muy bien denominar nuestra temeridad. No bien habíamos doblado dos esquinas, un ejército de canes macilentos y al parecer próximos a rendir el alma, nos cortó la retirada, lanzando agudos ladridos y mostrándonos los dientes que aguzaba el hambre. Primero se nos presentaron unas diez o quince alimañas a las que fueron gradualmente reforzando partidas de tres o cuatro fieras atraídas por el vocerío de sus congéneres y convecinos, acompañándolas incontinenti en el horripilante coro que ejecutaban con algo más que *con motto* y en espeluznante *crescendo*. Emprender la retirada era lo que la prudencia aconsejaba, y al efecto empezamos a ceder ante las masas que a su turno ocupaban prontamente el terreno que desalojábamos; pero nuestro movimiento fue en breve interrumpido por una nueva fuerza que desembocando por uno de los callejones de retaguardia nos cerró el paso.

Los perros en casi todas las poblaciones de esta República gozan de privilegios que llenarían de envidia a sus mal aventurados congéneres de Constantinopla. Doy de barato que en ellas abunden tanto los degradados descendientes del *Dingo* como en la populosa capital del decrépito Imperio Otomano, lo que, toda proporción guardada, inclinaría la balanza de la comparación en favor de los que con aire melancólico recorren las calles de nuestros pueblos y ciudades, husmeando los montones de basura que para ornato de aquéllas permiten las municipalidades se conserven con todo el cuidado posible. Cada familia tiene en su posesión por lo menos cuatro de tan interesantes cuadrúpedos, vanagloriándose en la desconsoladora ficción de que *cuidan la casa.*

Y la llamo desconsoladora porque tal es, para que los que pasan al alcance de los espeluznantes aullidos con que las presuntas fieras, saludan la presencia de todo ser humano que no sea del número de aquellos a quienes está encomendada la misión de dejarlas morir de hambre; misión a que por ironía llaman, alimentar las criaturas del Señor, los hijos del país. Proverbial es en todas partes la inteligencia del mamífero del cual dijo Toussene: *viendo Dios al hombre débil, le dio por compañero el perro.* Pero en los lugares a que he aludido arriba, su perspicacia tiene algo de sobrenatural. La necesidad aguza el ingenio, a no dudarlo, y como no reconoce ley, respecto a la cual se halla en el caso de ciertas declinaciones que tanto corrompen la sangre a los que estudian el latín al llegar al vocativo; los canes, al caer en la cuenta de que en sus respectivas viviendas no reciben más pitanza que los garrotazos que con mano pródiga les administran sus bondadosos amos, se proclaman comunistas y deciden vivir de lo ajeno.

Para esto le es forzoso hacer visitas domiciliarias en todo el vecindario, al que ponen a contribución tan voluntaria como ciertos empréstitos a los que se aplica el mismo adjetivo aquí y en todas partes donde se

cuecen habas, no obstante la presión un si es no es *ligera* que ejercen los Gobiernos para *persuadir* a los capitalistas a soltar la mosca.

El género de protesta empleado por los vecinos contra las irrupciones de los bárbaros en cuatro pies por quienes se halla turbada a cada instante su tranquilidad doméstica es adecuado a la naturaleza de las depredaciones que aquéllos acostumbran cometer y no sê podría aplicar a esos casos en que un ricacho se ve frecuentemente de prestar a la Nación sus caudales *involuntariamente* conformándose mal de su grado con que *le digan* que el hecho tiene lugar con toda su voluntad. Aquélla, a la verdad asume ordinariamente una forma harto sustancial, como que consiste en un mango de escoba al que se adapta con más o menos arte una larga correa, destinada a enroscarse al cuerpo enjuto del desvalijador de cocinas, y comedores, con tal que sea pillado en el acto del crimen. Ese útil se llama *acial* en el idioma mixto que hablan los que le emplean, y puede verse detrás de toda puerta que da a la calle o a lo que parezca, en cualesquiera de los hogares de que se compone el caserío, aldea, o pueblo en que se encuentre el observador.

El papel de dueño de casa es en extremo molesto aunque fácil de representar, en lugares como aquel a que he conducido al lector. Se reduce a comer, beber y digerir durante una parte del día, empleando el resto en recorrer, armado de la combinación de madera y cuero ya expresada, las diferentes habitaciones, con el fin de espantar los animales domésticos a los que no hay modo de persuadir a que desalojen el campo. Marranos, carneros, gallinas, vacas, becerros y hasta gallinazos entran sin ceremonia por las puertas que encuentran abiertas, haciendo su provisión de cuanto comestible hallan a hocicos o a picos; que no todo ha de ser *a manos.* Si a lo dicho se agrega, que gatos y perros se cuelan indiferentemente por los resquicios de las mal seguras hojas, y por las ventanas, cuando desdeñan hacerlo por los portillos del techo, se tendrá una idea aproximada de las tribulaciones del desgraciado vigilante, quien al regresar en ademán triunfal de su aventurada expedición contra bóvidos y suidos debe aprestarse para emprender descomunal batalla contra felinos, cánidos y vultúridos. De los demás representantes del reino animal que habitualmente pueblan los rincones y agujeros, no se hable, porque para dar pasaporte a éstos no valen más que los medios extremados. Entre los últimos se cuentan los alacranes, animalitos de carácter festivo y como tales, dados al placer de proporcionar sorpresas. . . agradables a los que moran bajo el mismo techo que les cubre.

La digresión, si por tal debe tomarse lo dicho, es larga; pero no está demás en este lugar. Cierto es que no trato aquí más que de nuestra batalla contra los canes, pero al hablar de la envidiable posición social de que disfrutan me ha sido forzoso traer a colación a todos los irraciona-

les que con ellos comparten los mismos privilegios. Vuelvo ahora a mi asunto.

Conforme a las reglas más banales de la estrategia —una vez cortada nuestra línea de retirada y acosados a vanguardia así como por los flancos no nos quedaba más recurso que adosarnos a una de tantas chozas, lo que hicimos en el acto, preparando anticipadamente el parque—vis: un montón de piedras y un par de garrotes con cuyo auxilio esperábamos salir triunfantes. Nuestros agresores, en líneas apretadas se lanzaron resueltamente al ataque. Los primeros que se acercaron fueron prontamente arrollados. Las piedras volaban con pasmosa rapidez y de tiempo en tiempo los garrotes blandidos con vigor describían molinetes vistosos que desvencijaban aquí una panza, allá abrían la piel de un cráneo o volaban panza-arriba a uno de los agresores.

Mientras tanto Mamerto gritaba como un *poseído:*

—*¡Chuchos! ¡Fuera chuchos!* ¡Miren qué perros éstos, caramba! ¡Psché! ¡Perros del demonio!

Porque a la verdad si bien a cada golpe se abría ancha brecha en las masas enemigas, aquélla se cerraba prontamente, y más de un can audaz aprovechando las coyunturas favorables, nos había asido de las faldas de nuestras casacas, tirando de ellas con furor o hincando sus dientes en nuestros pantalones que por fortuna eran anchos.

¿Cómo habría acabado la refriega?, lo ignoro puesto que los acometedores no cedían; pero la Providencia que vela por los inocentes envió en nuestro socorro *la ronda* que en un santiamén despejó la plaza, procediendo luego a sujetarnos a un interrogatorio semi-inquisitorial.

—¿Quiénes son ustedes? —Pregunta tonta a la que sólo se podía dar una respuesta impertinente. *Ya lo ven ustedes.*

—¿Qué andan haciendo ustedes?

—Nos hemos extraviado.

—¡Hum! Ustedes andan *paseando* (lo que en salvadoreño quiere decir algo así como: *galanteando a deshoras).*

—¡No, señores, no! Nos hemos extraviado buscando la casa de don Melitón Poca-Sangre.

—Ah, pero ese señor vive allá por la parroquia.

—Posible, pero somos forasteros y hemos perdido el rumbo.

Los alguaciles se consultaron entre sí y después de un momento nos permitieron regresar, lo que hicimos en el acto y más que a paso.

La casualidad quiso que pasáramos por la misma esquina del guarda-cantón humano, que como antes dormía el sueño de los justos.

—¡Sereno! ¡Son las once! —gritó Mamerto antes de que yo pudiera adivinar sus intenciones.

—"*Las on... aguardate tantito hijo de perra*" —exclamó el sereno interrumpiéndose y desenvainando el sable, entre dormido y despierto.

Apretamos a correr como gamos y momentos después nos hallábamos en nuestra pieza tranquilamente acostados, mientras el pobre hombre a quien jugamos la vuelta nos buscaba en opuesta dirección.

—¿Y la visita? —dije yo al apagar la luz.

—Queda aplazada indefinidamente —me replicó mi amigo—, por haber sido las ocho a las nueve, o las nueve a las ocho, fenómeno que es bastante maravilloso para excusarnos de pasar un mal rato.

—¿Cómo así?

—Es muy sencillo. Don Melitón es sordo como una tapia y a la par bastante vanidoso para no querer pasar por tal; por manera que mientras le habláramos de literatura él nos contestaría metiéndose hasta los hombros en la ciénaga de la política. Buenas noches.

De las demás aventuras que tuvimos no hablaré —basta lo narrado por hoy— que quede algo para otra ocasión.

Febrero de 1881.

DE CAZA

Nemrod no tiene peor imitador que el que estas líneas escribe, modestia de hombre de pluma aparte.

No es por falta de voluntad, ¡oh no!, habilidad es lo que me falta. Yo he tirado, en mis ratos perdidos, cada escopetazo, que si doy en el blanco. . . atrapa su ración de plomo el desventurado que me acompañaba.

Tengo, es verdad, en la conciencia dos o tres zopilotes, unas pocas urracas y otros animales tan confiados como esos; pero mis proezas no van muy lejos.

Una vez, esto fue en el Volcán de San Vicente, estuve, eso sí, a punto de traer a tierra el venado más grande y más gordo de los que en aquel monte vagan. Hallábame oculto por un chaparral y necesariamente no veía de la pieza sino el cuerpo. . . Apunté con sumo cuidado y. . . dígoles a ustedes que si el animal no muge a tiempo, tendría a estas horas que cargar con un bueyicidio.

Mis desventuras cinegéticas las he atribuido siempre a los nervios. En una ocasión volé de un tiro, el sombrero de un individuo que se me acercó imprudentemente. El grito que ambos lanzamos fue de lo más estentóreo que jamás he oído.

¡Y si fuera a contar a ustedes todas las peripecias de mis cacerías! ¡Juzguen ustedes del éxito que tendría cuando aseguré a ustedes solemnemente que invariablemente he vuelto de aquéllas trayendo en son de triunfo legiones de garrapatas y algún buen catarro!

Mis principios en la línea indicada, sin embargo, daban promesas halagüeñas para el futuro; pero siento agregar que el tiempo no se ha encargado de justificarlos.

Tenía yo cierta escopeta *de aviso.* No era mía; era un préstamo. Préstamo bondadoso de un anciano que ya reposa en "la helada tumba".

Jamás, en mis días, he visto chisme más inofensivo. En aquella época, apenas empezaba a declinar el Sol hacia el Poniente, tomaba el arma *mortífera* y me dirigía a *La Calavera*, cerca del pueblo de Mejicanos, y me internaba en la primera plantación que ofrecía a mis codiciosas miradas el aliciente de un portillo.

No iba solo, me acompañaba un pariente de poca menos edad que yo, con quien teníamos establecido el convenio de "un tiro cada uno". La cantidad de pájaros y conejos que *no* matábamos era fabulosa, y no por falta de pólvora, ni de munición tampoco: media onza de aquélla, casi media libra de ésta, era la cantidad regular: si parece mucho doy la cifra a descuento.

Cuando veíamos una paloma posada sobre una mata de maíz nos latía el corazón de ansiedad. Si era mi turno, levantaba despaciosamente el cañón de la escopeta, retenía el aliento, apuntaba y cerrando los ojos, me preparaba a dar el inevitable salto de carnero con que terminaba cada descarga.

Pero la Providencia que vela sobre los inocentes no permitía que la catástrofe se verificara.

¡Tas! hacía el gatillo sobre el tubo. Pifia.

La prometida víctima volvía los ojos hacia todos lados con genuina alarma y al apercibirse de nosotros desplegaba sus alas y echaba a volar con frenesí.

Pero resueltos a no ver burlados nuestros esfuerzos, corríamos como gamos en su persecución, ansiosos de *embolsarla.*

Tornábase a parar sobre la rama de un árbol. Volvía yo a apuntar y el resultado era un *tas* tan seco como el primero. Pifia.

Ahora bien, ya estaba yo *hecho* al modo de la condenada arma y seguía adelante persiguiendo al ave.

¡Desgraciada de ella si tenía la imprudencia de detenerse de nuevo!

Esta vez la escopeta hacía diabluras. *¡Tas!* hacía el gatillo, *crac* sonaba el tubo y luego... venía lo maravilloso. La pólvora, al entrar en ignición empezaba por chisporrotear, escupir, toser, tronar; era aquella una serie de ruidos *especiales: chis, chis,* piti pit fff... fff... fff... fóo... ¡bang! Una nube inmensa de polvo y de humo me envolvía, tiraba una vigorosa coz al cielo, y venía a *anclar* de cabeza en el suelo.

Por su parte, mi compañero, igualmente acostumbrado a los *modos* del arma, aguardaba tranquilamente que se disipara la tempestad; luego procedía a desenterrarme. Era cosa convenida. ¡Ah! ¿y la paloma?

¡Qué sé yo! caso de darle en el cuerpo era imposible que quedaran ni recuerdos de lo que fue. Se evaporaba.

Después del primer tiro era inútil disparar otros; no quedaba bicho a una milla en contorno.

En ocasiones llevábamos un perro pachón, animal prudente que siem-

pre se quedaba a retaguardia, en previsión de equivocaciones que pudieran redundar en perjuicio de su individuo.

Sentado sobre su cuarto trasero miraba con ojos de crítico nuestros preparativos.

—Busque, ¡Nerón! —le decíamos a cada cañonazo.

Pero él guiñaba un ojo, agitaba la cabeza y parecía decirnos: *¡no soy de Armenia!*

El maldito comprendía la. . . situación.

Cierta tarde, con estupefacción nuestra, derribamos algo que de lejos parecía un conejo.

¡Un conejo en las ramas de un árbol!

Nerón no volvía en sí de su asombro. Corrió hacia el objeto, asióle y nos lo trajo en el hocico depositándolo en el suelo a nuestros pies.

—¡Un armadillo *colorado!* —exclamó mi pariente.

—¡N-n-n-no! —le contesté mohíno—, es una mazorca de cacao.

Nerón ladraba sarcásticamente. Tendía el rabo horizontalmente, levantaba la nariz en el aire y tomando un hatecillo largo, se marchó sin decir adiós. ¡Iba indignado! ¡Positivamente, indignado!

Después he cazado, con más o menos éxito; pero he cazado.

¿A qué no todos ustedes pueden decir lo mismo?

Yo he escalado los flancos del San Vicente, he recorrido los parajes más sombríos de la *Quebrada del Brujo,* he escalado el *Caballito,* he ascendido multitud de colinas, he bajado a todos los barrancos que he podido hallar. La crepitación de mi escopeta era familiar a los ecos de aquellas soledades, y he matado. . . el tiempo; para lo cual, dirán ustedes que rara penetración, que no necesitaba de arma. Y es verdad; pero como cada cual tiene su modo de guisar conejos. . .

El resultado de mis cacerías ha sido triste. Me he vuelto escéptico. Cuando me cuentan historias de proezas cinegéticas me armo de la duda; no *tomo* o si pienso hacerlo, es a trueque de improvisar algunas en que si derribo algo, es la *verdad.* Si alguien me dice: "donde yo pongo el ojo, pongo la bala", yo replico: "pues yo, donde pongo la bala, ahí está el ojo", agregando en beneficio de mi conciencia y para mis adentros "de algún prójimo". Con la ventaja, al menos, de que en eso no miento demasiado.

Debo hacerme justicia, sin embargo. *Hubo* una escopeta, por esos mundos, con la que siempre acerté. El cañón de la susodicha ofrecía una curva palpable. Si usted apuntaba de Norte a Sur a la pieza codiciada, derribaba cualquier cosa que se hallara hacia el Oriente; la nariz de un amigo, por ejemplo, u otro objeto análogo. Era aquella un arma de precisión. Yo gozaba con las sorpresas que invariablemente me proporcionó aquel útil. Creo en conciencia que era de fábrica indígena; es decir, del país.

Cuando se habló de enviar productos de la tierra y artefactos a Chile, con motivo de la exposición, quería remitirla, esperanzado de conseguir cuando menos, una mención honorífica. Un amigo mío era su feliz propietario.

Dirigíme a su casa. Toqué a la puerta y llegó a abrirme un señor, tuerto de un ojo, manco, cojo, y con una oreja menos.

—Está aquí Don. . . ¡hola! —dije reconociéndole—, ¿qué te pasa?

—"Nada *me pasa*" —replicó mal humorado—, "pero por aquí pasó la escopeta"—. Y echó un taco descomunal.

—¡Pobre Perico! ¿Y cómo fue eso?

Muy sencillo. . . reventó la maldita. ¿No has comprendido?

—Hombre, sí; ¡lástima de arma!

—¿Cómo se entiende? ¿Y mi oreja? ¿Y mi brazo? ¿Y mi ojo? ¡mi ojo! ¡con dos mil demonios!

—¡Ah!; ¿pero el premio?

—¿Qué premio?

—¡El de la Exposición de Chile!

Levantó la muleta en lo alto echando espumarajos por la boca.

Comprendiendo yo que estaba de más tomé soleta, porque un palo. . . ¡oh! un palo es una verdadera arma de precisión y. . . también de contusión.

(*La Juventud.*—Revista del Salvador. Literatura, Ciencias, Bellas Artes. Año Quinto.—Tomo 3º, 1882.—SS. Tipografía de "La Juventud", Págs. 55 a 57).

EL REGALO DE SHANG-TE

(O UNA TRAVESIA POST-MORTEM)

La temporada de verano en el balneario de Los Blancos está en su auge, y apenas pasa día sin que una familia llegue a aumentar la cifra ya considerable de vecinos que, bajo el pretexto de la higiene, ocurren al punto designado a echar una cana al aire al iniciarse la estación seca. Los más proceden de la vecina ciudad de Zacatecoluca; pero en la cuenta entran vicentinos, cuscatlecos, sansalvadoreños *et sicut et coeteris,* ansiosos de divertirse y que "en su idea" se divierten.

No extrañe el lector la especie de salvedad que implica la frase estampada entre comillas. Como el francés que asistió a una cacería de zorros en Inglaterra, y se excusó de asistir a otra diciendo: "*¡gracias! ya estuve en una. . .*" el último ascendiente de mis antepasados ha hecho voto solemne de abstención en lo relativo a baños de mar *coram et inter populo,* no porque tema exponer ante las masas los puntos flacos de su anatomía, sino porque la experiencia le ha enseñado que en los aludidos "los que se divierten" son los pseudo-hoteleros y los cínifes.

Ahí es nada que, a lo mejor de despuntar el sueño, del techo de hojas de la enramada que constituye la alcoba le caiga a usted sobre la nariz un alacrán montés. . . que al pálido fulgor de las estrellas que se cuela discretamente entre los hiatos de las ramas de mangle o de palmera, que hacen de cielo raso, se persuada usted que el animal que ha saltado por encima de su cuerpo no es perro ni becerro ni cosa que lo parezca, sino un ocelote o tigrillo —y que al despertar entre dos luces o sea antes de la del alba— note que lo que estrecha con uno u otro de los brazos con amoroso afán no es la dríada de la vecina selva, con la que usted ha soñado parte de la noche, ni siquiera la almohada sino una culebra adulta de la subfamilia mazacuat. Cuando no sea un crótalo.

Luego hay que, a menos de que le comprendan a usted ciertas generales con el género de los pachydermos, no le hace gracia sentir en la piel

desigualdades o desniveles "que no estaban ahí ayer", y al preguntarse usted en buen romance o en pasable latín "cuare causa?" —como ayude a la pregunta con un cabo de vela encendido se cerciora de que está usted de garrapatas (especie coloradilla) que no hay por donde tocarle... sin que respingue.

Y el francés del cuento tenía razón: A horcajadas sobre un soberbio "hunter" irlandés con que le proveyó su huésped, tuvo por amor propio nacional y *de carrera* (era coronel de caballería) que seguir a sus amigos isleños en todas las peripecias de la persecución del zorro del día. Y a campo traviesa, apretando los ijares del bruto que montaba, le soltó las riendas. Se presentaba un seto vivo, una cerca de tablas, una puerta de cinco barras, un foso, las bardas de un corral... y toda la comitiva *"tomaba"* sin vacilar el obstáculo: pues no se diría sino que cada caballo tenía como el Pegaso un par de alas en los omóplatos y que cada jinete había sido *"fabricado"* a prueba de bomba en Birmingham.

Mientras llevado por su "cazador" el francés hacía prodigios de equitación, a cada salto musitaba "lo que es aquí me estrello", "aquí me desarmo", "¿qué va a que me descuaderno?", etc., etc.; pero sin pensar en detenerse.

Concluyó la función, como suele, con la muerte del cándido y se le cortó el rabo, presentándose a la señorita de más alto rango, mientras la fanfarria tocaba una alegre marcha triunfal, y entonces todo el mundo puso empeño en felicitar calurosamente al forastero por su inequívoca bizarría mientras éste para sí decía: "si me cogen en otra consiento en que me emplumen" y al regresar a la residencia puso a su criado a hacer minuciosa pesquisa a ver si no se le había quedado "algo" en el campo de la carrera. Pues... *algo* comprendido entre el colodrillo y... el tendón de Aquiles.

Lo cual convengo en que nada tiene que ver con los objetos que bogan en el seno del Océano cediendo al empuje de las corrientes, a la impulsión de las olas, o a la agencia del viento, cuando no sea a la combinación de unas y de otro; pero para mí constituye un modo o medio de entrar en materia, tan *incómodo* como otro cualquiera.

Es la hora meridiana y los más de los bañistas se ocupan diligentemente en *embanastar* la proporción más o menos racional de albuminoides y de proteínas, de amylos y de materias azoadas con cuyo auxilio se mantiene en función el organismo humano. Poniéndolo en *cristiano:* comen; o más bien almuerzan; por cuya razón en la parte sólida de la playa o sea ahí donde las arenas están revueltas con los restos de miríadas de crustáceos y de moluscos chicos y grandes, amén de otros materiales, sólo aparecen cuatro o cinco sujetos cuya edad varía entre los 20 y los 30... Y tantos, contemplando con fijeza el horizonte en el que un objeto negro flota dando bordadas de reducido alcance y cabeceos que por ratos per-

miten adivinar, más bien que establecer, que se trata de un cuerpo, o cónico o cilíndrico, que lo mismo pudiera ser la reliquia de dramático naufragio que algún trasto arrebatado de la cubierta de una embarcación por una ola crecida, como no se explicara su correría al garete en pleno Ponto, por el hecho simple de haber sido arrojado por encima de las bordas.

—Juraría que es un pez... un bufeo, por ejemplo, clase Mamalia, género de los cetáceos, familia de los delfínidos, sub-familia de los delfines... —dijo el estudiante.

—Y pariente de Satanás —le interrumpió el abogado.

Aquello, fuera lo que se fuera, no obstante el empuje del oleaje de través que tendía a arrojarle a derecha e izquierda, pasada la causa pasajera de la desviación, parecía encaminarse al aterraje de Los Blancos, como obedeciendo a una fuerza externa, valga decir una corriente "entre dos aguas" o la cabezada traviesa del "payaso del Océano" que acabamos de oír clasificar al hijo de Minerva.

Y hay que decir que su progresión era pausada y aun lenta a punto de permitir al matemático del grupo estimarla en un pie por segundo.

—¡Pues no! —observó uno de tantos— no se trata de delfín ni de marsopa el movimiento de avance de *eso* es harto deliberado para que se parezca en algo al irresistible empuje con que esos animales hienden el agua. Y de ser otro su trazo sería fusiforme.

—En todo caso, la cosa es *algo.*

—*¡Verum est quid quod est!* No dijera más Perogrullo.

—Un cadáver... por ejemplo.

—¡Oh! hace rato que se lo habrían jamado los tiburones o los meros.

—Thippoglosus vulgaris... familia...

—Oh, vaya usted a acostarse. Lo que importa es no determinar la parentela del sujeto de la oración, sino su naturaleza, y puesto que todos los presentes somos expertos en natación, propongo que vayamos a encontrarle y, si es posible, traerle a tierra.

—Caramba: pues no me parece mal la idea. Me suscribo.

—Y yo.

—Y yo.

—Idem.

—Ibid.

—Comillas...

Mientras el corrillo en alusión llegaba a ese acuerdo, parte de los temporadistas, ya concluida la refección del mediodía, habían dejado el abrigo de la enramada para pasear "el cofre natural" apretado de vituallas trituradas, deglutidas y a punto de absorción, enterándose así, en primer lugar, de la aparición del quid "oscurum" en acusativo y de la resolución de sus descubridores en lo relativo a activar su avance a tierra. Resolución que aplaudieron no sólo los aludidos sino los más y más veci-

nos —que atraídos por la novedad de una ocurrencia tan extraordinaria mar afuera, abandonaban los extemporáneos comedores-alcobas y se iban agrupando en la playa.

Nuestros jóvenes pronto estuvieron en facha, *surgiendo* del departamento por ellos ocupado, en *estado primitivo*. Tan primitivo, que ocasionó una desbandada general de señoras y señoritas. Hendiendo como otras tantas exhalaciones los grupos de curiosos, a la una. . . a las dos. . . a las tres ¡splash! se precipitaron al través de las rompientes, iniciando un vistoso match de natación y llevando por meta y objetivo del misterioso flotador en cierne.

Ahora bien, como éste y sus presuntos captores avanzaban siguiendo la misma línea, partiendo en direcciones opuestas, es obvio que en un momento dado *dentro de la eternidad* deberían encontrarse, salvo caso fortuito o de fuerza mayor.

Que por dicha no ocurrió, por manera que como a los veinte minutos del arranque de los mozos, pudieron éstos establecer que el *re* ignoto no era ni más ni menos que un vulgar barril, aparentemente lleno *en parte* de algún fluido, puesto que asumía una vertical más o menos precisa, y sólo dejaba asomar fuera del agua como cosa de un cuarto de su altura calculable.

—¡A tierra con él! —exclamó el que hacía de jefe de los expedicionarios.

—¡A tierra! ¡A tierra!

¡Y mientras bogaban con una mano, con la otra le daban al envase en acusativo cada empellón que le hacía avanzar seis varas. . . de modo que muy luego con un plops-plash! satisfactorio reposó en la arena húmeda de la playa, de donde con admirable diligencia el grupo entero, a tensión de músculos, le hicieron escalar la pendiente de aquélla hasta dejarle en terreno sólido. . .

Qui incommincia la parte dramática di questa vera storia.

¿Qui intervene la sovrana infleunza della volontá del Shang-té?

Es, lector, el alma del Universo. . . la sublime fuente de la cual mana la vida y se propaga al través del infinito, el sér sublime a cuyo mandato soles y mundos surgen radiantes de las tinieblas del espacio y caminando en el vacío a velocidades espantosas van girando eternamente en torno a sus ejes ideales y de misteriosos remotos centros de atracción, a perderse a distancias que la mente humana no es capaz de calcular, ni aun de concebir, hasta el instante en que la suprema voluntad pone fin a su vertiginosa carrera reduciéndoles a masas informes de aquel mismo polvo cósmico de que fueron formados.

Pero, me dirá un lector avezado, eso sería Dios y como no parece probado ni probable que Dios exista. . .

¡Bien, hombre, bien! ¡Conserve usted sus opiniones entre ramas de

espliego y trocitos de alcanfor y deje usted a los demás creer en lo que puedan o les dé la gana, y permítame continuar y asegurar a usted que en este cuento la intervención de Shang-té es necesaria o, por lo menos, muy conveniente puesto que el trasto con el que he andado a vueltas y que sus rescatadores se apresuraron a abrir con auxilio de un trépano, taladro o broca, en medio de la expectante y ansiosa curiosidad de los temporadistas *todos*, contenía... más de doscientas botellas de *trascendente*... Saki! Bailaron de contento todos los que probaron el astringente licor... chasquearon la lengua, pusieron los ojos en blanco y soltaron en prosa descosida y en verso cojo y ramplón cada ditirambo que hizo temblar a las musas en el Parnaso y al rubio Apolo en el Olimpo.

Y he aquí que convertido de pronto en universal fetiche "al sagrado casco" se le destinó departamento separado, se le asignó una guardia de honor que montó facción por turnos de dos horas, nombrando Ganimedes *in promptu* —o valga decir cantinero distribuidor temporario— al sujeto más formal del paseo, a fin de que sirviera a cada quisque un "porqué" suficiente del contenido, sin más trámite que el de una solicitud verbal coram populo o sub-rosa. A voluntad.

Los empleados del resguardo de Hacienda, que en un principio no sabían qué actitud asumir en vista de un caso sin precedente y para el cual no hallaban provisión alguna en el Reglamento de la Renta de Licores, después de chapotear a través de una charca de artículos e incisos no muy luminosos y de hablar de *ángulos* de Gay Lussac y de grados centígrados (sic), y de patentes, órdenes de traspaso *et sicut etcoeteris,* concluyeron buenamente por admitir que el saki, ahí presente, *no era contrabando.* Como deshecho de alguna remota calamidad marítima, había llegado ahí a tierra, conducido por las olas y las corrientes del mar... Inde... era una bendición del cielo... un obsequio de la Providencia, y como quiera que no se vendía sino que se regalaba, el fisco no podía meter ahí la pata y a guisa de gente racional, pidieron su parte... aliquanda.

Y se embolaron. (Esto en buen salvadoreño).

Y he aquí que los filarmónicos de la banda militar de la cabecera y los de las orquestas de San Pedro y de la capital a la par de los clientes del "Otel de la Sivilisazión", y los de la cantina "De la Mar y sus Holas", y del estanco "Muerta la lira y roto el Cantor", y viejos y jóvenes, mujeres y niños... y aun creo que hasta los perros y los gatos de los veraneantes... Digo, no estoy seguro con relación a los felinos; pero es muy seguro que los haya habido. ¡Pourquoi pas! ¿lector amigo? Pero es lo cierto que entre los cientos de ejemplares del género Homo (más o menos) "Sapiens" congregados en Los Blancos en el plenilunio de enero de mil... y tantos, no hubo uno sòlo que no paladeara el producto de la destilación de la gramínea *Oryza vativa,* con mayor o menor efecto... patológico.

En buena lógica la pálida bebida tenía que llegar a término de escu-

rrimiento puesto que no era inexhaustible, y veinticuatro horas después de su advenimiento, el fiel guardián de aquel tesoro "se sopló" (salvadoreño) las últimas gotas.

Para eso había tenido que cantear de un lado a otro el casco, cerciorándose así de que éste, si "viudo" del fluido que había contenido, no estaba vacío. A cada movimiento que le imprimía a fin de trasegar el último resto de fluido alcohólico, algún cuerpo pesado, aprisionado por las duelas y los aros de metal que las comprimían, cambiaba de sitio con violencia y un ruido sordo se producía al choque contra las paredes de encima del recipiente en alusión.

Tenía que dar, como en efecto dio, parte: 1º de la conclusión del saki y de lo que acababa de observar, dando esto último motivo a infinitas conjeturas y teorías que a nadie satisfacían; por lo que se determinó sin discrepación de pareceres, abrir el tonel y ver "qué es lo que tiene adentro".

Si la operación esa se hubiera hecho a cielo abierto. . . el horror por venir habría sido fulminante; pero iniciada y llevada a efecto en la parte más oscura de uno de los departamentos más reducidos de la vasta enramada que aloja de ordinario a los temporadistas, la cosa admitía como admitió cierto grado de preparación. . . escénica.

Con tres o cuatro golpes vigorosos de martillo —o hachuela—, el disco superior del envase en cierne saltó en dos pedazos, volando uno de éstos por encima de las cabezas de las humanidades que se estrechaban en torno de aquél y cayendo la otra en el fondo. . . aunque sin producir sonido sensible.

Diez, veinte cabezas se adelantaron con tal violencia hacia la abertura producida, que se produjo una serie de carambolas *cocales* (salvad.) y una explosión de onomatopeyas reveladoras de dolor físico, a la que siguió un fuego graneado de tacos aún más expresivos que los monosílabos prístinos, ascendiendo la gama de exclamaciones desde el simple ¡ay! hasta el complicado ¡mal rayo parta a. . .l diablo!

Alguien, con todo, sobreponiéndose a la flaqueza humana logró, entre la masa de testuces, conservar el suyo a plomo sobre el barril y abriendo cuan grandes eran sus ojos vio. . .

¡Vio! ¿qué había de ver? Columbró algo distinto: un objeto esférico, de superficie irregular y con indicios de hirsuto, adherido o sencillamente colocado sobre otro cuerpo oscuro, cuya naturaleza era por de pronto imposible establecer, a menos de reclamar el auxilio del tacto, cuyas impresiones pudieran completar las de la vista.

Con cuya idea nuestro quídam metió la mano adentro y *palpó. . . la realidad. . .;* pero. . .ni *odió la vida* ni se quedó solo creyendo en la *paz de los sepulcros* en remedo de Espronceda; pero emitió un alarido espantoso capaz de hacer oír a un sordo y de resucitar a un muerto, mien-

tras los ojos parecían saltársele de las órbitas y temblaba como un azogado, bregando por escaparse del círculo de curiosos que le oprimía por todos lados...

Todos los presentes recularon hacia las paredes de la provisional habitación, inficionados por el miedo de su camarada, y apenas hubo alguno que con mal seguro acento le preguntara qué le pasaba.

—E... es... es...u... na... ca... ca...

—¿Cómo? ¿Con que es 2 k, o sea k.k.?

—¡Eso es algebraico hasta la pared de enfrente!

—¡No hombre!, es alfabético. La undécima letra, ¿eh?

—¡No... no! es una ca... ca...

—Ya $k + k = 2$ k.

—Be...be...

—Grito o balido de los rumiantes de la especie de los óvidos.

—¡Be... be... za... hu... hu... maaana!

—Con mil rayos, ¿qué dice usted?

—¡Es... es... *muerto... un muerto!*

¡El silencio que siguió a aquella atroz revelación era de esos que *se pueden cortar con cuchillo.* Los circunstantes se miraban unos a otros con ojos de espanto y con los semblantes pálidos y desencajados. Más de uno entre ellos empezó a sentir las contracciones de vientre, el sube y baja de la nuez de Adán, y el ligero sudor frío aglomerado en la frente, con el que se anuncia la basca, como que su paladar aún retenía algo del sabor de las últimas libaciones del regalo sui géneris de Shang-Té!

Alguno, más enérgico que sus compañeros, apartando a éstos con característica rudeza de entorno del casco, dio a éste un furioso puntapié, tumbándolo cuan largo era en el suelo y abarcando a dos brazos la base, con dos fuertes sacudidas dio lugar a que en la arena cayera blandamente... *el cadáver de un chino en cuclillas* cuyos miembros aprisionaba la vestimenta característica de los hijos del Imperio del Medio. Nada faltaba ahí... desde la clásica trenza que abarca desde el frontal al colodrillo, hasta los zapatos de tela, parecidos a los zuecos del campesino europeo. Los ojos embridados aparecían entornados al través de párpados de la coloración de la curuma envejecida en correspondencia con mejillas anchas entre las cuales una nariz pequeña, si algo achatada, se sobreponía a la boca cuyo dibujo recordaba la inversa del signo con que en el idioma rumano se indica la prosodia de ciertas voces. Cosa de diez o doce pelos negros erizados sobre el labio superior, aunados a la configuración de la cara, daban al finado inequívoco aspecto gatuno.

Una exclamación de asco, de horror y de ira, brotó de los labios de todos los circunstantes, que a la sazón habían recibido refuerzos considerables, como que instantáneamente se regó por todo el campamento la no-

ticia del "Chino muerto" del que todos habían bebido, o poco o mucho, saboreándolo como el más exquisito de los "tragos".

Después. . . ¡ah! después hubo una desbandada general en dirección a los matorrales inmediatos donde cada cual a la sombra de espinos o de chrysobolanos (icacos), de cimaruas (aceitunas) o de Cyclanthacoe (huiscoyoles) se entregó a. . . graves meditaciones acerca de la inestabilidad de las cosas humanas. ¡Jaup! ¡Jaaaup! ¡Uaa-jaah!

Poco a poco. . . *man mano,* como dicen los italianos, fueron *surgiendo* de la espesura, o solos o acompañados, los *más diligentes.*

—Chico —se decían uno a otro—, lo que es por mí creo que eché hasta los calcetines.

—¡Los calcetines! —contestaba con desdén el otro—, yo devolví *hasta las uñas de los pies,* y eché los principios políticos, morales, sociales, y. . . religiosos. . . como en diez *envites*. . .

Luego a dúo: —¡pero caramba! no se puede negar que el saki estaba. . . soberanamente sabroso. . . ¡Jauup!

—¡Síí! Jaaup. ¡Jauup!

Y volvían a. . . *meditar,* aunque esta vez *¡sur place!* pues el paladar y el alcohol son unos y el estómago es otro, y no hay que darle vuelta al asunto.

Hasta ahí puedo hablar al lector con alguna certeza.

En cuanto al destino que se dio al chinito muerto me ha sido imposible establecerlo. ¿Se devolvió al mar in natura? ¿Se le arrojó al estero de Jaltepeque inmediato, para ver si escualos, cocodriláceos o meros optaban por consumir sus carnes saturadas de saki. . . ? ¿Se le enterró por ahí cerca, o en el cementerio rústico del no lejano caserío de La Herradura? ¿Se le quemó a la usanza de la antigüedad y de los hindúes de las castas superiores del día?

¡Yo qué sé!

Lo único que recomiendo al lector es que, si llegare la ocasión de referir el caso y alguno de los oyentes es vicentino o zacatecoluca, no mencione mi nombre como narrador del cuento del barril. . . por lo que puede tronar.

(De *Repertorio del Diario del Salvador.* Vol. XIV, Nº 81, Págs. 4054-4057). S. S. 15 de mayo de 1909).

FRANCISCO GAVIDIA

Nació el 29 de diciembre de 1864, en San Miguel. Inició los estudios en su ciudad natal. Ya en 1883 la revista *La Juventud* dijo que Gavidia era el poeta salvadoreño de mayor prestigio entre los de su generación. Un año más tarde —1884— quedó confirmada esta opinión al aparecer el primer libro suyo: *Versos.*

Gavidia introdujo nuevos metros en el verso castellano. Cultivó el alejandrino francés y el hexámetro griego. Preconizó la creación de un idioma internacional.

Su labor intelectual comprende Poesía, Narración, Cuento, Historia, Filología, Teatro.

Francisco Gavidia mereció el título honorífico de "Salvadoreño Meritísimo", concedido por la Asamblea Nacional de El Salvador el año de 1933. Fue Miembro de la Real Academia Española; Socio de Número de la Academia de la Historia; Presidente Honorario del Ateneo de El Salvador; Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional; Socio Honorario de "Amigos de la Cultura". Falleció en la ciudad de San Salvador, el 23 de septiembre de 1955.

Obras: *Versos* (1884), *Júpiter,* drama en 4 actos (1895), *Conde de San Salvador* o el *Dios de las Casas* (1901), *Poemas y Teatro Lírico* (1913), *Historia Moderna de El Salvador* (1917-1918), *Discursos, Estudios y Conferencias* (1941), *La Princesa Citalá,* poema dramático (1944), *Cuentos de Marinos* (1947), *Sóteer* o *Tierra de Preseas* (1949).

LA LOBA

Es Cacaotique[1] que modernamente se pronuncia y escribe con toda vulgaridad Cacahuatique, un pueblo encaramado en las montañas de El Salvador, fronterizas a Honduras. Por allí nació el bravo General don Gerardo Barrios, que, siendo Presidente de la República, más tarde se hizo en Cacahuatique una finca de recreo, con dos manzanas de rosales y otras dos de limares, un cafetal que llegó a dar 900 sacos, y una casa como para recibir a la Presidenta, mujer bella y elegante por extremo. Un vasto patio de mezcla, una trilla y una pila de lavar café; una acequia que charlaba día y noche al lado de la casa, todo construido en la pendiente de una colina, arriba y de modo que se dominaba de allí las planicies, los valles y vericuetos del cafetal cuando se cubría de azahares; la montaña muy cerca en que se veían descender por los caminos, casi perpendiculares, a los leñadores con su haz al hombro; por otro lado, montes; por otro, un trapiche, a tiempos moliendo caña, movido por bueyes que daban vuelta en torno suyo, a tiempos enfundado en un sudario de bagazo, solitario y silencioso bajo un amate copudo; más allá cerros magníficos, uno de los cuales estaba partido por la mitad; limitando la finca, una hondonada en cuyo abismo se enfurecía un torrente, lanzando ahogados clamores; aire frío, cielo espléndido, y cinco o seis muchachas bonitas en el pueblo; estos son recuerdos de la infancia.

Mi padre compró la finca de la viuda del Presidente, y dejando a San Miguel vivimos en ella por tres años. Yo tendría entonces unos ocho. Algo más quisiera escribir sobre aquel pueblo, pero no hay tiempo; no dejaré de mencionar, sin embargo, uno de los más soberbios espectáculos que puede verse. Desde la plazoleta del Calvario se ve extenderse un valle de diez o doce leguas de anchura. Por él pasaban otro tiempo, formando

1.—Huerta de cacao.

selvas de picas, carcaj al hombro, las huestes innumerables de Lempira. En el fondo del valle se ve arrastrarse el Lempa, como un lagarto de plata. El un lado del río, hasta San Salvador, se llamó Tocorrostique; el otro lado, hasta San Miguel, se llamó Chaparrastique. Más allá del valle se extiende el verde plomizo de las selvas de la costa; y más allá, como el canto de un disco, la curva azul de acero del Pacífico. Un cielo tempestuoso envuelve con frecuencia en las nieblas de un deshecho temporal el gigantesco panorama. Como el valle se extiende hasta el mar, desde el mar vienen aullando los huracanes, por espacio de cincuenta leguas, a azotar los liquidámbares de las montañas de Honduras. Por eso habréis oído decir que alguna vez el viajero que pasa la altura de Tongolón, desde donde se ven los dos océanos, derribado por el viento furioso, rueda por los precipicios horribles.

* * *

Cacahuatique es un pueblo en que se ve palpablemente la transición del aduar indígena al pueblo cristiano. Los techos pajizos se mezclan a los tejados árabes que adoptó sin restricción nuestra arquitectura colonial. Los cazadores usan la escopeta y la flecha. El vocabulario es una mezcla pintoresca de castellano y lenca, y la teogonía mezcla el catolicismo, al panteísmo pavoroso de las tribus. Todavía recuerdo el terror infantil con que pasaba viendo al interior de una casucha donde vivía una mujer, de quien se aseguraba que por la noche *se hacía cerdo.*

Esta idea me intrigaba, cuando al anochecer, iba a conciliar el sueño y veía la cornisa del cancel de la alcoba; cornisa churrigueresca que remedaba las contorsiones de las culebras que se decía que andaban por ahí en altas horas. Pensaba también en que podía oír los pasos que se aseguraba que solían sonar en la sala vecina y que algunos atribuían al difunto Presidente.

Quitad de este pueblo los tejados árabes, las dos iglesias, los innumerables árboles de mango que se sembraron entre los años de 1840 a 1860, importados de la India; quitad las cruces del cementerio, su levita de algodón, bordada de cinta de lana, al alcalde; sus pañolones de seda a las aldeanas descalzas; suprimid los caballos y los bueyes, y ya Cacahuatique es lo que era antes de la conquista, con sus ídolos acurrucados en el templo, cuyas paredes ofrecen un intrincado mosaico donde las florescencias y los animales se mezclan a la figura humana, como el espíritu humano se mezclaba en la sombría filosofía indígena a los brutos, a los árboles y a la roca.

Como hayáis concebido este pueblo en su faz primitiva, empiezo mi narración, que es, en el fondo, la que me hizo Damián, un mayordomo.

Kol-ak-chiuhtl (Mudada de Culebra), que en la tribu por abreviación acabaron por pronunciar Kola, era una mujer que se iba enriqueciendo a ojos vistas, debido a que era bruja y además ladrona.

Tenía una hija, Oxil-tla (Flor de Pino), de ojos pardos como la piel de una liebre montés. Su pie era pequeño; sus manos, que sólo se habían ensayado en devanar algodón y tejer lienzos de plumas, puestas al sol dejaban pasar la luz como una hoja tierna. Su pecho era como la onda del río. Para completar su belleza, niña aún, su abuelo materno le había pintado el más lindo pájaro en las mejillas. Kola llevó un día su hija al campo, y ahí le dijo un secreto. Tres días después Kola había ido con ella al peñol de Arambala, donde moraba Oxtal (Cascabel), señor de Arambala, con diez mil flecheros que defendían el peñol; pues el príncipe se había apoderado de la comarca por traición. Invitado a una fiesta, su gente, que había dejado en los bosques vecinos, cayó de improviso en la tribu embriagada con aguardiente de maíz. Kola y su hija Oxil-tla pusieron a sus pies una sábana de pieles de ratón montés y un dosel de plumas de quetzal. Oxtal las besó en los ojos y esperó en silencio. La madre hizo una seña a su hija, y ésta ruborosa, desdobló el manto y puso a los pies del cacique sus ídolos de piedra de río.

Entonces Kola habló de esta manera:

—Estos son los cuatro dioses de mis cuatro abuelos, el quinto es el mío y el sexto el de esta paloma, que trae su familia para mezclarla con la tuya.

Oxil-tla bajó los ojos.

—Oxtal, señor de Arambala, tiene tantas esposas como dedos tiene en las dos manos; cada una le trajo una dote de valor de cien doseles de plumas de quetzal y de cien arcos de los que usan los flecheros de Cerquín. Tu paloma no puede ser mi esposa sino mi manceba.

Kola se levantó, empujó suavemente a su hija, desde la puerta, y dijo:

—Tus ojos son hermosos como los del gavilán y tu alma es sabia y sutil como una serpiente: cuando la luna haya venido a iluminar el bosque por siete veces, estaré aquí de vuelta. Cada hijo que te nazca de esta paloma tendrá por nahual una víbora silenciosa o un jaguar de uñas penetrantes. Los mozos que van a mi lado a las orillas de las cercas a llamar por boca mía su nahual, fiel compañero de toda su vida, atraen a su llamamiento a los animales más fuertes, cautelosos y de larga vida. Oxil-tla, camina delante.

Por esta razón Kola había visto una tarde, con impaciencia, el árbol del patio donde estaban hechas seis rayas.

—Seis veces la luna ha iluminado al bosque —dijo— y aún falta mucho para completar tu dote.

La viva tristeza de Oxil-tla se iluminó un momento por un rayo de alegría.

Porque Oxil-tla iba por las tardes a la cerca del maizal vecino, siempre que el zumbido de una onda hacía volar espantados a los pájaros negros de la comarca; ¡de tal modo el poderoso hondero hacía aullar el pedernal en los aires!

En el verde y floreciente maizal había oído ella la canción que solía murmurar entre dientes cuando estaba delante de su madre:

Flor de pino, ¿recuerdas el día
En que fuiste, a los rayos del sol,
A ofrecer esa frente que es mía
Al beso altanero
Del cacique que guarda el peñol?
Di a tu madre, cuando haya venido
La ancha luna por séptima vez,
Que yo he de ir a su sombra escondido,
Y que hará al guerrero
La piedra de mi honda caer a mis pies.

El que así canta en el maizal es Iquexapil (Perro de Agua), el hondero más famoso que se mienta desde Cerquín a Arambala: ora, Oxil-tla ama a Iquexapil, por eso se regocija de que su madre no pueda recoger una dote por valor de cien doseles y cien arcos.

Kola, meditabunda, pues ambiciona que su bella hija sea la esposa de un cacique, toma una resolución siniestra: llama en su auxilio al diablo Ofo, con todo su arte de llamar a los nahuales.

Una noche que amenaza tempestad, fue a la selva e invocó a las culebras de piel tornasol; a las zorras que en la hojarasca chillan cuando una visión pasa por los árboles y les eriza el pelo; a los lobos a los que un espíritu de las cavernas les pica el vientre y les hace correr por las llanuras; a los cipes que duermen en la ceniza y a los duendes que se roban las mujeres de la tribu para ir a colgarlas de una hebra del cabello en la bóveda de un cerro perforado y hueco, de que han hecho su morada. La invocación conmovía las raíces de los árboles que se sentían temblar.

En la bruma del río que había mezclado su rumor el odioso conjuro, llegó Ofo, el diablo de los ladrones, y habló de tal manera a los oídos de la bruja, que ésta volvió contenta a su casa, donde halló a Oxil-tla dormida.

Pronto se habló de muchos robos en la tribu y sus alrededores.

Uno hubo que puso un lienzo de plumas valiosas en la piedra de moler y se escondió para atisbar al ladrón.

Vio llegar una loba, a quien quiso espantar; la loba saltó sobre él, le devoró y se llevó el lienzo. La población estaba aterrada.

Kola, desde la puerta de su casa, aguardaba impaciente que la luna dejase ver tras los montes su disco angosto como un puñal de piedra.

* * *

Ahora, he aquí lo que pasó una noche. Mientras Oxil-tla dormía profundamente, Kola se levantó desnuda. El frío de la noche es glacial y la sombría mujer echa al horno los troncos más gruesos, en que empiezan a avivarse ascuas enormes. La bruja entonces toma la sartén de las oraciones, en que presentara a su dios la sangre de las liebres sacrificadas al venir la estación de las lluvias. Coloca esta sartén en medio de la casa, da saltos horribles al fulgor de la hoguera, hace invocaciones siniestras a Ofo, y finalmente vomita en el tiesto un vaho plomizo que queda ahí con aspecto de líquido opalino: ¡es su espíritu! En aquel momento la mujer se había transformado en loba. Entonces se fue a robar.

En el silencio de la noche, la claridad de la hoguera hizo abrir los ojos a Oxil-tla, que mira en torno, busca y llama a su madre, que ha desaparecido.

La joven se levanta temerosa. Todo es silencio. Recorre la casa y da en el tiesto, en que flota algo como líquido y como vapor.

—Madre —dice la joven—, madre fue al templo y dejó impuro el tiesto de las oraciones; una buena hija no debe dejar nada para mañana: es preciso acostumbrarse a un trabajo regular; que más tarde Iquexapil vea en mí una mujer hacendosa. . .

Al decir esto, se inclina, toma el tiesto y arroja a la hoguera su contenido: el fuego crece con llama súbita, pero luego sigue ardiendo como de ordinario.

Oxil-tla guarda el tiesto, se acuesta de nuevo y, para calmar su temor, procura conciliar el sueño y se duerme.

A la madrugada, la loba husmea toda la casa, va, se revuelve, gime en torno, busca en vano su espíritu. Pronto va a despuntar el día. Oxil-tla se despereza, próxima a despertarse con un gracioso bostezo. La loba lame impaciente el sitio en que quedó el tiesto sagrado. ¡Todo es en vano!: antes que su hija despierte, gana la puerta y se interna por el bosque, que va asordando con sus aullidos. Aunque volvió las noches subsiguientes a aullar a la puerta de la casa, aquella mujer se había quedado loba para siempre.

* * *

Oxil-tla fue la esposa de Iquexapil.

* * *

Estas formas tomaba la moral en los tristes aduares.

(Tomado de *Cuentos y Narraciones* por Francisco Gavidia. Talleres Gráficos Cisneros. 1931. 90 p. Publicado en *Repertorio del Diario del Salvador*. Vol. IV. S. S. 1º de julio de 1905. Cuaderno 1º, Págs. 886-889).

MANUEL MAYORA CASTILLO

Nació en San Salvador en 1864. Murió en Santa Tecla el 25 de enero de 1925. Publicó *Palique* (Artículos y Versos) en 1909. *Dr. Manuel E. Araujo, su vida, su obra, su sacrificio.* 1913.

LAS AZUCENAS

I

—Vamos a ver —dijo el abuelo—, ¿sabéis, hijos, de qué color eran antes, hace muchos años, las azucenas, esas hermosísimas flores que ostentan en los jardines la blancura de sus cálices de plata?

—¡Toma! —contestó Luisilla, una linda miniatura de mujer, blonda y sonriente—, pues es claro, las azucenas eran blancas...

—¡Qué gracia! —repuso Paquito— entonces no tendría nada de divertida la pregunta del abuelo.

—Pues no eran verdes de seguro.

—¿Qué sabes tú?

—Calma, hijos míos, calma —aconsejó el anciano—. Las azucenas eran rojas.

—¿Rojas? —preguntó la niña, con aire de duda.

—Sí; rojas, del color de la sangre.

—Entonces —insistió Paquito—, ¿por qué se tornaron blancas?

—Eso es lo que os voy a contar. Oíd.

II

Los dos niños se acomodaron lo mejor que pudieron, para escuchar, con grandísima atención, aquella maravillosa historia.

Porque es, en verdad, maravilloso que las azucenas, ahora blancas como el alma de las jóvenes doncellas, hayan sido, en un remoto tiempo, rojas como la sangrienta huella de un puñal.

El abuelo, un viejecito que, durante muchos años, había visto caer las rosas de sus rosales y que no conservaba de su pasada juventud más

que los recuerdos que alentaban en su alma senil, como las golondrinas en las grietas de una vieja torre, se recogió en sí mismo y con voz queda habló en estos términos:

III

Muy hermoso era, hijos míos, el Paraíso Terrenal; tan hermoso, que nunca ojos humanos han vuelto a contemplar maravilla semejante.

Arboles corpulentos, cuajados de flores, ofrecían sombra bienhechora; límpidos y murmuradores arroyos corrían entre el césped que tapizaba aquella prodigiosa mansión de delicias sin cuento; los perfumes y las esencias saturaban la atmósfera y mil canoras aves, desde el aura hasta la tarde, daban al aire las notas de sus invisibles flautas de cristal.

Ni una nube manchaba el azul profundo de aquel cielo que, como un magnífico espejo, reproducía, multiplicándolas, todas las hermosuras nacidas de la munificente mano de Dios.

No obstante, el buen Dios no estaba satisfecho.

Una idea, sin forma aún, se agitaba en su mente creadora.

Aquél que sacó de la nada, desde el infusorio que se agita en el océano de una gota de agua, hasta los astros que giran en el espacio sin límites, quería coronar su obra, con la creación de un ser que fuese superior a todo lo creado, para colocarlo, como a Rey y Señor, en lo sumo de aquel Génesis excelso y portentoso.

Y el buen Dios creó al hombre.

Y cuando Adán, deslumbrante en su apolínea desnudez, se irguió en el Paraíso, como símbolo palpitante de la varonil hermosura y de la fuerza, un estremecimiento de asombro circuló por aquel encantado Edén.

Y el buen Dios sonrió con aire de visible complacencia.

Pero no estaba satisfecho aún.

Había creado la fuerza. Debía crear, pues, la gracia.

El buen Dios quiso, y de su voluntad omnipotente surgió la mujer.

Eva, bella como no la ha sido después de ella más que la virgen María, completó la obra del Creador.

Y cuando la primera mujer se irguió en el Paraíso, semivelando los encantos de su cuerpo de alabastro y rosa, con el manto de sus cabellos undívagos, un estremecimiento de placer y voluptuosidad circuló por aquel encantado Edén.

Y el buen Dios sonrió con visible complacencia.

Y se recreó en su obra.

Figuraos, hijos míos, figuraos cuán felices eran aquellos impolutos seres en medio de aquel pensil que celebró su advenimiento a la vida, con un inmenso homenaje de amor.

Diríase que ellos —Adán y Eva— fueron los últimos toques del pincel

con que la mano del Eterno dibujó, más tarde, en el cielo, el arco iris como una promesa de perdón.

Y el buen Dios les habló así: "—Os he creado a mi imagen y semejanza. Todo os lo da mi amor, al daros vida. En un soplo os he dado el alma. Por la luz de la razón sois superiores a todos los seres. Gozad sin tasa; pero ¡ay! de vosotros, si un día probáis la fruta del árbol vedado. Amarga como el acíbar y envenena como la cicuta".

Y Adán y Eva, cayendo de rodillas, acataron la voluntad soberana y sus labios virginales prorrumpieron en un himno de gracias y alabanzas, al que formaron armónico y portentoso coro el canto de las aves; el susurro del viento y el murmullo de las fuentes.

IV

Tranquilos y felices corrían los días de nuestros primeros padres en aquella calma profunda de la naturaleza.

Sin luchas y sin pasiones; sin ansias y sin deseos, vivían de continuo, entregados a la estática contemplación del Edén.

Su ignorancia de las cosas les allanaba todo y su vida se deslizaba sin afanes como las linfas de un arroyo cristalino que apenas si el aura riza con sus alas impalpables.

Una mañana, cuando el sol, como un disco de oro enrojecido, se alzaba en el Oriente, y sus brillantes rayos despertaban con ósculos de luz a las flores, a los pájaros y a los brutos... Eva dormía... ¡Cuán hermosa!

Su seno, más blanco que la leche, apenas si dejaba traslucir las palpitaciones de su corazón inocente que dormía dentro de su cárcel virginal, como una paloma en su nido; leve sonrisa entreabría sus rojos labios y su cabeza —una verdadera explosión de negros rizos— se destacaba armoniosamente sobre el marfilino brazo que le servía de almohada.

Adán, de pie, a pocos pasos de ella, apoyado en el brillante tronco de un limonero en flor, la veía dormir, presa de un ansia inexplicable; y, por la primera vez, deseos que el infelice no comprendía, le asaltaban, atenaceándole las entrañas.

Adán sufría; pero en el fondo de su propio sufrimiento había un goce irresistible.

V

Eva despertó.

Al ver a Adán sonrió dulcemente, envolviéndole en una mirada magnética y profunda de sus ojos deslumbradores y seductivos.

Adán vaciló un momento; pero de pronto, enloquecido, embriagado por el perfume que emergía de aquel cuerpo virgen, palpitante de juven-

tud, de vida floreciente y de gallardía, se arrojó impetuosamente entre sus brazos.

¡Y el chasquido de un beso sonó en el Paraíso!

Fue un momento, un solo momento.

....

¡Oh! el primer ardiente y amoroso idilio.

VI

Por la primera vez, Adán y Eva se avergonzaron de su desnudez.

Y vino a aumentar su turbación la voz airada del Señor que decía:

"—¡Ingratos! ¡ingratos! Todo os lo había dado mi amor.

Os formé a mi semejanza e imagen, y me recreaba en vosotros.

¡Ingratos! ¡ingratos! Todo lo que os dio mi ternura, os lo quitará mi justicia.

Indignos sois de vivir en estos lugares que habéis profanado con vuestra desobediencia.

Os había otorgado una felicidad sin límites y la habéis despreciado, ¡id!

La vida será pesada carga para vuestros hombros.

Sufriréis frío y hambre y sed, y regaréis el suelo con el sudor de vuestras frentes, si hoy abatidas, antes radiosas, para ganaros el sustento.

¡Id, desgraciados, id!"

Adán y Eva dejaron el Paraíso llevando en el alma el primer torcedor: el remordimiento.

VII

Y cuando se hubieron perdido de vista, el buen Dios dejándose llevar de su misericordiosa ternura, murmuró:

"—He aquí que me recreaba en mi obra y el objeto de mi amor y de mi predilección, turba, con su falta, la radiosa serenidad de mi espíritu.

Y, sin embargo, ¡es tan hermoso, tan irresistible el amor!"

El buen Dios lloró.

Lloró amargamente y sus lágrimas, hijas de un acerbo dolor, cayeron sobre el cáliz de una azucena y el purpurado color que entonces tenía, se tornó blanco, al milagroso contacto de aquella lluvia celestial.

Y desde entonces las azucenas son blancas.

Y desde entonces, simbolizan la pureza.

Y desde entonces, es rojo el color que colora las mejillas de las doncellas cuando la más leve sombra mancha la blancura de sus almas.

(De *Intimas*. Abril, 1909. Sin pie de imprenta).

LA ESCAPATORIA DE SAN PEDRO

I

¡El bueno del Santo! amaneció aquel día de malísimo humor, tarareando a media voz una cancioncilla socialista y haciendo sonar, con estrépito, su descomunal llavero.

Al pobre serafín que a la puerta le llevó el chocolate, lo mandó con cajas destempladas.

—¡Para chocolatillos estoy yo ahora! Vete a paseo.

Llaman a la puerta... Pum... Pum...

—Allá voy. ¡Habrá importunos! ¿Quién es?

—Yo, santo mío, un devoto...

—¡Largo de aquí! Ya estoy harto de...

El caso era muy grave. San Pedro, todo dulzura, se había vuelto brusco, irascible.

Súpolo el Padre Eterno, y le llamó a su presencia.

—Vamos a ver, ¿qué te pasa?

—Poquita cosa. Me aburro soberanamente, y quiero ir a dar una vuelta *allá abajo*.

—¿Cómo? ¿Quieres ir a la Tierra? Perico, tú te has vuelto loco.

—Nunca he estado más cuerdo. O se me deja ir a echar una cana al aire, o presento la dimisión de mi empleo. He dicho.

Sonrió el Señor con infinita dulzura y murmuró:

—Bueno, hombre, vete; pero vuelve pronto, y mucho cuidado, hijo, mucho cuidado.

En un periquete estuvo listo San Pedro para marchar, y en un rayo de luz descendió a la Tierra.

¡Qué asombro! La luz eléctrica, los carros del tranvía, hombres y

mujeres, animales y cosas llamaban fuertemente su atención. No comprendía nada de lo que veía. Parecía estar bajo el influjo de un sueño.

Acertó a pasar por ahí un hombre enfundado en unas hopalandas negras, que si no era clérigo lo parecía, y San Pedro, atajándole el paso, le interrogó en latín.

El de las hopalandas lo vio de los pies a la cabeza, se encogió de hombros y siguió su camino murmurando:

—¡Vaya un adefesio! Este tío debe estar loco.

Diose el bienaventurado a vagar por plazas y por calles y con el cansancio, al caer de la tarde, sintió hambre.

—Canario —murmuró con visible contrariedad—, estoy en ayunas, y tengo un hambre canina. Y estoy sin un cuarto. ¡Vaya un lío en el que me he metido! Decididamente he cometido una locura. Ea, pediré de comer, que el hombre no ha de ser más duro que las peñas.

Pidió, y le dieron... con la puerta en las narices.

—Paciencia —murmuró—, más sufrió Jesús.

La noche, oscura y fría, se le venía encima.

—¡Otra! ¿Dónde me meto?

Encima de una pared leyó: "Casa de huéspedes".

—Ea, aquí me cuelo.

Pero como no tenía cómo pagar, no le dieron hospedaje.

Durmió al raso.

II

Hambriento y tiritando de frío, le sorprendió la mañana.

Celebrábase una función de iglesia y vio venir por la calle una procesión con mucho lujo de imágenes, estandartes, flores y música.

—Cosa de teatro, me parece esto —murmuró el portero celestial—. ¿Qué será ello?

Con mil dificultades para hacerse comprender, averiguó de lo que se trataba. En un tris estuvo que se cayera de espaldas.

—¡Hola! ¿Con que aquel que llevan en andas, vestido de seda y relumbrones soy yo, es decir, *mi efigie?* ¡En mi vida las he visto más *gordas!* ¿Qué ceremonias son éstas que no se usaban en mi tiempo? Esta gente ha perdido el seso. ¡Y qué lujo, qué boato!... Nada, nada, yo no sé lo que me pasa. ¿En qué jaula de locos me he metido? Bueno ¿y qué he venido a hacer aquí? Parezco, según me ven, que me he caído de un nido. Debo tener una facha...

Digo, y todos esos señores que van por ahí tan ternes con esos dorados vestidos, deben ser... ¿Qué serán? Pues nosotros nos vestíamos como mendigos... ¡Cómo cambia el mundo!

Sin darse cuenta de ello, San Pedro había seguido la procesión que desembocó en una plaza enfrente de la que se alzaba el templo. Penetró.

Nuevos asombros y nuevas sorpresas. Todo el ceremonial le cogió de susto. No comprendió ni pizca.

Y mareado, cansado y renegando de la Tierra y de los hombres, cogió el camino del cielo.

Cuando llegó lo abrumaron a preguntas.

Se hizo el sueco para que no se rieran de él. ¡Vaya si se iban a reír!

Solamente cuando estuvo a solas con el Señor soltó la sin hueso.

—He visto cosas que no os podéis ni imaginar, Señor. Aquello, lo de abajo, anda muy mal. Los hombres todo lo echan a perder. Figuraos que tuve hambre y sed y me negaron el pan y el agua. Tuve frío y sueño y no me dieron albergue, y hablan de caridad. Os digo, Señor, que... No, mejor no os digo nada. ¿Pues no me representan a mí con un vestido muy cuco y una diadema por la cabeza? ¡Eh! haceos cargo, Señor, haceos cargo.

Sonrió benévolamente el Señor y dijo:

—De poco te apenas, Pedro. Cosas más graves cometen los humanos, en nombre de la religión que fundó mi hijo. Predicó la paz y viven en perpetua guerra; predicó la humildad y queman incienso a la vanidad; predicó la virtud y viven sumidos en la sima del vicio.

Eso es lo grave y no que te vistan a ti como les dé la gana y me representen a mí con más barbas que un ermitaño, un pájaro en la cabeza y un queso de Flandes en la diestra.

—Tú eres infinitamente bueno y sabio, Señor, pero...

En ese momento llamaron a la puerta y San Pedro fuese a abrir, cojín, cojeando y diciendo para su sayo:

—Ahí viene uno de los de abajo. Ya le voy a poner las peras a cuarto.

(De *Intimas*. Abril, 1909. Sin pie de imprenta. Publicado en Repertorio del "Diario del Salvador". Vol. III. S. S. 15 de abril 1905. Cuaderno Nº 13º, Págs. 149-150).

EL TIO TROMPETILLA

Cuando yo era muchacho y tenía la cabeza llena de humo, creyendo a pie juntillas en la amistad de los hombres, el amor de las mujeres y la posibilidad de la Unión Centroamericana, hice conocimiento con un ente original a quien los estudiantes llamábamos el Tío Trompetilla.

Erase un viejecillo marrullero con sus puntas de filósofo. Campechano con todo el mundo, le hablaba de tú al mismo Padre Eterno y tenía más relaciones sociales que medios de qué vivir.

Es decir, el famoso Tío Trompetilla vivía no se sabe cómo, pero se daba vida muelle y regalona.

Ni trabajaba ni pedía limosna.

Tal vez trampeaba, procedimiento muy recomendable y muy en boga; tal vez tenía rentas desconocidas, lo que me parece improbable. . .; tal vez. Pero ¿qué nos importa averiguar la manera que tenía aquel hombre para conseguir el condumio?

Bástenos saber que vivía y no con el agua al cuello sino con la andorga llena.

—Mira —me dijo muchas veces—, tú te imaginas que todo el mundo es de orégano y te vas a llevar un solemne chasco.

—No sea usted pesimista.

—¿Tengo yo la culpa de que el mundo se vaya volviendo invivible? Te lo aseguro muy formalmente, la sociedad, al hombre que quiere ir muy lejos, debe importarle un pepino.

—Pero, Tío Trompetilla, entonces ¿para qué sirve la vergüenza?

—Para maldita la cosa. ¿Quieres pruebas? Coloquémonos en esta esquina y veamos el desfile humano. ¿Ves? Ahí viene el Señor X muy rico, muy honrado. Pregunta cómo ha hecho su fortuna, y te dirán que amasándola con las lágrimas de los infelices a quienes ha quitado el pan de la boca. Salúdale, mentecato. En cambio no saludes a ese que viene

por ahí porque aunque es un honrado padre de familia, es un pelagatos.

Fíjate en ese extravagante que cruza la calle... Dicen que es un sabio, un hombre que honra al país, y el país deja que se coma los codos.

¡Hola! Por la acera de la derecha viene un matrimonio feliz y muy recomendable. Ella da el brazo al amigo de su marido y éste camina al retortero, acaso regocijándose de haber encontrado quien le ayude a llevar la cruz y pagar las cuentas de la modista de su mujer.

Ese que lleva muy alta la frente es político de los que están en el candelero. Tiene el tacto y el olfato muy finos. Prevé los acontecimientos y por fas o por nefas, siempre tiene el biberón en la boca.

Hace mucho tiempo que cogió la sartén por el mango y no la suelta aunque lo aspen. No tiene principios y hace muy bien, porque en política no debe haber principios sino únicamente medios y fin. Debe hacerse como las campanas que hoy doblan para un funeral y mañana repican para un bautizo.

—¿Tú sabes lo que es política?

—No, Tío Trompetilla.

—La ciencia del medro.

—No lo olvidaré.

—Mira: Allá va un comerciante quebrado. Partió por el eje a sus acreedores y él se quedó muy fresco. Dicen que es muy trabajador. Yo lo que sé es que la quiebra fue un negocio redondo.

Tiene más ingleses que el peñón de Gibraltar pero como debe a lo grande, no se preocupa de tales deudas que *fueron*, porque has de saber que a las deudas les sucede lo mismo que a las uvas, que después de algún tiempo, se convierten en pasas.

—¿Y la ley?

—¡Pues estás fresco!... ¿La ley? La justicia es capaz de embargarle hasta la mortaja al desvergonzado que le debe cinco pesos al casero, pero no se mete con el que debe algo muy gordo. Fíjate quién va allá. ¿Le conoces? Es cuasi-hombre. Es cuasi-ciudadano, y Diputado por los cuatro rumbos, digo, por los cuatro costados.

Abre bien los ojos, muchacho, que asoma un héroe. Mírale, lleno de entorchados, ufano, parece que ha celebrado nupcias con la victoria.

—¿Y acaso no es un valiente?

—En su vida no ha conocido el olor de la pólvora. Subió sepa el demonio cómo, de la noche a la mañana.

—Basta, Tío Trompetilla, basta.

—Fíjate en ese que usa melena y lleva el traje descuidado.

—¿Es un loco?

—Casi, casi, porque es poeta.

—Pero los poetas...

—Sí; ya sé lo que vas a decirme. El verdadero poeta es amado de

los dioses, pero esos mercachifles de la sagrada poesía, no merecen ese nombre.

—Tío Trompetilla ¿quién es ese que se acerca, tardo el paso, macilento y demacrado el semblante?

—Ese —me dijo el Tío Trompetilla—, vale más que todos los que acaban de pasar. Como las antorchas, tiene una misión augusta: irradiar luz. Es el eterno mártir. Hace el bien a manos llenas y no recoge ninguna recompensa: es el maestro de escuela.

(Tomado de *Intimas*, 1909 —abril—. Sin pie de imprenta).

JOSE MARIA PERALTA LAGOS

Nació en Nueva San Salvador (Santa Tecla), el 25 de julio de 1873 y murió en la ciudad de Guatemala, el 22 de julio de 1944. Ingeniero y Militar, el General Peralta hizo sus estudios en la Academia Militar de Toledo, en España. Escribió desde los albores de su juventud, cultivando el humorismo al trazar cuadros de costumbres con gran donaire y fortuna. Fue hombre público de singulares méritos, diplomático y arquitecto. Desempeñó los cargos de Ministro de Guerra y Marina, Ministro de El Salvador en España, Director General de Obras Públicas y Director General de Estadística.

Obras: *Burla Burlando*, Imprenta Rafael Reyes, San Salvador, 1923. *Brochazos*, Imprenta La República, San Salvador, 1925. *Doctor Gonorreitigorrea*, Biblioteca Cuscatlania, San Salvador, 1926. *Candidato*, Comedia en tres actos y un epílogo, Centro Editorial Salvadoreño, San Salvador, 1931; *La Muerte de la Tórtola*, Novela de costumbres, Imprenta Funes y Ungo, San Salvador, 1932. *Homenaje al Sabio Valle*, Tipografía La Unión, San Salvador, 1934. *Algunas ideas sobre la futura organización de la enseñanza superior en Centro América*, Conferencia en la Universidad Nacional, Editorial Diario La Prensa, San Salvador, 1936. *Masferrer humorista*, Talleres Gráficos Cisneros, San Salvador, 1941.

PURA FORMULA

Un grupo de jinetes se detuvo frente a la puerta.

—¡Buenos días! ¿Está Modesto? —preguntó uno de ellos.

—Anda trayendo un buey, pero ya no tarda —respondió una mujer—. Pasen adelante... —añadió luego—. (Corré hijo: andá quitá las trancas...)

—¡Gracias...! Entremos, señores...

El que esto decía era nada menos que el "capitalista" del pueblo cercano, el "protector" de aquel pueblo; el paño de lágrimas de aquella pobre gente.

Los que le acompañaban eran el juez y sus acólitos, que si a caballo hacían reír, pie a tierra metían miedo con sus fachas patibularias.

Iban "únicamente" a embargar aquella finca, porque Modesto, su propietario, le había dado una fianza a un cuñado suyo, el cual le debía "cantidad de pesos" al protector del pueblo, y el plazo se había vencido.

—Apéyense...; descansen un ratito —les dijo la Tránsito, la mujer de Modesto. Al mismo tiempo sacaban entre ella y sus hijas, al corredor, unos taburetes y una silla medio derrengada para el capitalista.

—Siéntense, señores; descansen —les decía amable la madre.

—¿Tendrás zacatillo para las bestias? —le preguntó este último.

—Ya van ir a cortar; no tenga cuidado...

—Y ve: que le avisen a Modesto, no sea que tarde mucho, porque no queremos molestarte pidiéndote de comer...

—No es molestia, don Gabriel... Ya es tarde para que vuelvan al pueblo. Les arreglaré cualquier cosita... Como avisada maté esa gallina...

Y señalaba el cadáver de una que, acabadita de pelar colgaba de las patas en un horcón.

—¿Tendrás caldito de frijoles? ¿Sí? Con eso, unos huevitos, la ga-

llina, cuajadita, cafecito y un pedacito de esa panela tan blanquita que veo allí, creo que los señores quedarán satisfechos... ¡Vaya con la Tancho! ¡No te entran los años, mujer! Siempre tan entera... Parecés más joven...

—Cállese, don Gabriel, que estoy arruinada completamente. ¿No ve que no me acabo de componer?

—Hay que ir donde el médico, mujer... Si no, nunca te vas a curar...

—Pues si ya ve usted que con tanto atraso no se puede... Pero primero Dios, después de la fiesta vamos a ir a la ciudad...

El Juez pidió un poco de agua.

—Espérese —le dijo don Gabriel— tómela con un traguito... ¡Tanchó! ¿Qué no tenés un traguito para los señores? A mí se me olvidó poner la botella de coñá en la arganilla. ¡Tengo una memoria...!

—Debe de haber un poquito, don Gabriel; ya vengo.

La pobre mujer sacó una media botella casi llena.

—Es guarito, señor: cosa de pobres... Van a dispensar.

—¡Lo mejor del mundo! ¡No hay whisky que se le compare! ¡A ver, probemos...!

Olió, vertió un poco en la palma de la mano, y paladeó.

—¡Magnífico! ¡Superior! Acérquense, señores...— Bebieron.

—¡Ahí viene mi "papa"! —dijo una de las pequeñas de Modesto.

Modesto amarró el buey debajo de un amate, y se acercó al grupo con el sombrero en la mano.

—Buenos días, señores...— Y les dio la mano a todos, empezando por el paño de lágrimas, que se había recostado en una hamaca.

—¿Y qué has hecho, Modesto? ¿Trabajando mucho? Supongo que habrás sembrado bastante tunalmil...; el maíz va a valer...

—Hei sembrado algo, don Gabriel; tanteo que son ocho manzanas...

—Ajá, ¡magnífico! ¿y tabaquito?

—Tengo unas quince tareas, señor.

—Pero hombre... ¡debías haber sembrado más! Dicen que está valiendo... Y de cañita ¿cómo andamos? ¿Sembraste más el año pasado?

—Sembré dos manzanitas, para ajustar las cuatro...

—Debías haber sembrado más. El dulcito parece que también va a valer...

—Primero Dios, don Gabriel, después de tanto año malo...

—¿De qué número es el trapiche?

—Es chiquito...; número uno. No se hacen más que cuatro peroles...

—Debiste comprar un "número dos".

—No me alcanzaba el pisto...

—Pero me hubieras dicho, hombre... Ustedes se lo pierden por no hablar.

—Es que no me gusta deber, don Gabriel. ¿Y se puede saber para ónde van agora?

—Pues... aquí no más... Hemos venido a verte, y... para "llenar una formalidad".

Modesto ya presentía algo malo: la visita del "protector" de los pobres no le parecía de buen agüero. Y desconfiado preguntó:

—¿Cuál formalidá?

—Nada... es decir, casi nada. ¡Tené calma y no pongás esa cara...! Vos sos fiador de Pascasio, tu cuñado ¿verdad? Pues bien: Pascasio se ha atrasado... se le dieron plazos, y no ha cumplido. Los intereses se han ido acumulando. El puede pagar... yo creo que puede pagar, pero haciéndole fuercecita. Claro que él no te dejará colgado —¡qué te ha de dejar!— ni lo consentiría... En cuanto sepa que la ley manda que te ejecuten, o que ya te ejecutaron, pues... no le queda más remedio que ir a pagar...

Bien sabés que soy enemigo de estas cosas, y no tenés una idea de lo que me duele, pero la ley es la ley y la palabra es palabra. El señor Juez, aquí presente, "creyó conveniente" ordenar el embargo de tu finca; pero ya te digo, esto es "pura fórmula", nada más que una formalidad indispensable. ¿No es verdad, señores?

El juez y sus acólitos hicieron lúgubres signos afirmativos con la cabeza.

Modesto, lívido, hacía un hoyo en el suelo con el dedo gordo del pie derecho. La Tancho "torteaba" y paraba la oreja: la pobre temía...

—Pero bueno, don Gabriel —se atrevió a decir Modesto—, ¿no se pudiera dejar esto para mañana, mientras yo veo a Pascasio hoy mismo, y lo arreglamos entre los dos? Allí tengo un pistillo que he ajuntado para pagar una carreta; él tiene un poco de maíz, y creo que podríamos ajustar...

—Por mí... no habría ningún inconveniente, pero... la ley no es juguete. El embargo ya está decretado —fíjate: decretado— y no hay efecto retroactivo. Los señores tampoco pueden venir de balde, vienen ganando...

El depositario también ha venido... hay que pagarles a todos. Por supuesto que esos gastos corren por cuenta de Pascasio. En fin... todo esto es una fórmula, y vos no corrés ningún peligro. Total, cuestión de una firma... Conmigo ya sabés que no podés perder...

El infeliz Modesto bajó la cabeza y sólo pudo decir:

—Pues si no puede, no hay que hacer...

—Bueno: pues entonces, mientras la Tancho nos prepara el almuercito, vamos a dar una vueltecita por el terreno, y a hacer un inventario

a "la ligera", para garantía tuya y poderle exigir "cabalidá" al depositario.

—¿Y qué no puedo ser yo el depositario, don Gabriel? La otra vez que le embargaron a don Tacho López, él quedó de depositario.

—Es que la ley exige garantías, ser persona "abonada". Don Tacho tenía su casa para responder: era "abonado" y. . . cuñado del Juez. No es tu caso. Además, no creo que te convenga... Podrían decir que si hiciste o dejaste de hacer; que si vendiste, o te llevaste esto o aquello, y te podría causar molestias, porque la ley es severa y terminante; y ¡recta! No te conviene. . . El depositario tiene que ser otro.

—¿Y a quién ha pensado su mercé que nombren?

—Esa es cosa del Juez. . . a él le toca. Claro que ha de nombrar una persona "abonada" que nos garantice a todos. . . Lo que nos conviene es que me nombre a mí, y así te quedás tranquilo, podés estarte aquí, al menos unos días, si la cosa se alarga; pero no será larga porque nos menearemos—. Esto último lo decía en voz baja; confidencialmente. . .

Se hizo el inventario, a la ligera, pero sin olvidar nada. Gallinas, patos, cántaros, taburetes, camas, el farol, nada se olvidó: hasta la lora fue inventariada: una lora habladora. . . ₡ 1.25.

La Tránsito, con lágrimas en los ojos advirtió que la lora era de la Chusita, de su hija pequeña.

—Como ella es menor de edad —le explicó don Gabriel—, la ley en ese caso es terminante. Pero no te aflijás mujer: si esto es "pura fórmula".

Tomaron otros traguitos. . . ¿Dónde habrían comprado aquel guarito tan rico?

Almorzaron con envidiable apetito. Don Gabriel hizo prodigios con los dos colmillos, últimos restos de una dentadura que había devorado tantos pobres. . .

Modesto les servía con el corazón traspasado, diciendo a cada rato: "van a dispensar".

El humo hacía llorar a la Tancho como nunca. Los chiquillos, apelotonados en un rincón, miraban asombrados. . . Los más chicos suspiraban por la gallina. . .

Rojo de indignación el "chumpe" rondaba amenazador, lanzando estridentes gritos de alarma.

Sólo la lora, burlona e inconsciente, soltaba unas risotadas insultantes. La Chus la regañaba: comprendía la pobre niña que no era aquella ocasión para reír. . .

—¿Sabés que está rica la cuajadita, Modesto?

En una esquina de la mesa firmaba Modesto el "acta". Le temblaba la mano y puso unos garabatos indescifrables.

Don Gabriel fue nombrado depositario.

—¡Ya ves, hombre, qué suerte! —le decía a Modesto, dándole palmaditas en la espalda—. Todo sale bien. . . ¡Dejá ya esa cara de entierro. . .!

—Mientras almorzás, vamos a echar una siestecita con los señores, allí por el trapiche, debajo de los "palos". Y ve que les den agua a esas bestias.

Mañana va a venir Cleto, mi mayordomo, para que disponga, y con él vendrá Juan, su hijo, para que se quede aquí. Ya te digo: ustedes pueden quedar unos días, para ver si esto se arregla pronto; pero no hay que tocar nada, porque ya ves que se hizo inventario, y eso es muy serio, aunque sea "fórmula". Del "mulquitillo" podés disponer.

¿Quién dijo que no hay justicia por aquí? ¿Yo?, ¡pues me desdigo! SE MENEARON.

Un mes después don Gabriel entraba en posesión de su nueva finca. En sus libros figuraba con el número 17. Todas habían sido adquiridas por idéntico procedimiento.

Don Gabriel, esta vez, fue generoso. Dejó a Modesto de "mandador"; no le cobró las costas ni los gastos, y le regaló la vaca con todo y la cría.

Verdad es que la finquita valía por lo bajo tres mil pesos y que la fianza sólo era de doscientos, pero. . . "la ley es la ley".

Pocos días después Modesto colocaba debajo del tejadillo de la puerta de su antigua propiedad, el rótulo que don Gabriel le remitió, obra maestra del mayor de sus "tres arcángeles" —así los llamaba él— Miguelito, Rafaelito y Gabrielito, chicos que prometían mucho, sobre todo aquél, que era mero curioso.

Finca "LA MISERICORDIA"
De Gabriel Garduña, p.
Nº 17

Así rezaba aquella tabla, en letras gordas, torcidas y coloradas.

Naturalmente todo esto no era más que fórmula.

Para la fiesta la Tancho ya no fue a la ciudad a ver al médico: prefirió abreviar yéndose derecho al Campo Santo.

La Paz es con ella: El humo ya no la hace llorar.

Don Gabriel, "el paño de lágrimas" de aquella pobre gente, se portó bien: les dio veinte pesos para el entierro.

Eso sí, Cleto, el mayordomo, mañaneó con el fierro del patrón y "quemó" la vaca, y la cría también.

Todo aquello por "fórmula"; nada más que por "pura fórmula". . .

UN VIAJE DESDICHADO

Don Gumersindo pasó buena parte de su mocedad entregado al trabajo de la tierra, y Dios bendijo sus esfuerzos: a los treinta años de edad tenía treinta mil pesos y treinta hijos naturales.

Sin descuidar la agricultura, Don Gumersindo probó también en el terreno de la banca —de la usura dijeron las malas lenguas— y la bendición del Cielo continuó favoreciéndole: al cumplir los cuarenta Don Gumersindo poseía cien mil pesos *flojos*.

Entonces le tentó la política. Consintió en ser *chivo* montonero; le gustó el oficio y figuró como *adicto* hasta su muerte. (Verdad es que en los Congresos de por aquí es completamente desconocida la oposición).

De chico había cogido iguanas que vendía a "medio": ahora las cogía hasta de diez mil pesos. De prestamista "a real el peso" mensual había ascendido a financiero. (La prueba es que siempre figuró en la Comisión de Hacienda).

Cuando cumplió el medio siglo, Don Gumersindo tenía medio millón escaso.

Nunca en su vida había hecho una calaverada y resolvió hacer una.

La hizo, y gorda, casándose con una sobrina suya, joven y bonita, aunque tenía unas pequeñas manchas en la cara y otras no tan pequeñas en su fama.

La sabrinita era una romántica de la clase de "náuticas", que toda su vida había soñado con viajes y en darle una o varias vueltas al mundo.

Fue una de las condiciones que puso al dar el dulce sí.

Y don Gumersindo cumplió como bueno.

No pudieron emprender el viaje a raíz de la boda, a causa de la maldita diputación —Don Gúmer presidía por ministerio de ley—; pero allá por abril, después de haber aprobado "importantísimas reformas", consi-

guió un permiso con goce de sueldo y con. . . alegría del chivo suplente, que era de Alegría si la memoria no me engaña.

Se embarcaron en Acajutla. (La víspera habían confesado y comulgado juntos).

Don Gumersindo recogió de aquí y de allá veinte mil pesos que en uno de los Bancos le convirtieron en una carta de crédito, varios giros a la vista y un *tanate de onzas* americanas, que él *cargaba* en un cinturón de cuero de culebra, idea y obra maestra del talabartero de su pueblo, primo suyo, y su suegro por contera.

Por más que se lo socaba, el cincho condenado, sea porque el peso le obligara o por simple curiosidad siempre estaba espiando por debajo del chaleco.

La romántica diputada se mandó hacer "una barbaridad" de ropa —sólo las batas eran veinticuatro— y llenó con ella tres baúles mundos. En un cofre más pequeño iban el tiste, los panecitos y el café molido; maicena, panela de la blanca, queso duro de la Puebla, algo de totoposte, el bote de chile, un batidor, dos molinillos, la cocinilla de alcohol, tres manojos de manzanilla y un herbolario completo, muchas medicinas de patente, las chancletas viejas de Don Gúmer —de las que nunca se había separado— y una jeringa, pues los irrigadores aún eran desconocidos en el pueblo, y la joven esposa pertenecía también a la clase de estíticas, o "estéticas", como ella decía pudibunda. . .

Quédense a bordo, rumbo a Panamá, y salgámosles adelante, por Puerto Barrios, a fin de esperarles y servirles en Nueva York.

* * *

Llegaron sin novedad. Un empleado del Consulado aguardaba en el muelle. ¿Y cómo no, tratándose de un prócer?

El empleado se fue derecho a ellos: imposible confundirlos. . .

El Cónsul le había descrito la levita del diputado: color de *chuco atol,* con cuadros de chocolate.

—¡Qué perspicacia la de ese joven! —decía admirado Don Gumersindo.

—¿Tiene usted pensado en qué Hotel *descenderá?* —le preguntó el joven.

—Hombre, no. . . Queremos uno que sea de confianza, ni muy caro ni tan de pipiripao. . .; una cosa así como el Hotel Nuevo Mundo.

Pasado el registro, no sin algunos apuros —causa de los puros de Don Gumersindo—, el piloto consular los llevó a un Hotel de segunda clase en Madison Square. Al entrar, Don Gúmer se quitó el sombrero; aquello le pareció el palacio de Aladino. ¡Qué Salón Azul ni qué canastos! (Perdonen el anacronismo).

Quedaron instalados. El joven les dio mil pertinentes y minuciosas explicaciones, pero olvidó una principalísima...

Cuando Don Gumersindo supo que en el Hotel no hablaban español, poco faltó para que se desmayara, y le suplicó al guía que se quedara a comer con ellos y les acompañara siquiera esa noche hasta dejarlos acostados. El jovencito accedió gustoso, y Don Gúmer, en el colmo del agradecimiento, le ofreció un aumento de sueldo.

Después de la comida salieron a dar una vuelta por Broadway, pero los cónyuges se marearon pronto y resolvieron recogerse. Antes de despedirse el empleado dejó pedido el desayuno y les prometió venir temprano a buscarlos para ir de compras con ellos.

Y se fueron a la cama.

La señora le pidió que apagara la luz. Don Gumersindo buscó la llave por la pared, pero entonces se fijó en que no era luz eléctrica, sino una llama muy blanca en forma de media luna. No pudiendo soplarla por hallarse muy alta, cogió su jipijapa, la apagó de un sombrerazo, y se fue a tientas a la cama.

Cinco minutos después roncaba como un bendito.

¡Pobre Don Gumersindo...!

* * *

Cumplido el cicerone por la cuenta que le tenía, pidió permiso en el Consulado y fue puntual a la cita. Apenas entró le llamó el gerente del Hotel y le explicó la catástrofe. Porque lo que le había ocurrido al matrimonio guanaco fue una verdadera catástrofe, que pudo haber sido mayor, tanto para ellos como para los moradores del Hotel.

A media noche uno de los criados del servicio se dio cuenta de que había un escape de gas en el cuarto de nuestros compatriotas. Abrieron la puerta y les encontraron con vida todavía, pues dichosamente habían dejado una ventana abierta. Se llamó al médico en seguida y éste ordenó el traslado inmediato al Hospital, donde se encontraban entonces.

La cartera, el cinturón famoso y un saquito de la señora fueron recogidos y guardados en la caja del establecimiento. "Convendría que fuera el Cónsul en persona..." —indicó el gerente.

Se personó allí el Consulado en masa, y se llenaron las formalidades del caso. Se trasladaron en seguida al Hospital y allá supieron que el apreciable matrimonio estaba fuera de peligro, pero que tenían para seis u ocho días.

Cuando salieron de allí ya les habían arreglado alojamiento en un *boarding* de una señora cubana, con lo que ellos vieron el cielo abierto.

Con dinero olvídanse pronto los pasados malos ratos, y nuestros

paisanos, entregados de lleno a sus compras, se sentían felices. Es decir... ella era completamente feliz; no así Don Gumersindo, que como hombre ordenado, no dejaba descansar los dedos de ambas manos echando las cuentas con todo y el cambio. La cara le hacía traición: no estaba contento ni mucho menos.

—¡Pero qué barato! —exclamaba la señora, escogiendo perfumes, aguas de tocador y cajas de polvos por docenas, en casa de Colgate —*figurate:* un peso...!

—Veintidós reales —rectificaba Don Gumersindo después de un rápido *marimbeo* digital. Y luego añadía displicente —"donde los turcos son a doce reales y... mejores".

* * *

Dos o tres días después de salir del Hospital, nuestro matrimonio, perdido ya el miedo, quiso hacer *pininos* y se lanzó una tarde solo, Broadway abajo. Al verse entre aquel río de gente tuvieron la precaución de cogerse fuertemente del brazo...

—¡Caramba! —decía Don Gúmer— si esto parece el cinco de agosto...

Al llegar a una esquina recibieron un violento empellón. Remolino como aquél no lo vieron en su vida... Sólo recuerdan que un Policía gigante levantó un palo enorme, de "china", y que en ese instante mil vehículos se pusieron en movimiento haciendo un ruido infernal; que aquel gentío los aplastaba y que cuando se dieron cuenta ya no estaban juntos... Ambos llamábanse a gritos. El torrente de peatones se puso de nuevo en marcha, y nuestros amigos, náufragos infelices, se desesperaban cada uno por su lado...

—Caballero —le decía la afligida esposa al primero que se dejaba abordar—. ¿No me ha visto a mi marido, a Gumersindo, mi tío?

Los cheles la miraban impávidos y seguían su camino, sin responder, los muy groseros.

Cansada de preguntar inútilmente se arrimó al quicio de una puerta, y se soltó en llanto. Allí la recogió la policía y la condujeron al puesto más cercano.

Entre sollozos y crisis de lágrimas le refirió al intérprete su triste aventura.

—¿Dónde vive usted? —le preguntó éste.

—No sé, señor: Gumersindo tiene la dirección en la cartera...

—Pero tal vez usted recuerda el camino y pueda indicarnos.

—Sólo sé que es por allá arriba, como a una legua de aquí...; sí, queda como de Jucuapa a Chinameca...

—¿Pero no sabe cómo se llama el Hotel?

—No es Hotel, señores: es casa de huéspedes.

—¿Pero tendrá un nombre?

—Sólo me acuerdo que la dueña, que es una señora cubana muy buena y servicial, se llama doña Paca.

—¡All right!

—¿Cómo decía, señor?

—Que no se aflija; es cuestión de cinco minutos.

Empezó a funcionar el teléfono, llamando a todos los boardings cuyo propietario se llamara "Paca".

Media hora después la sobrina caía en brazos de su tío y esposo Don Gumersindo, que lloraba como un tonto.

—Mañana nos vamos, hijita —le decía haciendo pucheros—, no más Nueva York... A casita, a casita... No más viajes: no me hablen más de vapores, ni de elevados, ni de ascensores: esto no es para nosotros... El año que viene, si Dios nos deja regresar a nuestra "amada patria", te ofrezco llevarte a Esquipulas...

Tres días después el Consulado "en masa" despedía al prócer en el muelle de la Panamá Rail Road.

Al salir el barco de la bahía Don Gumersindo amenazó con el puño cerrado a la estatua de La Libertad.

Y desde ese día memorable es reaccionario decidido, liberticida furibundo...

* * *

¿Ustedes creerán que Don Gúmer no volvió a embarcarse? Se equivocan.

Don Gumersindo *reincidió* —todos reincidimos cuando podemos— pero viajó solo, después del divorcio, en viaje de... *estudio.*

Algún día les contaré algo, si el buen humor se digna hacerme otra visita.

Marzo 24 de 1921.

(Del libro *Burla Burlando*).

EN EL LAGO PINTORESCO

¿A dónde ir en busca de solaz? —me preguntaba yo, después de oír al patrón que se me concedían tres días de licencia. (La toma de Bucarest había obrado ese milagro).

Tres días libres por delante, y no poseer una propiedad donde disfrutarlos a mis anchas. ¡Setenta y dos horas de asueto y no tener siquiera un amigo acomodado que me llevara a alguna finca! Triste cosa es, y ¡ay! no se barrunta un cambio. . .

¿Coatepeque? El tren es caro, y en el *aristocrático* balneario haría un papel infeliz y me desplumarían.

¿Ilopango? La cosa es diferente. Diez y seis kilómetros, a pesar de los geógrafos y geólogos del Libro Azul, que sostienen las dos leguas con tesón digno de mejor causa, y si el hotel resulta caro, allí está la posada del maestro Eliseo, donde por un peso al día os matan el hambre.

Decidido: ¡al lago de Ilopango!

Un teniente de artillería amigo mío puso a mis órdenes su Bucéfalo —aunque éste más semejaba una ternera que un buey— y a las cinco de la mañana, cuando se tiñen de ópalo y grana las nubecillas que coronan los picos del Chichontepec majestuoso, salí hecho un jinete caracoleando por la interminable calle de Concepción.

¿Por qué les gustará a los militares montar estos caballos tontos, que gastan buena parte de sus energías en inútiles piruetas o en imitar a los cangrejos? Francamente, hay cada gusto. . .

Para subir la cuesta de Soyapango me vi obligado a usar de las espuelas, y allá por "Prusia" corté un buen garrote de guayabo. Con este *argumento* logré llegar a eso de las ocho, manejando airoso las cuatro charoladas riendas, que dos sin duda no le bastaban al teniente para domeñar los bríos de su fogoso corcel.

—¡Eh! ¡De la casa. . .!

Una parva de *huacalchías*, dando chillidos, voló del corredor del hotel.

¡Qué silencio! ¡Ni un alma. . . !

Eché pie a tierra; amarré a Rocinante de un horcón, y subí temerario los podridos escalones.

—¡Eh! ¿No hay nadie aquí? —grité de nuevo.

Una tos de enfermo se dejó oír en uno de los cuartos: la tos de Montesinos. . .

Momentos después, encorvado y caminando muy despacio, apareció una especie de Robinsón.

—Buenos días.

—Buenos nos los dé Dios. . .

—¿Quién es el encargado del hotel?

—Un servidor.

—¿Habrá alojamiento para mí?

—Como haberle, sí que le hay, pero servicio no puedo ofrecerle.

—¿Por qué no? Yo me conformo con poco.

—Habría que conformarse con nada. . .

—Pero hombre, eso no es posible. . .

—Pues sí que lo es. . .

Me pareció que aquel español me estaba tomando el pelo, pero diez minutos después, convencido de la triste realidad, recordaba el "Sic Transit Gloria Mundi" que de niño me intrigara tanto al verle escrito sobre la puerta de nuestro cementerio.

—Pero oiga usted: ¿y qué no es negocio un hotel en el paseo favorito de una capital como la nuestra?

El hombre sin duda iba a decirme "quite usted allá", al uso de su tierra, pero se contentó con sonreír y apagar con el pie la colilla que acababa de tirar. . .

—Pero si toda la vida —insistí yo— he oído decir que el que pusiera un hotel en el lago de Ilopango se haría rico?

—Pues ya puede usted echarse a reír. . .

—¿Y cómo se sostuvo algunos años?

—Gracias a la subvención del gobierno y al. . . patriotismo del propietario.

Parece mentira, ahora que hay en San Salvador ciento veintinueve automóviles y medio.

—Manque hubiera quinientos. . . [1]

—¿Qué dice usted?

—Pero hombre de Dios: ¡mire usted! —y me señalaba el lago.

Miré, y un espectáculo triste se presentó a mis ojos. El agua casi lo

1 Hay ya los quinientos, y el negocio aún no es negocio.

ha cubierto todo. Los *parterres*, los muelles, el camino, los kioscos, todo yace sepultado bajo las motas verdosas que encubren el líquido elemento.

—¿Y cómo ha sido esto?

El español se encogió de hombros. La verdad es que la respuesta era digna de mi pregunta, y demostraba que el hombrecillo no en balde ha vivido muchos años de este lado del charco, en tierras de la *libre* América, como todavía dicen por ahí algunos guasones.

—Bueno; pero lo primero es lo primero; yo quiero desayunar.

—Le puedo ofrecer a usted un par de naranjas: son dulces.

—Acepto, pero le agradecería un pescadito de añadidura: a eso he venido.

El hotelero sonrió de nuevo.

—¿Qué? ¿Tampoco pescado?

—¡Quiá! El poco que escapó de los dinamiteros, se ahogó.

—¡Pero eso no es posible!

—Vea: el único superviviente del reino animal en estos alrededores, es un servidor.

Miré a mi hombre de hito en hito, y pensé que verdaderamente estaba hablando con un pez muy desahogado.

—¿Podría ir a bañarme a la plancha? —pregunté.

—No hay cómo: tampoco hay plancha ya.

—¿. . . ?

—Este año desapareció por completo. Desde entonces no viene nadie del gobierno.

—Y los cerros *quemados:* ¿existen aún?

—Del pequeño apenas se ve ya una puntita. Por la tarde, al declinar el sol, parece que hace señales desesperadas. ¡Pobrecillo! A veces, la media noche, cuando el silencio es más profundo, se oye una voz lejana que grita débilmente "me ahogo". Es el cerrito. . .

—Y si no es indiscreción: ¿usted qué hace aquí?

—Esperar. . . Y mientras, cuando vienen excursionistas elegantes, les facilito el tirabuzón, copas y vasos, platos, y el teléfono. Es toda la honra que me conceden.

—¿Pero qué es lo que usted espera?

—Al patrón, que anda por México.

—¿Y si no vuelve?

—¡Qué le vamos hacer! los Judíos esperan siempre al Mesías. . .

Apenqué con la dorada fruta para acallar en parte las justas reclamaciones del estómago, al mismo tiempo que me entregaba a amargas reflexiones.

¿No hay esperanza, pues, de un cambio en nuestro modo de ser?

¡Tantos años de suspirar por un hotel en el *lindísimo* paseo *preferido* por los salvadoreños, y cuando el sueño se realiza, nuestra mortal apatía

deja que todo se lo lleve la trampa! Otro año más, y el edificio del hotel será destruido. El poético lago de Ilopango se convertirá en una sucursal del Mar Muerto, en otra laguna de Estigia. ¿Y para esto se hizo un camino tan costoso? ¿Y para ello nos gastamos un sentido en comprar Fords, Buicks y otras maravillas de la industria yanqui?

El agua sube. . . El año pasado subió sesenta centímetros: en el presente ha pasado de un metro.

Nuestros historiadores y geógrafos nos enseñan que los indios hacían desaguar periódicamente la laguna, sea para prevenir los temblores o las enfermedades. "Los ingenieros indios", dice muy serio un historiador. . .

El agua sube. . . Ciento veinte hectáreas de tierra son arrebatadas cada año a la agricultura. En otras partes dicen que desecan las lagunas para aumentar la tierra. En Holanda luchan con el mar desde hace siglos. . .

Sólo nosotros nos cruzamos de brazos, pero tenemos en cambio el tupé de hablar de la "indiferencia musulmana". Y sin embargo, aún pululan por ahí *rebeldes* discurseros que a grito pelado juran que hemos de morir como héroes en defensa de nuestra *integridad* territorial amenazada.

No, señores: no haya miedo. Ustedes, los otros, y en cuenta este infeliz hortera, moriremos todos de fiebre perniciosa, de aburrimiento, o a palos, el día que Sancho sea gobernador de esta Insula y cumpla sus propósitos de vendernos en punta.

Un pueblo que ve con perfecta est. . .olidez subir el nivel del agua de sus lagos; que contempla satisfecho cómo se forman los charcos, es necesariamente un pueblo de ranas. Desde la historia aquella del zoquete y del culebrón, no hay entre ellas quién se atreva a hablar de política. Y tienen también muy presente el cuento del sapo que se escapó del charco y que por imitar al buey, reventó.

La república Batraciana es hoy completamente feliz porque es juiciosa.

Mientras yo soñaba, Robinsón se puso a fabricar píldoras "Antipalúdicas Infalibles", según una fórmula de su invención (chile huaque, chichipate y otras yerbas).

Un relincho del pobre penco me volvió a la realidad.

Me despedí del hotelero deseándole felices pascuas, y él, en compensación, no quiso cobrarme nada por las naranjas y la lección de filosofía.

Monté en Babieca, y a casita. Al coronar la empinada y *costosísima* cuesta, que muy pronto estaría inservible, mis ojos pudieron admirar la elegante silueta de nuestro volcán, que dormía tranquilamente su eterna siesta.

Y le encontré gran semejanza con un león echado, aunque sin cabeza.

¿Despertará algún día?[2]

(Del libro *Burla Burlando*).

2.—Despertó poco tiempo después, el 7 de junio de 1917, para castigarnos duramente. Ahora simula que duerme de nuevo... No hay que fiarse.

ARTURO AMBROGI

Nació en San Salvador el 19 de octubre de 1875. Falleció en San Salvador el 8 de noviembre de 1936. Cultivó el folklore en la literatura. Viajó por Europa, el Japón, la China, los Estados Unidos y Sud-América. Escribió cuentos y crónicas con gran maestría, hizo periodismo de altura y fue por muchos años, Director de la Biblioteca Nacional. Se le considera uno de los literatos salvadoreños mejor logrados y sus obras circulan por el mundo con gran éxito.

Obras: *Cuentos y Fantasías. Máscaras, Manchas y Sensaciones. Sensaciones Crepusculares. Marginales de la Vida. Sensaciones del Japón y de la China. El Libro del Trópico. Crónicas Marchitas. El Jetón.*

LA SACADERA

En el propio corazón de la montaña, en lo más profundo del barranco, entre los intrincados zarzales, que cunden las manchas de los *quiebracajetes* y los vistosos *chonchos*, está instalada la *sacadera*. Guzmán, el indómito, burla por sexta vez a la escolta que le sigue los pasos; y al abrigo de los fuertes *conacastes* que esmaltan las laderas, a la sombra de los *barillos*, semejantes a los cedros bíblicos, y de los *guarumos*, cuyas hojazas, por el tinte y por el aroma que despiden, recuerdan el celuloide de los impermeables, destila tranquilamente su *chaparro*. En la peligrosa faena le ayudan el compadre *Chomo*, el tuerto Hilario y el *Macho*, tan audaces, los tres, como el propio Guzmán.

—Lo que es *agora* —piensa Guzmán— no habrá *vaqueano* que dé con nosotros. ¿Quién va a ser el *arrecho* que se anime? ¡Allá se lo *haiga!*

Ellos están dispuestos esta vez a no dejarse agarrar. ¡Valiente negocio había hecho el *mentado* Guzmán y el compadre *Chomo* la última vez que el resguardo les pescó en plena fabricación, y arreó con ellos, haciéndoles, para remate de afrenta, cargar con las ollas y todos los demás trebejos! Seis leguas y media a pie... Y lo de la caminata no valía un hijo de piña; los doscientos *pescuezos* de multa era lo que todavía les escocía. ¡Y pocas que habían sido las carreras y las vueltas que costó conseguirlos! Y de todo había sido el culpable Serapio, el de *ña* Maclovia, que fue, por miedo, a soplárselo al Inspector de Hacienda. Buena se la reservaba Guzmán al chismoso, si algún día llegaba a toparse con él. Lo macheteaba. Por su madrecita, que estaba en el cielo: habíalo jurado. Santo y bueno que un hombre se vengue de quien le haya jorobado; pero él y *ño Chomo* ¿qué le habían hecho al puerco Serapio? Nada. Por lo menos que ellos lo supiesen.

Ahora eran cinco los *sacadores*, contando al nieto del tuerto Hilario, que era todo un peje. Vivaz como una ardilla, infatigable como una abe-

ja, duro como una res, había logrado hacerse querer de aquellos veteranos del contrabando. Se interesaba por la marcha expedita de *los negocios*, y seguramente que en no lejano día llegaría a ser uno con quien el Inspector tendría que habérselas tieso. Era una hermosa promesa; un polluelo de gavilán, que aquellos viejos cuidaban y mimaban, reservándolo al porvenir.

—*Atraquémosle juego. Yes* hora —dijo el compadre *Chomo*.

—*Acercá* la leña, *Guatón*. . .

El *Guatón*, que así llamaban al nieto del tuerto Hilario por tener desarrollado un tanto más de lo usual el tejido adiposo, comenzó a acarrear brazadas de leña, la que los contrabandistas iban acondicionando en el interior del horno. La leña que usaban era de *guachipilín*, completamente seca, y en rajas, la que entreveraban con tostados *chiriviscos* y mucha chamarasca, recogida adrede.

—¿*Aprobaste* la chicha si está *güena?*

—Está *güena*. Pero el dulce de *ño Liandro* está *mero ishcaque*. Ese viejo es un *malavaina*.

Guzmán no objetó nada en contra de *ño* Leandro (que era Regidor en el pueblo), y que se hacía *del ojo pacho*. Una que otra vez Guzmán le obsequiaba con alguna *vermutera de chaparro*, que el regidor guardaba en su cómoda con el sigilo debido. Se limitó a ordenar:

—¡*Atráquele juego*, compadre!

El compadre rayó un fósforo, y pegó fuego a una tusa que el tuerto Hilario había desfloronado para facilitar la incineración. En seguida la colocó entre las rajas de leña recubriéndola con los *chiriviscos* y unas cuantas puñadas de chamarasca. Al momento comenzaron a chirriar. El humo envolvió la ollaza y circuyentes en una densa nubarrada sofocante. De pronto, aquella queja cesó, y el humo, espeso, fue rarificándose. En las rajas de leña, comenzaban a apuntar las ascuas. Entonces el tuerto cogió un sombrero viejo, de palma, y se puso a soplar. Las llamas cobraron vida efímera: eran apenas como un aliento de llama. La rojura, en cambio, se ensanchaba. Casi cundidas, algunas de las rajas parecían lingotes de hierro en forja. En un instante aquel fogón llegó a parecer el sabatino brasero, listo para cocer, en la infernal marmita, el brebaje de las brujas y los duendes. Pero el humo no desaparecía por completo. Una columnilla plomiza ascendía siempre, y deshilachándose entre las ramas de los *guarumos* y de los *barillos*, lograba atravesar la bóveda de verdura, y flotar por el espacio en impalpables vedijas. Esto inquietaba demasiado a Guzmán. Si ese humillo era percibido de lejos por algún mal intencionado, estaban perdidos sin remedio.

—*Guatón: apartá* esa leña, que está verdiosa, y *buscá* la más seca. ¡No *vayaser* el Diablo!

Por fin la columna de humillo se disipó. Las brasas brillaban. El re-

flejo de ellas ensangrentaba el hollín de la panza de la ollaza, e incendiaba las paredes del horno.

—Anoche agarraron al *Chipe* —dijo el *Macho,* que en esos momentos colocaba la *cabezona* sobre la ollaza, en cuyo hondo seno comenzaba a iniciarse un sordo rumor de ebullición.

La noticia cayó como una bomba entre todos aquellos hombres.

Guzmán, que en ese mismo instante iba a echar una raja de leña para avivar el fuego, quedó en suspenso; el tuerto Hilario, a pesar de la costra de mugre y las marcas de viruela de su rostro, palideció con palidez desusada; el *Guatón* se acercó, lleno de curiosidad medrosa; sólo el compadre *Chomo* recibió la noticia con absoluta tranquilidad. ¡Estaba tan acostumbrado a no recibir de la vida más que bofetadas y puntapiés! Por lo demás, la captura del *Chipe* no era más que un hecho natural. Ellos robaban al Gobierno, y era justo que éste los persiguiera con tenacidad. Lo único que le parecía estúpido era dejarse agarrar así, tan tontamente, como un niño. Había que saber escurrirle el bulto a la escolta que ante los breñales de una montaña y el misterio que ésta encierra, deponía gran parte de su celo. Por ese motivo, se redujo a encogerse de hombros ante la noticia que comunicaba con tanta solemnidad el *Macho.*

Los demás, impacientes, interrogaban a un tiempo.

—¿*Ende* lo agarraron?

—Pues en el pueblo, anoche. El *Meterio* me contó el cuento, *porquel lo vido.* Dice *quen* la tarde llegó el *Chipe* a las aradas, medio *bolo,* y le dijo *quiva a machetiar* a la *Zarca* porque le había contado que estaba con el *Zurdo,* y él no era ningún *olote* para aguantárselo; que él era bueno con la *Zarca* y que qué más quería la muy. . . Contándole, contándole se sacó de la bolsa de pecho *una media* y le *ousequió* un trago, y *aquél* tomó otro. Y que *asina* que *siacabaron la media,* el *Chipe* le *envitó* para que *jueran* al pueblo a dar una *güelta,* y allá *livadar* otros tragos. El *Meterio* le dijo que no iba, y que se acordara que en el pueblo estaba el *ispeutor* con la escolta, y que lo podían j. . . El *Chipe* no le quiso hacer caso y se *jué.* El *Meterio* me contó que el *Chipe siva* cayendo de *bolo,* y le repitió *quiva* a *machetiar* a la *Zarca.* Dice el *Meterio, quen* la noche tuvo *quir* al pueblo a un mandado, y que al pasar por el estanco de *la peche* Maura, *miró* al *Chipe.* Al mirarle el *Chipe* le llamó. *Jué,* y se bebió un trago con él, y *miró* que andaba llevando bastante *pisto. Apachándole el clavo* al *Chipe* andaban otros cuatro, que ya estaban *bolos* también. El *Meterio* tuvo miedo de *socarse* y se iba ya cuando *vido dentrar* el *ispeutor* con otros tres de la escolta, que se *avalansaron* sobre el pobre Chipe. El *Chipe,* viéndose rodeado, apercolló la daga que había dejado sobre la banca, y comenzó a tirarles estocadas a los soldados. Los soldados se defendían metiendo las culatas de los rifles, hasta que el *ispeutor,* sin que el *Chipe* lo sintiera, se *jué* por detrás, y le *ajustó,* con el revólver, un gran *terciazo* en la cabeza. El *Chipe* se *tamba-*

lió bañado en sangre, y entonces los de la escolta lo *maniaron* y casi de arrastrada lo llevaron al Cabildo y lo zamparon en el *calavós*. Daba lástima el pobre *Chipe!* Dicen que hoy lo llevaron a la *ciudá* y que lo van a meter al Castillo.

La chicha hervía en la ollaza. Hervía estruendosa. En el silencio de la montaña, en medio del mutismo de los circunstantes, el borbollar de la ollaza tomaba las proporciones de un ronquido de gigante: un ronquido nasal, estruendoso, que las oquedades del barranco ensanchaban hasta desproporcionarlo. Del agua del *huacal* de lata colocado sobre la *cabezona* se desprendía una espesa columna de humo.

La consternación de los *chaparreros* continuaba.

—¡Pero qué bruto! —exclamó Guzmán—. Se van a c. . . en él, por puro gusto. ¡Qué animal! Debía de haberle encaramado la daga a alguno para que se *pararan* en él por algo.

Ese era su propósito. Si la desgracia, o la traición, le ponía otra vez frente a la escolta, no se dejaría agarrar, sino muerto, y eso después de llevarse por adelante uno o dos, los que dieran lugar.

El relato de la captura del *Chipe* había hecho efecto deprimente en el ánimo aventurero y resuelto de aquellos hombres montaraces.

El miedo dio lugar a que la filosofía, ruda e indocta, hurgara por aquellos cerebros en estado de piedra pómez.

¡Y para eso era la vida! Unos se j. . ., mientras otros se la gozan. ¿Y por qué así? Ese Dios es injusto. . . ¿Qué mal han hecho unos? ¿Qué faltas purgan? ¡Ninguna! Guzmán recorría todo el transcurso de su vida, y no encontraba nada qué reprocharse. Tenía su mujer, su hija, que ayudaba a la madre en las faenas caseras, y su rancho, que valía bien poca cosa. Tuvo un *huatalito,* y un día se vio en la necesidad de empeñárselo al señor *Chepe,* cuando la enfermedad de la Venancia; y por setenta infelices pesos, les arrebató lo que valía más de doscientos. ¿Era eso justo? El médico, en seguida, consumió lo del préstamo; y para pagarle al boticario, hubo que vender la única yunta de bueyes. No le quedaba más que el rancho, que nadie podía quitarle. . . porque no valía ni lo del papel sellado. ¿Y había que aguantar resignado, entregarse a la suerte, maniatado, inerme; no forcejar por obtener el sitio que de derecho corresponde a todo ser humano; agachar la cabeza y presentar sumiso la nuca a la gamella del infortunio? ¡No! Si no se lucha, se acabará por ser vencido. Hay que ser duro de mascar, áspero de tragar. Y el pobre Guzmán se pasaba la vida remolido, presa de hondas amarguras y de tristezas lacerantes. La necesidad le roía. Supo del hambre. Vio ahilarse a su mujer; enfermar de pura debilidad a su hija. Sobre el rancho cerníase la desdicha. ¿Era eso justo? ¿Era eso digno de un Dios que dicen que es bueno, y que vive pensando en las criaturas que a rodar por el mundo echara?

Pero el compadre *Chomo* le sopló un día al oído algo que sacudió intensamente su atribulado espíritu.

Cabalmente ese día padecía horriblemente. ¡Era una injusticia la que con ellos se cometía! Guzmán, y con él otros tantos infelices labradores, habían sembrado unas tareítas de milpa en *la hacienda*, comprometiéndose a dar, como terraje, cierta cantidad de fanegas de maíz, y a trabajar durante la temporada en los cañaverales. Y habían cumplido parte de su obligación; y en espera de una opima cosecha se sentían un tanto aliviados de las calamidades de la vida. La milpa resultó mala, la cosecha desastrosa. Guzmán comprendió entonces que estaba perdido. Había que entregar a *la hacienda* las fanegas de maíz estipuladas en el arreglo, o si no, pagarlas. ¿Y cómo pagar? ¿Sabía él lo que era ver de junto ciento y tantos pesos? En esas tribulaciones andaba cuando el compadre *Chomo* se le aproximó, y al oído, soplóle el secreto. El alma le tembló de miedo y de gozo a un mismo tiempo... ¡El compadre *Chomo* pintábale tan bonito, tan hacedero el proyecto! Allá, en el propio corazón de la montaña, en lo más hondo del barranco, a la vera de la quebrada que entre lustrosas guijas deslizábase; allá, entre los intrincados jarales, podían encontrar lo que les hacía falta, lo que los hombres se obstinaban en negarles. Guzmán, decidióse. Y allá fue.

Emprendieron el negocito con cierto temor y no pocas vacilaciones y otras tantas escaseces. Pero la *primera* rindió. Se sacaron treinta botellas *del bueno*, que ellos mismos se encargaron de expender con el mayor sigilo. Con lo que la venta les produjo compraron todos los *telengues* que se necesitaban para montar decentemente la *sacadera*. El negocio prosperó. El *chaparro* de Guzmán cobró pronta fama, y el modesto fabricante, se hizo señalar por la autoridad, y se vio perseguido por las hordas del Inspector de Hacienda. En previsión de algo, se armaron bien; y el hecho de llegar al escondite cuando los socios fabricaban su mixtura, era peligrosísimo. Podía costarle la vida al imprudente. Un día estuvieron a punto de encaramarle el machete al *shashaco* Esteban, por haberse aproximado de improviso. Tenían agentes para el expendio, los cuales se iban con la *cebadera* repleta de botellas hasta Nejapa, Tonacatepeque y Guazapa, en donde el *chaparro* de Guzmán era el más solicitado de todos los *chaparros*. Esos agentes jamás se adentraban en las poblaciones. Quedábanse por los aledaños, y hasta allí iban a buscarlos los compradores, que pagaban en *bambas* contantes y sonantes. Cuando había velorio de santo, o boda, o muerto en alguna parte, asomaba por allí, como de casualidad, el *hombre de la cebadera*. ¡Tenía un olfato el condenado! Todo les salía bien. Dormían en la montaña, y rara vez bajaban al valle; casi nunca al pueblo. Era arriesgado. La escolta hacía en veces sus incursiones, todas, a Dios gracias, infructuosas. En su escondite guisaban, recibían amigos, tenían guitarra y hasta solían visitarles sus amasias. Esas visitas lo perdieron. Una tarde, en

los precisos instantes en que se ocupaban en cargar la ollaza, se vieron de pronto rodeados. Quisieron escapar, pero un círculo infranqueable de bocas de fusiles les apuntaba. No hubo más remedio que entregarse. Les agarraron, les amarraron unos a otros en sarta, y haciéndoles cargar con todos los *tarantines* del ministerio, arrearon con ellos para el pueblo. Las mujeres, que en las solanas de los ranchos trituraban el *nistamal* en las piedras de moler; los labradores que descansaban, y distraían sus penas tocando el acordeón o tañendo la dulzaina; los rapaces, por completo desnudos, que se revolcaban en el polvo del camino, todos, todos veían, silenciosos, melancólicos, desfilar aquella triste, larga procesión.

—¡Pobre *ño* Guzmán!

—¡Pobrecito *ño Chomo!*

Todos les condolían. Nadie, ni por pienso, osaba recriminarles. Existe entre los humildes, entre los desgraciados y sobre todo si éstos son labradores, cierta francmasonería, cierta complicidad que los hace compadecer, ayudar, y a veces hasta defender a los compañeros de infortunio, aunque éstos fueren los más pavorosos delincuentes.

—¡Pobre *ño* Guzmán!

—¡Pobrecito *ño Chomo!*

Ni uno solo decía:

—¡Qué malvados!

Y en puridad de verdad que no lo eran.

Se les negaba los medios de poder ganarse honradamente la vida ¡pues ellos se los procuraban por torcidos caminos... y en santa paz unos y otros!

Es el derecho a la vida que todos tenemos.

En la ciudad estuvieron presos cerca de dos meses, y para salir libres, tuvieron que pagar una multa, gravosa para ellos. ¡Los pasos que hubo que dar para conseguir la libertad de los pobres hombres! Para atender a los gastos que la excarcelación ocasionó y pagar la multa que se les impuso, hubo que enajenar ciertas cosillas que, con lo que había producido el negocito, se habían ido agenciando. En cuenta entró una pareja de cerdos que la Venancia engordaba, y por la que le dieron sesenta pesos.

Más tardaron en regresar Guzmán y el compadre *Chomo* que en tornar a las andadas. Buscaron un sitio más apartado y más seguro, adquirieron nuevos utensilios y compraron dos cargas de dulce. La ollaza comenzó de nuevo a borbotar como una condenada. Pero esta vez obraban con un sigilo incomparable. Todo cuidado era poco. La clientela se formó de nuevo, numerosa, consumidora, y que pagaba en buenos pesos. A pesar de toda su prudencia, tres veces todavía fueron sorprendidos, y tres veces más caminaron a la capital con las ollazas a cuestas. Y tres veces más salieron libres, después de mil trabajos e infinitos sacrificios. Y las mismas veces volvieron al oficio, audaces, hasta que por fin habían logrado pasar cerca

de dos años tranquilos fabricando y expendiendo su aguardiente sin que la escolta hubiera podido echarles la mano encima.

Del carrizo que horadaba la panza de la *cabezona* comenzaba a caer, gota a gota, el líquido codiciado. Gota a gota caía en el embudo de lata de una damajuana, la que, poco a poco íbase llenando. Un olor de alcohol caliente impregnaba la atmósfera. Cerca, bisbiseaba la quebrada deshilachando sus zarcas linfas entre las aristas de las filudas guijas, y deslizándose por entre los jarales siempre cundidos de *quiebracajetes* y de pintorescos *chonchos*. La penumbra era húmeda; y sobre la grama caían de lo alto las hojas doradas en tardos revoloteos. El canto melancólico de las peteneras se había apagado; en cambio, entre un chaparral de zarzas agresivas zumbaba un nutrido enjambre de avispas. Los rayos del sol del mediodía lograban apenas penetrar hasta aquellas fragosidades en un enrarecido halo de proyector.

La impresión causada por el relato de la captura del *Chipe* habíase disipado por completo. El compadre *Chomo*, con un *huacalito* en la mano, cataba el *chaparro:*

—*¡Güenísimo!*

Y a seguidas enjugóse los labios con el puño de la camisa, no muy limpia.

La gota seguía escurriendo, rítmica, del carrizo, y, aplastándose en la hojalata del embudo, se escurría por la superficie e iba a caer en la panza, ya casi repleta, de la enjuncada damajuana.

JOSE GUSTAVO GUERRERO

Nació en San Salvador el 26 de junio de 1876 y falleció en Niza, Italia, el 25 de octubre de 1958. Fueron sus padres don Francisco Guerrero y doña Luisa Lara. En su juventud se dedicó a la literatura pero luego se consagró al estudio del Derecho Internacional. Fue uno de los fundadores de la Universidad Libre de El Salvador y precursor más tarde de la Autonomía Universitaria. Fundó y redactó con Vicente Trigueros, el periódico estudiantil *El Látigo.* Se graduó en Derecho en la Universidad de San Carlos, Guatemala, en 1898. Su carrera como diplomático y jurista es una de las más brillantes. El es una figura de prestigio mundial.

Hurgando en los viejos papeles de la Biblioteca Nacional para formar esta Antología, que cubre setenticinco años de cuento en El Salvador, encontramos *Sueño,* cuento de J. Gustavo Guerrero, escrito en Burdeos para *La Quincena* de San Salvador y dedicado al poeta General Juan J. Cañas.

Fue Presidente de la Sociedad de las Naciones, Presidente de la Corte Permanente de Justicia Internacional y Magistrado de la misma. Fue Ministro de Relaciones Exteriores de El Salvador en 1927.

EL SUEÑO

Ella es una hada y yo soy un duende, pequeño como el dios Oberón. Un pétalo de rosa podría ocultarme.

Ella se tiene derecha contra la caja argentina de un álamo blanco. Su ropaje de largos pliegues flotantes se extiende sobre la tierra cubierta de césped. De sus pies parecen salir extrañas florescencias, que cual violáceas campánulas sobre tallos infinitamente agudos, ascienden amorosamente hasta llegar al centro de su delicado busto. Súbitamente una de aquellas florescencias se alarga atrevidamente queriendo tocar sus labios. La bella cabeza soñadora de mi hada se inclina sobre la corola para darle un prolongado beso. Entonces, yo como un nocturno salteador de amor, me apresuro a recoger aquella inocente caricia. Y yo me encuentro con alas. El duende se ha transformado en ágil esfinge. Pero cuando yo me presento, el hada desaparece, convertida en un vapor azulado que se contorsiona, se agita, se deshace y va más lejos, deshaciéndose siempre, como impelido por un aliento invisible. Es el dulce soplo vespertino que lo conduce. Corro vanamente en persecución de mi quimera hasta llegar al fondo del solitario bosque, y cuando ya bien cerca la tenía, ella se confunde en las brumas de la llanura. Transido de dolor, me reclino en el seno de una adormidera, y entonces apercibo la luna, perfectamente redonda, que se eleva lentamente como un globo de plata fundido en un cielo profundo. Tanto más fija mi mirada en ella, tanto más su vivo centelleo me sorprende y me fascina.

En medio de mi confusión, alcanzo a distinguir que la blanca luna aureola una cabeza divinamente celeste, que se aleja enviándome sonrisas dulces y compasivas.

Es mi hada, que sube a los cielos, dejándome completamente desolado. ¿La volveré a ver? ¿Me resta siquiera una esperanza?

¡No! ¡Es lo inasible!

. . . .

Cuando abro los ojos, reconozco desde luego mi pequeño cuarto, coquetamente amueblado y perennemente adornado de perfumadas flores. Anonadado por tantas emociones, quiero darme cuenta del sueño que acaba de agitarme, pero las ideas se me escapan, mi imaginación vaga indefinidamente. Me ocupo un momento en seguir sobre los grandes cortinajes flotantes los cordoncillos que sostienen las violetas y las camelias, y éstas no tardan en obscurecerse y en tomar formas fantásticas. Indudablemente alguien ha vertido en mis venas un poco de fiebre y en mi cerebro un poco de poesía. Vuelvo a desvariar y caigo en ese medio sueño en que se conserva la conciencia del ser y del no ser.

Al instante un calor intenso invade todo mi cuerpo y me comunica un supremo bienestar y una alegría inmensa. Hablo de amor, reprocho a mi hada de ser tan ligera y tan cruel. Formo el proyecto de cortarle las alas y de retenerla en una cajita de marfil. Aun así, se me figura que se escapa todavía y que yo la persigo a través de no sé qué exóticos paisajes donde hay profundidades espantosas, separadas por bosques de palmeras y eucaliptus, por montañas gigantescas, por océanos infranqueables. De repente siento su mano posarse sobre la mía ¡Ah, ya estoy consolado! ¡Ella está conmigo! Su fina cabecita está reclinada sobre la mía. Ella se aproxima, se aproxima aún más. Es el beso que viene a sellar mis labios. Sus párpados parecen entorpecidos de amor; el deseo divino se ha despertado. Un segundo más y el hada me hechiza. . . Entonces tiemblo: pienso que ese filtro es un veneno. Meto mi brazo a través y digo, no, yo no quiero más. . . Pero el encanto ha operado. Extiendo los brazos para estrechar y enlazar el vacío. Un grito de dolor se escapa de mi corazón, abro los ojos lo más que me es posible y esta vez veo en el cielo de mi lecho, entre los grandes ramajes de flores, mi espiritual hada desvaneciéndose lentamente y dirigiéndome una mirada llena de tristeza y de reproche.

Burdeos, abril 1903.

(*La Quincena,* Tomo I, Nº 1. 1º abril 1903. Págs. 187-188)

FRANCISCO HERRERA VELADO

Nació en Izalco, Departamento de Sonsonate, el 8 de enero de 1876, y murió allí mismo el 18 de febrero de 1966. Colaboró en *La Quincena*, Revista literaria dirigida por Vicente Acosta. Publicó *Fugitivas*, 1909; *Mentiras y Verdades*, 1923; *La Torre del recuerdo*, 1926, y *Agua de Coco*, 1926 (2ª Ed. 1955).

EL ECLIPSE

Se puso el sol.

Aquella tarde, los indios del barrio de Asunción estaban afanadísimos, buscando cachivaches sonadores con que "ayudar a la luna" en el eclipse anunciado. Iba a principiar —decían— a las veintiuna horas, dos minutos y tres segundos. Eso, naturalmente, lo había pronosticado el maestro de escuela, quien debía de estar bien informado por el almanaque.

Era una contrariedad que la luna tuviese que verse en apuros esa noche; porque precisamente todos esperábamos gozar mucho en el baile que se daría con motivo del matrimonio de *ño* Goyo Patiño.

Ño Goyo era el indio más rico del pueblo y, caso increíble, había llegado a los cincuenta y pico sin querer casarse, contraviniendo las costumbres de su raza. El porqué, nunca lo dijo. Pero es de suponer que como buen rico habíase permitido el lujo de permanecer solterón.

Era propietario de una finca que le producía más de cien quintales de café en oro, y vivía cómodamente en una hermosa casa de adobes y tejas. —"¡Casas con balcones de *fierro!*" —como decían sus parientes pobres los Chilines, quienes eran más pelados que los olotes.

Hay hombres que son queridos de veras. *Ño* Goyo era uno de esos. Tenía amigos notables, escogidos entre los doctores de Izalco y Sonsonate —con la precisa condición de que debían ser abogados—. Los médicos valían poquita cosa para él. Quizá tenía razón; porque ahí no más en su barrio vivían *ña* Casimira Másin y *ño* Chente Látin, quienes hacían curaciones admirables. Cobraban poco: lo que el enfermo quería darles. Y las más veces no cobraban nada, porque el enfermo a quien mataban no les pagaba la curación.

Ño Goyo tenía una gran virtud: era rumboso. En su casa no se bebía guaro sino whisky. Un rincón del patio ostentaba los montones de botellas vacías como gloriosos trofeos. Compraba en Sonsonate las latas de sardinas

por docenas de cajas. Y tenía colección de latas vacías también. ¡Jamás existió hombre alguno que comiera tantas sardinas!

Hay que confesar, sin embargo, un defecto de *ño* Goyo —flaqueza asaz corriente—. Era espléndido con sus amigos los doctores, quienes le "apachaban el clavo" perennemente. Pero que no le pidiesen un favor los naturales, porque para ellos se volvía tacaño tremendo. Cuestión de aristocracia. *Ño* Goyo pertenecía a la alta sociedad.

Pero. . . con el amor no hay clases que valgan. Y cuando el solterón determinó que era tiempo ya de pensar en su matrimonio, no escogió mujer entre las hermanas de sus amigos los doctores. No. Muy cuerdamente eligió a la Chomita, una joven de la familia de sus parientes pobres los Chilines.

Buen ojo tenía *ño* Goyo. La Chomita era la natural más linda que os podéis imaginar. Aunque ya soy viejo, y con experiencia, os digo que nunca he visto cosa más rica. Tenía un cuerpecito tan bien formado con unas curvaturas tan estatuarias, que el refajo le quedaba como si estuviese mojado. Y quince años. Y una carita de color trigueño tan primorosa y maliciosa, que los doctores se quedaban bobos al verla. Quizá esa admiración de gente tan conspicua fue la causante del matrimonio de *ño* Goyo.

Efectivamente, su apoderado el doctor Perla se avistó con los Chilines para tratar del próximo enlace. Por supuesto, los parientes pobres recibieron la petición locos de alegría. Lo malo fue que la Chomita no contestó inmediatamente que sí, como era su deber. La muy cabeza de guacalchía dijo. . . ¿Lo creeréis? ¡Dijo que no!

¡Ah, las mujeres! La Chomita tenía novio. Un carpintero ladino sin una peseta era el pretendiente, hacía mucho tiempo. Y he ahí que ella, aunque india, era tan boba como cualquier señorita. ¡En lugar de ser la esposa de *ño* Goyo, prefería ser otra cosa del carpintero! No obstante, algunos cuantos azotes brindados por los parientes pobres convencieron a la caprichuda.

—¡Sos una bruta! —decíale su nana.

—¡Sos una criminal! —decíale su tata.

—¡Achís, cuítat! —le decían sus tíos.

—*¡Tinequi guilo!* —le decían sus tías solteras.

Tal opinaba la familia Chilín. La pobre muchacha acabó por decir que sí, y le cogieron la palabra. ¡Y la plegaron. . .! Pero no penséis que le hicieron pliegues. Se dice así de la india a quien le quitan el *cuashte* y le ponen faldas plegadas, a la moda.

En la casona de *ño* Goyo, adornada con palmas de coco y hojas de mamey, se celebró aquel acontecimiento memorable.

Muy temprano de la mañana llegó de Sonsonate un tranvía repleto de doctores. Daba gusto ver la casa de la fiesta, llena de señores con trajes de casimir. ¡Y tan alegres todos! (Dicen los amigos de la estadística que

nunca se ha bebido tanto whisky en Izalco, jamás, como aquel día). ¡Lo que habrá tenido *ño* Goyo que pagar después!

—¡No importa: para eso es la plata! —decía el novio gozoso de su apoteosis.

Bebieron demasiado. Ya a la hora del banquete estaban bolos todos los doctores. Aquello era peor que un manicomio. Y como los señoritos de la "mancha brava" de la capital habían impuesto la moda de quebrar platos y copas en sus fiestas, los doctores de Sonsonate y de Izalco quisieron imitar a aquellos elegantes... Y empezaron a lanzar al patio cuanto había en la mesa.

Ño Goyo extrañóse al ver tales fechorías. Pero sus amigos le explicaron que esa era la última moda de San Salvador. Encantado, quiso distinguirse. Dio orden de que no quedase ningún trasto bueno en su casa.

—¡A ver! ¡quién es el arrecho que rompa con más elegancia esos tremoles!

Un botellazo. Dos, tres, cuatro botellazos... Así acabaron los espejos que había alquilado *ño* Goyo en las barberías de Izalco.

A las cinco de la tarde llegó otro tranvía de Sonsonate. Era una especie de "Cruz Roja" para los invitados. Los llevaron en camillas y hamacas.

Tal fue el banquete.

Y como si eso fuera poco, estaba anunciado el baile que se verificaría a las nueve de la noche... De la noche del eclipse... ¡La casualidad!

Hay que explicar que esta segunda fiesta se daba en obsequio a los amigos naturales; pues al banquete sólo habían concurrido los doctores.

Llegó la hora del baile.

La casa llenóse de indios que llevaban caites nuevos y pantalones de "remaches".

A *ño* Goyo hubo que bañarle la cabeza con Agua de Florida para que le pasase la borrachera. Pero a pesar de la ablución estaba muy malito y no se daba cuenta de nada; tal que ni a la hora del eclipse pudo levantarse de la única hamaca buena que había quedado.

¡La hora del eclipse!

Era menester ayudar a la luna. Efectivamente, así lo hicieron. Cada uno de los indios echó mano a lo que tenía listo —peroles, jarrillas, latas vacías, etcétera—, y comenzó la cencerrada. Era un ruido infernal capaz de volvernos sordos. Pero había que ayudar a la luna. Aquella "mancha brava" de naturales quizá resultaba peor que la de Sonsonate. Pero había que ayudar a la luna.

Después del eclipse, y así que tomamos las necesarias copas de guaro, para festejar a la paciente que había salido sin novedad, nos entregamos a las delicias del baile.

Pero he aquí que la nana de la novia —una vieja desconfiada que

no había querido beber— empezó a dar gritos desgarradores corriendo por toda la casa, con una cara tan descompuesta, que adivinamos inmediatamente la catástrofe.

—¡Jerónima! ¡Jerónima! —gritaba la vieja.

Y nada. La Chomita se había eclipsado también.

La buscamos en toda la vecindad, y hubo el alboroto que es de suponer. Nadie daba razón de ella.

¿Quién diablos iba a hallar a la Chomita? Supimos después que el carpintero la estaba esperando detrás de un tapial, y que a la hora del eclipse montósela en ancas de un macho tordillo. Era cosa convenida ya entre ellos.

Los indios creen que cuando hay eclipse y no ayudan a la luna, pierden la cosecha. Acaso tengan razón. Porque ahí está *ño* Goyo de ejemplo patente, quien por no haber ayudado, a causa de la borrachera, perdió su cosecha... No hay duda: tenía que suceder una desgracia.

Además, habéis de recordar que los doctores rompieron a botellazos los espejos.

¡Lástima los espejos, y la Chomita!

(De *Agua de Coco*).

LA PIEDRA

Es creencia muy arraigada entre los indios de Izalco que las culebras llamadas zumbadoras poseen "la piedra", un talismán que da suerte y valor.

Cuando alguien quiere ser afortunado e invencible, ya sabe lo que ha de hacer: conseguir "la piedra". Para apoderarse de ella, desafía a la zumbadora: que si ésta resulta vencida en la lucha, inmediatamente vomitará el trofeo disputado a los pies del vencedor.

Es sabido cómo ataca la zumbadora. Agárrase con los dientes a cualquier raíz, y convertida así en látigo, embiste a colazos, tan rápidos y potentes, que zumban en el aire. De ahí le viene su nombre.

El indio que está resuelto a poseer aquel talismán, busca el sitio donde se guarece la culebra. Cuando la ve entrar, corre y tapa la madriguera con un tarugo. Tal es la provocación para el desafío. La zumbadora ya lo sabe. Pasados tres días, llega el rival, sin arma ninguna, solamente provisto de un costal o de una manga chapina, a guisa de capa torera, para defenderse de los latigazos. Destapa el agujero, y espera. Ese es el momento terrible. Sale la culebra, y veloz como el rayo se lanza contra el provocador. Si éste tiene sangre fría y valor, y logra con destreza escapar a los primeros choques, la culebra está perdida. No tarda en rendirse a causa de los golpes que ella misma se ha dado contra los árboles o el suelo. Llega el final. La zumbadora arrástrase humillada, y vomita la piedra a los pies del que la ganó. Este la recoge, métela en su bolsillo, y. . . "—¡Aquí está el indio más arrecho y más templado, hijos de la guayaba!"

Las siguamontas tienen talismanes también. La siguamonta es un pájaro nocturno que canta siempre en los caminos solitarios. Ahí van a buscarla los enamorados sin esperanza o aquellos que quieren convertirse en afortunados tenorios. Para conseguir ese talismán no se necesita valor sino paciencia. A la siguamonta hay que "miguelearla". En efecto, los

indios la enamoran como si fuese una mujer: "—¡Ay, chulita, yo doy la vida por vos! Asina como me ves aquí, lo mesmo estoy siempre: pensando y repensando en tu querer. Topáme vos también, por vida tuya. Decime que sí convenís. . ."

El indio busca las palabras más líricas, las más persuasivas de su repertorio. Pero cuentan que la siguamonta se hace la desentendida, como si fuera sorda, y sigue cantando. "—Ve, negra, ingrata, que me muero por vos".

Y nada. Así pasan las noches de varias semanas. "—Ve vos, ricura, que mi corazón ya no aguanta más tu desprecio. . ." Nada. No quiere. Pasan muchos meses, muchos. Tampoco. Parece que la siguamonta es honrada de veras. Pero, como con paciencia se alcanza todo, al fin dice que sí, enternecida por aquel constante migueleo. Deja de cantar y baja del árbol. Entonces el pretendiente está listo a tender inmediatamente en el suelo un "paño" nuevo. En ese pañuelo es donde la siguamonta vomita la piedra. Recógela el indio, y. . . "—¡A ver quién es la orguyosa que agora me desprecia!"

Muchos animales hay también que poseen preciosos amuletos. Los venados tienen una piedra que acaso sean las mejores. Son difíciles de conseguir, puesto que el desafío se hace a la carrera, hasta alcanzar al prófugo.

En verdad os digo que la piedra del venado es singularmente útil, muy necesaria. . . porque, llevándola en el bolsillo, no hay pareja ninguna de la guardia nacional que sea capaz de alcanzarlo a uno. . .

Todas estas consejas las sabía yo desde hace mucho tiempo. Lo que no sabía es que hay también algunas personas que nacen con "la piedra de la dicha".

Ahora me explico la buena suerte de muchos a quienes les llega el dinero con tantas facilidades, sin buscarlo siquiera. . .

¡Así, quien no!

* * *

Mi vecina, la señora Carlos, tiene piedra. Sus mozos lo aseguran. Todos saben el porqué de tanto pisto.

Es propietaria de la valiosa hacienda "Piedras Pachas". (Fijaos en el nombre, y decidme si no tienen razón los indios en afirmar lo que os digo).

La señora Carlos, a pesar de ser tan rica, tiene un genio peor que el de una zumbadora. Yo he conocido gente de malas pulgas: maestros de escuela, curas párrocos, directores de policía —y hasta presidentes de la República— con unos genios tan endiablados, que daban ganas de echar a correr. Pero nunca he visto a nadie que pudiera compararse con la señora Carlos.

Es de estatura pequeña, como todas las mujeres bravas. Todo es chiquito en ella, aunque bien proporcionado. Manitas, piececitos, cabecita, orejitas, ojitos, boquita. . . Pero de esa boquita chiquitita salen unas palabrotas tan grandotas. . . como todo cuanto le gusta. El revólver que casi le cuelga en medio de las piernas es un Colt de calibre cuarenta y cuatro. Los puros que fuma son de a jeme. Los tragos de guaro que bebe, dobles. Así debe ser todo: de tamaño grande, hasta los mayordomos que la sirven. Si no, no sirven.

Quizás los culpables del mal carácter de la señora Carlos son sus mozos. Porque la molestan demasiado. Creen que toreándola, como dicen ellos, la llegarán a poner cualquier día en un paroxismo de furor tan grande, que acabará por "echar la piedra". Y como cada cual desea ser el dichoso, se ingenian todos la manera de hacerla rabiar más, por cuenta propia cada uno.

—¡Sebastián!

—¿Qué manda. . .?

—¿Fuiste a darles agua a las vacas?

—¿Qué vacas?

—¡Las mías, bruto! Ya empezás.

—Sí, pues.

—Te pregunto que si fuiste.

—¿A ónde?

—A darles agua a las vacas.

—¿Para qué?

—¡Ah, no, sinvergüenza! Ya sé que lo hacés así por amolarme. Andáte de aquí a que te aguante tu. . .

—Sí, pues.

—. . .a que te aguante tu. . .

—Sí, pues.

—. . .tu madre; que yo. . .

—Sí, pues.

—. . .que yo me cansé ya. . .

—Sí, pues.

—¡Sho! hijo de. . .

—Sí, pues.

Y aquí continúa la señora Carlos diciendo las palabras más gordas de su léxico; va encendiéndose en cólera a medida que habla; hasta quedar sin aliento, ahogándose en su propia rabia. No pudiendo más, entra en su casa, con grandes resoplidos de locomotora.

Así que se ha ido, llegan corriendo los mozos que han presenciado la trifulca; rodean a Sebastián y le hacen la pregunta de siempre:

—¿Echó la piedra?

—¡Qué la va a echar, la maldita!

—Vaya, paciencia; otra vez la echará.

Hay días en que tales escenas se repiten a cada hora, con una precisión cronométrica. Todos hablan en voz baja.

—Hoy te toca a vos. Andá, hacele chinga.

—Voy pué: ¡quien quita!

En esas temporadas la señora Carlos aseméjase a una chinchintora; y es sabido que a esta culebra nadie ha pretendido todavía quitarle la piedra. Pero cuando la vieja está así, los mozos satisfechos creen que ha llegado la ocasión. Y se dicen, frotándose las manos contentísimos:

—Hoy sí echará la piedra.

Pero no la echa. Acaso sea más fácil quitársela a una zumbadora.

* * *

Os decía que los culpables del mal carácter de mi vecina son los indios que trabajan en su hacienda. Y ya veis que no miento. La molestan demasiado.

Pero también sabe reír.

Conmigo es amabilísima; y cuando platicamos, ríe estrepitosamente. Siempre que voy a verla descorcha una botella de whisky, aunque ella tiene verdadera devoción por el guaro nacional.

He observado que sus mozos se enojan cuando llego a visitarla. Ya averigüé la causa. Solamente cuando platica conmigo —dicen— se la oye reír a grandes carcajadas. Y es que, como sé cuánto le gustan los cuentos verdes, siempre le llevo algunos nuevos, vivitos y coleando. ¡Ah, las carcajadas de la señora Carlos!

—¿Cómo diablos va a echar la piedra así? ¡Lo contenta que está agora! Después nos va a costar mucho volverla a calentar.

—¡Eh! quizás de goma sí la eche. Mirálos, pues; ya los dos están bien socados. . .

* * *

—¡A su salud, don Federico! Ah, no señor, no sea tan cuculmeco. Tómeselo todo. Así se hace: no me gusta que queden culitos en las copas—. Y luego amablemente:

—¿Quiere una boquita de jocote?

—Sí, vecina.

—¿Con sal?

—Con sal.

—Es cosa rica un trago con boca de jocote. Pero créame lo que le digo: sólo hay que tomar guarito, porque es fresco. Ese "güisquil" hace daño: es caliente.

—Seguiré su consejo.

—Pues se lo digo por experiencia. Antes yo no tomaba más que "güisquil"; pero tuve que cambiarlo por el guaro cuando me dio el cólico "fírtico".

—¿Nefrítico?

—Sí, eso. Un doctor de Sonsonate estuvo curándome: y después de examinarme los orines dijo que la enfermedad que yo tenía era... No me acuerdo. En fin, que yo tenía piedras.

—¿Qué...?

—Piedras. No se ponga así. No se ría, que es cosa seria. ¡Supiera usted qué dolores! ¿Pero por qué se ríe con tanta gana?

—Es... eso... la... la... piedra.

—¿Cree que es mentira? pues eché una. No se ría. Estuve tomando unas medicinas, y la eché. ¿Le hace gracia, no? ¿Pero qué le sucede? Dirán que le estoy haciendo cosquillas. Ah, ¡ya sé! Es que se le ha trepado el "güisquil" a la cabeza. ¿No le digo? El "güisquil" es caliente, no hay que fiarse de él. ¡Cuidado con el mal de piedra!

—¡Ah, *vox populi...!*

Desde que me hizo la confidencia de su enfermedad la señora Carlos, no puedo acordarme de ella sin pensar que un médico de Sonsonate confirmó el diagnóstico de los indios.

LISANDRO VILLALOBOS

Nació en Chinameca (San Miguel) el 5 de junio de 1890. Se doctoró en Jurisprudencia y Ciencias Sociales en 1917. Publicó: *Vida Económica del Estado* (Impuestos) en 1915; *El Señor de Moropala.* Cuentos y Artículos, 1939.

MEREGILDO

Aquella tarde, Meregildo sentía un extraño y absurdo desgano en todo el cuerpo; pero más extraña todavía, era la terquedad inusitada de sus ideas, que saltaban en su cerebro con la necedad de las moscas que se obstinaban en posarse sobre su frente abatida por el rigor del *mecapal;* que mantenía inclinada su cabeza y fijos los ojos en la pedregosa vereda que como un viejo resorte metálico, unía desde tiempos inmemoriales, la existencia patriarcal de su cantón con la vida uniforme y rutinaria del pueblo vecino.

Caminaba despacio, deteniéndose a menudo a la vera del estrecho sendero; y con un peregrino sentimiento de abandono, depositaba sobre una piedra cualquiera de la senda solitaria, la pequeña y liviana carga que transportaban sus espaldas juveniles; aunque ya encallecidas por el trabajo inveterado de bestia de *arriero,* que es como una marca social que patentiza la abyección de su raza.

¡No era precisamente su displicencia el resultado del cansancio de sus piernas de veinticinco años, prietas, curtidas y deformes por las andanzas de su vida ambulativa de comerciante en baratijas; que va y viene a través de toda la República, con audaces y repetidas incursiones a los Estados vecinos del Norte y del Sur; atravesando la *guardarraya* por los enigmáticos vericuetos del contrabando, en la *mera* madrugada, en la hora que las escoltas duermen el mejor *sueñito.* Viajero humilde, discreto y tímido que conoce el encanto seductor de los caminos, y que sabe de todas las iniquidades y perfidias tropicales del sol, de la tormenta y del huracán!

Dos o tres veces, Meregildo estuvo a punto de hacerse daño en la frente, al quitarse con ímpetus de cólera el pedazo de cuero del *mecapal,* que en ocasiones (recordaba hoy) le había parecido más áspero, que la coyunda que se enrollaba en el testuz de aquella yunta de bueyes, que al-

gunos domingos al detenerse a la entrada del pueblo para arreglar su carga, había visto parados en frente de la casa del señor José —el Secretario Municipal— uncidos al yugo y pegados a la carreta: flacos, petrificados y moviendo la cola, que pasaba de uno a otro de los ijares hundidos con un isocronismo lento y moribundo. De las pupilas redondas, fijas y melancólicas de los cansados rumiantes, rodaban continuamente unos lagrimones turbios, que mojaban las piedras de la calle; y que ponían en el corazón de Meregildo una sombra de tristeza, que lo hacía levantar su fardo con precipitaciones de fugitivo y salir corriendo con incomprendidas esperanzas de olvido.

La brusquedad de sus manos no lograba espantar aquel enjambre de pensamientos, que se materializaban en la epidermis de su cráneo, en una enfermiza hiperestesia de sensaciones y de estremecimientos, que fingían diminutas carreras de insectos tercos y punzadores. Y entonces emprendía de nuevo aquella marcha pausada, intermitente y de ignoradas repugnancias; la cual habría de llevarlo, en breve, hasta su ya cercana vivienda, en un retorno de quince días de ausencia con su comercio trashumante de ínfimos artículos comprados, a precios despreciables, en las piraterías practicadas al margen de los aforos aduaneros; y ofrecidos después, de puerta en puerta, en las moradas de las poblaciones que anidan en las frías concavidades de los *Cuchumatanes*.

De pronto, con uno de los ángulos del ojo, alcanzó a distinguir una invasión de *choconoyes*, que manchaban de carbón las hojas verdes de las *chilcas* y de los *raijanes*, que enfilaban a los lados de la ruta. Y otra vez, con involuntaria resolución, se paró de golpe para contemplar aquel cuadro, que siendo niño, estuvo a punto de romperle las canillas al caer desde lo alto del paredón deleznable; hasta donde quiso encaramarse para sacudir el arbusto infestado, en cuyas ramas los gusanos hacían acrobatismos que le causaban una risa violenta y espasmódica.

Decididamente, no tenía gana Meregildo de andar ni de llegar tan temprano a su rancho, en donde la mujer ya estaría calentando los *tamales*, en la amorosa videncia de su posible regreso para aquella tarde.

Se empinaba la vereda, trepando de allí en adelante, con prudentes desviaciones por los flancos de la colina, en donde se dibujaba muy bien la raya sinuosa del riachuelo, que a trechos, se escondía completamente, en las penumbrosas barrancas, que todos los años el invierno cavaba, más y más, con la tranquila y estoica constancia de un sepulturero, que en las horas de tregua de su fúnebre trabajo, fuera abriendo su propia tumba.

Matizaba el crepúsculo el agua de la poza a donde bajaba la mujer de Meregildo a lavar los trapos; y a quien reconocía él de lejos por la manera tan estrepitosa con que golpeaba la tela mojada sobre las piedras, que, en aquel momento, estaban solas, resecas y grises por la espuma de

jabón, del cual, seguramente estaban impregnadas hasta las más íntimas moléculas de aquellos peñascos, tal vez milenarios.

La tarde ofrecía una fiesta oriental de pirotécnicos colores; tanto, que daban deseos de quedarse un rato contemplando el Poniente; en donde los reflejos eran tan fuertes y vivos, que imaginaban formidables llamaradas, cual si todos los *ranchos* del *cantón* estuvieran ardiendo allá arriba; incendiados por una mano tan malvada, que se entretuviera en dar tonalidades de *achiote* a las hojas tostadas de las *milpas,* dispuestas ya para la *tapixca,* que es la dádiva divina de la *mazorca* del Votánida inmortal.

Sentado sobre una de las protuberancias que alteraban la superficie estéril del suelo; y de cara al panorama magnífico de luminosas agonías de la tarde, *Meregildo Ixtacuy* se entregó, sin más escrúpulos ni resistencias, al embrujamiento irresistible de los recuerdos. Después de todo, la culpa no era suya. Varias veces había experimentado aquel mismo maleficio, particularmente, al volver de sus viajes, en que se sentía satisfecho del producto de las ventas de su comercio errante; y cuando con pueriles pretextos se detenía bajo la sombra húmeda de los árboles, desde donde le gustaba buscar, allá en la lejanía, las letras del alfabeto, que se le antojaban escritas en las líneas misteriosas de los caminos. Menos mal, que entonces, la botella de *guaro* que llevaba siempre en su *tanate* de vagabundo mercader, le brindaba unos tragos que Meregildo bebía con avidez, echando la cabeza para atrás, y abriendo los ojos hacia arriba, por donde emigran las nubes a otros cielos, al impulso supremo del ritmo universal.

Esta vez, no quiso llenar en el pueblo la botella del *guaro;* porque pensó que tenía que pasar por la casa del *Ventura Xicará;* aquel natural más *pistudo* que el Gobierno; y a quien, ahora un año, dejara empeñada la escritura de su *laborcita* para sacar al crédito la mercadería de las casas de los judíos. Y es que se había fijado, que si llegaba con *tragos,* se le enredaban en la cabeza las cuentas de abonos y de intereses, que entre escupidas y consejos, le iba haciendo el indio ricachón.

Nunca se hallaría en tales apuros, *si Tatita Dios no se hubiera llevado al hoyo* al otro Secretario Municipal —un ladino *canche,* listo y meloso— en cuya casa había nacido el pobre Meregildo. Y para colmo de males, su señora madre, la sirvienta callada y sumisa del Secretario, fue aquella indígena, que dos meses después, dijeron los periódicos que había muerto de congestión alcohólica, al subir la cuesta y a un lado de la baranda de hierro que cierra la puerta del panteón. Por eso no le extrañaba, que se le juntaran siempre en la memoria —como lo estaban en la sangre— aquellos dos seres tan buenos ya difuntos, sobre todo, cuando experimentaba la morbosa inquietud de leer, con las pocas letras que él le

había enseñado, el misterio de los caminos en la soledad meditativa de sus viajes.

Se apagaba la tarde. . . Algunos rezagados fulgores vespertinos teñían aún de rosa las nubes lejanas que se tornaban de ajenjo al apartarse de la línea del Poniente, muriendo tras el azul profundo de transparencias metálicas de un pizarra mineral.

La luna rielaba ya sobre la campiña, que remedaba la superficie bruñida de una enorme lámina de plata. Un puñado de retazos extraviados de un *son*, resignado y melancólico, le llegaba de una marimba que lloraba en la distancia; y la alegría de sus notas, que pasaban aleteando por encima de los gajos grises, preñados de amor, de los trigales dormidos, se le metía en el alma como un alarido pavoroso que viniera de muy lejos, acaso del fondo de aquella tumba, en donde dormía la última *juma* su madre infeliz.

Un salto violento y angustiado, cual si taimada alimaña le hubiese picado en alguna de sus plantas desnudas, destacó sobre la manta cinematográfica del paisaje la figura de Meregildo, larga, trémula y perpendicular; y a quien los rancios atavismos de su espíritu, movieron los dedos de su mano derecha en el relieve supersticioso del signo de la cruz; y con el cual asustado y convulso se tocaba en la frente, en la boca y en el pecho, mientras cesaba el canto estridente y macabro del *tecolote*, que como una divinidad implacable y trágica, se escondía en las ramas inmóviles del cerezo vecino. ¡Ah, cómo le palpitaba su corazón! Y es que también se le clavó en la conciencia —como una espina de pescado en el galillo— el remordimiento de que por cumplir con aquel salado prestamista, no pudo pasar a encenderle su candelita al señor de *Chiquilajá*. No cabía duda, de que por allí rondaba la muerte. . . Este presagio siniestro, lo hizo andar con la prisa nerviosa del viandante a quien sorprende la noche y la tempestad.

Y fue subitánea su parada ante la extrañeza infinita de su rancho, que oscuro y mudo, aparentaba en la vaguedad imprecisa de la hora silente y lunar, la sombría silueta de ciertas capillas abandonadas y ruinosas, que había visto en algunos camposantos.

Un murmullo tembloroso de gargantas criminales, salió en seguida por las rajaduras de la puerta; la cual se vino al suelo merced al empuje titánico de Meregildo, cuya furia concentró sus fuerzas de terremoto sobre aquel obstáculo, que sospechaba de infames complicidades.

Providencial la caída del tanate, porque de otro modo, no hubiera impedido la fuga de aquel villano Don Juan, condenado burlador de las tradiciones de su raza; y con quien se confundió en el drama supremo y vengador de un abrazo homicida.

* * *

Jamás hubiera podido Meregildo, puntualizar los incidentes de aque-

lla lucha. Vagamente se acuerda de que la tranca cayó muchas veces sobre sus carnes tirantes y ardorosas; arma que manejaban las manos traidoras de su mujer, quien defendía con desesperación al amante (aquel Juan Calbak, que estaba dando servicio militar en el pueblo; y con quien se encontraba siempre que salía de viaje con la cabeza agachada y en la mano la bayoneta puntiaguda del rifle); que hubo un instante, en que apretaba el cuchillo de vaina de cuero, que solía llevar oculto en una de las bolsas laterales del pantalón y que por fin, el cuerpo de su enemigo se fue aflojando en sus brazos como un costal repleto de maíz que se rompe. . .

Tenía algo del golpe sordo y misterioso de la piedra que se precipita en el abismo, el ruido del cadáver de aquel hombre, que cayó a los pies de Meregildo asustando a las gallinas, que comenzaron a *cacarear como en tiempo de paste;* y sobresaltando al chucho, flaco y goloso, que parado en mitad del patio, con la cola metida entre las patas de atrás, principió a aullar con el hocico abierto y levantado hacia la luna, impasible y serena, de las tragedias de amor; y hacia aquel cerezo vecino, en cuyas ramas inmóviles el *tecolote* entonaba otra vez, su canto de muerte.

NOTA:—Este cuento fue premiado en los Juegos Florales Centroamericanos, celebrados en Quezaltenango, República de Guatemala, en el año de 1927.

LOS ESPANTOS DEL SEÑOR VALENTIN

El señor Valentín era un viejo alto, perpendicular como un cedro montañés, de esos que peinan rudamente los huracanes del invierno. Sus mejillas estaban siempre *chapudas*, a causa de aquel carmín mañanero, formado por la costumbre de más de sesenta años de levantarse a las cuatro de la madrugada y meterse luego al monte, a inspeccionar con amor de campesino las siembras del año, sintiendo en el rostro la caricia húmeda de las hojas empapadas de rocío. Su cuerpo enjuto de carnes fibrosas por la ausencia de la grasa, que derritieron los calores del trabajo que labra la tierra, no sabía lo que era una *calentura* ni mucho menos de achaques de cualquiera otra clase.

Sólo una vez (por cierto no había muerto su mujer, la finada Petrona), la muela del juicio lo "estuvo amolando quince días, quince noches", hasta que, hecho un diablo de la cólera, "vino y amarró una de las puntas de un cáñamo bien macizo al pegue de la muela, y la otra, a la aldaba de la puerta de la cocina y se echó para atrás". Después, sólo se oyó un pujido ronco de fiera herida en el silencio traidor de la noche. Pero la muela aquella fue a parar al sitio de la casa en medio de una escupida grosera de sangre cuajada.

Todos los domingos, a la hora de la Misa Mayor, el señor Valentín bajaba del cantón, montado en aquel caballo *retinto* que un día, estando con "tragos", compró por setenta colones a unos *peroleros* barbudos y andrajosos; animal que "por pura chiripa" le había salido bueno de "andar natural" y hasta un poco "avispado". Pero después de oír misa con santa devoción, se iba directamente al *estanco* con el buen deseo de meter en la misma alforja en donde llevaba el "conqué" de la semana, una "media de guaro", remedio que no debe faltar en la vivienda de ningún prójimo. Invariablemente, en el instante en que se disponía a salir de la cantina, se

topaba con algún amigo, a quien no podía resentir negándose a tomar con él un par de copitas.

Alegre y platicador se tornaba *ño* Valentín, después de aquellas libaciones dominicales. Media vida, era entonces, oírle contar las historias horribles en que él había actuado como principal protagonista, "todo por su desgracia de haber nacido lisiado para ver espantos". Bueno, es que ellos conocen al hombre de espíritu, que no se muere de un susto ni tan siquiera se le para el pelo ni se le hinchan los pies y la lengua, cuando las pobrecitas ánimas que andan penando, encienden sus lucecitas, verdosas y tristes, en los rincones más oscuros de las casas dormidas. ¡Hombre! a veces el *espanto* anda muy apurado. Y se resuelve "a jugar el todo por el todo", pues allá lejos se escucha ya el canto de los primeros gallos de la madrugada. Y de repente, se te aparece un bulto blanco e inmóvil, que espera impaciente que te santigües y que le dirijas incontinenti la frase cabalística: "En el nombre de Dios, todopoderoso, si eres alma de esta vida, di lo que quieras, si no vete a los infiernos". Y el fantasma habla de sus penas y peregrinaciones nocturnas por el mundo.

En muchas ocasiones, el señor Valentín, había tenido que ir a dejar recados de muertos a lugares distantes, hasta donde vivían los familiares del difunto amigo, que falleció sin pagar la *visita* a San Antonio del Monte, en Sonsonate, o a la Virgen de Jucuarán, romería ofrecida en alguna mala hora de inmensa tribulación. . .

Súbitamente, el recuerdo fulguraba con guiños de ojo, miradas maliciosas. Y florecían pícaras sonrisas en la boca de íntegros dientes del rústico narrador. La palabra hiperbólica y fácil, evocaba entonces, aventuras de juventud. En cierta ocasión, por andar requiriendo de amores a las muchachas del vecino caserío, se le hizo media noche antes de llegar a su rancho, cuando en un recodo del camino se le apareció el *cadejo*. El animalito aquel, lo fue siguiendo a poquita distancia, alumbrando las tinieblas con los foquillos rojos de sus pupilas brillantes; mientras que, con el ruido seco de sus cascos diminutos, rompía el silencio trágico de la hora, en cuyo fondo siniestro revientan a ratos, quejidos diabólicos de espíritus malignos.

A *ño* Valentín, se le destemplaba todo el cuerpo al recordar la "fregada", que sufrió una noche en que no podía dormir. Pensaba en su difunta Petrona, que ya iba para once años de muerta. Pensaba también, en aquel hijo infeliz, que "andaba rodando tierra" por culpa de unas falsas imputaciones que le habían levantado en el Juzgado del lugar. Y el dolor de su soledad fue haciéndose pesadilla, que le torturaba el pecho. De repente, sintió que una mano fría le sobaba la cara con cierta ternura de amorosas evocaciones. ¡Achís! Y presto encendió con cólera la mecha del candil de gas, que solía dejar junto a la "pata" de la cama. Pero no vio nada. Apagó la llama del fétido candil, y, momentos después, los dedos

helados volvieron a acariciarle el rostro. Tres o cuatro veces, encendió y apagó la luz el solitario campesino, quien perdida toda sangre fría, lograba a duras penas sostener con las manos sus quijadas temblorosas de miedo, hasta que los primeros resplandores del día vinieron a poner en fuga al porfiado visitante de ultratumba.

¡Desde entonces, *ño* Valentín duerme siempre con el candil encendido, que todas las noches deja medio oculto tras un pedazo de ladrillo colorado, negro ya por el humo de la pobre lumbre, puesta al pie del humilde crucifijo con que santiguaron a su difunta Petrona, cuando se hallaba en paso de muerte, y a quien Dios, Nuestro Señor, debe tener ya en su eterna y divina gloria. . .!

ALBERTO RIVAS BONILLA

Nació en Santa Tecla el 4 de septiembre de 1891. Ganó la Flor Natural en los Juegos Florales del Centenario del 1er. Grito de Independencia, el 5 de Noviembre de 1911. Poeta, cuentista, escultor, Rivas Bonilla maneja el castellano con pureza y galanura. Es autor de obras teatrales que se han estrenado con éxito en San Salvador y algunos países de Hispanoamérica. Médico de profesión. Fue Decano de la Facultad de Humanidades y catedrático en las Escuelas de Medicina y Derecho.

Obras: *Versos*. Versión del *Cantar de los Cantares*. *Andanzas y malandanzas*. *Me monto en un potro*. *Celia en vacaciones*. *Una chica moderna*. *El libro de los Sonetos*.

INOCENTE CORDERO

Esta mañana, así que hube tomado mi bicarbonato, me entregué a la lectura de los periódicos llegados la víspera de la capital.

Por ellos me enteré de la defunción de mi amigo Inocente Cordero.

La noticia me causó honda impresión, a pesar de que en los últimos tiempos no nos hubiéramos frecuentado mucho, reinando entre ambos bien escasa cordialidad.

El motivo de tal distanciamiento era doble: por una parte, Inocente, con todo y llamarse así, había sido el causante de mi dispepsia; y por otra, el susodicho, mediando un caso de fuerza mayor, se había visto en la necesidad de trasladar su residencia, desde hacía tres años, a una celda penitenciaria.

En ese discreto retiro había rendido su último tributo a la Naturaleza el ciudadano Inocente Cordero.

¡Que su gloria haya!

* * *

Inocente Cordero era un hombrecillo sin apariencia de nada. Anémico, tímido, raquítico, melosa la palabra, untuosos los ademanes, servicial y modesto; nunca alzaba la voz ni hablaba sin sonreír.

Por eso, cuando empezaron a circular sobre él ciertos rumores inquietantes, me negué en redondo a darles crédito.

Se decía que Inocente conspiraba contra el gobierno. Fueron al principio vagas habladurías que poco a poco llegaron a tomar cuerpo y consistencia. Se daban detalles, se señalaban fechas. Todos en el lugar hacían comentarios a hurtadillas y nadie ponía en duda la certeza de tan malévolos decires. Sólo yo permanecía inconmovible. Mi fe ciega en la inocen-

cia de Inocente, no sufrió mengua. Y mis relaciones con él, siguieron sobre el mismo pie de siempre.

Sin visitarnos —que nunca lo tuvimos por costumbre— hacíamos un rato de palique cuando a mano venía, o tomábamos juntos algún refrigerio.

Y así iban pasando los días.

* * *

Uno de tantos, mientras jugábamos una partida de damas en la barbería, mi amigo me dijo, a tiempo de coronar un peón.

—Te voy a pedir un pequeño favor.

—Tú dirás. . .

—Mañana salgo de viaje. Estaré ausente una semana, y necesito que me guardes en tu casa una caja cuyo contenido debo poner a cubierto de las indiscreciones de mi mujer.

Si alguna importancia hubiera concedido yo a los chismes circulantes, por lo menos habría titubeado antes de acceder. Pues no, señor. No tuve la menor desconfianza, y en el acto di mi consentimiento, encantado de hacer un servicio a Cordero.

El, personalmente, me llevó su caja —que resultó ser bastante grande— a hombros de un mecapalero, aquella misma tarde, entre oscuro y claro.

La hora crepuscular que escogió para ello, tampoco despertó mi suspicacia, y la encomienda quedó acondicionada debajo de una mesa, en el mismísimo dormitorio.

No volví a pensar en el ajo hasta el día siguiente, regresando de la oficina a la hora de almuerzo, cuando mi mujer me preguntó:

—¿Qué contiene una caja que ha aparecido en el dormitorio esta mañana?

—No sé. Inocente me la trajo anoche para que se la guardara por unos días.

El espanto ribeteado de asombro que se pintó en el semblante de mi digna consorte, no es para descrito.

—¿Inocente Cordero? —preguntó con voz trémula.

—El mismo.

—¡Te has vuelto loco!

—¿Pero por qué, hija mía?

—¡Y que lo preguntes! ¿Acaso no sabes la clase de conspirador peligroso que es el Cordero ese?

—¡Y dale. . .!

—Todo el mundo lo dice. . .

—Pues se equivoca todo el mundo ¡córcholis! ¿Conspirador, Inocente Cordero? ¡Vamos, hombre!

—Mira, Ponciano, que tu tozudez nos va a dar un disgusto.

—Hija, por Dios... ¡No me fastidies!

—¡No! Si quien te va a fastidiar, es la policía. ¿De verdad, no sabes lo que encierra esa caja?

—Te repito que lo ignoro en absoluto.

—¡Claro! Si lo supieras, no la habrías traído a casa. Viniendo de quien viene, lo menos que debe haber ahí dentro, es dinamita.

—¡Mujer!

—Si no es algo peor. Tienes que ir a devolverla ahora mismo.

—Imposible. Cordero salió de viaje esta mañana. Por eso me la trajo anoche.

La conversación siguió por el mismo tenor una hora larga. Mi mujer se mostró intransigente rematada. Y yo, por mi parte, he de confesar que, al cabo, mi fe en la inocencia de Inocente, había disminuido de manera ostensible.

Movido por vaga inquietud, me fui a examinar la malhadada caja, que hasta el momento no me había merecido la más pequeña atención. Era bastante maciza, de madera tosca reforzada con cinchos de hierro y con la tapa sólidamente clavada. Quise pulsarla, y con dificultad pude medio alzar uno de los extremos. ¿Qué diablos habría ahí metido? ¿Explosivos?... ¡pamplinas! ¿Prendas de vestir? El peso excesivo estaba diciendo a gritos que nones. ¿Herramientas de carpintero? ¿Libros? ¿Minerales?...

Me devanaba los sesos discurriendo necedades. Y, lo único que sacaba en claro, era lo significativo y desconcertante del hecho de que Inocente no la hubiera querido dejar en su casa durante su ausencia.

Un pertinaz desasosiego, que me empeñaba en combatir con reflexiones más o menos especiosas, se fue apoderando de mi espíritu en los días subsiguientes. Mi mujer, por su cuenta, se tomó la tarea de acosarme a recriminaciones cada vez más agrias. Comencé a perder el apetito: era el primer síntoma de la dispepsia que se iniciaba.

Entre tanto, transcurrió redonda la semana que Inocente había fijado de plazo para regresar; y él, sin dar señales de vida. Pasó otra, y nada. Yo estaba echado a perder.

Tanto, que todavía no me explico cómo es que estoy en mis cabales, después de la catástrofe.

Ello fue que, después de días interminables, los periódicos de la capital trajeron con grandes titulares y minucioso lujo de detalles, la relación del último complot descubierto para derrocar al gobierno constituido, quien no permitió que el pastel trascendiera al público hasta no tener todos los hilos en la mano. Así, la redada había sido abundante. Los detenidos pasaban de sesenta.

Y entre ellos figuraba, como uno de los más peligrosos... ¿adivinan ustedes quién?... ¡Mi desleal amigo, Inocente Cordero!

* * *

Un volcán reventado bajo mis plantas, no me hubiera producido una conmoción mayor. ¡Cualquiera hubiera creído que la noticia me pillaba de sorpresa!

Me acometió una crisis de vómitos biliosos y otras cosas que me callo por decencia. Cuando estos incidentes digestivos me daban tregua, me ponía a vagar de cuarto en cuarto como un autómata, sin saber qué hacer ni qué pensar. Hubo un momento en que me encontré arrastrando penosamente la maldita caja, con la sensación subconsciente de que había que esconderla en alguna parte.

—¡Imbécil! —me dijo mi mujer—. ¿Dónde podrás meterla, que no la encuentre la policía?

Reconocí la exactitud de su observación, y desistí de mi propósito.

Vinieron luego días aún más amargos. Mi vida era un perpetuo sobresalto, una inacabable zozobra. Cada vez que llamaban a la puerta, me ponía a temblar y a bañarme en sudor frío, pensando que eran los agentes del gobierno. Me atormentaban periódicamente horribles dolores de cabeza y vómitos endiabladamente ácidos. Era la gastroxia, la hiperclorhidria, o no sé qué...

El proceso de los indiciados se desarrollaba con lentitud desesperante. Yo seguía su curso desde lejos, imaginándome cosas tremebundas: la caja de Inocente guardaba armas, explosivos, máquinas infernales... Alguna indiscreción del culpable, alguna imprudencia de su mujer, un día u otro pondrían fatalmente a la policía en autos de mi complicidad. Y entonces... ¡Brrrr!

Bien es verdad que, a ratos, también solía mecerme en alas de la ilusión: mi amigo saldría del atolladero más blanco que el armiño y vendría a reclamarme su preciado depósito, que resultaría repleto —digamos— de hormas de zapatero, o de buriles de pedernal, o de cualquier otra cosa pesada pero anodina.

¡Como no! Después de siete meses infernales, se pronunció sentencia en el juicio de los revoltosos. Tres o cuatro salieron libres, fueron fusilados diez y nueve, y los demás sacaron diferentes condenas. A Inocente le tocaron catorce años y cinco meses de prisión mayor.

* * *

¡Lucido estaba yo, guardando el arsenal de un anarquista en mi propia casa! ¿Cómo salir de él?

El clorato de potasa, la glicerina, la nitrocelulosa, podía dejarlos ir poquito a poco por el inodoro; pero... ¿y las armas? ¿y las bombas?

Día y noche vivía en cavilaciones absurdas. Perdí el sueño. Acabé de perder el estómago. Estuve a punto de perder la vida...

Y estas líneas las estaría escribiendo un difunto, si no fuera que Dios, al cabo, se apiadó de mí y me sugirió la idea de que podría serme de alguna utilidad conocer a ciencia cierta el contenido de la caja. Una vez en posesión de ese dato importante de suyo, ya podría marchar sobre terreno seguro disponiendo lo que mejor conviniera a mi integridad personal.

Con morbosa inquietud esperé la noche. Cuando el mundo estuvo sumido en el más profundo sueño, fui a la cocina y traje un leño y el machete de picar carne.

Sirviéndome de aquellos chismes, y ante la congojosa expectación de mi mujer, me puse a levantar la tapa, extremando las precauciones como es de suponerse.

No sufrí pocos sudores y trabajos. Cuando logré separar la condenada tabla, que se resistía a lo desesperado, se ofreció a nuestras ansiosas miradas una fila de libros manifiestamente inofensiva.

¡No era mal tuno el tal Cordero! Lo gordo saldría después...

Aparté, conteniendo la respiración, la fila encubridora y debajo apareció otra igual. Y después otra. Y otra. Y otra más. Y así, hasta quedar visible, mondo y lirondo, el fondo de la caja.

Mi mujer estalló en improperios. Me puso como hoja de perejil y se fue rabiando a la cama, desde donde continuó acumulando incongruencias sobre mi cabeza. Ella, que hacía un momento temblaba de pavor pensando en el horripilante material nihilista que íbamos a descubrir, ahora estaba fuera de quicio porque no había un triste grano de pólvora. ¡Quién entiende a las mujeres!

Yo sentí como si me hubieran quitado de los hombros el peso de una montaña y me puse a correr de un lado para otro, saltando muebles y dando zapatetas en el aire, loco de alegría.

Calmadas aquellas justas expansiones de mi espíritu, me llegué con mano temblorosa a examinar mi nueva biblioteca.

Estaban allí todo Pitigrilli y casi todo da Verona. Allí estaban el Decamerón y el Satiricón, y algo del Aretino, y mucho de Joaquín Belda, y no poco de Alvaro Retana, y cien autores más, tan conspicuos como ellos.

¡De entonces arranca mi pasión por la literatura!

(De *Me monto en un potro)*.

AMIGO SERVICIAL

En aquel tiempo no se conocía por acá el asfalto, y nuestras carreteras se recorrían por lo general a lomo de mula.

Y aconteció que hube de disponer un viaje a La Libertad, en pos de la dueña de mis malos pensamientos, que había ido allá a pasar una temporada con su familia, según costumbre de todos los años.

El problema era serio. Yo necesitaba una mala cabalgadura y no tenía un cuarto para pagar el alquiler.

Después de mucho discurrir, vine a dar con la solución. Una sencillez de solución, que consistía en pedir prestado el animal. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Pensarlo, y salir en busca de Marcos Callejas, todo fue uno.

Marcos Callejas era un antiguo amigo de mi padre. Por los años de mi cuento, andaría alrededor de los setenta. Era seco y nervioso, con puntas de chancero y ribetes de socarrón, y vivía del alquiler de unas cuantas bestias medio muertas de hambre.

Estaba de sobremesa cuando llegué a su casa. Me recibió con su amabilidad habitual, nos preguntamos por las respectivas familias y cambiamos algunos propósitos banales.

Yo no sabía cómo asestarle el golpe. A decir verdad, el asunto, visto así de cerca, ya no me parecía tan llano, y casi me estaba arrepintiendo...

Por fin, Marcos, viendo que no daba trazas de entrar en materia, y adivinando que por algo lo buscaba, me preguntó el objeto de mi visita.

Yo tragué saliva.

—Mira, Marcos —le dije—, necesito una bestia para unos días.

—Estoy a tus órdenes —me contestó.

—Pero —continué— existe una circunstancia especialísima...

—Tú dirás.

—Que... que no tengo con qué pagar el alquiler.

Marcos tamborileó con las uñas sobre la mesa y pegó el mentón al pecho en actitud meditativa; pero aquello no duró un segundo. Inmediatamente me estaba mirando otra vez cara a cara con benévola sonrisa.

—Vaya, hijo, no te apures —dijo con rara solicitud—. Todos mis animales están a tus apreciables órdenes.

—Uno solo, necesito.

—El que tú quieras. Vamos a escogerlo.

Marcos no usaba servilleta; pero yo me lo imaginé arrojándola con donairoso descuido sobre el mantel —que tampoco existía— en el momento de levantarse para guiarme a la cuadra.

Confieso que tanta munificencia me dejó maravillado y que me resistía a creer que fuera verdad lo que estaba ocurriendo. ¡No habría yo de conocer a Marcos!

No me cupo dentro la gratitud por mi bienhechor.

—¡Oh, Marcos! —empecé a decir—. No sabes en cuánto aprecio el favor que me haces. . .

Me interrumpió con gesto magnífico:

—¿Quieres callar, hijo mío? ¡Si estoy encantado de poderte servir!

Lo repito: me costaba trabajo creerlo.

En la cuadra aparecieron ante mi vista, correctamente alineadas, las grupas de cinco animales más o menos presentables.

—Elige —me dijo el dueño.

—Hombre. . . yo no sé. El que tú me quieras dar.

—Vamos a ver. A Carbonero —y señalaba un macho prieto entradillo en años— no te lo puedo dar, y es lástima. No hay mejor cabalgadura que ésta para las largas jornadas; pero ahora tiene una chira en la cruz.

Era verdad. En el sitio indicado podía verse una matadura enorme, cubierta de moscas y bálsamo negro.

Al lado de Carbonero había una mula baya de bastante buen ver.

—¿Y ésta —pregunté.

—¡Ah! Esta es la Bicicleta. La llamaron así, allá en los dorados tiempos de su juventud, por lo rápido y suave de su andar. Ahora se ha puesto un poco lerda a causa de la edad.

—Eso es lo de menos. En haciendo una legua por hora. . .

—Más hace, te lo garantizo. Y es mansa como un cordero. Donde te desmontas, no tienes que molestarte en amarrarla: si en una semana no la vas a buscar, en una semana no se mueve de allí. ¿Te la mando ensillar?

—En este momento, no. Vendré por ella a las cuatro de la mañana.

—A las cuatro en punto estará lista.

—Nada: que mañana monto en Bicicleta.

—Ahora, te he de advertir una cosa, para que estés prevenido. La Bicicleta tiene una maña.

—¡Demonio!

—No, no es nada de peligro. Lo que hay es que, si por desgracia llegas en tu camino a algún paraje que le agrade a la mula, va la Bicicleta y piensa: —Aquí me quedo—. Y allí se queda, pues, sin que encuentres manera de hacerla dar un paso más. La maldita es testaruda como su padre, que era un burro.

—¡Tiene gracia!

—No lo sabes tú bien. Una vez perdí tres días y tres noches en mitad de un camino real, esperando que le volviera la gana de andar. No conseguí que se moviera, ni encendiéndole fuego entre las patas. Lo más que hacía era patear duro, como quien se sacude las hormigas.

—¿Y en qué pasó todo ese tiempo?

—En nada. Cuando se cansaba de estar parada, se tendía en decúbito supino, y así se estaba horas.

¡Una mula en decúbito supino! Una de dos: o Marcos no sabía lo que eso significa, o era un embustero de siete suelas.

Y él continuaba:

—Al fin y al cabo, tú no llevas prisa. Sin contar que, a lo mejor la mula no se acuerda de la maña y te lleva adonde vayas de un tirón.

—Bien, pero... ¿y si se acuerda?

—Entonces, paciencia ¡qué caramba! o haces las de mi compadre Nicho. Una vez le presté a mi compadre la Bicicleta, y tuvo que alquilar una yunta de bueyes para que se la remolcaran cinco leguas. Tú, claro está, no tienes dinero para alquilar la yunta; pero no faltaría quien te hiciera la caridad.

—No. Decididamente, no me conviene. Mejor veamos otra.

—Aquí tienes a Mandarín.

Mandarín era un caballejo retinto.

—¿Tendrá su maña, también?

—Claro que sí. Casi no hay bestia que no la tenga. Este, lo que hace, es desbocarse sin qué ni para qué. Cuando tú menos lo esperas, sale disparado en una carrera loca por donde mejor le place. Y si no te agarras como mico, con las cuatro manos, te estrella sin la menor duda. Menos mal que, si no se le antoja coger por donde tú no quieres ir, te lleva a tu destino diez veces más pronto de lo que te proponías.

—Sí, sí. O me lleva por otro rumbo.

—¡Ah! Esa es otra. Cuando no se desboca...

—¿Qué pasa cuando no se desboca?

—Tú quieres ir a Tamanique, supongamos. Pues, eso, a Mandarín, lo tiene muy sin cuidado, y si se le mete entre ceja y ceja irse para Sensembra, pues a Sensembra te lleva, a pesar de los pesares. Es tan testarudo como la Bicicleta.

—¿A Sensembra?

—O a Guacotecti, o a Jujutla, según la ventolera que le sople.

—Demasiado aventurado. Prefiero otra. ¿Cómo se llama ésta?

—¿La primera de la fila? Esta es la Mijarra. Espléndida mula, hijo. Voluntaria, valiente, rápida. En tres horas cortas estarás en Santa Ana, si quieres. No necesita de espuela. ¿Te conviene?

—No sé. Antes necesito conocer su. . . especialidad.

—La Mijarra sería una bestia sin tacha, si no fuera que es algo asustadiza. Ella es la que mató al maestro Galdámez.

—¿Al maestro Galdámez?

—Sí. Camino de Guatemala, cuando iba pasando el Puente de los Esclavos, una lavandera que estaba abajo, golpeó sobre una piedra con un trapo mojado.

—¡Diantre!

—Fue tal el respingo del animal, que el pobre maestro salió despedido por encima del pretil. Con semejante altura. ¡Figúrate! se hizo pedazos contra las piedras.

Se me erizó el cabello al oír semejante diablura.

—Basta, Marcos —exclamé—, no prosigas. ¿Para qué rayos? Está visto que, a pesar de toda tu buena voluntad, no me podrás complacer.

—Porque tú eres muy difícil, hijo.

—Por lo que sea. . .

—Aguarda, no seas impaciente. Todavía no has visto a la Panda.

—¿Esa? —pregunté señalando una yegua que estaba al final de la fila.

—No. Esa es la Coyota. No vale la pena. La Panda es otra cosa; pero no está aquí por el momento. Si la quieres esperar. . .

—¿Para qué? Mucho será que no resulte la peor de todas.

—¿Quién? ¿La Panda? Te equivocas. Si te digo que vas a quedar encantado. Mansa como una paloma, rápida como el viento, incansable, sobria, elegante. . . ¿La quieres esperar?

Sentí impulsos de abrazar a mi interlocutor.

—¿Me garantizas que no tiene maña?

Marcos se puso la mano en el pecho con gesto solemne.

—Te juro que es sencilla y buena como un ángel —dijo.

Le arranqué aquella mano del corazón y se la estreché con fuego en señal de estar cerrado el trato.

—¿Llegará pronto? —pregunté.

—Creo que sí. Cuestión de tres o cuatro semanas. Ahora anda por la Mosquitia Hondureña. . .

Por allí cerca estaba botado un azadón. También vi, como entre un vaho de sangre, al alcance de mi mano, el mazo de una piladera. En el

primer momento, no supe cuál de aquellos dos objetos elegir para asesinar a Marcos Callejas.

A Dios gracias, me supe dominar a tiempo.

Después de todo, una amabilidad como la que aquel hombre desplegó en mi obsequio, es cosa que no se paga con todo el oro del mundo. . .

(De *Me monto en un potro*).

SALARRUE

Salarrué, seudónimo de Salvador Salazar Arrué, nació en Sonsonate, el 22 de octubre de 1899, y murió en San Salvador el 27 de noviembre de 1975. Poeta, pintor y escritor con quien culminó la narrativa salvadoreña de principios de siglo, que tuvo como principales antecesores a Francisco Herrera Velado, Arturo Ambrogi y José María Peralta Lagos. Fue uno de los fundadores de la nueva corriente narrativa latinoamericana.

"Cuentos de Barro", son la vuelta a la tierra, el redescubrimiento de lo que estando al alcance de la mano, pasaba inadvertido. En estos cuentos, el autor logra una plena identificación con el mundo campesino, nunca antes advertida en los autores salvadoreños.

Obras: El Cristo Negro (1927); El Señor de la Burbuja (1927); O'Yarkandal (1929); Cuentos de Barro (1933); Eso y Más (1940); Remotando el Uluán (1940); Cuentos de Cipotes (1945); Trasmallo (1954); La Espada y Otras Narraciones (1960); La Sed de Sling Bader (1971); Catleya Luna (1974); Mundo Nomasito (1975).

LA BOTIJA

José Pashaca era un cuerpo tirado en un cuero; el cuero era un cuero tirado en un rancho; el rancho era un rancho tirado en una ladera.

Petrona Pulunto era la *nana* de aquella boca:

—Hijo: abrí los ojos; ya hasta la color de que los tenés se me olvidó!

José Pashaca pujaba, y a lo mucho encogía la pata.

—¿Qué quiere mama?

—¡Qués nicesario que tioficiés en algo, ya tás indio entero!

—¡Agüén!...

Algo se regeneró el holgazán: de dormir pasó a estar triste, bostezando.

Un día entró Ulogio Isho con un *cuenterete*. Era un como sapo de piedra, que se había hallado arando. Tenía el sapo un collar de pelotitas y tres hoyos: uno en la boca y dos en los ojos.

—¡Qué feyo este baboso! —llegó diciendo. Se carcajeaba meramente el tuerto Cande!...

Y lo dejó, para que jugaran los *cipotes* de la María Elena.

Pero a los dos días llegó el anciano Bashuto, y en viendo el sapo dijo:

—Estas cositas son obra denantes, de los agüelos de nosotros. En las aradas se incuentran catizumbadas. También se hallan botijas llenas dioro.

José Pashaca se dignó arrugar el pellejo que tenía entre los ojos, allí donde los demás llevan la frente.

—¿Cómo es eso, ño Bashuto?

Bashuto se desprendió del puro, y tiró por un lado una escupida grande como un *caite*, y así sonora.

—Cuestiones de la suerte, hombré. Vos vas arando y ¡plosh!, derrepente pegás en la huaca, y yastuvo; tihacés de plata.

—¡Achís!, ¿en veras, ño Bashuto?

—¡Comolóis!

Bashuto se prendió al puro con toda la fuerza de sus arrugas, y se fue en humo. *Enseguiditas* contó mil hallazgos de *botijas,* todos los cuales "él bía prisenciado con estos ojos". Cuando se fue, se fue sin darse cuenta de que, de lo dicho, dejaba las cáscaras.

Como en esos días se murió la Petrona Pulunto, José levantó la boca y la llevó caminando por la vecindad, sin resultados nutritivos. Comió *majonchos* robados, y se decidió a buscar *botijas.* Para ello, se puso a la cola de un arado y empujó. Tras la reja iban arando sus ojos. Y así fue como José Pashaca llegó a ser el indio más holgazán y a la vez el más laborioso de todos los del lugar. Trabajaba sin trabajar —por lo menos sin darse cuenta— y trabajaba tanto, que las horas coloradas le hallaban siempre sudoroso, con la mano en la mancera y los ojos en el surco.

Piojo de las lomas, caspeaba ávido la tierra negra, siempre mirando al suelo con tanta atención, que parecía como si entre los borbollos de tierra hubiera ido dejando sembrada el alma. *Pa* que nacieran perezas: porque eso sí, Pashaca se sabía el indio más sin oficio del valle. El no trabajaba. El buscaba las *botijas* llenas de *bambas* doradas, que hacen "¡plocosh!" cuando la reja las topa, y vomitan plata y oro, como el agua del charco cuando el sol comienza a *ispiar* detrás de *lo del ductor Martínez,* que son llanos que topan al cielo.

Tan grande como él se hacía, así se hacía de grande su obsesión. La ambición más que el hambre, le había parado del cuero y lo había empujado a las laderas de los cerros; donde aró, aró, desde la gritería de los gallos que se tragan las estrellas, hasta la hora en que el *güas* ronco y lúgubre, parado en los ganchos de la ceiba, *puya* el silencio con sus gritos destemplados.

Pashaca se peleaba las lomas. El patrón, que se asombraba del milagro que hiciera de José el más laborioso colono, dábale con gusto y sin medida luengas tierras, que el indio soñador de tesoros rascaba con el ojo presto a dar aviso en el corazón, para que éste cayera sobre la *botija* como un trapo de amor y ocultamiento. Y Pashaca sembraba, por fuerza, porque el patrón exigía los censos. Por fuerza también tenía Pashaca que cosechar, y por fuerza que cobrar el grano abundante de su cosecha, cuyo producto iba guardando despreocupadamente en un hoyo del rancho, *por siacaso.*

Ninguno de los colonos se sentía con hígado suficiente para llevar a cabo una labor como la de José. "Es el hombre de jierro", decían; "ende que le entró asaber qué, se propuso hacer pisto. Ya tendrá una buena huaca. . ."

Pero José Pashaca no se daba cuenta de que, en realidad, tenía *huaca.* Lo que él buscaba sin desmayo era una *botija,* y siendo como se decía que

las enterraban en las aradas, allí por fuerza la *incontraría* tarde o temprano.

Se había hecho no sólo trabajador, al ver de los vecinos, sino hasta generoso. En cuanto tenía un día de no poder arar, por no tener tierra cedida, les ayudaba a los otros, les mandaba descansar y se quedaba arando por ellos. Y lo hacía bien: los surcos de su reja iban siempre pegaditos, *chachados* y *projundos*, que daban gusto.

—¡Onde te metés, babosada! —pensaba el indio sin darse por vencido—. Y tei de topar, aunque no querrás, así mihaya de tronchar en los surcos.

Y así fue; no lo del encuentro, sino lo de la tronchada.

Un día, a la hora en que se *verdeya* el cielo y en que los ríos se hacen rayas blancas en los llanos, José Pashaca se dio cuenta de que ya no había *botijas*. Se lo avisó un desmayo con calentura; se dobló en la mancera; los bueyes se fueron parando, como si la reja se hubiera enredado en el raizal de la sombra. Los hallaron negros, contra el cielo claro, "*voltiando a ver al indio embruecado, y resollando el viento oscuro*".

José Pashaca se puso malo. No quiso que *naide* lo cuidara. "*Dende que bía finado la Petrona, vivía íngrimo en su rancho*".

Una noche, haciendo *juerzas* de *tripas*, salió sigiloso, llevando, en un cántaro viejo su *huaca*. Se agachaba detrás de los matochos cuando *oiba* ruidos, y así se estuvo haciendo un hoyo con la *cuma*. Se quejaba a ratos, rendido, pero luego seguía con brío su tarea. Metió en el hoyo el cántaro, lo tapó bien tapado, borró todo rastro de tierra removida; y alzando sus brazos de bejuco hacia las estrellas, dejó ir liadas en un suspiro estas palabras:

—Vaya: ¡pa que no se diga que ya nuai botijas en las aradas!. . .

(De *Cuentos de Barro*).

UN CLOWN

—Por todo habría pasado yo —me dijo la frívola Rebeca— menos por admitir que Chas-Chap, el formidable *clown* se llamase irremediablemente Enrique Smith; así, secamente, sordamente, estúpidamente: Enrique Smith.

Las últimas letras las dijo mi deliciosa amiga, con las narices, haciendo una mueca encantadora como la de un chiquillo que olfatea un frasco de sales amoniacadas. Hizo con sus dedos acalambrados una especie de mariposa, en el aire, la despidió excéntricamente y aflojando todos los músculos del cuerpo se hundió en la silla con el aplomo de la más desastrosa desilusión.

—No te desmayes —le dije.

Abrió sus verdes ojos. Los hizo girar, los traslapó.

—Pero, ¿te das cuenta? ¡Aquello era para suicidarse!

—¿Estás segura de que no te ha mentido?

—No, no ha mentido. ¡Es un desgraciado!...

No veo que el simple disgusto de llamarse Smith autorice a alguien para ser desgraciado. Además que él es Chas-Chap y nada menos; todo el mundo lo conoce por ese nombre y nadie se avendría a llamarlo de otro modo. Un nombre tonto, ¿qué más da?... Y si ese nombre se ha destruido con otro lleno de fama, menos aún.

La frívola Rebeca se puso en pie de golpe. Se había quedado mirándome con terrible fijeza. Estuvo un momento inmóvil, despeinada. Sentía que se me echaba encima. Dio dos o tres pasos enredados, como tejidos de misterio, se paró en frente de mí, trágica y en jarras. Se veía que iba a decir algo a la vez solemne y ridículo. Me habló con la entonación y las palabras que yo acababa de arrojar.

—Y si ese nombre se ha destruido con otro lleno de fama... —repi-

tió dándome la sensación de un eco—... ¡¡Pues ahí está, ahí está lo terrible!!

Apuntaba con el índice tembloroso sobre mi pechera. Yo estaba completamente seguro de que lo terrible, no estaba allí. Así pues, sonreí incrédulo y dije:

—¡¡Bah!! Eres ingenua: Te ha hecho tragar la vieja historia de los payasos. El hombre pintarrajeado que hace reír a carcajadas al mundo y que no obstante llora a lágrima viva, su corazón destrozado por un dolor cualquiera; por un amor no correspondido, por un sacrificio, por hambre, ¡qué sé yo!... Es un argumento demasiado antiguo y de pésimo gusto.

Rebeca cerró piadosamente los ojos, suspiró con todo su cuerpo, dobló sobre el diván una de sus piernas, se sentó indolentemente en ella y rodeando mi cuello con uno de sus enjoyados brazos me contó la cosa tremenda.

—Ante todo —dijo—. ¿Estás seguro de que TU eres realmente TU?

—¡Hombre! —exclamé un poco azorado—, como no sea yo, me pego un tiro. ¡Vaya una pregunta!

Por precaución me miré en el espejo de al lado y satisfecho del resultado añadí:

—Lo que tú quieres esta noche, y lo vengo sospechando desde que te pusiste ese traje negro, es que hagamos una sesión espiritista. Te advierto que me dan sueño.

—¡Déjate de boberías! —protestó— y no te busques en el espejo, que ESE —y señalaba el espejo—, ése no eres tú.

—¿Pues quién, tú?...

—Eso es un fantasma...

Su boca se aguzó en desprecio. La miré en el espejo; me miró en el espejo. Por primera vez temblé ante un espejo, ante ese mueble invisible aunque sólido, en donde está nuestro pobre yo, guardado, que permite al hombre conocerse a sí mismo en su parte física y al que llamamos siempre con la seguridad de encontrarnos. "Si no fuera el espejo" —pensé— "no me vería la cara". Dudé si sería yo, yo mismo, dado que no me reconocía sino en el espejo. "Eso es un fantasma" había dicho aquella loca.

—Te aseguro que estás de excelente humor.

—¡Déjate de bromas y una vez siquiera habla conmigo en serio! La vida no es sólo para broma y necias charlas. Por frívolo que uno sea debe tener sus días, sus horas, sus ratos de seriedad.

—De acuerdo —dije—. Trataré de complacerte esta noche. Empezaré por decirte que estoy ya preparado; por primera vez en mi vida he visto el espejo. Esa cosa invisible. Me aventuro a creer ahora que no he tenido ni tendré mejor amigo que él. Sin él no sería yo como soy.

Rebeca se volvió a poner en pose. Saltó sobre sus tacones y apuntó de nuevo a la pechera de mi camisa. No sabía dejar de ser pedante.

—¡¡Pues ahí está, ahí está lo terrible!! —volvió a decir con voz temblona—. Dices que es el espejo tu mejor amigo y yo te aseguro que es tu peor enemigo.

—¿Y quién eres tú para hacerme revelaciones tan dolorosas?

—Si no pudieras ver ese fantasma que tomas por ti mismo, te buscarías en otra parte y al fin te encontrarías dentro de ti mismo, dentro de ese cuerpo cuya faz no podrías nunca apreciar.

Había dicho "faz"; la cosa se estaba poniendo cargante. Medité por complacerla y llegué a las siguientes conclusiones: yo había comprado aquella tarde un palco en el "Indice" para ver a Chas-Chap y a la célebre María Canandy, "la de los pies de pez"; Clemente, Clarita y Mr. Broken habían quedado de avisar a casa de Rebeca en qué parte nos encontraríamos. El teléfono no sonaba, por lo consiguiente era casi seguro que no tardaría en sonar.

—Sí —dije convencido—, es evidente que así sucedería. Pero pasando a otra cosa. . .

—¡Pues a ello voy, no te impacientes! Sólo hemos hecho divagaciones a causa de que tú dijiste que nada importaba el nombre de Enrique Smith cuando se había sustituido con el célebre de Chas-Chap. Te he dicho que es ahí precisamente donde está lo espantoso y esa no es opinión únicamente mía, que antes lo ha sido del propio Enrique Smith.

—Creo estar en ascuas. Explícate.

Saqué un cigarrillo, lo encendí elegantemente y lancé al viento una primera nube llena de tolerancia aunque con una que otra voluta de indiferencia. Crucé ampliamente la pierna y arrellané mis desventuradas oideras.

—Empezaré por el principio —dijo Rebeca acojinándose en el diván.

—Harás muy bien —respondí seriamente—. Hay que dejar el fin para el final.

—Te ruego abandonar ese tono burlingo que te tienes. No has de hacerme gracia por hoy.

—Lo dejaré todo —aseguré—. Deseo escucharte.

—¡Gracias! No has de arrepentirte de escucharme. Es una aventura tragicómica digna de ser tratada por una pluma fuerte.

No me había levantado. Eran como las nueve de la mañana cuando me anunciaron la visita de Chas-Chap. Yo había concedido a Chas-Chap muchos favores, tantos como a ti, pero a él le serví un día lo que a nadie más que a mí misma había servido hasta entonces. El venía por esto. Lo demás le tenía sin cuidado. Llegó hasta mi cama. Estaba pálido, ¡muy pálido!, le temblaban las manos, temblaba todo él, miraba de un modo feo. Sentí que necesitaba consuelo y le acaricié con afán de hermana.

—"¡Chaschín!" —le decía—. "¿Qué te ocurre, hombre? ¡Qué feo y qué tétrico vienes! ¿Has vuelto a la droga, verdad?"

—"Sí" —dijo profundamente—. "¡Soy un desgraciado!"

Me pidió droga y se la di. A seguido de la reacción me contó su historia. Si alguien tiene historia, ese es Chas. Empezó así:

—"¿Sabías que yo me llamo Enrique Smith?"

Yo redondée la boca todo lo posible. Después las carcajadas se me volaron de la jaula a pesar del carácter casi fúnebre de Chas o quizás por ello mismo.

—"¡Oh no!" —le dije—. "¿Pero te llamas así?" La risa me ahogaba.

—"Eres cruel" —dijo—. "¡En fin! . . . Sí, me llamó así".

—"¡Pero eso es atroz!" —le dije agotada y enjugándome las últimas lágrimas de risa.

"¡Ah, pobre amiga! ¡Lo atroz no es llamarse así, lo atroz es llamarse Chas-Chap!" Puso el puño cerrado contra su frente. "¡Lo atroz es sentirse devorado por Chas-Chap; irremediablemente perdido! ¡Lo espantoso es no saber ya quién es uno, dónde acaba!"

Lloró unos momentos. Si hubiera tenido puesta su inconfundible indumentaria y su célebre bigote, me habría muerto de risa.

"Ese mundo" —dijo—, "ese mundo de la farsa es REALMENTE un mundo aparte. Yo. . ., él no puede verse ante un público sin trasladarse instantáneamente a un planeta en el cual se vive de miradas y para gustar. Se camina sobre corazones humanos y bajo un cielo de aplausos. La vocación para farandulero es como una facultad de penetrar en un mundo distinto, en ese mundo de que te hablo, donde uno es como inmaterial, como creado por algo que los individuos en rededor fluyen. No todos los que se dicen actores penetran *de verdad* ese mundo. Es un lugar donde los habitantes se llaman personajes. Algunos afortunados dominan ¿me entiendes?, dominan a esos habitantes, pero ¡ay! del que es dominado por uno de aquéllos. Pierde, ya no su vida, pierde. . . su alma". Y cuando dijo esto su voz era oscura.

—Pero, ¿es verdad que te ha dicho Chas-Chap todo eso? —pregunté a Rebeca ya convencido de que me relataba algo más cercano a lo estupendo que a lo estúpido.

—¿No quieres creerme? Te aseguro que me habló de tal manera, aquel día, que empecé a indignarme contra Smith por denigrar, por odiar, por envidiar acaso, al célebre Chas.

"Por las noches" —me dijo—, "suelo levantarme sobresaltado. Tengo siempre miedo de alguien; a veces de él, a veces de mí. Ya no soy solamente uno. Ya somos. ¿Te das cuenta del horror?, YA SOMOS. . . En la oscuridad adivino entre uno y otro gesto mío, gesto de él, los inconfundibles gestos de Chas-Chap. Enciendo las luces. En el silencio de la noche se eleva inmensa mi eterna interrogación: ¿Ya dejé de ser yo?. . .

Porque —¡mírame a los ojos Rebeca, niña piadosa! —Yo no soy Chas-Chap. ¿Me reconoces?"

"No, no eres..." —le dije. Y no era en verdad.

"Cómo explicarte" —continuó—. "Chas-Chap es una idea mía, que creció inundando mi cerebro, abarcándome todo, como una planta monstruosa. Chas-Chap fue una semilla maldita que cayó dentro de mi pobre barro. En mi dorada niñez yo fui siempre Enrique, el jovial Enrique en Inglaterra. Con la adolescencia llegaron los estudios monótonos. Yo amaba la vida con locura y más que la vida, las letras. Este amor a la literatura era como la primera raigambre de lo que he llegado a ser. Mi gran ideal era poder llegar a escribir para el teatro; sí, eso no era ser yo un actor. Pero para conocer a fondo la escena y porque también mi pobreza lo exigía, me hice comparsa de comedia y poco a poco pasé por las distintas etapas, siempre dentro del género chusco, hasta llegar a "clown" de primera. De ahí a Chas-Chap había un paso. El llegó una tarde. Estaba solo en mi estudio, ensayando ante los viejos cofres del vestuario una serie de caracterizaciones. Todo me resultaba insulso. Me puse primero un traje de marino, de paño azul con grandes anclas y una boina roja; luego una librea con sombrero de *jipi-japa;* después un traje de cosaco con *kapatka* negro y botas rojas; por último y tras largas deliberaciones opté por el traje que hoy usa Chas. El traje pareció influir de modo decisivo sobre la personalidad; me inclino a creer que el maldito empezó siendo traje. El bigote no fue sino el primer escalón de su gloria. De ahí en adelante entró en mí a saqueo, primero con mi anuencia, después contra mi voluntad. Y ahora... ¡Estoy casi borrado! Lo único que me restituye por ratos a mi antiguo yo, es la droga, la maldita y bendita droga que acabas de darme. Esto sólo demuestra que yo he pasado al mundo ficticio y él al mundo mío".

Hundió la cabeza en mis rodillas y lloró con una extraña cara pálida que sonreía como a lo lejos.

"Y..." —aventuré temerosa—. "¿Has pensado alguna vez en el suicidio?" Me miró fijamente.

"En el suicidio no" —dijo—, "en el asesinato".

"¡Es verdad!" —dije—, "en tu caso es igual!"

"No, no es igual" —protestó—. "Varias veces a altas horas de la noche, cuando aún vibraba en mi cerebro la tempestad de los aplausos, me alcé del lecho con la pistola empuñada, dispuesto a terminar con el intruso. Entonces comprendí que si para el público goloso Chas-Chap estaba en mí, para mí no podía estar sino fuera, fuera de mí mismo, allí acaso en ese multiforme público sin control posible. Chas-Chap se ensañaba de tal suerte, riéndose de mí en ese monstruo que ha largos años se mofa de Enrique Smith. Porque aunque el público cree reír POR MI, en realidad ríe *de mí.* Así es, porque así lo siento yo como Enrique Smith.

"¡Puedes volverte loco!" —dije.

En aquel momento tuve la sensación de estar hablando íntimamente con un desconocido, puesto que yo había recibido a Chas-Chap, que fue mi amante y aquel hombre estaba allí para repudiarle. Aún siento correr por mis venas una oleada de misterio y de horror.

"Una vez" —continuó contándome— "había sobrepasado la dosis. Mi odio había subido de punto. Tuve la certeza de que todo él se había alejado un buen trecho de mí. Me levanté de la silla en que estaba apoltronado, fui en puntillas al escritorio, saqué con cautela la pistola automática y me puse como sonámbulo a buscar a Chas por los rincones. Tenía la certeza de que estaba allí y de que oculto me observaba. Difícilmente podía huir porque había echado todos los cerrojos a la única puerta. ¿Qué pensaría por fin de mí? ¿Temblaría? Al pasar frente al espejo me estremecí violentamente, apunté. . . Pero mi brazo bajó lento y perplejo. Ante mí estaba amenazador, trémulo y cadavérico Enrique Smith. En el lugar mismo en que mis pies se asentaban, por encima de la pechera de mi camisa había otro individuo a quien no podía ver porque era yo mismo, yo, Chas-Chap. Estábamos por fin frente a frente. Mi enemigo volvía a triunfar apoderándose de mi voluntad en aquel momento crítico. No oprimí el gatillo por temor a matarme. ¡Oh el misterio de los espejos! Fui al cuarto vecino, extraje de un armario la indumentaria del *clown*, lo vestí con rapidez, le puse el mostacho con todo lo demás y corrí al espejo. Frente a mí estaba por fin la odiosa personalidad del intruso. Lancé un grito de triunfo, hice tres disparos que destrozaron el cristal y caí desmayado. Entonces fue que estuve un mes hospitalizado. Luego me fui a las montañas.

"¡¡Es tremendo, tremendo, tremendo!!" —le dije.

Se puso de pie y luego fue a sentarse en un sillón haciendo bailar sus dedos sobre el forro de damasco verde. Esta actitud tenía algo de Chas-Chap. Como que se normalizaba.

"¿Y si cedieras el puesto a Chas"? —argüí.

Me miró de modo fulminante, luego refrescó la mirada y acabó por sonreír.

"Quizás sea lo mejor. . ." —dijo.

"¿Nunca más intentaste matarle?" —le pregunté.

"Sí, pero de una manera que me pareció más eficaz".

"¿Cómo?"

"Haciéndole caer en desgracia. Poniéndole en ridículo. Ensayando unas cuantas frases tontas y unas cuantas poses de payaso adocenado".

"¿Y qué?"

"¿Qué? Que la gente escapó a morir de risa con aquello, porque yo era Chas-Chap y porque una simpleza en Chas-Chap sólo acertaba a ser una bomba hilarante. Porque entre mis manos de niño torpe, la paja se torna en oro, los pedruscos en flores, las cerillas humildes en soles res-

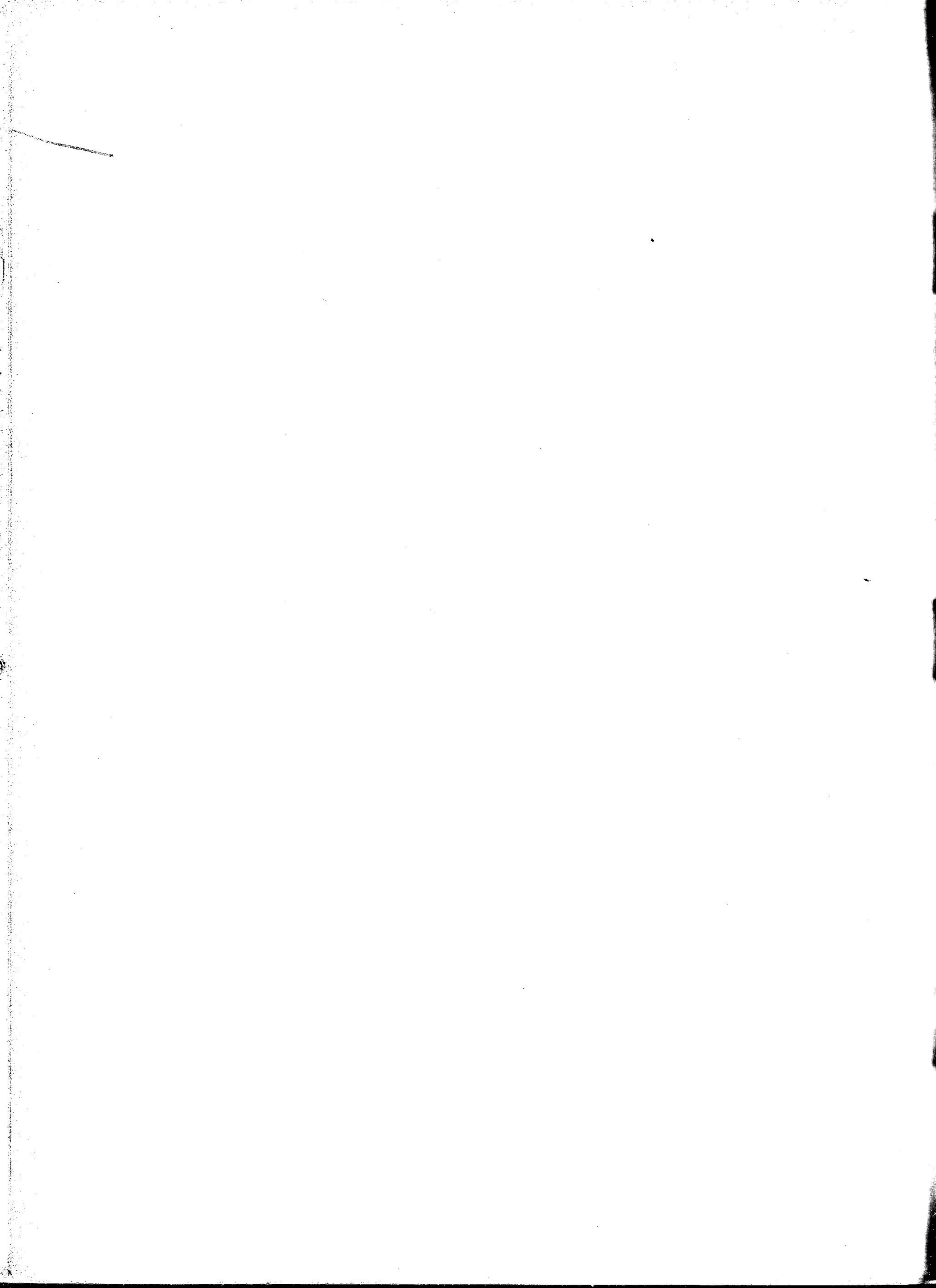
plandecientes; porque lo que yo toco se diluye en risa; porque soy la gracia fatal".

Y Chas-Chap se echó a reír escandalosamente haciendo saltar las lágrimas que aún quedaban en sus ojos.

—¡Es estupendo! —dije sinceramente.

Apagué el cigarrillo en el cenicero mientras miraba las alfombras como quien ve un abismo profundo. Sonó el teléfono.

(De *Eso y Más*).



YANSIDARA Y HIANASIDRI

El narrador dijo:

"No había en todo el imperio de Dathdalía y tal vez ni fuera de él, quién tocara la flauta como lo hacía el joven Hianasidri, ni quién danzara igual, que danzaba Yansidara".

Parecía que la historia se iba abriendo en los labios de Saga, como se abren las flores odorantes, y aquel hombre maravilloso, surgido, nadie sabía de dónde ni cómo, encantaba una vez más.

"El Destino les juntara un día en el camino y desde entonces, fueran juntos y casi se amaran. . ."

El narrador sonrió a su modo y recalcó:

"Y casi se amaran. . . Se cuenta que Yansidara había nacido y estaba bajo la influencia del árbol UNDI, que crece en los desiertos pedregosos y es tan dúctil a los vientos, que la menor brisa lo hace danzar de un modo abundoso en ritmo y gracia, y que Hianasidri a su vez naciera a la sombra y viviera al auspicio del OMEXHI, cuyas ramas silbantes son el deleite y pan astral del peregrino.

Como hermanos se trataron Hianasidri y Yansidara, conviviendo en un oasis mucho tiempo, revelándose mutuamente secretos de arte y educando y perfeccionando sus almas en la más completa soledad. Y casi se amaban. . .

—¡Yansidara —decía él, cuando al hundirse el Sol entre las dunas azules, iban ellos a contemplarle sentados en las rocas que bordeaban el oasis—, tu cuerpo es más bello cada día y tiene más alma cada día!. . . Danza ya, como una hoguera arrebatada por el viento, cimbra como el UNDI y hace nacer la idea de una cuerda pulsada en un harpa que estuviera a lo lejos y cuya vibración no alcanza a recoger el tímpano, dejando un anhelo en el alma. . .

—Hianasidri —decía ella sonriendo modestamente— todo es obra

de tu flauta. En tus labios pones cada día más alma y su soplo crea a mi redor una llama que devora mis pies y martiriza dulcemente mi espíritu. ¡Cuida de no poner tu corazón en otra cosa que no sea tu flauta, porque entonces todo ha de acabar para mí!...

Hianasidri se estremecía al oírla hablar así y callaba, callaba...

En aquel dulce paraje de sombrías tranquilas y aguas frescas y fáciles; en la soledad y en la certidumbre de una vida pura, consagrada al arte; sembrando entusiasmo y cosechando emoción, vivieron ambos jóvenes, tres hermosos años al cabo de los cuales, ya sabios en el ritmo, abandonaron el oasis y el desierto y llegaron a Samiramina, ciudad de ocho colores y ocho lenguas.

Era una espléndida noche. Desiertas estaban las calles, de todo ser viviente y poblado el cielo de estrellas que giraban lentamente, antes de revelar el día, como gira el agua en los remansos de las fuentes calladas. Un débil perfume de noche avanzada llegaba de los bosques lontanos, y las puertas, ventanas y arcadas oscuras, simulaban oídos atentos al ritmo de la Tierra.

En el centro de la gran plaza, en cuyo fondo se alzaba el palacio del rey, todo de mármol y cristal, sostenido por cinco mil y siete camellos de granito; al pie de un obelisco tan alto, que las nubes chocaban y se desgarraban en su cima. Yansidara y Hianasidri detuvieron sus pasos y decidieron hacer su primera prueba.

Sonó la flauta de Hianasidri llenando la noche silenciosa. Las cosas parecían volver de su letargo y dedicar una atención concentrada. Como si un pájaro cantara lleno de regocijo por la vida, las cosas amanecían, en aquel día estrellado que brotaba de una flauta. Una a una las ventanas abrían sus párpados negros, revelando sus ojos luminosos y alguna puerta bostezaba mostrando graderías como dientes, por las que descendían a la calle gentes fascinadas que iban calladamente a la plaza y hacían rueda a los dos jóvenes.

Yansidara danzaba airosa, recogiendo a puñados los pliegues de su manto, que las estrellas satinaban, o manejando el espacio a su redor, como una cosa que se acoge o se espanta. Su cabeza parecía a ratos agitada por violento asalto. Trenzaba sus dedos marfilinos en mentidas cintas melódicas y con sus ágiles pies fajados en seda, trazaba todos los signos de un alfabeto misterioso.

El día sorprendióles allí, en el centro de agitada muchedumbre que admiraba y comentaba con locura y el Sol al verse así olvidado en la magnificencia de su aurora, lanzó sobre la plaza una brusca maldición de su luz rojiza, que puso fin al acto.

Todo había llegado a oídos del rey Huaara, quien al instante mismo se hizo llevar a los artistas, que fueron allá caminando en el centro de

una columna de guerreros, los cuales contenían con dificultad aquella inmensa ola de curiosos.

Las escaleras del palacio producían una música dulce al subir por ellas, y las paredes de cristal eran ahuecadas y estaban llenas de agua verde del mar, en la que se gozaban infinidad de peces, medusas y plantas marinas, dando a las salas una vida inquieta a la vez que suntuosa".

Paseó Saga su mirada en redor, observando el efecto que su historia producía en los soñadores y como les viera a todos embebidos en la contemplación de aquella fantástica arquitectura que con breves palabras había alzado ante sus ojos, suspiró tomando aliento y dijo:

"Y aquí es donde aparece el príncipe Durcasa... Hijo único de Huaara, el príncipe Durcasa había vivido veinticinco años. Era bello como una cosa noble y fuerte. Su arrogancia era descuido y su presencia sola habría creado un reino en cualquier parte de la Tierra. Al ver a Yansidara, sus ojos se encendieron con rápido relámpago de admiración por la belleza de la joven, lo que no pasó inadvertido para el pobre Hianasidri, que tembló de celo contenido.

Vieron los reyes danzar a Yansidara y oyeron tocar a Hianasidri, quedando asombrados y salidos de su realeza por algún tiempo. Pero, presto recuperaron su orgullo generoso y el príncipe el primero, elogió a la danzante y fue a ceñir en su talle el cinto de su séquito, que era de esmeraldas y diamantes y que prestaba la inmunidad y el derecho a las vidas. Lo mismo hizo con Hianasidri y al punto rogó de su magnánimo padre, la declaración de fiesta en aquel día de sorpresa. Yansidara fue declarada danzarina sagrada y se la destinó al oficio de Xuatara, dios protector de los reyes de Samiramina, cuyo templo se abría una vez con cada luna entera y el cual estaba situado en el subsuelo del palacio.

Una danza ritual nueva, iba a sustituir las danzas ofertorias de las trece bayaderas y tan ardua labor de arte y misterio, fue encomendada a los dos jóvenes, quienes, derrochando su prodigio, llegaron a crear una cosa tan perfecta, tan sutil, que el dios mismo Xuatara, en su piedra fría, parecía admirar a Yansidara.

Sostenía el leve peso de aquella danza una legión formada con los instrumentos más raros y más bellos: un ONX gigante, que al ser tocado, por la maza de felpa, producía un sonido explosivo, tal si se ofreciera al tímpano el espectáculo de un sol que irrumpe bruscamente tras las montañas para hacer el día; tres ONX-GONGS que imitan el ruido de la ola cuando choca en la roca; dos TUARTEPONAXTLI que copian el lejano golpe o el canto del TUT-TUT; dos series de LINGS, especie de cilindros con aros rotátiles que imitan el tintineo de las joyas flojas; ZIURDAS ojivales y ZIURDELAS trianguladas que lloran o ríen según la mano vuela a la izquierda o a la derecha; CARAMZAS, de una sola cuerda, que tienen la forma de un arco guerrero y llevan como dardo un caracol ma-

rino; finos ALOLOES de bambú negro de Dultyamara; DUAK-ULI-ULI de cristal, con agua que sube y baja; SHUAKS que imitan el roce de las sedas y en fin, el FARS que da el hervor de las espumas; el DUARANG que plagia el canto de las ranas; la TIORBA, el FLU-FLU que estira y encoge; los CHANN de bronce; el CHIRIM de terracota y muchos otros, centralizados por la flauta de Hianasidri.

Y he aquí como apareció por primera vez Yansidara en la danza de Xuatara, ante los reyes y señores del imperio.

Estaba la sala oscura ante el trono del dios y sólo se oía el alentar de los pulmones en la multitud de grandes del reino sentados en medio círculo, pero de pronto resonó el ONX gigantesco y un rayo de luz blanca cayó oblicuamente de la cúpula, como un chorro de plata, iluminando un círculo en el mármol del piso, en cuyo centro aparecía Yansidara toda desnuda y sólo cubierto el sexo por una placa de oro con un monstruoso diamante al centro. Llevaba también pulseras y ajorcas recamadas de pedrería. Su cabello estaba recogido en forma de cuernos, barnizados con óleo negro de MUR y la punta de sus pies descalzos era tan aguda como erectas las formas de sus senos.

Un murmullo de admiración se alzó entre todos. La bella parecía inmóvil, en actitud de ofrenda; un rumor como de notas que se arrastran se iniciaba ya, y poco a poco Yansidara desplazaba sus líneas e iba moldeando alguna forma o descubría algún signo. Un color nuevo parecía irse diluyendo en el rayo de luz, bajando y subiendo en círculos por él, hasta teñirle por completo y en toda fuerza, primero de rojo, que los GONGS y las ZIURDAS afirmaban ya con su creciente. El mármol reflejaba a la danzante como un espejo pasmado. Llenaba ya el ambiente una melodía franca y una música alígera hacía cimbrar a la joven que derramaba el ritmo como un ánfora repleta y cambiaba de colores en la luz, con una imperceptible lentitud.

Pero ¡oh!, luego llegó el momento al solo de flauta y era entrado ya el el color violeta. Hianasidri apoderóse por completo de aquel cuerpo en cuyo interior el alma parecía agitarse en tempestuoso afán como el pájaro que agita sus alas en la jaula chica. Los labios de Yansidara contraíanse en rictus sofrenante y sus ojos se abrían espantados como si no pudiera contener ya más el enloquecimiento de sus líneas. Sus pies parecían apenas tocar el suelo. Giraba su cuerpo en ellos, como el humo que huye de los pebeteros o parecía suspenderse del espacio, volteando en el eje imposible de sus manos alzadas. ¡Y la flauta era pura, y la línea era pura, como la línea que contorna las almas!

Volvió a arrastrarse la música lejana de los SHUAKS, los TUAR y las CARAMZAS y fue llenando el templo poco a poco su creciente. La flauta se esquivaba como huyendo al fondo de profunda cisterna y se aclaraba el rayo de las tintas y Yansidara sonreía como se sonríe al regre-

so. Pronto el ONX gigante retumbó colmando y la luz huyó al momento y con ella Yansidara, que había quedado poco a poco inmóvil.

Pasó el tiempo. Algo muy grave ocurría en el alma de Hianasidri. Parecía más pálido y grandes círculos oscuros rodeaban sus ojos. Yansidara, en cambio, estaba plena de juventud y de hermosura y vivía una vida de ensueño y gloria infinita. Sin que ella supiera cómo, un amor dulce germinaba en su pecho para el príncipe Durcasa que mantenía a sus plantas un constante ruego.

Durcasa había perdido su corazón por aquella bayadera encantadora, desde el día en que, en soledad y silencio, la había apresado entre sus brazos allí mismo al pie del dios Xuatara. Sus bocas se habían unido en un beso largo y compenetrado, pero una sombra había huido detrás de las columnas y esa era la sombra del flautista. Todo lo viera y todo lo llorara desde su torre de infortunio.

Era el día catorce de la luna tercera. Por tercera vez Yansidara danzaba aquella noche en el templo de Xuatara. Estaban en Samiramina todos los reyes de Dathdalía, desde Buncah a Plamira, desde Xath a Diriduz y Xibalbai.

La sala del templo estaba repleta. Ardían pebeteros ocultos y centelleaban las joyas a raudales, en los pechos, manos y cabezas de los hombres afortunados.

Por fin estalló el ONX y apareció Yansidara en una luz de oro. Estaba más bella que nunca. Su desnudez era más cruda y sólo en la parte baja del vientre vestía una estrella. El homenaje de admiración mezclado a la música creaba como una sordina. Más ágil parecía su cuerpo y antes que una mujer, semejaba una cosa de sueño: ya imitaba una torre lejana, ya era un cisne herido de muerte; iba a hipos formando una ánfora o toda ella saltaba respingando en la luz como una cascada. Era luna, era rama, era flor, y así entraba poco a poco en un martirio donde sola cantaba la flauta y la iba enajenando y la tornaba llama.

Había llegado la danza a su máximo ardor. Un ritmo de maravilla manaba de la flauta con una dulzura que hacía balancear las cabezas de los espectadores. Poco a poco crecía el ardor en la flauta, arrojando el alma de la joven, en gruesas oleadas que parecían estallar en sus contornos vertiginosos o saltar apretadas entre dos músculos que convergen o dos líneas que se completan. La compenetración de la música con el alma de la danzarina era entera, era espantosa, era sublime; y cuando más era la fiebre y cuando más la exultación y extorsión en los nervios tensos pero dúctiles de aquélla, una nota intencionadamente falsa rompió el ritmo, y la armonía, y el encanto. . . y Yansidara cayó muerta.

Aquella muchedumbre se alzó en un grito de sorpresa que hizo vibrar el bronce de los GONGS. Yansidara estaba muerta. En el centro de la luz, parecía tronchada como un lirio. ¡Rota su vida por la venganza de

una flauta! Abandonada bruscamente en aquel mundo de armonía donde sólo era sostenida por el hilo de una flauta milagrosa, su corazón había estallado en el arranque. Durcasa lloraba de dolor. Con el cuerpo en brazos, subió al palacio seguido de la gente consternada. Solo, quedó el templo, anegado en trágico silencio. El rayo de luz violeta declinaba su brillo. Una sombra daba traspiés en la penumbra. Rodó una carcajada. Una mano hendió la luz: estaba armada de un puñal agudo. Y los pebeteros escondidos en las cuencas del templo, seguían aromando con lerdo afán. . ."

De *O'Yarkandal* (Historias, cuentos y leyendas de un remoto imperio). Tipografía "Patria"—Cuscatlán, julio 1929.

EVA ALCAINE DE PALOMO

(Eugenia de Valcácer)

Nació en San Salvador, el 13 de mayo de 1899. Hizo sus estudios en el Colegio Sagrado Corazón. Se dedica a la enseñanza y es Directora del Instituto Cervantes, en San Salvador. Ha colaborado en periódicos y revistas nacionales y extranjeros.

Obra publicada: *Utopía.*

LA BOTIJA

Era un domingo al mediodía, hora temible, en la que casi nos parece ver al padre Sol entretenido en fulminar mortales. Hombres y mujeres descansaban bajo los copudos amates que daban sombra al plan, sito a la entrada de la propiedad. Agitaban ellas las puntas del tapado de colores muy vivos, a guisa de abanico, para refrescar el rostro, sofocado por la caminata. Y se podía ver en estos rostros el reflejo de una satisfacción mal reprimida, que pugnaba por darse a conocer abiertamente.

—¿Ya lo vistes? No se quedó denguno —se decían en voz baja, unas a otras. Y las más avisadas advertían en tono susurrante:

—Sí, pero callate, que si te oyen, pueden irse de güelta.

El motivo de tan notorio regocijo era que ninguno de los hombres se había quedado en el estanco. ¡Y eso sucedía tan pocas veces! Lo corriente, era que ellas regresaran solas, solas y enfurruñadas, con el canasto de las compras pesando sobre la cabeza, con el crío en los brazos, con los mayorcitos pegados a la falda, o caminando atrás, a duras penas, a fuerza de regaños.

Pero ese día todo era distinto. . . El patrón había regalado a los colonos un juego de bolas, nuevecito; y ellos, impacientes por estrenarlo, habían dispuesto lucir sus habilidades esa misma tarde, en obsequio al patrón.

Y una vez llegado éste, se dio principio al juego, sobre el suelo macizo, barrido de antemano. Los dos jugadores, puestos en cuclillas, lanzaban con una paleta la bola de madera, ya con la intención de hacerla pasar por el estrecho agujero de la barra, o con la de hacer un giro, marcando carambolas. Los espectadores, también en cuclillas para no perder detalle, apuntaban por su cuenta las rayas que iba marcando el jugador.

—Emboque —anunció uno de los contrincantes, alto y bien parecido— llevo una raya.

Se oyó en seguida el golpe seco de dos bolas.

—Y carambola —añadió satisfecho.

Continuaron las partidas, alternándose los jugadores, y una vez terminadas, ya para oscurecer, pasaron jugadores y mirones, a la casa de la finca, en donde, invitados por el patrón, tendrían una cena de tamales y café negro.

Notando la ausencia del guapo que había ganado casi todas las partidas, preguntó el obsequiante:

—¿Dónde está el ganador?

—Ya se jué —respondieron a una muchas voces.

—¿Se fue? Toribio, ¿qué serías capaz de no invitarlo? —exclamó, dirigiéndose a uno de los mandadores, que había envejecido en la finca.

—Pues onde no, señor, pero él dijo que s'iba... Sus razones tendrá... —rezongó el interpelado.

Más tarde, cuando ya todos se habían retirado, ordenó el patrón que llamaran a Toribio.

—¿Cómo se llama ese muchacho... el que no quiso quedarse? —preguntó algo impaciente.

—Se llama Nicolás Grande, para servir a usté... es decir, él así biera dicho, si el patrón se lo biera preguntado a él.

—¿Sabés que me ha caído bien?

—Pueda ser, señor, porque a todos nos caye en gracia.

—¿Y qué razones tendría para no quedarse?

—Pues ya lo ve, señor, que como cada cual piensa a su manera... y él es mero puntoso.

—¿Cómo puntoso? ¿Querrás decir bayunco?

—No, señor, no tiene nada de bayunco. Es el muchacho más arrecho de por aquí y el más cumplidor.

—Entonces, no comprendo...

—Pues quizá cuando sepa que vin'hoy a jugar porqu'entre todos lo comprometimos... entonces...

—Acaba, hombre.

—Pues quizá cuando sepa qu'él era el novio de la Lupe. V'entender luego —dijo por fin Toribio, cortando por lo sano.

—¿De la Lupe? ¿De aquella cortadora tan bonita?

—De la mesma.

—Y eso ¿qué tiene que ver?

—Eso, usté lo sabrá.

—Mirá, Toribio, dejate ya de adivinanzas y hablá de una vez.

—¿No se m'irá ofender el patroncito?

—No me voy a ofender —prometió Felipe, deseoso de averiguar aquel enigma.

—Pues es que por hay dicen, las malas lenguas, esos que todo lo

quieren saber y de todo dar cuentas... La qu'empezó con el run run fue la chachac'Ulalia...

Felipe escuchaba paciente aquel largo rodeo, y paciente escucharía hasta el fin las impertinencias del viejo. De algo le tenía que valer ahora al mandador, el haberle llevado en sus brazos, el haber sido su acompañante en las carreras de caballos, las que hacía a hurtadillas de su madre, el haberle servido durante tantos años, con una fidelidad a toda prueba.

—Bueno, ¿y qué es lo que dicen?

—Pues... pues sólo dicen qu'el patroncito l'echado el ojo a la Lupe.

Se sonrojó Felipe y encendió un cigarrillo para disimular su turbación.

—¿De dónde habrán sacado ese disparate? —dijo al fin.

—¿De onde? ¡pues de lo que miran! —respondió el viejo disparado—. ¿No es usté mesmo el que a diario le dice cosas bonitas a la Lupe? ¿No le dice, cada vez que la mira qu'es más chapuda que la puest'el sol y más linda que los maquilihuas que'stán en flor? ¡Y se lo dice, enfrent'e todos!

—Bueno, pues eso te prueba...

—Y ella que se pone que es pura melcocha —continuó el hombre, sin parar mientes en la iniciada explicación—. Y a más d'eso, siempre le vale las bolsadas de café por llenas, enque vayan bien faltas y deja que las tiren al patio, enque lleven un revoltijo de hojas y café verde.

—Pues ninguna de estas cosas tiene importancia —explicó Felipe, todavía turbado—. Si yo dije esas tonteras a la muchacha, fue sin mala intención, sólo porque la vi más bonita que todas.

—¡Y de verdá que es! Y ella lo sabe y la nana también, y por eso no se la desprende de la pretina.

—Además, yo me voy dentro de unas semanas.

—Cierto, patrón, ¿pero ya s'imagina cómo se va a quedar la Lupe de creida?

—Bueno, ya se le olvidará.

—Quizá, pero después que haiga despreceyado a Nico... ¿Sabe lo que me contestó cuando de puro meque le juí a preguntar el mes qu'iba ser el casorio? Pues la muy taimada me dijo, riéndose, que en el mes en que le viéramos las flores al amate... Y enque usté se vaya, patrón, enque usté se vaya... ese mal no es de los que se remedeyan tan fácil... ¿No ve que la Lupe se va quedar viendo visiones? Y cuando mire el corozo que está solito arrib'el cerro, cuando mire las piedras en el fondo'l río y hasta cuando mire en el cielo la lumbre del Nistamalero, va crer la pobre qu'el patrón mismo mira.

—¿Pero crees tú de veras que va a despreciar a Nicolás?

—¡Ajú! ¡Pues onde no! Póngase usté a la par y va ver qu'el pobre

Nico, con todo y ser lo que's se va mirar chiquito. Y lo más pior no es eso, sino qu'el muchacho, en la deserción, se pued'echar por la calle d'enmedio. ¡Y eso no! ¡Eso no, que ese muchacho a mí me cuesta! Güérfano quedó cuando'staba gatiando y yo y la difunta, lo criamos, a tragos y a rempujones. L'enseñé a tareyar, pero ¿a ler? ¿Quién l'iba enseñar a ler? Y así creció sin saber una jota, hasta que se lo yevaron de recluta, cuando ya mero le apuntaba el bozo. ¡Viera visto cuando volvió! ¡Qué aires los que se traiba! Y sabía ler y escribir y todo lo de los números. Y también traiba pisto, la masita entera, pues el sargento no les quitó el ojo, hasta que los vido a salvo de las lagarteras de la suidá.

—¿Y por qué no se habían casado todavía? —preguntó Felipe, aprovechando el forzoso descanso que hubo de hacer el viejo.

—¡Eso es! Porque la nana es muy avariciosa. Y quiere fiesta, y vestido blanco y zapatillas y la mar y sus conchas. ¿Cuándo se ha visto la Guadalupe en esos trapos? Y al muchacho no le alcanza la pita para tanto.

—¿Y con cuánto tendría?

—¡Con unos sus cien pesos tendría hasta de sobra! Pero eso está de más, patrón. No creya qu'él a usté le agarra ni un centavo —se apresuró a decir, adivinando las intenciones de Felipe.

—¿Y si se los dieras como tuyos?

—Y en qué vida iba crerlo, si sabe que nunca guard'un rial?

* * *

Felipe, el patrón guapo, de cabellos oscuros y ojos color de miel, no volvió a piropear a la Guadalupe, la muchacha más bonita de aquel contorno. Circularon rumores, propalados por la Eulalia, la del rostro picado de viruela, de que Nicolás había enseñado a Felipe, muy de cerca, el filo de su corvo. Se dijo también, para satisfacción de Nicolás, que la misma Lupe había dicho al patrón que no se saliera de su puesto. La verdad sólo Toribio la sabía. Y días después, pudo, lleno de regocijo, relatar al patrón, con pormenores y detalles, la reconciliación de los muchachos.

Esa semana transcurrió con lentitud atroz para Felipe. Faltaban muy pocos días para dejar la propiedad y le preocupaba no haber hallado la manera de favorecer a Nicolás.

Una tarde, llegó Toribio sofocado.

—Mire, patrón, lo que me hallé —dijo, desatando la cebadera y mostrando a Felipe una serie de idolillos más o menos quebrados y una vasija de barro, intacta—. ¡Una botija! Cuando l'hallé, me dio un gran vuelco el corazón, porque se me afiguró que l'ib'encontrar rellena de macacos.

—¿En dónde te hallaste esto? —preguntó Felipe, sintiendo nacer la idea de su cerebro.

—Allá abajo, al empezar l'arada pa'l cañal.

—¿Queda cerca del terreno de Nicolás?

—Es decir, no tan cerca, pero sí un poco cerca.

—¿Y ya está arando Nicolás?

—Debe de estar, señor, porque ya vino por los bueyes.

—Entonces, Toribio —dijo Felipe alborozado— prepárate, que mañana temprano vas a San Salvador.

—¡Eso es! ¿Y el cañal?

—Queda para después. . . ¿Vio algotro esta botija? —preguntó de repente.

—Hasta agora, denguno.

—Pues déjamela aquí. Y no le hables a nadie de tu hallazgo.

* * *

Toribio regresó el mismo día con el pesado encargo; y horas después caminaba, al lado del patrón con rumbo a las aradas.

—No pasemos por la quebrada, patrón, que y'está de torteyo la luna y podemos toparnos con la Sigüe. . .

Y bajo los rayos de una luna que en breve plazo haría llena, llegaron a la arada de Nicolás Grande.

—Prométeme que nunca dirás a nadie lo que has visto.

—Lo prometo, por el Señor de Esquipulas —respondió Toribio emocionado.

Y al día siguiente, cuando Nicolás empezaba a romper la tierra, saltó a sus pies la botija, repleta de monedas de plata.

EL MILAGRO DEL NIÑO ZARCO

Matilde estudiaba cerca de una ventana que daba sobre un patio, muy barrido, de tierra apisonada. De su regreso del colegio hacía apenas una semana, la que había aprovechado para recorrer la propiedad, admirar las mejoras hechas por su madre en el jardín y enterarse de cuanto había sucedido en su ausencia.

Una semana era muy poco para olvidar los sinsabores de un año escolar. Pero no había tiempo que perder. Sino, cuando menos lo esperara, estaría presente enero con el nuevo período de exámenes en la mano severa.

¡Qué aburrido era estudiar! ¡Y estudiar en vacaciones! Se le hizo aquello tan insoportable que, de un golpe, cerró la Geografía Comercial y, con desgano, empezó a hojear el método de inglés.

El trote del macho en que el mesero iba al pueblo todos los días para hacer las compras, le sirvió de distracción. Y al apagarse el ruido que hacían los cascos de la bestia al chocar con la tierra endurecida, oyó una voz infantil:

—¡Tan tarde que venís y l'hambre que yo tenía!

La balbuceada frase, más que un reproche, era un lamento.

La joven cerró el libro y asomó la cabeza por la ventana.

—¡Eso! ¡Pues si ya me fui tarde! —respondió el mesero, tomando al niño de la mano y caminando con él en dirección a la cocina.

Matilde averiguó que aquel niño, a quien no había visto en días anteriores, era hijo del mesero, el que era joven y no mal parecido.

Horas más tarde encontró al niño jugando en el patio con una cajita de cartón.

—¿Cómo te llamás? —preguntó Matilde, a tiempo que examinaba el vestido del chico: una camisita de reforma, sucia y sin botones y un overol estrecho, corto y desprovisto de un tirante.

—Arturo —respondió él, sacando la lengua y paseándola alrededor de la boca.

—¿Arturo de qué?

—No sé. Mi papa sabe.

—¿Serás tal vez Arturo de Córdova? —dijo riendo Matilde.

—No sé. Mi papa sabe... sé contestar... ¿Quiere que cante alguna cosoria?

Matilde dijo que sí y el niño empezó a cantar con una vocecita bien timbrada:

"El que tenga un amor, que lo cuide, que lo cuide..."

—¿Quién te enseñó a cantar?

—Mi papa. El sabe un montón de cantos bien chulos.

—¿Y cuántos años tenés?

—Mi papa sabe.

—¿Y por qué no pedís tu café desde tempranito?

—¡Si yo lo pido! Pero no me lo dan porque dice la Chus que se desajusta el de mi papa.

Inmediatamente se dirigió Matilde a la cocina para ordenar que dieran el desayuno al niño en cuanto lo pidiera.

—Apenas se puede creer —dijo indignada— que hagan aguantar hambre a una criatura. ¡No parecen mujeres!

Aquella mañana tuvo Matilde que dejar el estudio para atender a la serie de canciones que, al pie de su ventana, le dedicó Arturo de Córdova.

Y al siguiente día tampoco pudo estudiar por el inocente lloriqueo del muchachito.

—¿Qué te pasa, Arturo? —fue ella a preguntar.

—Me caí de la piladera —explicó él entre sollozos, mostrando un bracito ensangrentado— y mi papa anda en el potrero...

La joven llevó al niño a la casa, lavó primorosamente el raspón, le dio una pintada con mercurio cromo y lo cubrió con una venda.

Cuando volvió Fulgencio y supo de boca del niño quién lo había atendido, se sintió obligado a expresar a Matilde su agradecimiento. Y en cuanto la vio cruzarse el corredor, se acercó respetuoso, llevando al hijo de la mano.

—Niña, muchas gracias por lo buena que es usté con Arturo.

—¡Ah! Me alegro que hayas venido porque te quería hablar. ¿Qué no tenés quien te cuide al muchachito? ¿Qué no tiene mamá?

—No, niña.

—¿Y qué hizo? ¿Se murió?

—No, niña... es que era pícara y barajustó cuando éste no tenía ni dieciocho meses —explicó el muchacho avergonzado.

—¡Ah! —exclamó ella en el colmo de la sorpresa. Y después, sonrojándose, preguntó: —¿Y eres casado?

—No, niña, ni a lo civil, por suerte.

—¡Mejor! —dijo la joven— porque ahora podés buscar una mujer buena, pero buena de veras para que cuide bien a Arturo.

—Sí niña, si yo y él le pedimos el milagro al Niño Zarco toditos los días —dijo el muchacho viendo a Matilde con fijeza.

Cuando Fulgencio se alejaba marcando sus pasos con el característico chasquido de los caites de hule, se quedó Matilde tratando de adivinar por qué aquel muchacho de cutis casi blanco, cabellos negros, alto y bien parecido, desempeñaba en la finquita de sus padres oficio de mesero.

* * *

Ha pasado un mes de vacaciones. Enero se acercó con pasos de gigante y Matilde no ha podido entablar sus estudios con formalidad. Su padre la ha reprendido suavemente; su madre, con su poquito de acritud, porque es ella la más empeñada en que su hija obtenga el título de Secrerio Comercial. ¡Pero la joven ha reflexionado tanto en esos días! Es decir, ha reflexionado en inocente compañía de Arturo de Córdova.

Porque como hubo que curar dos o más veces el raspón que se diera el chico al caer de la piladera, y como Matilde le hablaba con cariño siempre que lo veía, andaba él a caza de pretextos para llegarse a la casona. Algunas veces le advertía Matilde:

—Te estás calladito que tengo que estudiar.

Y el niño se sentaba en el suelo, callado y quieto, como si fuera una imagen de Buda.

Arturo tenía seis años, pero aparentaba dos menos. Era inteligente y poseía un vocabulario bastante rico para su condición y edad. Casi nunca jugaba con los hijos de los otros sirvientes porque cuando los juegos terminaban en pleitos, él, solo y desamparado mientras su padre andaba en sus faenas, iba siempre a la de perder.

Muchas veces, acosado por el hambre, se llegaba hasta la puerta de la cocina y como no se atrevía a pedir, insinuaba con timidez:

—A mí no me hace daño la tortilla. A mí no me hacen daño los majonchos asados—. Pero casi siempre, los comensales se hacían los desentendidos y añadían la crueldad de contar a Fulgencio que el niño los había molestado pidiendo qué comer y aquél se creía obligado a quitarse el cincho y a darle con él unos cuantos correazos.

Aparte Matilde, enterada de las calamidades que soportaba la criatura, se empeñó en remediarlas. Sus padres la dejaban hacer, no sin advertirle que el chico, mal acostumbrado a sus mimos, padecería el doble cuando ella no estuviera.

—¿Pero no pueden ustedes hacer algo mientras yo no esté aquí?

—Es muy difícil —suspiró la madre—. Además, Fulgencio no tarda mucho en irse. Ya dijo que tenía que cortar su café.

Un día de tantos, Arturo, todo lloroso, dio la queja a Matilde.

—Señorita bonita de la casona, mi papa me dejó solo anoche. Me dejó solo todita la noche.

En esos momentos pasaba Fulgencio halando una bestia cargada de zacate.

—¿Ya oíste lo que dice Arturo? Que lo dejaste solo todita la noche.

En las palabras de la joven vibraba una inquietud mal reprimida.

—No, niña. Son cosas d'el. ¡Cómo va a creer!

—Te fuiste, te fuiste al pueblo y me dejaste solo —insistió el niño.

Los airados ojos de Matilde se posaron, inquisidores, en los de Fulgencio.

—No niña, ¿cómo va creer? —repitió él—. ¿Cómo lo vuá dejar solo en ese rancho de la molienda que hasta sin que haiga temblor se va a venir al suelo? Y además. . . ¿qué diablos vuá ir hacer yo al pueblo cuando usté vive aquí?

Y desde ese día no perdió ocasión el mesero de entablar pláticas con la joven, y así pudo explicarle por qué, siendo él propietario, trabajaba en las propiedades de los demás.

—No lo hago de pie, no creya. Cuando la cosecha es buena y subido el precio, paso galán el año cuidando mi pedacito. Pero cuando la cosecha es ruina y el precio se viene al suelo, la miro prieta. Yo, antes cada vez que estaba apurado de pisto, agarraba para el pueblo a somatar unos quintalitos. Pero desde una vez que por poquito me quitan la finca, juré no volver a ser venado. Afigúrese que a medio año me dieron una miseria por el café; y llegada l'hora de la entrega, como la cosecha no me ajustaba para cubrir la jarana, me hicieron pagar cuarenta pesos por cada quintal que no pude entregar, y simasito me dejan en la calle. Desde entonces no vendo una pepita antes del corte, enque tenga que lomear para los otros.

También supo Matilde que Fulgencio sabía leer y escribir, y que para hacer cuentas era más veloz que su padre. Y oyó que cantaba canciones a la moda con mucho sentimiento. Y vio que los domingos, bien vestido y calzado, perdía por completo las trazas de mesero.

* * *

Matilde no se iría más. No estudiaría más. Ese día amaneció dispuesta a decirlo, aunque tuviera que oír los suspiros de Goyo, su padre, y los acres reproches de Julia, su madre.

A mediodía, así que pasaba la hora de la siesta, salía la madre al ancho corredor pavimentado con ladrillos de barro, que prestaba los servicios de sala de recibo, comedor y costurero. Allí, sentada en una silla

baja, remendaba la ropa, mientras el padre, inclinado sobre la mesa que ocupaban para comer, ordenaba sus cuentas con bastante dificultad. Pareciéndole propicia la hora sentóse Matilde al lado de su madre y preguntó:

—¿Te ayudo?

—No, porque tenés mucho que estudiar.

La joven guardó silencio, sin atreverse a exponer sus ideas.

—Mamá, ¿cuántos años voy a cumplir? —dijo al fin, como preámbulo.

—Dieciocho, el catorce de marzo. ¿Pero a qué viene eso?

—Es que como en el colegio me tengo que quitar los años, se me había olvidado.

—¿Y por qué tenés que quitarte los años? —terció el padre.

—Porque como todas mis compañeras son mucho menores... las de mi edad ya están para salir.

—Es verdá —musitó Goyo—. Pero vos acabás dentro de dos años, y dos años no es mucho.

—Y una vez acabe, dentro de dos o dentro de tres años, ¿qué es lo que voy a hacer?

Los dos cónyuges se miraron perplejos.

—Pues venirte a vivir aquí con nosotros —dijo el padre, observando el efecto que producían esas palabras en su mujer. Esta aprobó en silencio.

—¿Y entonces, para qué quiero el título?

—¿Supongo que no querrás quedarte de empleada en San Salvador? —exclamó Goyo en tono alarmadísimo.

—¡Eso, ni por quién! —dijo ella con viveza—. Yo quiero vivir aquí con ustedes.

Los padres suspiraron aliviados. Matilde era la única hija que Dios les había dejado y temblaban ante la sola idea de una separación definitiva.

—Y para ser como ustedes y vivir aquí con ustedes no necesito ningún título. Además...

—¿Además qué?

—Que con lo que ya sé, te puedo ayudar a llevar tus cuentas... Y como lo que yo quiero aprender me lo tienen que enseñar aquí y no allá, no tengo para qué regresar al colegio —dijo, echando a correr con la cara encendida.

—¿Qué avispa l'habrá picado? —murmuró Goyo pensativo.

—¿Cuál va ser? ¿No te l'ostoy noticiando desde hace días?

—Esas son cosas tuyas.

—¡Sí, mías! ¿Qué no has reparado cómo vende achote cada vez que mentás al hombre enfrente de ella? Y como vos lo has agarrado de oficio. Que el muchacho vale la pena, que no le arruga la cara al trabajo, que no conoce vicios...

—¿Y es o no es verdá?

—¡Pues hoy cogé! Y si agora que se iniceya el mal no te amarrás los calzones. . .

—¿Qué querés apuntar con eso?

—Que si no lo echás agora mesmito, vas a tener yerno caitudo.

—Pero Juliana, ¿de onde te han salido esos tufos? ¿Querés que te arrecuerde que yo me ensarté los botines el día en que fui a palabrearme con tus tatas, así que me contestaron la carta satisfactoriamente?

—Pero ella tenía que ser de otro modo. . . Par'eso l'echamos al colegio. . . —dijo la mujer derramando copiosas lágrimas.

—¡No me vengás con tapayagües! Ella es la que quiere ser lo mesmo que nosotros, lo va diciendo utual. . .

* * *

Matilde, mientras tanto, había ido a esconder sus inquietudes al silencioso naranjal, el que en esos días aromaba el ambiente con el efluvio de sus flores abiertas. Sentada sobre el rugoso tallo y, con los párpados caídos, se lanzó a meditar.

—¡Ay! ¡Si yo me animara a decirles lo que me está pasando! Si ellos pudieran entender que no puedo vivir a gusto en el colegio. . .

Pero, ¿cómo decírselos? ¿Cómo confesarles las angustias que ella pasaba los días de salida? No era que se avergonzara de su padre. ¡Eso nunca! Pero sentía miedo, un miedo horrible, de que sus compañeras pudieran reíse de su traje de dril, de su sombrero de junco amarillo y de sus zapatos ordinarios.

Sus compañeras: Irma, Dina, Maya, Betty. . . Cuánto se habían reído cuando ella les dijera que se llamaba Matilde porque ese nombre traía el almanaque el día que nació. Y Dina, que era la más cariñosa, había dispuesto que se firmara Matty para que su nombre no anduviera tan pasado de moda. Eran buenas sus compañeras. ¡Pero ella se sentía a su lado tan fuera de su centro! Una vez había ido a casa de Dina y otra vez a casa de Maya. ¡Qué casa, Dios Santo! ¿Qué dirían Dina y Maya si conocieran su casita del monte? ¿Qué dirían si supieran que. . . pero qué cosas se le están ocurriendo?. . . ¿Qué dirían si conocieran a Fulgencio?. . . No dirían nada, porque Fulgencio es una gota de agua con Arturo de Córdova. . . y hasta más guapo quizá. . . Además, ella, Matilde, era de la misma condición de Fulgencio. ¿Qué podrían decirle ellas?. . . ¿Qué podrían decir? Y aunque dijeran lo que quisieran, ¿qué podía importarle?

La sacó de su ensimismamiento una voz bien timbrada.

—¿Ah si? No había oído nada.

—Niña Matilde, es verdá que usté ya no quiere entrar en el colegio?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Utual se lo voy oyendo a la niña Juliana. ¡Ay, niña Matilde, si eso juera lo cierto!

—¿Te importaría mucho que yo me fuera? —preguntó Matilde con los ojos bajos.

—¿Y todavía lo pregunta? ¿Qué no se ha percatado que no puedo vivir ni un ratito sin verla? ¿No ve que ando como alma en pena, rondando la casona? Todo con l'esperanza de poderle decir siquiera cuatro cosas. . .

Y como Matilde permaneciera silenciosa, y el dicho reza que quien calla, otorga, se atrevió el muchacho a tomarle una mano y a decirle con vehemencia:

—Será que soy un atrevido, pero yo. . .

El crujir de unas ramas y la sonora voz de Goyo interrumpieron a Fulgencio.

—Niña, tu mamá te anda buscando desde ratos. . .

A la mañana siguiente, en lugar de Fulgencio vio Matilde a un desconocido montando el macho de las faenas.

—¿Dónde ha ido Fulgencio? —preguntó a la madre en tono vibrante.

—Se fue a su casa desde anoche.

—¿Se fue? ¿Y así no más? ¿Sin decir nada a nadie?

—A tu papá sí le debe haber dicho para que le diera su pago. . . Como hoy cumplía mes. . .

* * *

Desde los últimos días de enero, en el pueblo y en los alrededores no se hablaba más que de la próxima llegada del Niño Zarco. Y, contra lo esperado, Matilde, que para cuanto se le proponía se mostraba desanimada, manifestó vivo deseo de asistir a las fiestas. Y después de muchos preparativos se trasladó la familia a la población la víspera de la llegada del Niño.

Pasaron la mañana del gran día recorriendo las ventas instaladas en la calle principal y en las cercanas al mercado, pues, según dijo Juliana, había que aprovechar esos días en que llegaba al pueblo toda clase de mercaderías, para proveerse de cuanto necesitaban.

Pasado el almuerzo, se encaminaron a una extensa ramada construida en las afueras de la población.

—Desde aquí podemos mirujear bien l'entrada y dar cuenta de la Loga —dijo Goyo, dándose aire con el sombrero.

Buscaron para sentarse el lugar donde estaba más tupido el ramaje y como el calor era excesivo aceptaron gustosos el agua dulce que, acompañada de trozos de torta que flotaban dentro, les ofrecieron en unos guacalitos de morro de dudosa blancura.

Por los cohetes, que estallaban a intervalos regulares, podían darse cuenta de que el cortejo se acercaba. La gente que llegaba en grupos, invadió poco a poco la enramada. El calor y el barullo crecieron tanto que Matilde exclamó impaciente:

—¿Va a tardar mucho en llegar?

—No tanto —respondió Goyo—. Tené paciencia. ¿No eras vos la ganosa de venir? Y ya vas a ver qué gentío más alegre ese que viene con el Zarco. Como es tan milagroso. . .

Matilde lanzó un hondo suspiro como respuesta.

—¿No te lo dije? —murmuró inquieta Juliana al oído de Goyo al ver que Fulgencio se acercaba en uno de los grupos.

—Y yo también te dije que cuando se tipea no le queda ni pizca de caitudo —repuso Goyo en son de reto.

Fulgencio se acercó y quitándose el sombrero de alas anchas que tan bien le caía, rozó con la punta de los dedos la mano que le tendía Goyo y después de saludar de palabra a las dos mujeres, buscó sitio al lado de la joven.

—¿Y Arturo? —preguntó Matilde.

—Lo dejé en la casa con. . .

—¿Con quién? —interrumpió ella ansiosa.

—Con una mi tía; como el Niño pasa por allí, no quise sacarlo, no fuera ser que se perdiera en la bullanga. Pero le dije que cuando pasara cerquita el Zarco le pidiera el milagro con toditas sus fuerzas.

Aprovechando que Juliana se distraía con los historiantes que, aunque de paso, hacían sus cabriolas, susurró Matilde:

—¿Ya viste que vine?

—Sí, Dios se lo pague. ¿Saben ellos que le mando recados?

—No.

—Pues cuando pase el Zarco cerquita le reza usté también, ¿aloye?

—Sí, y le voy a pedir que si no te da a vos el valor de hablar, que me lo vaya dando a mí.

—Mirá, niña —explicó Goyo— ese que va pasando es el Mayordomo Mayor, el que le dicen Prioste; y esos que van más detrás son los Tenances. Van a toparlo hasta la mera entrada.

—¿Qué es eso de Tenances? —preguntó distraída Matilde.

—Son los que ayudan al Prioste en todas las bullas de la Cofradía.

—¿Vido las palancas, don Goyo? —dijo Fulgencio—. Hoy sí q'iban surtidas. Hasta un chumpe llevaban en medio de las gallinas y del pescado seco. Y viera qué relación más pencona la del tashtulero cuando s'hizo l'entrega.

—¿Y por qué al Moreno se lo llevan a San Ramón y al Zarco a Cojute? —inquirió Matilde.

—Eso es, porque así es el costumbre —dijo Juliana.

—¿Y por qué trae más limosnas el Zarco?

—Eso es, pues si como él tiene los ojitos azules. . . y es tan milagroso. . . —explicó Juliana, quitando la palabra a Fulgencio para que no pudiera lucirse con sus conocimientos.

—No es sólo por eso —dijo Goyo—, sino porque en la Puja, la que hacen en la Alcaldía después de la gran Misa, tienen que aflojar más pisto por el Zarco que por el Moreno. Y más de eso, han de tener fiador y dar documento en que se comprometan a traer, a más del compromiso, que en veces pasa de doscientos pesos, una docena de candelas de cera, más cera de Castilla, más una libra de incencio y tablillas de buen chocolate. Así es que el que se obliga a tanto, tiene que bailar más que un trompo, y desde el mero día que agarra al Niño y'empieza con las pedideras.

—¿Y a cuenta de qué les exigen tanta cosa? —preguntó Matilde.

—A cuenta de que es ley que dejaron los españoles —dijo Goyo con énfasis.

Dos cohetes reventaron muy cerca y al momento empezó a bajar la procesión por la empinada cuesta. Era tanta la gente y andaba tan apiñada, que apenas si dejaban sitio para las andas en que venía el Niño. Y como todos vestían sus trajes domingueros y las mujeres se cubrían con chales de muy vivos colores, el conjunto ofrecía un aspecto en extremo alegre y atractivo.

En cuanto depositaron las andas en el centro de la enramada, se adelantó uno de los mayordomos y después de un largo relato en el que figuraban los presentes que en el Portal de Belén hicieron al Niño los tres Magos, sacó unas monedas de plata de un pañuelo de color indeciso y las puso en manos del Mayor con ademán solemne.

Levantaron de nuevo las andas y la procesión siguió su camino seguida de los devotos que en aquel sitio le habían esperado.

Matilde, sus padres y Fulgencio quedaron casi solos.

—Niña Matilde. . .

—¿Por qué has de llamarme siempre niña Matilde?

—¿Y cómo quiere que la trate?

—De Matilde y de vos.

—Niña, ¿qué estás diciendo? —clamó alarmadísima Juliana.

—¿Y por qué no, mujer? —reconvino Goyo mirando a los dos jóvenes con aire paternal—. Si es ella la que quiere ser como nosotros, ¿a título de qué la vamos a contrapuntear?

MANUEL BARBA SALINAS

Nació en Santa Tecla el 2 de septiembre de 1900. Falleció en San Salvador el 1º de junio de 1956. Vivió algunos años en los Estados Unidos de América. Viajó por Europa visitando Francia y España. Fue Redactor del Diario "Patria", Jefe de Redacción de "El Diario de Hoy". Trabajó en el Ministerio de Relaciones Exteriores y fue traductor en la Embajada de los Estados Unidos y en el Servicio Cooperativo de Salud Pública. Es el autor de esta antología y de *Memorias de un Espectador*, obra póstuma.

DELFINES BAJO LA LUNA

I

Las siete de la mañana. Día lluvioso y fresco de cielo gris.

Las oficinas de la Compañía de Luz y Fuerza estaban aún desiertas. Solamente habían llegado, de los empleados, el telefonista y el portero. Ambos se sorprendieron un tanto cuando entró el ingeniero jefe don Ramiro Montalbán. El aparecía siempre a las nueve con una puntualidad de cronómetro. Saludó con su habitual sonrisa y se dirigió a su despacho.

El sombrero negro de alas anchas flexibles y el traje azul irreprochable sentaban muy bien aquella mañana a su figura prócer. No estaba mal de elegancia. Llevaba sus treinta y seis años con prestancia gentil.

Sobre el escritorio había una cesta de alambres con documentos para firmar. Montalbán los leyó muy tranquilamente y los fue firmando uno a uno. Al terminar apartó la cesta a un lado de su mesa de trabajo. Abrió una gaveta, tomó unos papeles y los encerró en un gran sobre amarillo. Luego se puso a escribir una carta.

Un sol pálido entraba por los claros ventanales. Montalbán se asomó a la calle silenciosa que dormitaba bajo la fina lluvia. El cielo, gris, parecía una gigantesca pizarra sin un solo apunte de tiza. Encendió un cigarrillo y abandonó el despacho.

El reloj apuntaba las siete y veinte minutos. Empezaban a llegar los empleados. El gerente, don Próspero Fernández, un viejo amable y jovial se cruzó con el Ingeniero en los corredores y saludó muy alegre como de costumbre. Montalbán volvió a sonreír en honor del señor gerente.

Fernández, al notar el sombrero nuevo del Jefe Técnico que parecía más propio de un pintor, pensó: Otra excentricidad del Ingeniero. Porque eso era para él su amigo, un hombre excéntrico. No comprendía que nadie

fuese distinto de su tipo, despreocupado y alegre, dicharachero y cordial a despecho de sus sesenta años bien cumplidos.

II

La Subestación Central de la Compañía está desierta. Aquello es para el profano un incomprensible barullo de alambres, switches, palancas, botones, aisladores y signos luminosos. Sobre el inmenso switchboard hay unos rótulos pintados en negro, con una calavera al centro que dicen:

DIEZ MIL VOLTIOS.—TREINTA MIL VOLTIOS.—CIEN MIL VOLTIOS. El Ingeniero mira el gran tablero macabro como quien pasa los ojos por sus dominios. Para él no hay secretos en aquella complicada fábrica. El es el Técnico.

La lluvia tiembla en los cristales innumerables del edificio. Montalbán va revisando pausadamente aquella complicadísima maquinaria. En una esquina del salón se detiene pensativo frente a una palanca. Debajo un letrero indica: CIEN MIL VOLTIOS.

Toda su vida, vida de hombre de ciencia y de hombre de mundo, pasa en aquel instante por la memoria de Ramiro Montalbán como en una vertiginosa película que proyectase en su mente una linterna bruja. Recuerda horas idas para siempre, aventuras cuya memoria había muerto, días claros de infancia, horas negras de juventud, minutos luminosos de adolescencia. Van a creer, piensa, que fue un accidente. Su pensamiento le hace sonreír. Va a suicidarse sin que nadie pueda luego pensar que fue un suicida. . .

Allí están los cien mil voltios liberadores invitándolo a pasar el fascinador umbral del misterio. La corriente que descargará sobre su cuerpo se le antoja una solución bella para su vida de buscador de la verdad.

Se pone a mirar la calle en la que resbala la lluvia suavemente. La niebla pone toques de misterio en las ventanas de los edificios.

De pronto queda como deslumbrado. Una mujer joven, bella y breve cruza como un ensueño tras los ventanales acristalados. Y él adivina más que ve en sus ojos color de humo, un fulgor milagroso que ha hecho vibrar de raro modo su corazón.

III

Ramiro Montalbán había hecho una carrera brillante. Cuando nos graduamos juntos en la Universidad de Nueva York, todos decían "es un sucess fulman". Y en realidad lo era en el concepto norteamericano de la vida. Había sido el mejor estudiante de su curso. Luego se especializó en su ciencia y llegó a ser por derecho de conquista, una autoridad

en su profesión. Viajó mucho y anduvo por el mundo aprendiendo la vida. Lo que la Universidad no le había enseñado ni le enseñaría nunca: la vida tal cual es, bella y sombría, sórdida y brillante, trágica y alegre, miserable y suntuosa.

Podría decirse que era un maestro de la vida. Acaso sabía más de ella que de su ciencia de Ingeniero, que cultivaba para huir del tedio o para dejar, algún día, con un nuevo invento, la huella de sus pies en las arenas movedizas del tiempo.

Sus hábitos mentales de estudio, su familiaridad con las matemáticas, su lógica de cientista, le habían dado un sentido analítico de la vida y de sus problemas.

Desmenuzaba los dogmas, los mitos, los prejuicios, las ideas hechas y los sometía a experimentos como en los menesteres de su profesión. Había desecado su alma. A esa bella mentira vital que es el amor, degustada por él en todos los climas, la reducía a su simple expresión de instinto genésico o de trampa de la naturaleza. Asimismo examinaba las cosas del arte, de la política, de la vida en fin. Tras los ojos luminosos de las mujeres veía los gusanos que habrían de comerlos y en cada sonrisa fresca como el reventar de una rosa, encontraba el sentido de la perfidia en potencia.

Y aun en las horas del vino, del placer o del triunfo, pensaba, escéptico ante todo, en la reacción de disgusto que vendría tras el deleite efímero.

Era un cientista. La ingeniería le había dado gloria y dinero, pero a costa del ensueño, a costa de la ingenuidad de su alma, pues como él aplicaba su lógica de matemático a las cosas, iban cayendo ante su vista los esmaltes de colores para dejarle la verdad fría y corrosiva como ácido. La verdad. ¿Y quién sabe, quién sabrá jamás cuál es la verdad?

Tenía sin embargo un temperamento de artista. Era compositor de música, gustaba de la literatura y temblaba de emoción en las tardes del trópico o frente al mar armonioso en noches de fulgor lunar. Pero no creía en las mentiras vitales, esas dulces y santas mentiras que son como caricias de seda en el alma. Suave, deleitoso, reconfortante licor en la vida.

IV

Recién graduado en la Universidad, durante un viaje que hizo de Nueva York a Génova, se había hecho amigo de un célebre biólogo y filósofo, el Dr. William Jensen, noruego de nacionalidad, joven ya famoso por sus libros y sus conferencias. Simpatizaron pronto. Al segundo día de viaje estaban juntos sobre cubierta desde muy temprano y no faltaban en el Bar a las doce para el aperitivo.

En las tardes, a la hora crepuscular, el Ingeniero y el Biólogo desde

la altura del puente, acodados en la baranda, conversaban sin cesar. Discutían sobre los mil y un problemas sin solución que bullen siglo tras siglo en la mente confusa y en el corazón agonizante del hombre. Casi nunca estaban de acuerdo, pero su afán por encontrar la verdad, sincero en los dos, hacía flotar entre ambos una gran simpatía, que limaba las aristas y las hacía comprenderse sin comprender.

Una noche en el Mediterráneo en que las estrellas ponían en el mar reflejos diamantinos y la luna embrujaba de misterio los barcos fantasmas de la lejanía, los dos amigos estaban en proa charlando. La noche era de una magnificencia sin par.

En las cubiertas había baile. Las mujeres de a bordo, mujeres de todas las razas y de todos matices, estaban singularmente bellas aquella noche de hechizo lunar. En todas las almas había un estremecimiento de nerviosa alegría. La orquesta tocaba. Hasta el capitán, que raras veces iba, llegó aquella noche al baile.

Jensen y Montalbán, en proa, contemplaban la noche y conversaban. Como buenos sabios eran más espectadores que actores en la vida. Se habían retirado del baile y lo comentaban amablemente. El tema que los tenía intrigados esa noche era el amor. Acaso también ellos, como los demás mortales del barco, estaban enfermos de luna. Los sabios también sueñan en el Mediterráneo.

—¿Se fijó Ud. —decía el ingeniero— en Clara Delmar? Está bella esta noche. Aquel traje rosa le va muy bien a su cuerpo perfecto que la hace tan atrayente. Además tiene un no sé qué de dulce comprensión en la mirada.

—Me temo —comenta Jensen— que usted está enamorado. Usted mismo me decía ayer que entre todas sus experiencias, es la única mujer que le ha provocado un sentimiento extraño, incomprensible.

—Ciertamente, Doctor; pero eso no significa nada. Ese sentimiento es estético puramente. Clara tiene una gracia exquisita. Sus ojos, su voz, el temblor de sus caderas me gustan. Cuando charlo con ella o admiro el dibujo de sus piernas estoy gozando estéticamente. De allí al amor hay un abismo. Ya lo sabe usted, Doctor, yo no creo en esas cosas. . .

—Clara Delmar, amigo —agrega el Doctor—, es su esquema biológico: Su fantasma, porque todos llevamos dentro, en nuestra sangre, en nuestra alma, en nuestro cerebro, un fantasma de mujer. Es el esquema biológico de cada uno. El otro sexo que circula por nuestras venas y nos perturba y tiraniza. Cuando encontramos ese esquema en la realidad, es decir: cuando nuestro fantasma coincide con un tipo de mujer existente, entonces llega el amor, el amor diferenciado, sabiamente compuesto de instinto y de amistad, de hambre carnal y de comprensión inteligente; de goce sexual y de espiritualidad exquisita. El amor que convierte a la

especie y del que brotan como de una fuente inagotable los deleites más intensos y más humanos.

El biólogo permaneció unos instantes en silencio e insistió: —Usted conoce aquel mito antiguo. Los hijos de la luna eran andróginos: por mitad hombre y mujer. Júpiter, para castigarlos, los dividió. Desde entonces cada mitad busca a su contrario.

He allí el amor.

El Ingeniero rió como si su amigo hubiese contado una broma divertida:

—Por Dios Doctor... Usted está contagiado de locura esta noche. Un sabio diciendo esas tonterías. El amor sólo existe en la imaginación. Lo demás, es puro apetito sexual. Para satisfacerlo, tanto da que la mujer coincida con su fantasma como que no coincida.

—Ese es el amor indiferenciado —objeta el Doctor—, el que no busca su tipo y va tras la mujer sin individualizarla, como corre el lobo tras la hembra. Pero hay uno insustituible. Acaso Clara Delmar, amigo mío, es su media naranja. ¡Y qué trozo de naranja más apetitoso y dulce...!

Montalbán rió de buen grado. Y la conversación siguió girando en torno del amor, de la vida, del mundo. El biólogo no podía convencer al ingeniero: la vida, afirmaba éste, no tiene sentido. La única verdad es la de que nacemos, vivimos y morimos sin objeto alguno. El instinto nos lleva, engañados, al amor. Y a pesar de todo, acaso solamente por el instinto, podemos guiarnos. Misterio, misterio, mi querido Doctor: La biología como la electricidad, como el más allá... Nada más que misterio...

El barco avanzaba sobre las aguas temblantes de plata. La fosforescencia ponía orlas de oro en la espuma nacarada y brillante. El viento silbaba entre los cordajes tensos. La música del baile llegaba mezclada con risas de mujeres. Y en un rumor sordo y monótono como golpe de fantásticos atambores, las máquinas llevaban el compás del mar. A lo lejos, muy a lo lejos, las luces de otro vapor se divisaban. Barcos que se saludan en la noche como un espectro a otro espectro. Los dos hombres recortaban su silueta en la claridad lunada: Parecían fantasmas milagreros.

Una bandada de delfines saltaba por delante de la proa. Las aletas, húmedas de luna, parecían cuchillas de plata, temblorosas. El barco avanzaba sin alcanzarlos nunca. Y los delfines, sin apartarse, saltaban con una agilidad sin esfuerzo.

Y dijo el Ingeniero: —Somos como ellos, Doctor, como esos peces estúpidos. Corremos sin objeto por la vida; vamos dando tumbos porque somos extraordinariamente imbéciles. ¡Delfines! ¡Delfines bajo la luna!

Y el Doctor, sonriendo, replicaba: —No amigo: Somos como el barco. Avanzamos. Avanzamos en la noche del mundo y llegaremos...

V

Por fin: Barcelona. A las seis de la mañana de un día todo azul. Clara Delmar, en cubierta, se despedía. Miraba nerviosamente a todos lados como si quisiese localizar a alguien. Cuando Montalbán le alargó las dos manos cálidas y afectuosas, estaba dulcemente encantadora en el marco de la mañana. Cuerpo sutil. Curvas delicadas. Piel ligeramente dorada como una naranja de Valencia. Ojos de humo, indefinibles. La voz, de un suave timbre sensual. Y en su busto, temblando, dos palomas breves aprisionadas en cárcel de seda.

La amistad de Montalbán con Clara había sido cordial y extraña a la vez, durante la breve travesía. Ejercía él una curiosa influencia en la muchacha. La frivolidad de ella se tornaba en meditación cuando estaba cerca de él; y sin saber por qué, sin entenderlo, sin gustarle conscientemente, sentíase atraída. Le gustaba su carácter, la seguridad que tenía de sí propio, su ingenuo cinismo, su elegancia audaz. Decía aquel hombre cosas tan absurdas; estaba tan lejos de los otros hombres vulgares: Miraba de modo tan raro. . .

Para Montalbán, constituía ella una fuente de goce estético, de comunicación y de experimento. Y tal vez en lo profundo del subconsciente, algo más. El caso es que fue su predilección durante el viaje y que cuando la vio alejarse por el paseo de Colón, pensó en su charla con el biólogo. Y un instante, sólo un instante, soñó irse tras ella por el paseo hirviente de multitud.

Pero se impuso su escepticismo, su conocimiento de la verdad y de la vida, su concepto de las mujeres. En su alma el ensueño y la realidad disputáronse el porvenir. Pero su fardo de prejuicios triunfó de él y con un gesto de cansancio, la dejó marchar, perdiéndola de vista entre la muchedumbre de las ramblas.

Después, en Génova, pensó dos o tres veces en aquella Clara Delmar que había visto partir para siempre, desapareciendo de su vida en una mañana de frescor sereno. Pero la silueta se borró en su memoria al poco tiempo, como se borró también de su mente la fantástica teoría del Dr. Jensen.

Y volvió a su vida habitual. Los áridos problemas de Ingeniería, los deberes de su profesión y sus experimentos, consumían las tres partes de su tiempo. La música, los viajes, y el amor fácil, el resto.

Así fueron pasando los días. A medida que ahondaba en los estudios; a medida que arrancaba secretos a la ciencia; a medida que acumulaba dinero y añadía brillo a su nombre, se espesaba en él un profundo vacío. ¿Qué era él en la vida? ¿Qué era la vida? Con su manía de aplicar su lógica de matemático a las cosas, se estaba saturando de morboso pesimismo. Abandonó sus trabajos en pos de una invención. ¿Para qué?, se pregun-

taba. Si las máquinas han traído la desventura al hombre, ¿qué ganaré yo, qué ganará la humanidad, con un nuevo artefacto productor de energía? Y así poco a poco, Montalbán iba considerando inútil la vida. Y se refugiaba en Einstein y se anegaba en la filosofía sin encontrar respuesta para las apremiantes interrogaciones.

La música ponía a veces un dulce temblor de emoción en su espíritu. Los placeres del sexo atenuaban, en ocasiones, la inquietud mental. Pero el vacío persistía en su alma como en un pozo sin fondo en que la claridad del agua se oscureciese con el negror de la profundidad.

Hasta que un día, este hombre inquieto que no había sabido encontrar la paz y que no pudo saciar su sed de verdad porque encontró muy amarga la verdad, colocó su mano en la palanca, en esa palanca salvadora que con su descarga de cien mil voltios habría de franquearle el misterio.

Mas en el instante mismo en que su vida sin objeto va a ser conscientemente aniquilada, el paso de una mujer le detiene en los umbrales de la muerte. Es Clara Delmar la que ha pasado.

Fugazmente en la memoria del hombre se reproduce la conversación de Jensen y vuelve a vivir una noche lejana en el Mediterráneo azul. Aleja su mano de la palanca homicida. Y marcha tras la grácil figura de mujer que ha proyectado su sombra en los cristales de la Subestación... LA ESPERANZA...

En el mar, hoy como ayer, bandadas de delfines saltan por delante de las proas de los barcos. Las aletas, húmedas de luna, semejan cuchillas de plata temblorosas. El barco avanza sin alcanzarlos nunca. Y los delfines sin apartarse, saltan con una agilidad sin esfuerzo.

Somos como ellos. Corremos sin objeto por la vida. ¡¡Delfines!! ¡¡Delfines bajo la luna!!

RAMON GONZALEZ MONTALVO

Nació en Quezaltepeque, Departamento de La Libertad, el 7 de febrero de 1909. Hizo estudios de Ciencias y Letras en el Externado San José. De Jurisprudencia y Ciencias Sociales en la Universidad de El Salvador. Diplomático de carrera con el rango de Embajador. Ha desempeñado en el Servicio Exterior de su país cargos en Estados Unidos de Norte América y Guatemala. Ha representado a El Salvador en distintas conferencias internacionales y formado parte de Misiones. Fue Subsecretario de Relaciones Exteriores de El Salvador y Jefe del Departamento de Organismos y Conferencias Internacionales del mismo Ministerio. Actualmente goza de jubilación por sus servicios diplomáticos.

Ha publicado: *Tinajas* (novela) y *Pacunes* (cuentos).

LA CITA

—Pero hombre, Toribio, por Dios Santo, ¿cuándo m'irás hacer caso? ¿No t'e dicho, pedazo de burro viejo, que no amolés asina esos palitos?

—Sí, pero es que comuestán en la mera calle, pues uno ni los mira y cuando siente ya les ha puesto la pata.

—A saber pa qué condenados te sirven esos ojos de güey matrero, que ni por saltones te valen.

—Saltones y todo, pero te engasaste de eyos, y acordáte cuando me decías queran los que alumbraban el rancho.

—Asina es una de tonta cuando los hombres nos curan.

—Pué, y lo que antes te pareciyan lindos ora te semejan güeyes.

—Yestás con tus yoriqueyos; te vuá pasar las naguas y me das los calzones.

—Andariyas enseñando el trasero, porque en tanto diya no te'adado licencia el diablo pa zamparle un cachirulo.

—A lo vés, pareso sí, pal trabajo la mula, y luego echarle en cara que nu'ace nada, que sólo come.

—No soy yo el que me quejo, bien vés que todo te lo aguanto, pero estoy por maliciar qui'algo te tenés...

—¿Qué me vuá tener? Aburrida de pasar la vida en esta cueva, zampada todito el diya, solita todo el tiempo.

—Si no juera más qu'eso, pero ¡quién sabe!...

—¿Quién sabe qué? ¿Qué estás pensando, pasmado? Mirá, por vida tuyita no me sigás hablando.

—¡Cómo se ve que ya no me tenés voluntá!

Respingó, furiosa, la hembra. En sus ojos brilló, flamígero, relampagueante, un latigazo de odio. ¡Maldito el hombre! Bruto, si comprendiera, si fuera capaz de adivinar lo amargo que ahora le parecía la vida.

De romplón penetró al rancho que se ahogaba en humo. Desde el

fondo, alcazaba a divisar una tira de patio y en el linde, a su hombre con la cabeza martillada contra el pecho, decaído, vencido. ¡Qué desgracia!

La cólera se le estaba apaciguando, pero a la vista del hombre achorchado, renació burbujeante. ¡Si aquél no parecía hombre! Mentía su apariencia; si lo fuera, hubiera luchado a brazo partido, como ella lo deseaba, cuando se dio cuenta que su amor se le iba, pero se conformó con bajar la cabeza, con no oponer resistencia... y hoy ya era tarde...

Sin embargo, no atinaba a comprenderse. ¿Estaba o no satisfecha de lo convenido? ¿Y si fue con su gusto que había convenido, por qué no dejaba en paz a su pobre hombre? ¿Para qué amargarle los últimos momentos? Era una necesidad de su conciencia, que ansiaba disculparse. Además, quería darse coraje y hacerle comprender que por flojo la perdía.

El humo le picó los ojos, le carraspeó en la garganta y le aguó las narices. Salió del recinto, tiró, de mal modo, sobre la mesa polvorienta el canasto con las chengas y los platos de hierro esmaltado.

—Si te pensás hartar y'hay modo.

El hombre vino, tomó asiento en el banco y esperó a que arrimara la olla con los frijoles. Se notaban en su rostro las huellas de una pena profunda. Enamorado de la prieta, sangraba su corazón al cerciorarse que cada día se alejaba más, sin remedio, la fuente que caldeaba su existencia. Lo peor era que se sabía impotente, que no quería luchar.

Antes, todo era alegría en su rancho perdido en la cresta abrupta. La cipota no se quejaba nunca de la soledad y su mundo se reducía a la huerta, al ranchito, al caminito que llevaba al jagüey y a su hombre, prieto y cariñoso.

Hoy, todo era distinto. ¡Suerte perra!

—Negra, ¿por qué no te sentás? Yestán compuestos los palos, no les pasó nadita...

Y como ella callara...

—Dichosos palos que tanto te preocupan.

—Lo que menos me importan son los palos...

—Entonces...

—Sí, no tengás miedo, el que me trajo las semillas... ¡Aquél siquiera es hombre de verdá!

—Puede ser, ¡quién sabe!

—Seguro qu'es y lo demuestra.

Se agachó sobre el plato y sonó, en la mano nerviosa, la cuchara, golpeando en la mesa renegrida.

—Toribio, hablemos claro; no quiero engañarte, pero ya no te quiero, y esta noche te dejo, me voy con Felipe...

—Lo maliciaba y tampoco quiero detenerte. ¿Pa qué tener pájaros en la jaula? Lo siento, no por mí, pues al fin se acostumbra el hombre al

tramojo de la pena, pero sí por vos; Felipe nues lo que te imaginás... Te ha entuturutado con sus pandiadas de valiente y nuay tales, es cobija.

—Lo decís por despecho, pero lo qu'está a la vista no precisa lentes.

—¿Querés que lo pruebe?

—¿Quién, vos? ¿Vos oponerte a él? Pobrecito, estás loco...

—¿Dónde es la junta?

—En "El Chagüite".

No sintió a qué hora se lo dijo, pero hoy ya estaba. Después de todo, Felipe le perdonaría la vida. ¿Qué iba a hacer su desgraciado hombrecito contra aquel valiente?

No se hablaron todo el resto de la tarde. El hombre no salió del rancho, y la negra, ante sus ojos, preparó su tanate. Sentía algo de lástima por el pobrecito.

Las sombras primeras, trajeron del lado de "El Chagüite" un silbido profundo, señero.

—Ya t'esperan. Itiyendo.

La mujer vaciló; un destello de burla y desprecio aleteó en lo hondo de sus ojos.

—Tiene shusha... tal vez sea mejor —pensó.

Echó por el camino sin volver la vista; se alejaba, para siempre, del rancho en que lanzara su primer grito de amor.

Felipe la esperaba en la hondonada. Ella lo divisó a lo lejos y palpitó violento su corazón. Arrogante el mozo, relumbrante el acero pulido de su corvo. Ella se acercaba rápida, temiendo no llegar nunca hasta sus brazos. El le clavó una mirada fría:

—¿Y, a qué viene ese tanate?

—Son mis cosas... Ya que me querés y te quiero nos iremos lejos.

—¿Te habís vuelto loca? ¿De qu'estás hablando?

—De que no me quedaba en el rancho.

—Pero, negra, si yo no puedo hacerme cargo de todo; estoy amolado, quedate en el rancho, asperemos y a escondidas nos vamos a querer muchísimo.

Al principio, ella no comprendió la propuesta de Felipe; él, viéndola sin palabras, se le acercó mimoso y le tendió los brazos. La hembra no se movió; miraba con ojos inmóviles al mozo. Sentía que el pedestal en que se erguía su ídolo, se desmoronaba. Al roce de sus brazos, reaccionó eléctrica, dio un salto y se libró.

—No me tentés, ya sé lo que querés: mujer sin que te cueste.

—No es eso, pero reflexioná...

—¿Te abís convencido negra? ¿Verdá que solués por encima?

La voz fuerte, varonil, sobresaltó a la pareja. Toribio, agigantado, corvo en mano, está junto a ellos.

La poca claridad de la anochecida no fue obstáculo para que la

negra viera la palidez que cubrió el rostro de Felipe; hasta creyó notar un jadear de angustia en el pecho que ella creyera roca viva.

Su hombre continuó sereno:

—Aura, desgraciado, componete. Me abís amargado la vida y necesito tu sangre.

Rubricó el destello del corvo, en parábola luminosa, la sentencia dictada.

La hembra estaba fuera de este mundo. ¿Pero era aquél su hombre? ¿Era este macho cimarrón, vengativo y potente, la criatura a quien pocas horas antes ofreciera sus enaguas a cambio de sus pantalones desfondillados?

—¡Que te compongás te he dicho, si no querés que te aplaste como un sapo!

El acero se estremecía. Felipe, demacrado, ni se movía, paralizado de terror. La mujer pudo decir apenas:

—Toribio, no le dés pu'el filo, es un desgraciado.

En su voz había un eco de ternura, de admiración rendida.

Silbó la hoja y abarcó, certera, la espalda del cobija, dos, tres veces, y por fin la víctima reaccionó. Giró pesadamente sobre sus talones y en carrera loca se perdió en la breña.

Al hombre se le bajó la cólera, envainó el acero, miró a la mujer que se había sentado en el suelo y con la cabeza contra el pecho, dejaba correr sus lágrimas esperando su destino.

—Perdiste la prueba, negra.

Transcurrieron largos momentos de silencio, punteados por el hipar del llanto de ella.

—Te va'hacer daño el frescor. Amonós pal rancho.

Como sus músculos se negaron a obedecer, el brazo fuerte de Toribio la rodeó solícito, y recostada en su cuerpo prieto, duro y bueno, rumbeó para el nido abandonado.

(De *Antología del Cuento Centroamericano.* Tomo II).

VIENTOS DE OCTUBRE

Tirabuzonea el humo entre las varas del techo, las envuelve, las soba, se escurre por las juntas, se escapa dejándoles como recuerdo la negrura que poco a poco se filtra en su corteza.

Tirada, lindando con el barranco, está la vega; en el barranco la quebrada turbulenta, en la vega el rancho picudo y bravo, y en el rancho la Foncha.

Ahora canta. Nadie sabe por qué, en los últimos días, la Foncha está que no cabe, se ríe de todo y sin motivo, brinca y retoza como potranca cerrera en tarde de mayo. ¿Será que los vientos de octubre enloquecen? ¿Le traerán esperanzas de días felices? Parece que sí.

Lindo se está poniendo el campo. Tiene no sé qué misterio que arroba, en las mañanas cuando el sol lo baña, y a la tarde, cuando arrepentido de su mal humor del mediodía, acaricia lentamente, dulce, con esa tristeza hecha pesar del abandono: diríase que no se resigna a ausentarse y tras los cerros se empina para mirar por última vez.

La Foncha está contenta y en sus ojos destella una llama voluptuosa al seguir la ruta azulada del humo que se escapa de los leños de quebracho y se filtra por entre el tapexco del tabanco. Viene noviembre. . . Los recuerdos se desmadejan y tamizadas por sus espesas pestañas entrecruzadas, contempla las escenas del verano anterior. Con la esperanza de próximas venturas, ha dado al olvido las amarguras del invierno que por fortuna ya pasó. Viene noviembre, vuelven los días suaves como caricia interminada y se pintarán de rosa las mejillas de la Foncha y se poblarán de llamas las pupilas que semejan pacunes maduros, rebotones.

Tiene preparado el cántaro nuevo. Es amarillo con puntos negros por exceso de cocción y alrededor del cuello una lista roja y pájaros fantásticos de parcas líneas. Lo estrenará cuando él venga. . . Le servirá de pretexto para sus viajes continuos a la pila y, como siempre, será sobre

el yagual de sus negras trenzas; seguramente adivinará sus pensamientos y sabrá que es sola, toda entera, del amado.

¡Cantarito complaciente y confidente que esperará escondido entre los matochos del huatal, mientras bajo las sombras del charral de cabra su dueña platica con el niño!

La Foncha, estremecida, evoca por milésima vez sus amores primaverales, vuelve a ver a la indizuela descalza y agresiva que se escondía por la senda en donde al galope tendido de su potranca mora, cruzaba el niño José Luis; vuelve a sentir la dulce y extraña emoción que experimentaban sus carnes núbiles cuando se topaban frente a frente. . . entonces nadie se fijaba en ella, estaba tan pequeña y era tan poquita cosa.

Pero una vez, al irse el invierno, se encontró tamaña, y los mozos desgranaron en sus oídos rosarios de dulces palabras. . . Por algo sería entonces, y ya no procuró evitar que el niño la viera, sino por el contrario, al sentir el galope de la potranca en el tablón, cogía el cántaro, jalaba el trapo para el yagual y corría a la pila, a donde el niño iría para dar de beber a la montada.

Las primeras veces quizás no se fijó en ella, pero un día estaba sola y había colocado el cántaro en el camino cuando él apareció. Ella corrió a quitar el estorbo para que bajara la potranca. La sangre le ardía en las mejillas y en las orejas. El tiró de las riendas y se le quedó mirando. La Foncha temblaba de emoción.

—¿Cómo te llamas?

—Foncha Alfaro.

—Ajá, sos la de Asisclo, ¿verdad?

—Sí, es mi tata.

—Sos bonita, ¿sabés?

—Qué va a ser, purito favor de usté.

La charla se cortó. El no dijo más y ella se quedó ida, mirando sin ver la potranca que sumergía sus belfos sonrosados y palpitantes entre las aguas sombreadas.

Cuando levantó la cabeza, ya la potranca empinaba la subidita, y el niño, volviendo la cabeza, le decía:

—Hasta mañana.

Largo rato los ojos se perfilaron en la senda. La frase del niño musicalizaba en sus oídos:

—Sos bonita, ¿sabés?

Y deseando comprobarlo, se tiró contra el suelo, sobre la hojarasca seca que cubría las piedras y se inclinó sobre las linfas claras que devolvieron la imagen magnífica. Se miró a los ojos —¡Jesús, cómo brillaban, si parecían llamas!— la frente combada y suave, la naricilla respingona y la boca gordezuela y roja. Se sonrió satisfecha y entre los labios húme-

dos asomaron dos filas de dientes parejitos y blancos. . . Se insinuó más y el cuello desnudo y los hombros gorditos temblaban en el fondo.

Fue de todas las mañanas en los Ranganes. Procuraban llegar ya cuando no había gente en las pilas y llenado el cántaro y aguada la potranca, se sentaban en las piedras, bajo la sombra espesa del capulamate, a cambiar palabras y a mirarse mucho.

En la mente de la Foncha, poseída desde temprano por la imagen del niño, lueguito se desató una hoguera que sin sentirlo se comunicó al amigo, y un día, impensablemente, se juntaron sus rostros y se cambiaron el primer beso.

Pero se fueron los meses de vacación y José Luis tuvo que abandonar el campo. La Foncha se aburría. Ya no le agradaban los piropos de los muchachos del valle, que volvían locas a sus compañeras, ni el famoso Cachitos, que acababa de regresar del cuartel y venía alebrinado, le hizo gracia. No vivía más que con el recuerdo del ausente y en largas horas de tedio pasó el resto del verano.

Entró el invierno. Se borró el camino que llevaba a los Ranganes. Nadie iba ya a la pila veranera y las malezas cubrían las rocas y las pilas sucias, rebalsando de basura y piedras, escurrían el agua lodosa. Ahora, con el continuo llover, no tenían que alejarse mucho para llenar los cántaros; con poquito que se escarbara en el paredón había agua, zarquita y buena.

Lentamente, pero al fin también se fue el invierno. Se secaron las pilitas cercanas y el camino de los Ranganes se volvió a poblar de muchachas y muchachos; las cumas dieron cuenta de las malezas que defendían las pilas y las trancas lustrosas que cubrían hilos del cerco sintieron cabalgar los más apetecibles cuerpecitos del valle.

Octubre está mediado y la Foncha cuenta los días que faltan para que venga el niño. Presiente que ahora ya no será posible conformar sus ansias con los besos castos del verano anterior. Se estremece el cuerpo nervioso, cierra los ojos apuñando los párpados y se retuerce todita. . . ¡Octubre, el viento desmelecha las copas de los árboles y pasa cantando entre las cañas del huatal. . .! Octubre trae esperanzas y se lleva tristezas, al retozar el viento en las aradas chipes.

—A la puerca, hombre, ¿qué diablos te habrás créido vos, Foncha, que te pasás el santo diya panzarriba pensando babosadas? Siestás enferma, decilo diuna vez pano estarte fregando. . . Haystá: los pollos sin comer, ni señas de chilate pa la tunca, niuna gota diagua en la canoa. ¡Es mucha groseriya que querrás que la pobre vieja luaga todo. . . ya noaguanto!

La Foncha había cerrado los ojos cuando sintió que regresaba la nana de su matinal visita al caserío y esperó el aguacero.

—Decí, tristosa, ¿tas enferma?

—No, nana... es que... son los vientos de octubre.

—Los vientos de octubre, ¡los vientos, ña cangreja! ¡Purita sinvergüenzada...!

J. EDGARDO SALGADO

Nació en Santa Ana el 9 de noviembre de 1909. Por muchos años dirigió en esa ciudad la Revista Literaria "Alma".

Ha publicado: "Ronda Criolla" (prosas), "Sor Clemencia", "Maldición" y "Vidal Cruz" (novelas). Es también autor del opúsculo "Albores de Quino Caso al influjo de Santa Ana".

EL PERRO SUICIDA

(Fue un gran amigo, leal hasta la muerte. . .)

Su nombre no estaba a tono con su modo de ser. Le llamábamos "Pirata". Era silencioso, retraído, más acostumbrado a permanecer en casa que en la calle.

Perro criollo, y por ello humilde; canelo, con un muñón de pelo blanco en el rabo y como adorno un triángulo del mismo color cerca del hocico.

Muy tierno llegó a nuestro poder. Ella lo mimaba mucho, al extremo que habíale formado, como lecho, muelle colchón en un pequeño cesto.

Fue creciendo sometido a disciplinas. En los juegos vespertinos él hacía de "futbolista", ¡y de los más ágiles y atrevidos! Buen "delantero", había que verlo para convencerse. Con sus gruesas pezuñas aprisionaba la bola, y llevándosela graciosamente, penetraba a la meta. Después, jadeante, se apartaba del lugar, con lo cual daba a entender que necesitaba reposo. Echado sobre el césped lo hallaba el primer lucero de la tarde.

Poco supo del amor, y si no estoy equivocado, un hijo fue su único fruto, cosa hasta cierto punto disputada por otros galgos de la barriada, pues al parecer la "novia" no era tan pudorosa que se diga, y creo que le engañó.

Vista su mala estrella, y tomando en cuenta los barullos en que andaba envuelto —tumultos que terminaban con una mordida en la oreja, o bien una pata coja—, optamos por decirle:

—No salgas. Cualquier rato pagarás con tu vida las querencias en la calle. . .

El hizo caso. Buscaba siempre el sitio donde tenía su cadena, que lucía muy bien en su cuello.

Así llegó a la edad en que se hacía respetar. Cuatro años a lo sumo.

Joven aún, parecía haber envejecido mucho. Su mirar cansino, sus modales discretos y cierto aburrimiento que le arrancaba pausados gruñidos, eran sinónimo de su honda melancolía. Daba vueltas en su mundillo. En cuanto estaba en la sombra buscaba el tibio calor de los rayos solares. Se tendía sobre el pavimento, cuan largo era, o buceaba cuidadosamente, hasta destruir una hormiga o mascullar un mendrugo.

—La "veranera" que hoy sembramos es para que te dé frescura —se le dijo cierta vez.

En verdad, una hermosa parra comenzaba a florecer en el lugar en que acostumbraba dormir la siesta. Era feliz bajo aquella fronda encendida de colores.

Por la noche, hurgaba con el olfato la presencia de seres extraños. Ladraba hasta aburrir. Era el mejor guardián al más bajo sueldo.

Sabiéndome su amo, guardaba silencio cuando yo abría la puerta, y con un leve meneo de la cola daba a entender su satisfacción encontrándome en casa.

Mas, ella, que cuando liliputiense le dispensó cuidos y caricias, ahora estaba celosa y comenzaba a cobrarle antipatía.

—Ese perro tiene el demonio metido en sus entrañas. Tú sólo a él lo quieres. . .

—No seas tontuela. Sólo creo estimularlo por su fidelidad para con nosotros. ¿No ves que el pobrecillo se desvela, atisbando los peligros que nos pueden ocurrir?

—Nada de eso. El infeliz no merece compasión, y cualquier rato le voy a dar veneno. . .

El perro parecía comprenderlo todo. Sumiso y avergonzado, bajaba las orejas. Hasta llego a imaginarme que un suspiro se escapaba de su corazón y que alguna lágrima rodaba, furtiva, en demostración de sentimiento.

—Vamos a bañarte para que te conserves limpio. Tal vez así algotra perra de las cercanías se enamore de ti. . .

Y aquel buen amigo entraba al baño, de donde salía remozado, haciendo más cabriolas que un volatín. Al secársele el pelo, los adornos blancos sobresalían entre el color sinamomo.

—Si enfermaba —en su tristeza y el desgano denotaba que algo anormal pasaba en él—, alguna medicina lo reponía inmediatamente. Como si supiera que aquello lo iba a curar, abría sus fauces para apurar la pócima, por más amarga que ésta fuera.

De nuevo volvía su peculiar quietud, y por los ojos, que expresaban tranquilidad, y algún elástico movimiento en el cuerpo, indicaba estar en posesión de las energías perdidas.

Sin embargo, aquella cancioncilla, repetida una y tantas veces, que

era a manera de sentencia para el desventurado, lo fue poniendo taciturno y probablemente le obligó a tomar su decisión.

—¡Perro sinvergüenza, mejor te murieras! ¡Tú eres la condenación de esta casa...!

Y con severo puntapiés quedaba sellado el desprecio hacia el inofensivo can.

El, por su parte, con una paciencia que rayaba en vasallaje, oía, con sumo abatimiento, aquella perorata:

—A tí te espera para comer. Conmigo, el holgazán agacha la cabeza y se hace el desentendido. Dale la calle para que se largue. No lo quiero ver ni pintado. ¡Me causa náuseas...!

"Pirata" —y no os extrañe la meditación de un perro—, posiblemente encontraba difícil la separación. Esa costumbre de estar a nuestro lado, ese apego a lo que se imaginaba pertenecerle y los múltiples abrojos de que es víctima quien no ha salido nunca de su pequeño círculo, tal vez lo detenían.

Pero llegó un día en que ya no pudo soportar más afrentas. Optó por írsenos para siempre, declarándose en huelga de hambre.

Solía vérsele arrebujado en algún rincón. No bebía medicinas ni reparaba en nada. Fue enflaqueciendo hasta el grado de no poderse levantar. La debilidad lo había hecho su presa.

Quince días, poco más o menos, duró su padecimiento. Hierbas, aguas sedativas y toda clase de menjurjes aconsejados por algún vecino, no pasaban de su garganta. Indiscutiblemente, el perro habíase propuesto acabar con su existencia, para dejarnos en paz, convencido como estaba de que él era la causa de aquellos malestares.

Una tarde, la última de su vida, lo encontré echado bajo un sofá. Quise informarme de su estado, y se me dijo que seguía mal. Hice un postrer intento para arrebatarlo de la muerte. ¡Se han visto milagros! —pensé—, y ojalá que en éste se repita alguno. Pero todo resultó inútil.

Se me sirvió la cena. Despacio, trémulo, casi balanceándose, fue a posarse junto a mí. Entiendo que esa era señal de despedida. Llegó al sitio desde el cual otras veces —retozón y vivaracho—, cazaba en el aire los bocadillos que le daba. Esta vez, ya casi sin aliento, apenas me miraba con sus ojos anémicos. De allí se levantó y salió a la calle, para acostarse sobre la grama.

Cuando acudí en su auxilio, se retorcía en penosas convulsiones y hacía muecas de dolor. Un instante más y murió entre un quejido desgarrador.

Ella contempló la escena.

—¡Pobrecito! —dijo, y se alejó con algún remordimiento...

Pensé yo: ¿Para qué condolerse de quien se iba, precisamente para dejar vacío un lugar que se llenó de odio e incomprensión? ¿Para qué las

exclamaciones lastimeras en la hora póstuma de la existencia, si bien se pudo reparar en vida una cruel injusticia? Era cierto que el que se alejaba de nosotros no pasó de ser un mísero perro, pero, ¿acaso la moraleja no tenía en él su claro sentido, al igual de como ocurre con los seres racionales?

Se lo había ofrecido:

—Por tu lealtad a toda prueba, si sobreviviese a ti, te enterraré cuando mueras en lugar especial, para que las aves de rapiña no despedacen tu cuerpo. . .

Así fue. Cavé una fosa, y allí terminó el martirio del infortunado perro.

Amigo de verdad. Sincero hasta el último instante, ha dejado en mí un recuerdo que no olvidaré jamás. Modesto y bienintencionado, para no ser un estorbo, ni el móvil de desavenencias, se convirtió en un suicida, antes que verse abandonado.

Las consideraciones a que estaba sujeto, en premio a sus merecimientos, le trajeron, como trofeo, un deceso voluntario, un adiós sin rencores y acaso un perdón que pude adivinar en su lenta agonía. . .

LA CONFESION DE UNA RAMERA

I

Margarita. Tal era su nombre. Así, melodioso, sugestivo, suave como los pétalos de esa flor que alfombra los jardines cuscatlecos y que es la inspiración de los poetas.

Sus quince años se deslizaron en medio de esos encantos que hacen amar la vida, porque todo se presenta nimbado de ensueños y fragancias. Esbelta, de ojos glaucos, soñadores y tranquilos, bordeados por sedosas pestañas. Un lunar en la mejilla, como singular adorno, completaba su aristocrático atractivo. Su voz, de una modulación ingenua, subyugaba con ansias tales de rendirse a sus pies para implorarle la limosna de una párvula mirada.

Toda ella era un desleír de cosas cándidas, un universo de bondad y de ternura. . .

¡Dichosa edad en la que se sueña con palacios encantados, con fuentes cantarinas y cuentos de hadas! En la que todo se decora con festones de alegría, y pasan ignorados los tantos sinsabores que más tarde echarán su velo sobre ese poema seductor de nuestra azul primavera. Edad en la que se quisiera tener el suficiente poder para decirle al Tiempo: ¡Detente, quiero apurar hasta la última hez el contenido de esta copa de ambrosía!, y que se obrase el milagro de ese diáfano embeleso.

¡Qué linda la escolar, con sus libros bajo el brazo; la brisa juguetona acariciando sus bucles perfumados; el iris de una sonrisa retozando en sus labios, y su andar tan delicado, como si caminase sobre surcos de lises y violetas. . .!

Toda ella sugería un tema para escribir los versos más sentidos, pues qué candorosa y bella, a su paso parecía que cítaras y arpas le daban la musical bienvenida por su gracia y su virtud.

Así era Margarita, la admirable mensajera de lo terso; la más mimada de aquel pueblo de paisajes y verduras, y quien aún soñaba con muñecas dormilonas y se ruborizaba con leyendas de duendes y zipitíos. . .

¡Qué felices aquellos días de la escuela! ¡Y qué gallarda lucía Margarita con su uniforme blanco en los desfiles de las fiestas nacionales!

II

La vida tiene sus variantes, y así hubimos de hacer una pausa en aquel ayer tan lleno de amables remembranzas, para seguir cada cual la senda que le señalaba el destino.

Pasaron algunos años y no supe más de la compañera primorosa en el aula donde bebimos juntos el agua purísima de la enseñanza. Pero su semblante luminoso, su prestancia de fina amiga y el cascabel de sus palabras, se reproducía a ratos en mi pensamiento.

Cierta vez, y en una de las callejuelas donde se rinde culto a la orgía, me encontré con una mujer de cabellos desordenados. No obstante el encendido del bermellón en los labios y los ojos demostrando el efecto de hondas vigilias, aparentaba tener un lejano parecido a la que había conocido en los apacibles días de la infancia. Eso sí, descompuestas las facciones y con visibles huellas de haber andado mucho por los recodos del vicio y de la perversión.

—Pero. . . ¿Eres tú? —le pregunté cuando me hube repuesto de la amarga impresión que tal encuentro me causara.

—La misma, sin más ni menos. Sólo que golpeada un tanto por mi adversa suerte. No te imaginas cuántos sinsabores pesan sobre mí. Parezco vieja, ¿no es cierto?, pero no lo suficiente para que te sientas avergonzado de estar a mi lado. Pide algo, y bebamos juntos. . .

—¿Confundida tú en este ambiente que corrompe y envilece? Explícate, que me dejas corto con esa facha. . .

—Que no te importe mi tragedia. Dame un trago, de buen ron, si lo deseas. Más tarde sabrás mi historia. . .

Conmovido por el miserable aspecto de la que así hablaba, y trayendo a cuentas el paisaje de la edad primera, en el que se me presentaba la angelical criatura de otro tiempo, la invité a cenar, diciéndole:

—Pide, Margarita. Que te sirvan cuanto quieras. . .

—Marga, si me haces el favor. . . Así se me conoce, simplemente así —se apresuró a decir.

—Bonito nombre el que has escogido. . . Sólo que me sabe a cabaret. . .

—No te pongas espeso. Llama al pasador y ordena unas copas, unos cigarrillos, y si no andas escaso de plata, pues también algo de comer.

¡Esta noche quiero embriagarme más de la cuenta... pero a tu salud!

Durante largo rato charlamos de cosas triviales. El acceso de tos tenía inquieta a mi convidada. Sin embargo, repuesta un poco, dio muestras de animación. Y viéndome con aquellos ojos apagados, denunciadores de prolongados desvelos, balbuceó:

—Sabrás de mi desgracia...

III

Fue por culpa de la "negra" Amparo —sagaz proxeneta del barrio en que creció Margarita—, que ésta había torcido el camino. Cierta vez la encontró al regreso de la escuela. Entre mímicas y zalamerías le susurró una letanía de mentiras:

—¡Usted tan linda y perdiendo el tiempo para ser feliz! Mire que a su edad se abren las puertas del éxito. Hay hombres que a las niñas como usted las convierten en princesas... ¿Le gustaría salirse del mesón para cambiar de vida, como por ejemplo... en un palacete fuera de la ciudad?

Le pintó comodidades, mencionándole el nombre de un rico cafetalero. Le habló de automóviles y hasta de una temporada en el extranjero. ¡París, Madrid, Nueva York, Buenos Aires! Le dijo que con esa conquista —pues que la fortuna sólo una vez llama a las puertas—, tendría para proteger a sus padres y para ir al día con las modas.

Este primer intento le enfermó un poco el sentimiento y el corazón. Más bien le interesó, haciéndola experimentar un cambio repentino:

—¿Para qué los estudios? —se preguntó—. De libros no voy a comer...

Fue así como interrumpió sus clases, porque aquella mala consejera le ofreció verla con más frecuencia, para tenerla al tanto de lo que dijera el misterioso personaje. Los encuentros se sucedieron, una, dos, tres semanas, hasta que Margarita accedió en fugarse, y en una tarde pálida abandonó el hogar para refugiarse en la casa de citas de la infeliz corruptora.

Al principio, fue objeto de algunas atenciones, que poco a poco iban de mengua, hasta que supo la cruel verdad.

El famoso pretendiente no se hizo cargo de aquella prenda, y cierta vez optó por decirle:

—Mujeres me sobran. Tú resultas demás...

Mas, ella, para no largarse a tientas ni a locas —¡qué diría la gente!, reflexionó—, quedó formando parte de la corte de hetairas que controlaba la "negra" Amparo.

Se le señaló su lugar entre un tugurio. Se le dieron los enseres para recibir a sus cortesanos, y la vulgar consejera se atrevió a decirle:

—Recuerda que iremos al partir de las ganancias. Confórmate, que si eres poco apetecida, por lo menos estarás bajo techo...

IV

"—...Y tuve que soportar tanta infamia, porque lo que soñé venturoso me golpeaba con sus reveses. El mundo me parecía distinto, inundado de peripecias a cual más tenebrosas. Al cabaret se le conocía con el nombre de "La Bomba Azul". Lo frecuentaban, en su mayor parte, individuos del hampa. Unos ponían el puñal en mi garganta, amenazándome con matarme. Los menos agresivos tiraban de mi cabello cuando intentaba rehuir a sus caprichos. Eran pocos los que se compadecían de mi desgracia, alentándome con palabras de consuelo.

"Alguien, cierta vez, me acarició la frente, luego de depositar un ósculo en mi mejilla. La escena tuvo efecto en la pista de Terpsícore, que así llamaban al salón de baile. Era un joven campesino que me trataba con amor, por lo menos con piedad. Me prometió llevarme a su lado si le juraba renunciar a esa vida. Así lo hice. Creí en sus palabras, porque lo consideré sincero, como para darme el calor que me faltaba.

"No sé qué mano asesina cortó los hilos de aquella existencia. Sonó un disparo, y una bala solitaria hirió el pecho del que pude haber llamado mi compañero, quien cayó exánime sobre el pavimento. Se hizo el escándalo. Me señalaron como victimaria, y fui llevada a la cárcel, acusada de homicidio en el que comenzaba a querer con todas las fuerzas de mi espíritu...

"El presidio, a pesar de que me negaba la libertad, era más cómodo que aquel nido de venganza y de lujuria, donde la fatalidad ensayaba a cada instante su danza macabra. Estuve recluida tres años, al cabo de los cuales merecí la clemencia del tribunal de conciencia.

"Es mucho cuanto tendría que decirte de mi interminable calvario. Ni yo misma me doy cuenta cómo he podido andar tan largo en la noche triste de mi tormento. Perdí a mis padres. De mis hermanos no sé qué ha sido.

"Ya ves, aquí deambulo, pidiendo un mendrugo, buscando quién se apiade de mí. Me da asco este ambiente. Estoy cansada de cargar esta cruz, que ya me pesa. Noche y día vago por las calles sin encontrar una brújula que me señale el camino de la redención. Nadie toma en serio mi renunciamiento...

"¡Un hijo! ¡Cómo me harían feliz un hijo y un hogar! ¡Cómo desearía un fruto de mis entrañas, en quien reclinar mis penas y mis lágrimas, sabiéndolo mío! ¡Cómo me encantaría ese regalo de la Providencia, si imaginándolo me siento con fortaleza para seguir adelante!"

V

Encerró la cabeza entre sus manos. Terminaba la noche y comenzaba a alborear la madrugada. Los primeros gallos cantaban, como anunciación del nuevo día.

Por única vez en mi vida creí en el arrepentimiento de una mujer, y acaso sentí su pena como si ese capítulo tan triste estuviese ligado a alguien que formara parte de mis preocupaciones.

—Te hablé hasta fastidiar, ¿verdad? —me dijo—. Ahora, cada uno proseguirá su senda. Yo, la del dolor y el abandono. Si alguna vez pudieses referir lo que has oído, a quien te escuche con devoción, dícelo, te lo suplico. Mucho bien harás mostrándolo como ejemplo para las que se dejan seducir por bocas mentirosas. . .

Me tendió la mano. Un temblor se había posesionado de su sér.

—Es el frío de la madrugada —me indicó con acento apenas perceptible—. Bien quisiera que fuese el cierzo de la muerte. . .

—Adiós, Margarita. . .

—Dime Marga, no lo olvides. Es mejor así, porque te pones más a tono con mi desgracia. La Margarita hace ratos que no existe. Ella se deshojó al ser manchada por el cieno. En el mundo del bacanal sólo existe Marga. . .

Y soltó una carcajada, como si penetrase a los dinteles de la locura.

¡Pobre mujer! —pensé yo—, cuando la vi alejarse hasta torcer por las encrucijadas que conducían al cabaret de "La Bomba Azul".

Ella iba luchando con su sino, en un vano esfuerzo por deshacerse de esos grilletes que la ataban. Pero la guiaba una luz, la de encontrar el término de su tragedia, hoy, mañana, después, no importa cuándo, si al fin tendría un hijo, un hogar, ¡o una tumba. . .!

NAPOLEON RODRIGUEZ RUIZ

Nació en Santa Ana el 24 de junio de 1910. Se doctoró de abogado en 1934. Ha ejercido la judicatura, hasta 1944. Ha sido Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, Decano de la Facultad de Economía y Decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de El Salvador. Ha publicado: *Jaraguá* (novela de las costas de El Salvador). 1950. *Historia de las Instituciones Jurídicas Salvadoreñas.* 1951, *El Janiche, La Abertura del Triángulo.*

EL DOMADOR DE CULEBRAS

En el regazo de una colina el poblacho dormitaba bajo el sol del mediodía. Ranchos pajizos alternando con casas de tejas indicaban la presencia de una población híbrida, compuesta de naturales y ladinos. Lo disparejo de la ubicación de las viviendas y las calles torcidas y de escasa longitud, revelaban que aquel pueblo había ido formándose al azar bajo la dirección inestable del destino que hace caer una vida aquí y otra allá, como hojas que desprende de los árboles el viento del verano.

El terreno talpetatoso sobre el cual se levantaba el caserío era símbolo de la sequedad y la dureza de las almas que en él se movían.

Hacia allá se dirigía, a la hora zenital un forastero, montado en bestia de pasitrote, lerda y mañera. En un altozano del camino el viajero detuvo la marcha y contempló con mirada escrutadora el casal que se apiñaba a la distancia agarrándose a la pretina del monte. Suspiró pesaroso. ¿Para eso se había graduado de maestro normalista? Para meterse en esa montonera de casuchas había pasado en vela sobre libros muchos días con sus noches? ¡Bueno! —se dijo— qué se le va a hacer, cumpliremos con nuestro deber. Y espoleando a la cabalgadura reanudó la marcha.

A media hora de andar se encontró con las primeras casas del pueblo. Casi todas estaban derruidas, con portillos en las paredes, en completo abandono. Empezaron a surgir por las ventanas caras asombradas, que, curiosas, atisbaban al viajero. Al doblar la esquina para tomar la calle principal se encontró con una mujer que llevaba un cántaro en la cabeza. La mujer se detuvo a observarlo, y entonces él la dijo:

—Soy el nuevo maestro, ¿puede usted decirme dónde queda la casa de la escuela?

—¡Ah! esa queda en el pueblo de arriba, cerca de la Alcaldía.

—¿Hay pues, otro pueblo?

—No, quiotro va ber, lo que pasa es que a la parte diaquel lado le

nombran pueblo de arriba, y aquí merito onde estamos diz ques el pueblo de abajo.

—Vaya, vaya, qué curioso, muchas gracias de todos modos.

No habían transcurrido cinco minutos y ya todo el pueblo sabía que acababa de llegar el nuevo maestro de escuela. Ya todo el mundo estaba enterado de que era un joven moreno, casi un adolescente de mirar garboso y fácil sonrisa.

Acribillado por las miradas inquisitivas de todas las gentes llegó a la casa de la escuela, que no era la menos ruinosa del pueblo. Como a bien vino se instaló en el local. Y se dispuso a hacer frente al primer cargo que le había sido encomendado en su carrera de maestro que ahora principiaba.

Durmió el cansancio del viaje hasta entrada la noche. Después de comer algo que había llevado consigo, quiso salir a dar una vuelta de reconocimiento por el pueblo. Pero al echarse a la calle no pudo dar un paso por la densa oscuridad que lo envolvía todo, pues no había en la población alumbrado de ninguna clase. La llama de velas y candiles pispileaba dentro de las casas esparciendo una tenue claridad. Tristeza profunda invadió el espíritu del joven. La noche hizo astillas su entusiasmo y la desolación de aquel pueblo olvidado que parecía embutido en las sombras, se le metió bien adentro del alma. Algunos hombres, acostumbrados quizá a la oscuridad pasaban por la calle enmarcando por un instante sus figuras en la semiclaridad que se colaba de algunas ventanas, para luego perderse tragados por las tinieblas.

Optó pues, por meterse de nuevo en la cama a esperar un sueño que seguramente tardaría en llegar. Y meditó largamente en su situación. Todas las ilusiones, todos los sueños de grandeza, todos los ideales que acariciara en sus últimos años de estudio, los percibió muy lejanos e inalcanzables. ¡Cuántas cosas pensaba realizar! como soldado en la lucha contra la incultura y la vulgaridad. Y aquí, en este rincón peñascoso en donde un puñado de casas se hacinan sin son ni concierto, ¿qué podría hacer? Bueno —se dijo—, ya casi en los umbrales del sueño, me prepararé para asistir al solemne funeral de mis ideales.

Las campanas que llamaban a los fieles a la misa de domingo, lo despertaron. El día era espléndido. Confirmando el adagio popular que dice: "no hay domingo sin sol", el astro brillaba plenamente en un cielo de cristalina limpidez. Se levantó el joven maestro con presteza y sus pensamientos se diafanizaron ante la gloria del día. Salió a la calle en busca de un comedor para tomar algún alimento. Se dirigió al pueblo de abajo, en el cual, en un tramo de la calle estaba la plaza mercado al aire libre. A las siete de la mañana la plaza era un hormiguero de gente. Compraban y vendían. Mujeres indias vestidas con refajos multicolores pregonaban sus mercancías en una jerga difícil de entender.

—No lu quiere el quilite, pué, patroncita, ta jresquesito, no lo vu cortando, pué —decía una.

—Lleva tu ñame niña, pa la sopa numás, está grueso y blandito —decía otra.

Ya había el joven maestro tomado su refrigerio y se disponía a emprender el regreso cuando le llamó la atención un grupo de gente que se aglomeraba hacia la parte final de la plaza. Se aproximó a él. El grupo retrocedía a ratos y algunas mujeres exclamaban: ¡ay! ¡ay! se le van a soltar. Cuando el maestro logró ver lo que ocurría, se quedó estupefacto. En el centro del círculo formado por aquella valla humana, estaba un hombre que sostenía en cada mano una culebra enorme. Las tenía cogidas por el cuello de tal manera que no podían maniobrar con la cabeza. El resto del cuerpo se enrollaba en la cintura del hombre. Los reptiles hacían chasquear sus lenguas agudas y delgadas y los ojillos se les movían menudos e inquietos ante la multitud que los contemplaba silenciosamente. A cada instante las culebras se desenrollaban del cuerpo del hombre y se balanceaban con lentitud. Era entonces que el grupo de gente se movía hacia atrás, medroso.

El maestro se abrió campo entre la fila de gente fascinado por la temeridad de aquel sujeto. Una vez frente a él su admiración subió de punto ante la imponente figura del domador de culebras. Era un hombre alto, blanco y hermoso. Una cabellera, con toda seguridad prematuramente encanecida, hacía marco a la frente espaciosa. Pero toda la fuerza de aquella personalidad estaba en los ojos. Eran grandes y profundamente negros. Miraban con una serenidad apostólica dando la sensación de acariciar. Cuando se cruzaron con los del maestro, éste se sintió dominado, incapaz de eludir el campo magnético de aquella mirada. Súbitamente el hombre le puso frente a la cara las dos cabezas de los reptiles. Sintió muy cerca los ojos de fuego de las culebras y creyó que las lenguas se alargaban desmesuradamente hasta babearle las mejillas. La gente retrocedió asustada. El maestro permaneció impasible. Ni un solo músculo de su rostro se movió. Entonces el hombre se volvió hacia la multitud y exclamó:

—He aquí a uno que sabe superarse a sí mismo.

La gente, naturalmente no entendió. Y todos respiraron tranquilos cuando el domador, echándose al hombro sus culebras, tomó la calle hacia las afueras del pueblo. Algunos lo siguieron por varios minutos. El maestro lleno ahora de curiosidad por saber algo de aquel hombre extraordinario, lo siguió también. Poco antes de llegar al rancho donde se alojaba, ya sólo el maestro lo seguía. Al llegar frente a la puerta, se volvió el hombre hacia él y le dijo:

—Entre usted, hablaremos un rato.

—Gracias, iba yo precisamente a decirle que me permitiera entrar.

Mientras metía a los animales en una jaula, continuaba hablando:

—Vi que tiene usted los nervios en su punto. Cualquiera habría dado un salto atrás al tener casi en las barbas a los reptiles. ¿Por qué no se movió usted? ¿Fue por valentía, por vergüenza, por baladronada, por qué?

—¡Bah!, no lo sé, ni vale la pena averiguarlo.

—Pues yo voy a decirle por qué. Fue por rebeldía, o si quiere, por soberbia. Usted vio en mí de inmediato a un hombre superior, domador de culebras, nada menos. Y usted quiso demostrar que es capaz de ponerse en contacto con la realidad sin inmutarse y que no lo asusta la superioridad de nadie. Es usted joven. No sabe que la realidad muerde, como esos reptiles. Que es necesario ser fuertes, tener como baluarte los valores esenciales del espíritu para que la realidad no nos diluya en su propia marejada. Usted no ha alcanzado todavía esa fuerza espiritual. Pero la alcanzará. Su permanencia en este pueblo le ayudará. Estas son gentes duras, dominadas por la superstición. Se han agarrado a sus creencias ancestrales y nadie será capaz de desprenderlas. Son gente hostil, ya lo verá usted. A mí no me han hecho daño porque me temen. Creen que soy un mago que hago dormir a las culebras y puedo hacerlos dormir a ellos.

—Pero. . .

—Ya, ya sé lo que va usted a preguntarme. Me llamo Isaías Pujol, soy salvadoreño. Soy además, lo que se llama un autodidacto. He leído mucho y he recorrido todo el territorio de la República. Estoy escribiendo un libro basado en el estudio de la vida misma de cada pueblo y de sus contornos rurales. Ahora me ha tocado éste y estoy analizando todo detalle. El arte de domar culebras lo aprendí hace mucho tiempo. ¿Cómo? Ese es mi secreto. Me permite ir de pueblo en pueblo, de ranchería a ranchería sin que se sospeche lo que hago. Además, lo que hago es bueno. Un día plantaré ante los ojos de mis asustados compatriotas un Tratado de Sociología Política salvadoreña. Bien, hablemos ahora de usted. ¿Cómo se llama, qué ideas tiene?

—De mí, no hay mucho que hablar. Me llamo Fabián de León, tengo veinte años, soy huérfano, soy maestro de escuela con alguna inquietud, un millón de ilusiones en la cabeza y un profundo y vehemente deseo de servir. Ayer, cuando arribé a este casal arrinconado, el pueblo me pareció tan desolado como un cementerio. Pero hoy, el sol recién nacido, el fluido vital de la mañana y la alegría ingenua que reinaba en la plaza me han hecho ver las cosas con un tinte menos negro. Aunque, en realidad sigo creyendo que para venir a este pueblo no tenía necesidad de tanto estudio, que debo darme por hombre fallido y arriar las velas de mis ilusiones.

—La misión del maestro mi querido Fabián, es como la del filósofo. Cuanto más oculta está la verdad, más largo es el camino del conocimiento y es más total la comprensión de la vida. Así el maestro, cuanto más pri-

mitiva y oscura es la ignorancia que tiene que combatir, más hondamente penetrará en los misterios del alma. Enseñar es crear. Y crea mejor el artista si encuentra la materia en su más hermoso primitivismo esperando la mano que ha de moldearla. Le diré, sí, que aquí hay barro muy duro. ¿Y sabe por qué? Porque estas gentes no esperan nada ya. Todo lo tienen porque nada aspiran. Se quedaron estancadas en una edad que no es la nuestra. Hay que hacerlas andar.

Fabián escuchaba emocionado la palabra de aquel hombre extraño. Sentía que armonizaba con su propia situación espiritual. Y guardó silencio para que él continuara hablando.

—Claro —siguió diciendo Pujol— que es difícil hacerlas andar. Llevan demasiada tradición a cuestas. El peso inexorable de una concepción fatalista de la vida ha traído una claudicación total para la lucha. Están enfermas de parálisis psicológica. ¿Cómo hacer andar a un paralítico? Hay que probar. Mire usted esos reptiles que no ha mucho se enrollaban dócilmente en mi brazo: yo sé que un día su veneno me consumirá. Yo sé que un momento de desmayo significa para mí la muerte. Pero habré probado que un hombre es capaz de hacer bailar a una culebra en sus manos y que si se empeña podrá hacerlo siempre, en todo momento y circunstancia. ¡Ea! pues compañero, tome usted su puesto en el campo de lucha y no se olvide que yo estoy a su lado.

Se puso en pie al pronunciar estas palabras y le tendió a Fabián la mano en señal de despedida. El joven estrechó con efusión la mano que se le tendía, y echando una ojeada recelosa a la jaula que encerraba a las culebras, dijo:

—No olvidaré la lección amigo mío.

Salió lleno de raro optimismo. Las calles mal empedradas, torcidas y sucias le parecieron hermosas. Las casas a medio derrumbarse que abundaban en el pueblo, se le antojaron mansiones tranquilas, símbolos inertes de un ayer que había que destruir. El edificio de la escuela, que también estaba desmoronándose, lo sintió acogedor y lo juzgó como digno escenario de su drama interior. El cerebro le bullía con el eco de las palabras ardientes del domador de culebras. Había un hilo desconocido que lo unía a aquel hombre. Y se preguntaba perplejo: ¿por qué me parece haber vivido siempre al lado de este hombre? ¿Por qué unos cuantos minutos de conversación han bastado para fraternizar con él como si se tratara de un viejo amigo? ¿Por qué lo que él piensa me parece que lo he pensado yo siempre? Y desde luego, no acertaba con una respuesta satisfactoria.

Una energía diabólica se apoderó del joven maestro. Comenzó su trabajo en la escuela con devoción apostólica. Hablaba a los niños con inusitada pasión de los grandes forjadores de la patria realzando sus virtudes y sufrimientos. Tenemos que imitarles —decía— y amar la libertad que nos legaron, y rechazar y combatir todo aquello que sea una negación de

ese principio de libertad. Tenemos deberes. Debemos cumplirlos, pase lo que pase. Debemos culturizarnos porque así hacemos más grande a la República.

Y todo lo exponía en lenguaje sencillo, cuyo sentido entendían perfectamente bien los alumnos.

Siguiendo los consejos de Pujol fulminó contra los vicios y las malas costumbres, condenó el peculado y el manoseo de los dineros del pueblo. Demostró que la población vivía abandonada ahí por la indolencia de sus habitantes y de sus autoridades.

Y naturalmente, éstas reaccionaron de inmediato. Y empezó desde entonces una lucha sorda contra él. Lo acusaron de disociador, de difamador, de corruptor de las ideas de sus alumnos. Dijeron que estaba en componendas con Pujol para provocar una rebelión en el pueblo, y si pedía edificio para la escuela, luz y agua para el pueblo y creación de escuelas rurales en los cantones, era para disfrazar su propia finalidad: incitar a la desobediencia y al desorden.

Dijeron que Pujol no era más que un brujo domador de culebras, que tarde o temprano traería desgracias para el pueblo y que había que expulsarlo antes que los daños fueran mayores.

Los habitantes creían todo aquello. Y el movimiento sordo, subterráneo, iba extendiéndose contra Fabián y Pujol. Era como una tempestad que principiaba a gestarse en nubes grises, aparentemente inofensivas, pero que en realidad llevan adentro la tormenta.

Fabián, entregado a su tarea en cuerpo y alma, no percibía la amenaza. Pero Pujol hábil filósofo y agudo observador, se había percatado ya de ella. Conocedor profundo de la psicología de la multitud, sabía que un acontecimiento cualquiera podía precipitar las fuerzas ciegas de la masa, incolora en el juicio, pero uniforme en el actuar. En vez de huir, esperó, porque aquello era lógico, era necesario que se produjera.

Juzgó, sin embargo, oportuno prevenir a Fabián. Explicó a éste sus temores. Y triste pero serenamente le dijo:

—Fabián, amigo mío, uno de los dos tiene que caer. Yo soy Fausto y tú eres Wagner. Como éste te digo: ¡ay! ¡Dios! El arte es largo y breve es nuestra vida.

—Y yo le digo también como Wagner —contestó Fabián— ¿y el mundo, y el corazón y el espíritu humano? —Y continuó lleno de coraje—. ¿Dónde están los ideales? ¿Acaso es un crimen hacer el bien? ¿Acaso en este país se han subvertido los valores, y la virtud debe ser castigada, mientras el vicio es recompensado?

—Debe ser así para que advenga el mundo que tú y yo deseamos. Lo inevitable se acerca y llegará. Mañana iré a la plaza con mis culebras para ver qué indicios recojo.

Al día siguiente, en efecto, Pujol se encaminó con sus reptiles hacia

el centro del pueblo. La plaza estaba llena de gente porque era la hora de las compras. En cuanto divisaron al filósofo lo rodearon contemplándole con mirada torva. Pero bien pronto la admiración se prendió de todos los rostros al ver las acrobacias y piruetas que Pujol hacía con los reptiles manejándolos a su antojo. Fabián estaba allí y sus ojos interrogaban mudamente al filósofo. Y notó que éste tenía un aspecto sombrío. Su mirada era de acero y la frente hermosa parecía abatida. Media hora hacía que las culebras se retorcían, se balanceaban y danzaban obedientes a la voluntad de su amo, cuando de súbito una mujer lanzó un grito a espaldas de Pujol. Aquella mujer no pudo soportar la vista de los reptiles y se había desmayado. Al volver la vista el filósofo para darse cuenta de lo ocurrido, la culebra que sostenía en la mano izquierda se soltó escapando al control de su dueño. Un alarido de espanto salió de todas las gargantas. Algunos huyeron en tumulto. Otros se quedaron inmóviles, paralizados por el terror. La culebra pareció por un momento desconcertada. No creía en su libertad. Pero de pronto chasqueó su cuerpo sobre las piedras y se irguió amenazadora buscando a quien atacar. Se escuchó entonces la voz sonora y glacial de Pujol:

—¡Nadie se mueva!

Al mismo tiempo clavó sus ojos de acero sobre el reptil y con la mano en alto fue aproximándose a él lentamente, diciendo: "¡Tirsis, inclínate, Tirsis, obedece!"

Luego sucedió lo indecible: La culebra pareció bajar la cabeza, perdió toda su nerviosa elasticidad y dio la impresión de que iba durmiéndose suavemente. Por último se enroscó a los pies de Pujol. Este la tomó del cuello y se alejó silencioso hacia su rancho. Fabián quiso seguirlo, pero él lo rechazó diciéndole: no vengas, necesito estar solo, mañana nos veremos.

Obedeció Fabián y se ocupó de indagar quién había sido la mujer desmayada. No tuvo necesidad de indagar mucho porque la gente se arremolinaba enfrente a la casa de la enferma. Esta se encontraba en estado de gravidez. Había vuelto del desmayo pero se retorcía presa de fuertes dolores. El boticario del pueblo recetó algún calmante y la mujer pareció mejorar.

Fabián se fue a su escuela con el pecho oprimido por una gran congoja. ¿Qué sería de Pujol? ¿Por qué no quiso que lo acompañara? ¿Qué espantosa batalla se libraría en su alma? Así transcurrió el resto del día en una inquietante espera.

Hacia el anochecer la noticia rodó por las calles disparejas del pueblo: la mujer acababa de morir. Las brujerías de Pujol la habían matado, destruyendo también al hijo que llevaba en sus entrañas. Fabián tembló de pies a cabeza. Y tropezándose en las piedras se fue corriendo calle abajo para constatar la verdad. Allí estaba el cuerpo tendido rodeado por

algunas gentes que lloraban sin cesar. Nadie hizo caso del maestro, quien extrañó que hubiera tan pocas personas. De repente se estremeció sacudido por violenta conmoción. Hacia la salida Sur del pueblo se escuchaba el vocerío de la multitud. Iban a la casa de Pujol, no había duda. Tal vez ya estaban en ella. Corrió como un loco. Se sentía con alas, pero ya llegó tarde. Los que encabezaban el grupo empujaban la puerta de la casa lanzando grandes gritos; hizo lo indecible por abrirse paso, pero fue inútil su esfuerzo. Suplicó, arengó, amenazó, pero nadie le oía. La puerta cedió fácilmente. Calló la multitud y se detuvo medrosa en el umbral. Imponían el silencio y la soledad que ahí reinaban. Una fuerza invisible parecía detener las manos homicidas. Había la sensación de que se violaba algo sagrado y de que se penetraba en un santuario. Súbitamente una voz que sonó extrañamente vacía, gritó: ¡Muera el brujo!

Fue la señal. La multitud se movió como un solo cuerpo e invadió aullando el interior de la casa.

Alguien hizo luz. Y entonces, ante la llama amarillenta de la vela los ojos agrandados de terror contemplaron un espectáculo macabro. En el centro de la sala, rodeado por sillas caídas en desorden yacía el cadáver de Pujol. El cuerpo semidesnudo hinchado y lleno de mordeduras. En cada una de sus manos sostenía, estrangulada, a cada una de las culebras. Los dedos parecían incrustados en el cuello de los reptiles. La faz tranquila del muerto resplandecía. Los ojos muy abiertos se diría que despedían llamas. Fabián arrodillado ante el cadáver lloraba en silencio. Así permaneció largo rato. Cuando se levantó, estaba solo. La multitud se había retirado vencida por la muerte.

Sobre la mesita de trabajo encontró Fabián una nota dirigida a él y que se adivinaba escrita con mano febril. Decía: "Fabián, el arte es largo y breve es nuestra vida. Rompí los originales de la Sociología Política de El Salvador, creo que todavía no es tiempo de escribirla".

Por la puerta abierta penetró la brisa helada de la calle y dispersó en pequeños remolinos innúmeros pedacitos de papel.

EL JANICHE

La familia de Tomás Lúe vivía en un cantón perteneciente a la comprensión municipal de Izalco. Los Lúe se habían establecido allí desde tiempo inmemorial. Los lindes del Cantón habían sido siempre su único horizonte. Ahí, por devoción, se conservaba el fuego del hogar. Los ranchos olían a tradición. Sobre la tierra estaba siempre cayendo el llanto de los muertos, fertilizándola y consagrándola. Los antepasados presidían el proceso de la siembra y la recolección de las cosechas. En las noches sin luna, cuando las sombras se hacen más densas y profundas, los difuntos velan sobre el maizal y lo libran de los brujos y de los malos espíritus.

Por todo eso habían los Lúe permanecido siempre adheridos a la tierra. Formaban parte de ella. Se sentían vivir en el verdor de los herbachos, en la terronería parda y negra que la uña del arado ponía al descubierto, y en el polvo bermejo de los caminos. Observaban rigurosamente las costumbres transmitidas a través de muchas generaciones, y no daban un paso sin atenerse a las reglas que los manes dictaron a todas las tribus desde el principio del tiempo.

De ahí que los Lúe no fueran gente alegre. Agobiados de tradición, presos en las redes de una herencia psicológica ancestral, apenas si podían respirar con libertad. Eran tristes y añorantes.

Tomás Lúe fue el último varón de la familia. Casó, a la usanza indígena, con Eulalia Tisque y habían tenido cinco hijas en el matrimonio. En todos los alumbramientos el hombre había esperado ansioso un varón, pero sus deseos siempre salieron frustrados. Entonces solía decir: esta Ulalia sólo sabe hacer mujeres. Si el finado mi tata viviera ya me viera buscado otra mujer pa tenerlo al varón.

No hay cosa más dolorosa para el indio que no tener hijos varones. Se siente incompleto, no encuentra un sentido exacto de la vida. Pareciera

como si a la tierra le faltara algo, y como si se estuviera más cerca de la muerte.

La nostalgia por el varón que no llegaba, hacía estragos en el aspecto físico de Tomás; se veía avejentado, desmañado, sin ánimos. La última hija tenía ya siete años, de modo que Lúe iba perdiendo poco a poco la esperanza, aunque sin resignarse nunca. Pensaba, acongojado que la virilidad de que tanto se ufanó siempre, estaba agonizante y que él había dejado de existir como hombre para mujer.

Soy como el palo de hule —decía— que no da leche de tanto que lo han sangrado.

A él por las heridas del alma, se le había fugado la hombría.

Júzguese entonces cuál sería su contento cuando un buen día, la Eulalia, afligida y cavilosa, le dijo:

—Tumás...

—¡Ajá!

—Te quiero decir una cosa...

—¿Qué cosa es esa?, desembuchala lueguito.

—Que yo creo questoy empreñada pué...

El indio dio un salto y se la quedó mirando perplejo. En su asombro no hallaba qué decir. Al fin, atragantándose exclamó:

—¿No será burleta vos Ulalia? Ya sabés quel duende hace a veces travesuras.

—Yo no sé si será vano esto pero toy asina.

—Si nues vano, ese tiene que ser el varón, mi cipote que tanto ei esperado.

—Bicho o bicha tu hijo será, Tumás.

—Yo creo que sí.

Cundió la nueva por la ranchería. Y todos vieron con asombro que Tomás Lúe era otro hombre. Su andar era más firme, su cuerpo antes encorvado ahora se erguía proyectando una sombra larga en el suelo. Se endomingaba con frecuencia, poniéndose alegre en el pueblo.

Y así rodando, rodando, el ansia se diluía en la espera. E iba tatuándose en la imaginación de Tomás la figura del hijo, que se distendía, y ocupaba espacio en el mundo hasta llegar a moverse a su lado y mirarle con ojos hitosos. Lúe en la penumbra sonreía satisfecho y orgulloso. En ningún momento se le cruzó por la cabeza la idea de que aquel hijo pudiera ser hija, como las otras veces. Tenía seguridad y fe.

Miraba a la Eulalia con amor, casi con mimo. Ella, redonda y pequeñita no demostraba participar en la ansiedad del marido. La vida la veía del mismo color, siempre sombría, llena de recuerdos de los muertos que imponían su voluntad desde las tumbas. Bien hubiera querido ella, por ejemplo, quitarse el refajo y vestir naguas y blusa para sentir menos oprimido y fatigoso el pecho. Pero la tradición tribal se lo impedía. Habría

sido una blasfemia. ¿Qué diría tata Ugenio Tepac, su abuelo materno, a quien no conoció, pero había en cambio tiranizado a la familia? Hubiera querido llamar para que la asistiera en el parto a una plegada, a una ladina, para sufrir menos en el alumbramiento. Pero sabía que no podía, el cipote nacería tocado. Los muertos decían que habría de ser una partera india, y así sería.

Transcurrieron los meses, engullidos por la ansiedad de Tomás. Y por fin llegó la fecha del alumbramiento. Era un día azul de verano. Una lluvia de luz caía sobre la campiña poniendo en los árboles hojas de cristal. El Volcán de Izalco se destacaba en el horizonte como un cerro de arena que manos infantiles dejaran formado en una playa de mar.

El niño sería hermoso como el día. Tomás estaba alborozado. Sentía vagamente, inconscientemente, proyectarse hacia la eternidad del tiempo. Un halo de persistencia le soplaba en el corazón.

En la tarde se encaminó a la ciudad de Izalco a comprar el ambir y el triaca y otras cosas que la partera le había pedido. La Eulalia se había quedado tomando agua de ciprés suministrada por la comadrona para apurar los dolores, los cuales se produjeron desde muy temprano.

Después de comprar las medicinas deambuló un rato por la plaza y luego pasó a la cantina a tomarse unos tres tragos de aguardiente y a comprarse unos puros. Así se sentiría con más valor para esperar el nacimiento. Sentados en una banca larga y desvencijada charlaban varios clientes en la cantina, hediondos a chenca y a licor. Uno de ellos tenía un periódico en las manos y leía con alguna atención. Lúe no les hizo caso, y ya ponía los pies en la acera cuando se volvió bruscamente, asustado al oír que el que leía el periódico decía:

—¡Miren muchá! hay que acostarse temprano porque aquí dice que va a haber eclipse de luna esta noche.

—Ajá —dijo el otro— quizá por eso tenía anoche rueda la luna y el sol ha alumbrado tanto este día.

—¡Eclipse de luna! ¡mardita sea! —se dijo Tomás. Y su cara antes alegre, se le ensombreció de angustia. Su paso tornóse vacilante. Cabizbajo tomó el camino del Cantón. Estaba seguro de que el hijo nacería mal, le costaría mucho a la Eulalia, tal vez hasta se moría el cipote. Pero no, no podía ser que la luna viniera a quebrar su anhelo. ¿Qué tenía que ver ella con su hijo? La luna gira en el cielo y nosotros estamos en la tierra. ¿No está acaso muy lejos la luna? ¡Ah! pero las tradiciones dicen que el que nace en eclipse de noche sale comido de la luna o se muere. Y el que nace en eclipse de día, sale hijo del sol o también se muere. Los decires indios lo afirman y así debe ser. Su hijo nacería janiche o se moriría. Si siquiera la luna hiciera una esperita. Un día no es nada. ¿Qué sale perdiendo la luna con atrasarse un día? El, en cambio, tendría un hijo janiche que es como tenerlo a medias.

Así, entre animoso y decaído sintiendo su espíritu en una encrucijada llegó al rancho cuando ya anochecía. La Eulalia estaba en lo mejor. Los dolores habían arreciado —decía la india comadrona— de seguro el nacimiento sería como a las diez. Tomás no dijo nada del eclipse. No quería asustar a su mujer. Además tal vez el borracho aquel se había equivocado y no habría tal eclipse.

La noche cayó con toda su suavidad de terciopelo. Al mismo tiempo que en el cielo se encendían las estrellas, se encendía en el alma del indio la hoguera de su inquietud. Si al menos hubiera nubes negras para que no se viera el eclipse —pensaba—. Pero el cielo estaba diáfano y sutil. Nada interrumpía aquella diafanidad a no ser el móvil encaje de la Vía Láctea.

Tomó Lúe un taburete y salió a sentarse en el patio del rancho para seguir, ojo avizor, los pasos de la luna. A poco ésta surgió redonda e insinuante. Tomás la vio larga y fijamente y le pareció tan tranquila, tan hermosa, que no era posible que causara tanto daño. E insensiblemente, sin quererlo, murmuró: ¡Matrera!

Adentro, en el rancho, la Eulalia gemía, no se sabía si por los dolores del parto o por los manoseos de la comadrona. El agua hirviendo esperaba en el fogón. La india partera masticando tabaco y rascándose la cabeza, decía a cada rato:

—¡Ta trabajando! ¡ta trabajando! nacerá bien, aguantá hijita.

Mientras, la luna iba subiendo toda blanca como un globo de plata. Toda la noche la ocupaba ella, tales eran su grandor y su hermosura. Lúe seguía mirándola, casi sin parpadear. Los hilos de su mirada se enredaban en el espacio con los rayos de la luna. El habría querido amarrarla con ellos, detenerla para que no fuera el eclipse.

Caían los minutos como gotas de angustia. Las pupilas de Tomás tenían agua de luna de tanto mirar. Según su orientación debían ser las nueve de la noche. De repente una sombra violácea empañó el color de acero de la atmósfera. Se extendió rápida formando arco-iris. La luz de la luna se opacó y tomó un tinte ceniciento. De súbito la luna se metió como una guillotina en la sombra y todo se quedó negro y ciego. La noche solemne había recobrado su imperio.

Tomás, perplejo, anonadado, yacía inmóvil, sin voz ni aliento. Y así continuó por unos minutos hasta que vino a sacarlo de su ensimismamiento un llanto agudo que sonó trágicamente en sus oídos haciéndolo saltar del asiento. Bajo el agobio de aquel eclipse fatídico corrió hacia el interior del rancho. Ansioso, indagó. La india partera bañaba en esos momentos a la cría.

—¿Qué fue? ¿qué fue? —gritó Lúe desesperado.

—Es un varón —dijo la comadrona con voz insegura.

—¿Y tá. . . tá. . . tá. . . güeno. . . güeno, tá completito?

La india tardó en contestar. El niño estaba boca abajo y rugía. Lúe

esperaba ardiendo la contestación. De repente, la india se volvió bruscamente y volteando al niño se lo puso en los ojos, diciendo:

—Ay lo tenés, ha nacido janiche, no es culpa de yo.

Si una ceiba se le hubiera venido encima no habría sido tan aplastante el golpe para Lúe. Con el semblante demudado y los ojos errantes contemplaba la cara abotagada de la cría y su mirada se detenía en la boca del niño que se contraía en una mueca de asco, partido como estaba el labio superior descubriéndole toda la encía.

Hubo un instante en que Tomás parecía una fiera pronta a echar un zarpazo. Cogió de los brazos a la comadrona y la sacudió brutalmente, diciendo:

—¿Por qué, por qué ha salido asina?

La vieja asustada, no supo qué contestarle. El, enfurecido por el silencio, tomó con brusquedad al chico que lloraba, lo alzó en los brazos y con amargo despecho, dijo:

—¡Que se muera, que se muera, yo no quiero hijo comido de la luna! —E hizo el ademán de lanzarlo contra el suelo duro. El grito de la madre lo detuvo. Bajó los brazos desfallecido y colocó al crío en el lecho.

—¡Que siaga la voluntad de Dios! —musitó.

El hijo se llamó Timoteo. Creció robusto y sano. Pero tenía en la mirada una sombra de tristeza que llamaba a compasión. Y era hosco y alelado. Todos los muchachos del Cantón jamás lo llamaron por su nombre. Le decían siempre el Janiche. Se reían de él y de su manera gangoseante de hablar que apenas permitía distinguir las palabras que decía. Mientras no tuvo conciencia de su propia realidad, las burlas no le importaban.

Pero después ya más despierto, la mofa le hería profundamente. Y se tornó introspectivo. Más, cuando se dio cuenta de que el padre vivía insatisfecho. A menudo le oía decir: —¡Ah malaya un hijo que fuera completo! Al enroscarse en sí mismo, Timoteo adoptó el hábito de andar solo. Vagar por el monte, sin rumbo ni fin, era su ocupación favorita.

El padre, con dolor notaba que el muchacho no andaba bien de la cabeza. Hacía cosas extrañas. Recordaba que desde muy pequeño al jugar en el polvo siempre gustaba de levantar pequeños cerros. Después los deshacía y parecía buscar algo que existiera debajo de ellos. Cuando una que otra vez lo llevaba al maizal se subía a un árbol y desde allí contemplaba, extasiado el cono azul del volcán de Izalco.

Un día Lúe se quedó pasmado al preguntarle el muchacho con aquella su voz que raspaba como lija los oídos:

—Tatá, ¿y qués lo quiay pué debajo de los cerros?

Lúe vio al hijo y después volvió su mirada hacia el volcán que subía empujando nubes. Nunca había pensado en eso. El hijo volvió a la carga.

—¿No se podrá entrar a ver, pué tatá?

Tan poco eso se le había ocurrido a Lúe, quien al fin dijo con acento inseguro.

—Dicen que tiene juego, el juego del injierno, pué.

—¡Ah!

Paró ahí el diálogo. De regreso en el camino, Tomás no le quitaba al hijo la vista de encima, tratando de penetrar si aquello era locura o manifestación de inteligencia. Y meditando se decía: —Pero ¿por qué va a ser loco uno que pregunta qué cosa hay debajo de los volcanes y si hay puerta para entrar en ellos? ¿Acaso no se le ocurre eso a cualquiera? ¡Jum! —exclamó— hay quiolvidar eso...

Pero aquella noche no durmió pensando si debajo del volcán de Izalco estaría o no el infierno con diablos y todo.

El Janiche asistía a la escuela rural. Odiaba a la escuela donde todo el mundo lo escarnecía y en vez de llamarle Timoteo le llamaban Janiche. El profesor era el único que mostraba cierto afecto con lástima hacia él. Pero también lo comprendió en su odio infantil cuando cierto día en que el muchacho jadeando porque se atrevía a hablar en clase, preguntó al profesor.

—¿Quiay debajo de los cerros, pués, mashtroó...?

Pregunta a la cual el profesor, ante la hilaridad de todos los alumnos contestó:

—No sias tan bruto, Janiche.

Timoteo sintió como si un acialazo le hubieran dado en el rostro. Se agachó y no dijo nada. Cuando levantó los ojos, alucinado le pareció que todos sus compañeros eran una multitud de cerros que se inclinaban para verlo y se ponían invertidos para enseñarle lo que tenían debajo de las faldas. Pero cuando él se aprestaba a ver lo que había dentro de los cerros se volteaban bruscamente como campanas que se echan al vuelo. Luego vio saltar las bancas. En su cerebro había temblor de volcanes.

Aquello duró pocos segundos. Le pasó el aturdimiento y la realidad se le cuajó nuevamente en los ojos. Recordó que el maestro le había dicho que era un bruto. ¿Por qué? ¿Qué de malo había en lo que había preguntado? ¿Acaso los maestros no son para enseñar al que no sabe? Al menos así lo decía continuamente su nana para hacerlo ir a la escuela. El quería saber qué había debajo de los volcanes. En el corazón de los cerros. Y nadie sabía decírselo. ¡Naides! —pensaba—. ¡Naides! Pues bien, si naides podía decírselo, él lo averiguaría por sí mismo. Y vendría después a enseñárselo al maestro y a sus alumnos. Y a su tata Lúe que también lo miraba con desprecio.

Con esa determinación, al mediodía, después de las clases, Timoteo no se fue para su rancho. Por una de las veredas que él conocía muy bien, caminaba sonriente y animoso. Miraba a cada momento al volcán con cariño. No sentía ni las piedras ni las zarzas del camino. Todo su espíritu

estaba volcado en el afán de saber qué había debajo de los volcanes. Para él el mundo era aquello. Y en él se movía con presteza, con anhelo. Cuando empezó a ver las grandes rocas de lava antigua, abrazándose a las raíces de los árboles que sobre ellas habían crecido, gritó y silbó jubiloso. Y corrió más y más, cuanto lo permitía la aspereza del sendero. Saltaba de roca en roca, con agilidad de saltimbanqui. Llevaba en sus ojos una danza de volcanes.

Por fin llegó hasta donde empieza la lava nueva. Se detuvo jadeante. Allí terminaba la vegetación y se extendía adelante erizada y caprichosa toda una articulación humeante de pizarra, que parecía a distancia como el primitivo estado gaseoso de la tierra. Aspiró Timoteo, con fuerza, con fruición, con sensualidad. Después alzó sus ojos discordes, y se quedó estático ante el coloso que impone con su calvicie de centurias. Una sonrisa se le escurrió por la abertura del labio superior, donde se había deslizado la luna la noche del eclipse. Y reanudó la marcha. Había principiado a ascender. Caminaba ladeando por las costillas del volcán para hacer menos penosa la marcha y para ir buscando la puerta por la que él tanto había preguntado. Ya había dado quizá media vuelta al volcán cuando de repente se detuvo entusiasmado al descubrir algunas excavaciones como gradas que iban hacia arriba extendiéndose. Y se dijo: por aquí debe ser. Y reanudó la marcha con más bríos.

El volcán estaba mudo y quieto como si no quisiera interrumpir los sueños de aquel niño. Imponía la altura y la soledad. Ni siquiera consolaba el sentirse tan cerca del cielo.

El niño seguía avanzando a rastras deslizándose y volviendo a subir febril, alucinado. Parecía un pigmeo en las espaldas de un titán. Se diría que estaba próximo a una hoguera. No se arredró, sin embargo, y puso toda su alma en la ascensión.

Por un instante dirigió la vista a su alrededor. Abajo se distinguían al ras del suelo las copas de los árboles. Más lejos verdeaban los pastos y aun se distinguía el cinturón azul del mar. Todo quedaba allá abajo formando un solo lienzo verde cual si la tierra no fuera de nadie.

Sudaba y jadeaba, Timoteo. Mas, el fuego volcánico que llevaba en el espíritu le prodigaba sus fuerzas sin medida. Pero la punta cuneiforme estaba aún muy lejos. Se detuvo a descansar. Entonces se dio cuenta de que la tarde se estaba muriendo. El sol se diluía entre los bosques bajeros. Había en el cielo fiesta de celajes. Una rara ensoñación envolvía todas las cosas. Y sólo ahora se sintió débil, volátil, incorpóreo. Le parecía estar metido en la sustancia misma de las cosas, sin individualidad, sin conciencia del ser o del no ser.

Dio unos pasos más hacia arriba.

De repente el coloso se movió. Una conmoción tremenda sacudió sus

espaldas desnudas, y el trueno vino a romper la quietud de la tarde. Timoteo se desprendió como un grano de arena y rodó por la tierra estremecida en caída infinita.

Al tiempo de desprenderse su espíritu gritó:

—Ahora ya sé qué hay debajo de los cerros. Debajo de los cerros está la tempestad.

MANUEL AGUILAR CHAVEZ

Nació en San Salvador el 20 de marzo de 1913 y murió el 30 de noviembre de 1957. Publicó las siguientes obras: *Un viaje al infierno pasando por Pespire* y *La Escuela que soñó José Antonio.*

ALFREDO FUNES, SU TAXI Y EL ESTRENO AGOSTINO

—Cipote pelón, ¿de manera que te llamas Alfredo. . . ?

—Sí señor, Alfredo Funes, hijo de mi mamá la tortillera y de mi papá el mecánico. . .

Padezco de este mal. Todos los muchachos de la barriada tienen que confesarse conmigo. Siento placer cuando he de meterme, como astilla, en las cosas que poco importan a los demás.

Chorreados o no *chorreados*, descalzos o con "gallos" por chancletas, estos arcángeles del mesón, ya lo he dicho, tienen que confesarse conmigo.

Las cuestiones de escuela y de vagancia; de cipotes corriendo tras el cirquero, para lograr gratis la entrada a la función y que gozan cuando este o aquel "chocolate" les mienta la parentela porque le tocan la cola al mico acróbata; esta gran familia de hijos naturales, desarrapados, sucios de la cara, rotos del fondillo, con desconocido boleto de nacimiento; estos pequeños gorriones que amanecen en las puertas de los velorios o lloriquean un pedazo de pastel en la piñata del "beibi" acomodado; que van de taberna en taberna para recoger mecapaleros de juguete, al tata grosero, ebrio de los sábados y reo de los lunes, estos "animalitos" duelen aquí, a media armazón del esqueleto, como una piedra hirviendo de blasfemias, igual que una mohosa navaja llena de sangre negra. . .

—Alfredo, Alfredo Funes, ¿vas a la Escuela. . . ?

—Pues clarín de a medio, señor. . .

—Entonces, ¿qué haces, fuera de clase, a estas horas, diez de la mañana. . . ?

—Es que llevo el reló de don Rafayel al montepiyo. . . Todos los meses hago el mismo viaje. . .

Don Rafayel es el maestro de segundo grado en la escuela oficial "Fulano de Mengano", un héroe nacional, de quien apenas sabe el pueblo

que allá por los tiempos coloniales poseía el mayor número de esclavos a quien al borde de la "huesuda" no tuvo más remedio que exclamar:

—*"Dono mi plata a mis hijos y mis esclavos al pueblo. . ."*

A don Rafayel le hormiguea una barba resentida y se le desflecan unos zapatos "Cholcos" por la suela.

Alfredo Funes es uno de esos "bichos" piojosos, a quienes yo interrogo a causa del antiguo vicio de creer que los niños de mi Patria tienen derecho al goce exacto de su nacionalidad. De su nacionalidad infantil.

Yo pienso en ellos y dejo que se me enrede una locura en la cabeza. Porque, después de todo, estas cosas no pueden existir más que en los celestes picachos del ensueño.

Cierro los ojos y miro a los niños de nuestra pobrería sobre una pantalla tan clara como el amor. Los miro reflejados, de cuerpo entero, mientras corren felices, conejillos en la primavera. . . Lo siento agitarse sobre una planicie extensa, sobre un pequeño cuaderno de jiboa, rodeado de árboles que cantan al viento sus lentas aleluyas, que van a desembocar a los cercanos ríos, a los lagos, el fluido de una música, propicia solamente para quienes tienen el alma blanca, como una cuartilla. . .

Miro para ellos la iluminación de un edificio que los cobija y en donde hay buenos ciudadanos construyendo, con lealtad, algo más digno que el rencor social.

Por ellos pienso yo que el pan es blando y vivificante. Que la leche viene de la milagrosa ubre para que la beban, ávidos, todos los niños, por igual ración cuotidiana, pues la vida trajo en sus raíces NIÑOS con "ENE" bien marcada, NIÑOS sin "ERRE" de ricos, NIÑOS sin "PE" de pobres, niños, para que los grandes comprendan que en cada uno de esos corazones crece el futuro de una nación que ha de ser más poderosa, en razón de cultura, cuando más proteja a sus pequeñuelos. . .

Yo pienso que no es difícil, ni costoso, brindarles el derecho a una escuela más humana, más justa, una escuela de ventanas abiertas, con plenitud, a la esperanza. Una escuela que les enseñe la devoción por la Patria, arrancándolos de la miseria, para que en realidad, pueda comprenderse la democracia, mano a mano con el libro, con el paisaje, con su concepto menos huraño de la letra. De la letra llevada a todos los rincones, para que abra surcos, resucite muertos y torne blanda harina la dura piedra analfabeta. Una escuela con semillas para florecer más tarde en verdura de cabal conquista y dominio espiritual. Porque así la bestia retrocede y se escribe una nueva y más hermosa historia de la libertad. . . Yo pienso en una escuela, bajo la bandera nacional, sin maestros como don Rafayel, a quienes una herida de puñal económico tenga que obligar, cada mañana del fin del mes, a remitir su viejo chacalele, con el cipote más "zamarro" que por unos cuantos pesos lo deja en los caudales del agio público. . . Una escuela sin niños pálidos, desnutridos de civismo y de vitamina,

libres del ropaje denigrante, hilandería mísera, que es su exclusiva coraza contra los inviernos. . .

Sin embargo pensemos sobre tierra firme, embadurnada de fango y dejemos en el cofre antiguo de la abuela, esas ilusiones. . .

Claro está que es bonito soñar, una que otra vez, en la existencia social libre del ladrillo sobre la nuca. . .

. . . .

He visitado el mesón en donde Alfredo Funes agoniza antes de conocer la excelsitud de la vida. Hice espera, sobre un taburete, frente al "pollo" en donde su madre, la niña Lupe, fabrica sus tortillas.

Conocí a mozas bien formadas, de juventud salpicadora y sensual, de esas que por entre sus escotes pronunciados, despiertan en los ilustres violadores de doncellas, el bramido de una bestialidad. Mañana, como en el lindo poema, ha de venir, para estas chicas, el amor y les pondrá alas de palomas santificadas en el pecho.

Eso piensan ellas. Sin embargo, tal vez se anticipe un bandido de "convertible" y entonces las bautice para el burdel. . .

. . . .

En ese escenario, en donde los bacilos organizaron su conjunto, hablé la segunda vez con Alfredo.

—¿Podés leer. . . ?

—De corrido y en "primera". . .

Intervino la madre, "mi mamá, la tortillera" para explicar:

—¡Ah! Viera qué cipote del demonio. . . Todo lo habla en *carro*. . .

—¿En carro. . . ?

—Sí. . . Eso que ha oído usté de en *primera*, quiere decir que va cuesta arriba, pero con fuerza, con mucha fuerza. . . Quiere decir que las letras son para los doctores, los ministros y los pintores de panteón. . . Quiere decir que más estaría tranquilo si pudiera manejar un camión, un *picó*, de esos animales que tanta gente matan en los caminos. . . Pero, hombre, si hasta a las aceras se suben los malditos. . . Eso quiere ser este muchacho. . . Vea qué locura señor. . .

Una comadre, hija cada nueve meses, opinó, optimista y maliciosa:

—Déjelo con sus inclinaciones naturales, niña Lupe. Recuerde que también hay choferes pistudos. . .

Rieron todas. Unas desdentadas por los años. Otras, con los quince años mordiéndose sobre una dentadura alba de lobo tierno.

Alfredo Funes era el más "fregado" y vivaracho de la "camada". Ojos redondos de venado, fulgurantes, nerviosos. Vanguardista de los capeadores. Experto en mangos verdes y piscuchas. Tesorero de "levas" y

botones de hueso. Ingeniero de "capiruchos". Líder de *sandinistas* a la marcha sobre los cercos de concreto, cuando los cuadros extranjeros cobran miles de pesos por golear como capataces de hospicianos, a nuestros campeones de ocote. . .

—Alfredo, ¿te gustaría ser doctor. . .?

—Pero de esos que manejan. . .

—Si te portás bien. . . Si estudiás mucho, si jugás menos "yorta", es posible entonces que un día llegues a ser propietario de un lujoso automóvil. . . ¿Qué te parece. . .?

—Arrechito. . . Bien arrechito. . .

Y abrió tamaños ojos.

Estoy seguro de que Alfredo Funes soñaba. Todos hemos roto ese mismo cuadrante hacia la luna. Nada más que estos cipotes pretenciosos del 54, estos "chuñas" del presente atómico, han salido aventajados. Con el "vendaje" ultramoderno. Mientras nosotros apenas soñamos con un humilde carro de palo de esos que fabrican los rematados del penal, ellos que quieren un "daynaflo" y hasta llegan a superarse.

—Yo prefiero un "jaguar". . . ¡Sí, señor. . . O nada. . .!

. . . .

No perdí de vista al futuro "piloto". Supe que llegó a mejorar en sus relaciones con la escuelita de edificio, ajeno, de techos con gotera, de pupitres en el suelo.

Supe que Alfredo Funes, incluso, ya no hizo viajes con el viejo "chacalele" de don Rafayel, para dejarlo con los metales del Monte de Piedad. Ustedes deben saber que el chico desaplicado es quien recibe esos encargos. El régimen del "coshco" ha cambiado.

—Cipote haragán. . . ¿No tenés vergüenza. . .? Vení, inútil. . . No servís más que para mandadero. . .

Y allí nace la confidencia:

—Anda, ligerito, al *Monte*. . . Procura que te den siquiera cinco pesos. . .

Pues bien. . . Alfredo Funes mejoró tanto, que los recados dramáticos al "monte" fueron grato menester para otros. . .

—Alfredo. . .

—Ya, mamá.

—Anda a la tienda por la manteca. Llévale, de paso, las tortillas a la niña Chon.

—Vuelo. . .

Y en realidad volaba. Encendía el "motor". "Tequeteque. . . Rurr. . . Tequeteque. . . Rurr. . . "Motor de boca. Motor barato. Motor

sin gasolina. Motor de ensueño". Y Alfredo salía de "virazón" hacia la calle.

—Tequeteque... Rurr... Tequeteque... Rurr Pe... Pee... Pee...

Así lo miraban los asustados inquilinos...

—Vean qué cipote más carajo, cómo vuela...

Del mesón a la calle, con un giro en curva bien cerrada hacia la acera de la pulpería *La Libra Cabalita,* tres cuadras y media... Eran diez minutos exactos, con tres de espera a causa de que la niña Chon cuenta las tortillas como si son billetes...

Volvía colorado de sol y con el motor encendido a lo máximo.

—Teque... Teque... Teque... Rurr...

Eso, la mamá, su mamá la tortillera:

—...Apúrate niño... Cipote este más repugnante...

—Ya voy mamá. ¿No mira que estoy parqueando...?

Y antes de acercarse al "pollo" tortillero, daba vueltas por el centro del patio hasta "parquear" bajo el tihuilote que abría su florón de perlas vegetales frente a los marchitos cuartos...

....

Allí mismo, apretadas en un agujero enlaminado y húmedo, comerciaban ciertas hembras pintarrajeadas, clientes quincenales del Ras "La Ganga de Oro", bien administrado por don Valentín, un ex-sacristán que con "limosnas hurtadas por desconocidos y sacrílegos diablos de iglesia", según versión de la prensa, dispuso cambiar los requiems por el brillante negocio de la segundera. Como que el beato Valentín justificaba su sospechosa prosperidad con esta arcangélica sentencia:

—...Ya ven ustedes mialmas, hay que vestir al desnudo...

Allí donde vivían las muchachas olía a ruda. A tabaco mojado. A zumo de aguardiente.

Cuando las "lolas" tenían suerte y recibían visitas de abolengo, de esas que prefieren la cerveza fría "para comenzar" se escuchaban las pregonadas solicitudes:

—Niña Lupita, ¿me presta su *chofer...?*

—Desde luego, niña Nena, desde luego...

Y brotando del cenizo fogón, un grito de atropello, esta vez, sobre el mediodía.

—¡Alfredo, la niña Nena quiere taxi...!

—Si es para cerveza, mejor llevo el picó...

—Lo que sea, pero aligerate que hay buena propina... Tu estreno de agosto baboso...

Y allá fue el *picó* con Alfredo Funes al timón.

—Tequeteque. . . Rurr . . . Tequeteque. . . Rurr. . .

Viéndolo correr, la señora Lupe, subía los ojos al cielo, clamando al Cristo amparador de mendigos que a todos nos consuela cuando estamos en crisis. . .

—Señor, dale su estreno de agosto. . .

Mientras tanto, Alfredo Funes apenas era un viento suelto, perdido en el vertiginoso ajetreo de la sabatina calle.

Volvió a escucharse la apagada voz de la Nena:

—Qué le habrá pasado al chofer, niña Lupita. . . Ya se ha tardado más de quince minutos. . . Los amigos están enojados y usté sabe que nosotras perdemos. . .

Pero allá venía triunfal, penetrando por el destartalado zaguán, el choferín.

Habló la Nena:

—¿Y qué te pasó. . . ? Ya siban las visitas. Hoy tiáas portado mal. . . no hay propina. . .

—Es que se me reventó una llanta. . . Y como no tengo mica. . .

—Mica tu abuela. . .

¡Pobre Alfredo Funes! Una propina menos. Es decir que el estreno de agosto tendrá que esperar hasta diciembre. . .

. . . .

—¿Y los *accidentes*. . . ?

Ya estaba en costumbre la niña Lupe con estos sustos. Siempre terminaban en la misma "gracejada". . .

—Niña Lupe, Alfredo chocó. . .

—¿De veras. . . ? Que lo lleven al Hospital. . .

Y lo llevaban al "Hospital".

El "Hospital" era un rincón en donde la "telenguería" había puesto, poco a poco, cierto sello de basurero mecánico que los cipotes aprovechaban para jugar a sus anchas, entre latas de sardina, pedazos de lámina, cadáveres de jarrillas.

Allí, los *practicantes* vendaban, con hojas de huerta, el cuerpo de Alfredo hasta que la niña Lupe le hacía saltar como muñeco de cuerda:

—. . .Dejate de curaciones y andá a la tienda, lépero. . .

—. . .Y no está viendo que choqué, pué. . .

Pero salía el taxi zumbando, dando tumbos, en "primera" hacia la calle.

Ya estaba en costumbre la niña Lupe.

—Chocó Alfredo y se rompió la cabeza. . .

—Apues que se la corten y que le pongan una nueva, con sesos de verdá, para que no seya tan vago. . .

. . . .

—Niña Lupe, Alfredo se estrelló contra un poste.

—¡Ah. . .! Que lo entierren con todo y taxi. . .

Ya estaba en costumbre, la niña Lupe, con estas locuras. . .

. . . .

Hoy estuve por allá.

No parecían perlas vegetales, los frutos del tihuilote. Eran lagrimones de verdad. De cera, apretadas en los chiriviscos.

También de mis ojos vertió agua salada como para curtir la nostalgia.

No diré con hipocresía que me habían puesto piel de cebollas en las pupilas, o que había allí cerca el humo de un cigarro, que sirve para disimular el llanto.

Yo sentí como si de la cumbre se desprendiera una tormenta de dolor.

Era que al preguntar por Alfredo Funes, el chofer del Barrio, se miraban unas a otras las sencillas mujeres, sin atreverse, la primera, a informar.

—Hoy sí fue de mera verdá, señor. . . Hace cinco diyas lo llevamos. . .

Y la Nena, frívola, pintarrajeada, pecadora de a dos y hedionda a "paramí", ofreció una frase cruel y bella, la más bella expresión, acaso, de esta historia vulgar:

—No se han marchitado todavía sus flores, señor. . .

. . . .

Fue así.

—Alfredo, llevá las tortillas. . .

—Un momento que estoy reparando el carburador. . . Que espere la niña Chon. . .

—Bueno. . . Apurate. . .

. . . .

Olía a vacación húmeda de agosto. Parecía la tarde como dibujada sobre uno de esos lienzos que venden por docenas los brochasgordas y que tanto gustan a los barberos, porque pintan árboles morados sobre crepúsculos chillantes.

—Mirá que si andás lerdo te vas a quedar sin el estreno de la Bajada. . .

Allá iba el trepidante "motor" de Alfredo Funes, abriéndose paso con la vibración ingenua:

—Tequeteque. . . Rurr. . . Teque. . .

Dicen que alcanzó sin dificultad el principio de la Cuesta Blanca,

para cruzar en busca del arenal. Seguro de su experiencia, este "vehículo" humano, no pidió vía de manera que cuando el camión frenó ya era tarde. Inútil esfuerzo que sólo sirve para poner en marco de expectación un callejero drama.

Apenas pudo exclamar aterrorizado el motorista camionero:

—. . .Muchacho, por ir corriendo enloquecido. . .

Allí quedó Alfredo, bajo las inmensas ruedas. Con la cara ensangrentada y el "taxi" invisible hecho asfalto.

Corrieron los muchachos hasta el mesón:

—Niña Lupe. . . ¡Alfredo se mordió la vida contra un camionote!

—¿Ah, sí. . .? Ya saben. . . Que lo entierren parado. . .

Como metida en una sombra, dijo doña Lupe:

—Un día de estos lo van a fregar de verdá. . .

Y cuando le llevaron a su Alfredo, "muerto de verdá" abiertos los ojos, destrozada la cabecita soñadora, la niña Lupe dejó caer, como pedrada esta queja:

—Válgame Dios, si es de verdá. . . Muchacho del diablo, si es de verdá. . .

Y lo apretaba contra su pecho. Lo tenía entre sus brazos, párpados huecos, sin luz, boca como un muñeco ahumado, sin sonrisas. . .

Un agente policial sentenció:

—El niño fue culpable, señora, por ir corriendo. . .

. . . .

Si yo hubiera estado presente, ya deben ustedes imaginarse mi respuesta en defensa del amigo menudo:

—. . .No, señor tráfico. . . Alfredo no fue culpable. El tenía derecho a la vía. . . A la amplia vía del ensueño. . . Lo sacrificaron sus ilusiones. . . Cruzó la calle de la vida como un héroe embadurnado de ansias y de miserias. . . Ni usted, señor tráfico, ni nadie, puede comprender estas cosas. . . Alfredo Funes un glorioso muñeco que luchaba por una esperanza. . . Esa cosa terrenal que ha ocurrido cuando su cuerpo fue destrozado por una masa de hierros mecánicos sólo puede explicarse al decir que en la hora más urgente, cerca de su estreno agostino, le falló el "motor" al taxi que el travieso arcángel llevaba en su alma generosa y noble para soñar con una vida mejor. . .

. . . .

La niña Lupe, mujer salvadoreña, leal hasta con su dolor, besaba, por última vez, los apagados ojos de Alfredo Funes.

Ya en el portón, cuando la caja blanca salía, motor destrozado, hacia la calle, dijo afligida:

—A ver si ahora te reciben en el cielo, oloroso a gasolina como estás, muchachito loco. . .

. . . .

¡El cielo. . .! El cielo sin puertas y sin techo a donde van los niños proletarios. El cielo para Alfredo Funes. El cielo sin mesoneros. Sin tatas ebrios. El cielo lleno de dicha eterna como la rueda de caballitos agostinos.

. . . .

Relatan una historia en el barrio.

Angel de alas quebradas, atrevido y "mocoso", Alfredo Funes hizo ruido con las aldabas que controla San Pedro:

—Tequeteque. . . Rurr. . . ¡Apúrese señor. . .!

Y San Pedro, barbas sacras, barbas de algodón, abuelo buenote, apenas le contesta:

—Haz el favor, muchachito. . . Lávate las alas y parquea en ese lucero. . .

Ese lucero es el que, a medio esqueleto, nos hace bramar, desde arriba, cuando lo apaga, en noches grises, el taimado temporal de agosto. . .

LA DENTADURA DE ORO

—"...Todos estos pícaros son inocentes..."

Iba pavimentando el aire con sus gotas de asfalto caliente, pretendiendo moralizar con las blasfemias.

Porque todo lo que se diga contra Torcuato Pérez es blasfemia. El, tan bueno y noble...

No era un ángel de pastorela, pero estoy seguro que por corazón tenía un pan de harina blanca.

Fue inútil la búsqueda de un socorro. Tiempos de "amarre y verga". La Ley, la Justicia, la Constitución eran los "señores autoridá" que miraban en cada sospechoso a un delincuente comprobado y peligroso.

El bigotudo de estambres arriba, al estilo de los coroneles germanos, puso más piedras sobre la mañana celeste que en el Hospital olía a bálsamo y a éter...

—...No "liagan" caso a sus mentirosas lamentaciones... "Este bandido tendrá mucho tiempo para aprender la guitarra en la Peni..." No fue inclinación piadosa. El médico Director lo hizo obligado por los rumores de mar creciente que ronroneaban entre el personal.

Dijo a Torcuato, en plan de predicador:

—En todo esto hay una historia que ustedes deben saber. Hace más de cuarenta años llegó al portón del Hospital una arrugada mujer de la campiña:

—Ductor, tengo de años estos mis dolores... Estas mis fiebres... Dicen que tengo mal...

—Malaria... Muy descuidada... Hay mucho avance... La dificultad, sin embargo, está con el cipote... Aquí no se puede quedar...

El cipote era Torcuato.

Intervino una Hermana de la Caridad. Era dulce su voz de ángel, como la miel de "shumelo". Y clara, quebradiza, musical.

—Doctor, yo creo que el niño puede quedarse... Un pedazo de techo y un rincón tibio sobra en nuestra comunidad...

El médico jefe encogió los hombros aprobando así el generoso aliento de la santa.

Este fue el primer contacto del Torcuato con el Hospital. Hijo de una india enferma hoy, agonizante una semana más tarde y enterrada a los quince días.

—Torcuato —le dijo la Sor— esta será tu casa...

Y Torcuato comenzó a perder el miedo. Y la tristeza se le fue de pronto, cuando le dijeron que podía ir en el carro de la Morgue en cuanto viaje hiciera para el panteón; cuidar de la mueblería, barrer, mandadear... en fin, ganarse el pan y sudar noblemente tras de la vida.

Creció larguirucho y vivaz. Un poco frío en la expresión. Casi sin "alma", como decían los practicantes.

Y él que había colocado tantos cadáveres en el cajón colectivo, cajón de pino, llegó a sentirse un muerto más, con aire, con pulmones en función... La barata gabacha que le dieron en el vestuario, en Torcuato parecía una mortaja. Pero en el fondo era feliz.

Sobre todo cuando le dijeron:

—Bueno, Torcuatín, te hacés cargo de la "losa"...

—¿Y eso...?

—Bueno, pues que don Pedro, tu maistro, también necesita del cajón, del carro y de un padre nuestro...

Se le atascaron las lágrimas en la garganta. Con ese llanto, terrible llanto porque es el que no sale a la mirada, se retiró al desempeño de su nuevo trabajo...

Y encorvado sobre el pescante del fúnebre carruaje, se fue al panteón. No hablaba, pero iba pensando:

—¡Ah, don Pedro, quién iba a decirme que yo lo llevaría en su petate...!

De todo eso, un cuarto de siglo...

Veinticinco años de acarrear muertos, de cuidar cadáveres, encender velas, de consolar a los deudos, de hermanarse con los pobres que una mañana llegan al Hospital, tras de una esperanza, y otra tarde salen tras de una oración...

Y todas las humildes pertenencias del difunto, desde los caites, a la camiseta y el bolsón con papeles de su personal identificar, eran guardados en un viejo armario, hasta que los casuales parientes se presentaban a reclamar aquel despojo de triste herencia. Y a veces hasta las economías... Y la entrega era exacta... cabal... con sus reales y medios y sus tostones...

Los muertos miran y reclaman —decía Torcuato, cada vez que algún estudiante bromista lo aconsejaba:

—Hombre, Torcuato, algunas de esas cositas te pueden servir...

¡El honesto Torcuato...!

Ahora, sin embargo, se lo habían llevado. Era un ladrón. Un ladrón de muertos. Un ladrón de dientes de difunto.

La cosa fue así:

Dicen que hubo una balacera en la cantina y que un tal Joaquín de la "O" cayó atravesado. Era el dueño de la taberna. Por un "fiado" que negó. Porque era sentencia del destino. Por lo que sea. Lo cierto es que Joaquín coleccionó perforaciones en el pecho. Y que los ebrios consuetudinarios, protegidos gomosos y degenerados sociales, lo lloraron en el velorio.

Pero minutos antes del entierro hubo en la oficina del Director el escándalo:

—Han cometido un "sortilegio" con el muerto de mi hombre...

Era la viuda, gorda, de argollas enormes balanceándose en cada oreja; viuda de cordón de oro colgándole del cuello..., de anillos hasta las uñas..., de boletas de empeño de los bolos infelices en su carterón... De muchas monedas obtenidas en el alumbre, el chile y el tabaco, que unidos los menjurjes, al anís y al culantro, hacían la fama del "Gato Grifo", estanco selecto del barrio, casino de mecapaleros y puerto asqueroso de rufianes...

—Han cometido un "sortilegio" con mi hombre y eso no es justo...

Lloró la viuda. Más por ebria que por afligida.

Pidió explicación más clara el Director:

—¿Qué pretende decir usted con eso de "sortilegio"?

—Sortilegio, pecado, cuando cometen un pecado...

Entonces fue Torcuato el de la solución:

—Ella quiere decir "sacrilegio"... Asegura que a su marido el muerto de la cantina, le robaron los dientes...

Intervino la viuda:

—No era muerto de cantina. ¿Sabe? Era dueño, el mero dueño, y además mi marido, mi hombre... Sépalo...

Y se inició el segundo acto de llanto.

Explicó Torcuato:

—A mí me ha "bañado" a su antojo... Dice que yo soy el ladrón... Imagínese, robar yo los dientes al difunto... Dios me libre...

Otra intervención de la "doña".

—Valían quinientos pesos... Una dentadura de 18 kilates que no echaba "mojo"... Comprada donde el mejor dentista... Porque para eso tenemos plata y la ganamos dignamente... Yo quiero los dientes de mi hombre... Y que sean de oro legítimo...

Así nació la investigación. Así la sospecha. Así el atropello y la cárcel y de nuevo la tristeza arropada bajo la cabeza de Torcuato.

Una de las declaraciones decía que "minutos después de habérsele entregado el cadáver del occiso, Torcuato Pérez, el encargado de la Morgue se encerró y no abrió sino veinte minutos, más o menos, después. . ."

—Pero si eso lo hago siempre. . . Yo rezo a los muertos y les enciendo sus velitas. . . Como la vez pasada se burlaron de mí los practicantes, decidí hacerlo bajo llave. . .

Otra declaración decía que. . . "poco después de que los deudos se llevaron el cadáver del occiso, una mujer estuvo a visitar a Torcuato habiendo salido apresuradamente con un paquete en las manos, lo que se supone haya sido la dentadura que se investiga. . ."

—Pero si era mi mujer que vino a llevarse la ropa que siempre me lava. . . Aproveché la oportunidad para darle unas sobritas que me regalaron en la cocina. . . No son para nosotros las sobritas. . . Es que las regalamos a unos cipotes del mesón. . .

El investigador falló al final:

—Sea depositado "en depósito" a los guardias, el criminal Torcuato Pérez, por existir pruebas completas de su robo en el cuerpo del "dijunto". . . "que es el cuerpo del delito mismo. . ."

Y Torcuato se fue a la Peni. . . A repasar la guitarra, como dijera el bigotudo cabo.

El cadáver más fotografiado del año fue este del cantinero. "Aquí estaban los dientes de oro. . ." . . ."De esta boca fría e indefensa el lépero guardián de la Morgue arrancó como un herrero los finos dientes de 18 kilates. . ." "Pedimos justicia contra los profanadores de cadáveres. . ."

* * *

Nunca llegó a ponerse en claro el robo de aquellos dientes, los más discutidos.

Torcuato fue condenado y allí, en la celda, en convivencia con ladrones y afeminados, asesinos y estafadores, una noche bajó el telón a su tristeza en retirada eterna. . .

Y a petición del Director del Hospital, llegó el carro del Centro para conducirlo, más bien, para acarrearlo hasta el viejo panteón. Otro "Torcuato", substituto suyo, pálido de tez como todos los hombres que terminan de cera de tanto estar entre muertos, bajó la caja de pino, la que tantas veces había cargado el buen Torcuato, repleta de angustia, apestada de miseria, húmeda de llanto que no sale sino en un suspiro de pena. . . Y crujieron las ruedas del armatoste en busca del "huesero" que a lo lejos agita los penachos verdes de su fúnebre arboleda, casi en actitud de callada despedida. . .

* * *

Pero lo interesante en realidad es la historia de don Felipe, el cantinero afortunado...

Quién, viendo su cuerpo regordete, frío y ensangrentado, en la losa de reconocimientos forenses, iba a imaginarse que allí, sin respiración, sin vida, sin el calor de la existencia, estaba el pintoresco don Felipe, el pistudo, el mecenas de parranda, el hombre que "pareso tengo pisto", para "moler agusto".

* * *

De joven fue pasador en "La Trampucheta"...

Avispado, nervioso, servicial y decidor de chistes groseros, pronto se hizo el "mozo" más buscado por los bolos. No era posible que despreciara esas oportunidades propias del relajo. Bolsear a un ebrio dormido... cobrarle el doble o poner más agua de pila en el "amargo"... Así llegó a sus manos un billete de la Lotería... Por esos tiempos era Felipe, sin documentos ni "segundo calzón"...

Pero estaba orgulloso de su buena dentadura. Dentadura de indio. Felina. Sólida y blanca. Dientes de acero. Tanto que, para divertir a los ebrios, cortaba de una sola mordida cualquier clase de botella que le ordenaran...

Cierta vez...

—Mirá, Felipe, anoche me bolseaste...

—Mire, gran jodido, que soy hombre honrado... Y si no que lo diga la Policía, que sólo me ha llevado preso por bolo y escándalo público... De manera..., que o retirás esas palabras o te rajás conmigo...

—Te digo que me bolseaste... Vos tenés mi billete de la Lotería, ladrón...

Un incendio en la mirada. Un salto de volatín sobre el acusador. Y los dientes de perro rabioso sobre la cara del contrincante hasta desfigurarlo.

La furia iba dejando sellos de sangre y carne desflorada sobre los brazos, las piernas, la cara del infeliz...

—Sos un bocado sin sal, desgraciado, pero te como... Aunque me indigeste...

Y se lo hubiera comido, a no ser por la intervención de la gendarmería.

Logró sacudirse en su aturdimiento el "mordido" para llevarse las manos a los ojos y luego exclamar:

—Tias pasiado en mí, pero me las pagarás...

Y Felipe, bramando como bestia después del exceso sensual, hediondo a sudor de tigre, con el escupitazo final:

—¡Ay!, te llevas para eterna lección, los retratos de mi colmillera...

Todavía escucharon al "mordido" cuando, cayendo hacia atrás, logró maldecir:

—Te vasir al hoyo sin dientes, gran hijué... Te lo juro, "Pordiosito"...

* * *

Vino el proceso. Pero antes había llegado el sorteo. Y Felipe, el dientes de hierro, se había convertido en don Felipe, con veinte mil en el Banco... Más tarde la libertad "por falta de pruebas"... Y una cantina... Y agio y cuello con la autoridá y tantos por cientos por prendas, trajes... Progresó tanto el negocio que además de cantinas había "ras" y luego "casa de citas", y fincas y cancha de gallos y montepíos clandestinos...

Ya de rico, rodeado de la admiración y servilismo de los viciosos, practicó alguna que otra vez aquella prueba de la botella rota...

En una de esas ocasiones, para elogiarlo, alguien, acaso lector de literatura, lleno de entusiasmo cuando don Felipe hizo añicos una botella de Anís del Mono, nueva, repleta, hasta desangrarse los labios y dejar rastros de sangre olorosa bajando hacia la barbilla, alguien experto en el elogio mendaz, le gritó:

—Don "Feli": ¡He aquí una dentadura tan valiosa como el oro...!

Apretó los gruesos labios el cantinero.

—Oro... Dentadura de oro... "Anjá..."

Y a la mañana siguiente, cita con el dentista.

Sentado sobre el sillón, la pregunta, que a veces se nos antoja igual a la que es tradición en el fígaro: "¿Pelo o barba...?"

Pero aquí no fue "pelo o barba"... Salió un amable:

—Muela o...

—Qué muela ni qué diablos... Todos los dientes...

—No comprendo...

—Todos los dientes... Que me vuele todos los dientes...

—Pero los tiene sanos... Es más, no conozco una dentadura tan perfecta...

—Que me vuele todos los dientes... Ponga de oro fino... Que sea oro de 18 kilates... Póngame una leontina, si quiere...

—Pero señor... Eso no es posible...

—Que ponga, le digo... Oro... Por plata no se aflija...

—Por ética, científicamente, me es imposible satisfacerlo, señor...

—¡Adiooó, este dentista con lo que sale... Vaya...!

Se levantó del sillón. Sacó un verdadero gajo de los de a verde y

después de encaramarse un trago de cinco minutos, sacado de la botella que le alargó su "secretario", hasta dejarla a un jeme de la pescuaza, tiró el dinero sobre una mesa y sentenció:

—Si le hace falta más, diga que en los "blunes" hay más. . .

—Le digo que es imposible. . . Además, sería una verdadera lástima. . . De una vez por todas, no puedo satisfacerle. . .

Debe haberse enojado don Felipe, porque sacando no ya la botella, sino que una "animala" cacha blanca, largo el calibre, se llevó el cañón hasta la boca, escupiéndola luego para decir:

—Yo soy Felipe de la "O", dueño del "Gato Grifo". Felipe de la "O", hombre de pisto y pulso. Cuando un de la "O" pide algo, se le atiende. . . Yo quiero una dentadura de oro fino y dentadura de oro fino me llevo de aquí. . . Por eso mismo, mi doctorcito, o me hace el trabajo o se muere. . .

¡Ah. . .! Pero cuando terminó de hablar ya el doctor estaba con la cosquilla del cañón sobre el pecho. . .

No quedaba más remedio ante el exótico salvaje.

—Si no hay otro recurso, y siendo esa su voluntad, pues siéntese y no llore. . .

—Yo ¿llorar. . .? Aviente fuego. . . Dele breque a la babosada que Felipe de la "O" es macho. . . Bonito está que sólo los ricos y los curas van a darse el lujo de comer con dientes de oro. . . A mí me los pone usté y también a mi mujer. . . Pareso tengo pisto ganado honradamente...

Y don Felipe, después de dos semanas de cita con el dentista, sin olvidar la "animala" 38, tuvo su brillante y sólida dentadura de oro. . . Pareso tenía pisto. . .

Y ¿saben ustedes. . .?

Emparrandada la viuda, que había pasado por cuatro "endamos" oficiales, desde que se fue don Felipe, hablando de lo extraordinario, explicó a las viejas beatas del barrio, cuando alguien puso en duda los milagros:

—Pues a mí me "costa" que existen milagros. . .

Van a creer ustedes que encontré, diyitas después del crimen, en una gaveta del mostrador la placa de 18 kilates de Felipe. . . Como andaba en chupa cuando lo mataron, el muy desgraciado la había guardado. . . Veyan qué cosas. . .

Bueno viejo Torcuato, "ladrón de muertos" si es cierto que tú ya no puedes escucharme; si es cierto que de nada sirve todo esto, porque los tuyos son oídos rellenos de tierra agusanada, cumplo hoy con emoción el deber de decir al viento, que vaya a su bordo —barco de cristal— mi palabra y vibre en la altura como un barrilete de lágrimas en el instante de anunciarte:

—Torcuato, eres inocente. . San Expedito hizo el milagro del ga-

vetón... Ahora puedes reposar en el inmenso silencio de la invisible morgue, feliz para siempre, feliz como el blanco papel que por ser retrato de la muerte, a veces parece llorar cuando lo estrujan nuestras manos... Viejo Torcuato, descansa en paz...

San Expedito hizo el milagro, pero no lo supo nunca la autoridá...

Viejo Torcuato Pérez, "ladrón de muertos..."

JOSE JORGE LAINEZ

Nació el 26 de abril de 1913, en San Salvador. Fue Jefe de Redacción de "La Prensa Gráfica". Murió el 29 de enero de 1962. Se hizo popular por sus publicaciones firmadas con el seudónimo Mister Ikuko.

Obras: *Murales en el Sueño* (cuentos), *Sendas de Sol* (lecturas para niños), *Cuentos de Luna* (poemas para niños), *Francisco Eterno* (ensayo), *Imágenes a la Deriva.*

LA CARTA DE LA MUERTE

La partida de póker tuvo que suspenderse bruscamente en la segunda vuelta de jack. Carmen había palidecido intensamente y llevándose las manos al pecho, se fue doblando lentamente sobre la mesa, con un gemido.

Juan auxilió a su esposa alzándola en vilo y llevándola hasta el lecho, mientras los demás trataban de ayudar en alguna forma revolviendo el botiquín, llamando a los criados o corriendo de un lado a otro de la casa.

El reloj del comedor acababa de dar la una de la madrugada y el sonido metálico de la campana repercutió siniestramente en todos los rincones, como si la muerte llamara desde la orilla del silencio a un nuevo huésped del misterio.

La casita de los esposos estaba situada en el campo, a muchos kilómetros de la ciudad y hacia allá se encaminaban a pasar sus fines de semana, llevando siempre algunos amigos que compartían con ellos su alegría. El póker constituía el primer eslabón del entretenimiento del sábado, y luego venía el domingo con sol, floridas praderas, ríos rumorosos y paisajes diluyendo milagros cambiantes al ritmo de las horas.

Aquel fin de semana había tenido un principio lamentable, pero la llegada del médico, llamado por teléfono a su casa situada a un kilómetro de distancia, transformó la ansiedad en una nerviosa expectación.

El facultativo tomó el pulso de la enferma, la auscultó e hizo preguntas a Juan. Movió la cabeza dubitativamente y con la mirada perdida en los dibujos de la alfombra, se sentó en el brazo de uno de los sillones del dormitorio.

—¿Y bien, doctor? —preguntó Juan ansiosamente.

—No debo ocultar a usted la gravedad del caso.

—¿Está muy grave?

—Se está muriendo.

—¡No es posible! Hace un momento estaba perfectamente. ¿No cree usted que el cansancio del viaje, el polvo del camino. . . ?

—No, no. Yo no podría dar a usted vanas esperanzas. Mi deber es decirle la verdad, caballero. El corazón es traicionero y ella ha sufrido un ataque gravísimo.

—¿Entonces, no hay nada que hacer?

—Temo que no, pero le daré dos inyecciones. Por lo menos, eso le dará tranquilidad, mientras. . .

—Carmen —murmuró Juan volviendo la espalda al médico e inclinándose sobre el lecho de su esposa.

La respiración fatigosa le hacía subir y bajar el pecho, como si fuera el oleaje de una marea de angustia en el mar de la agonía. La nariz se le había afilado y al recortarse en la silueta de la pared, era una quilla de sombra surcando los últimos minutos hacia la hora cero del final.

—Carmen. . . Carmen. . .

La llamada inútil se apagaba dolorosamente, amortiguando su dolor por el jadeo de aquella asfixia inexorable, y los oídos de ella eran dos interrogaciones hundidas en la cabellera, insensibles al eco del sollozo.

—Es necesario, caballero —dijo el médico tocando el hombro de Juan—, debe usted aparecer sereno cuando ella vuelva en sí. Venga conmigo un momento fuera del dormitorio.

El hombre se dejó arrastrar dócilmente hacia el corredor y se sentó en una butaca que le ofrecieron los amigos. Todos estaban callados y sombríos y solamente escuchaban el tic-tac del reloj, que venía saltando desde su pared del comedor.

Como una cinta fugitiva acudieron a la mente de Juan los recuerdos felices. Se vio de nuevo corriendo por la playa en aquel día jubiloso en que Carmen le dio el primer beso.

—¡Oh mi corazón! —jadeó ella recostada en los brazos de Juan.

—Es la felicidad —dijo él.

Pero ahora comprendía que el destino se insinuaba ya implacable desde entonces. Y aquel corazón había vuelto a fallar, esta vez definitivamente. Se levantó de su asiento y dejando la compañía silenciosa de los demás, se fue lentamente hacia el comedor. Las cartas de la baraja y las fichas de póker habían quedado abandonadas sobre la mesa en un vestigio mudo de golpe inesperado. Maquinalmente reunió los naipes y luego arrojó el mazo que se abrió sobre el tapete como un abanico de colores. Se echó de bruces sobre las fichas dispersas y sintió que el dolor le subía al cerebro en una ola de rabia, en un deseo furioso contra la muerte, con un ansia desesperada de verla materializarse y poder luchar contra ella para disputar la presa amada. Al otro lado, en el dormitorio, Carmen se moría, se iba poco a poco en brazos de la muerte y él era impotente para luchar,

para arrebatar lo suyo de aquella corriente siniestra que lentamente arrastraba los últimos suspiros de la mujer querida. Se había olvidado de llorar, porque la ira le secaba el manantial consolador de las lágrimas y el cuerpo era un solo temblor que terminaba en las manos, apretadas frenéticamente en dos puños que amenazaban al vacío.

De improviso tuvo la sensación de que no estaba solo. La columna vertebral sacudida por un estremecimiento frío, le indicó la presencia de algo extraño e impalpable, de algo que llenaba la habitación con un soplo helado. Aquel hálito le recorrió el cuerpo y al levantar la cabeza, sobresaltado, vio una figura junto a la mesa de juego.

Al principio se imaginó que pudiera ser uno de los invitados que acudía a consolarlo, pero pronto se dio cuenta de que era un desconocido que lo contemplaba con una sonrisa indescriptible. A Juan le pareció que aquella figura llevaba lentes oscuros, pero al acercarse, vio que lo miraban desde dos cuencas sin ojos. Pronto lo comprendió todo, era la Muerte.

La fúnebre aparición se movió hacia la puerta, en dirección del dormitorio donde Carmen esperaba sin saberlo el minuto decisivo.

—¡No! —rugió Juan, corriendo hacia la puerta e interponiéndose a su paso—. Déjala. No te la llevarás porque es mía.

—¿Tuya? —rió la voz espantosa, con un eco lejano—. Fue tuya, tal vez, pero dentro de un instante será mía.

—Lucharé contra ti. Te exterminaré pero a ella no me la tocarás ahora —gritó el hombre enfurecido.

—Estás loco. Nadie puede luchar contra la Muerte. Abre paso, porque si tropiezo contigo, morirás también.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! —sollozó Juan—. Nadie puede luchar contra la Muerte... pero puedo implorarte piedad. ¡No la lleves, no la lleves!

—No sé lo que es piedad... Aparta.

Entonces la voz del hombre se volvió de acero:

—Tómame a mí en vez de ella. Necesitas una presa ¿no es así? Estoy presto a tomar su turno.

—Hay leyes del destino que son inmutables —dijo la Muerte sombríamente— y yo obedezco a un impulso inquebrantable.

—Está bien —murmuró el hombre— estoy en tu camino y tendrás que llevarme a mí también.

—¡Aparta, insensato! No es tu hora todavía.

—No pasarás sin mí —insistió el hombre.

La Muerte vaciló. Movió el cráneo desnudo en derredor de la habitación y sus dos cuencas oscuras captaron la mesa de juego.

—Tú quieres luchar conmigo —dijo—. Y es imposible luchar contra la Muerte. Tu amor puede salvarte, porque aún te daré el recurso de disputar contra el destino.

Con descarnada mano, tomó la baraja y reunió en un solo bloque el abanico de colores.

—Y bien —preguntó Juan—. ¿Qué harás?

—Vamos a jugar el destino de tu amada. ¿Quieres? Alzaremos cartas los dos. Ganará quien muestre la figura mayor.

—Juguemos —aceptó el hombre.

—No olvides el convenio. Si mi carta es mayor que la tuya, dejarás que cumpla mi misión tranquilamente.

—Tienes mi palabra. Da las barajas.

La Muerte revolvió los naipes durante unos segundos y dio una carta para cada uno.

—Mira la tuya —dijo la Muerte.

Intensamente pálido Juan alargó la mano para levantar su carta, pero un temblor incontenible le agarrotó los dedos. Inundado en sudor frío, una ola de terror le hizo vacilar.

—Primero tú —musitó por fin.

—¡Como quieras! La Muerte no tiembla ante el destino. Mira.

Juan contempló idiotizado la carta de la Muerte: era un rey de diamantes, la penúltima de las cartas mayores del naipe. La suya yacía boca abajo, ocultando un enigma que casi era la desesperanza.

—Creo —murmuró la Muerte con sorda alegría— que he ganado. Tienes todas las probabilidades en tu contra de tener una carta menor. Ya que te falta valor, descubriré yo tu juego.

La Muerte arrojó sobre el tapete el rey de diamantes y lentamente alzó el otro naipe. Lo contempló un instante y lo volvió a colocar boca abajo sobre la mesa. En un paroxismo de angustia, el hombre alzó su carta para verla, pero una niebla de lágrimas le llenó los ojos de brumas. Se tambaleó con la baraja en la mano y sin lograr distinguirla, sintió un mareo incontrolable. La luz del salón se perdió de pronto en la intensa sombra de su desmayo y cayó sin fuerzas sobre el sillón.

Un zumbido prolongado le atornilló la conciencia durante un instante largo que creyó una eternidad y luego fue volviendo la sensibilidad a su cuerpo atormentado. Oyó voces a su derredor y algo frío sobre la frente le hizo abrir los ojos. La bruma huyó de su visión y pudo contemplar varios rostros que le miraban. El médico le hizo tragar algo amargo, mientras le sacudía para hacerlo volver en sí.

—¿Qué sucede? —gritó recobrando abruptamente sus sentidos.

—Cálmese usted —dijo el doctor— su crisis nerviosa ha pasado ya. Hablaba solo. Disputaba. Gritaba y lloraba. Es natural porque. . .

—Basta. Quiero saber de ella. . . ¿ha muerto?

—No lo sé —repuso el médico— pero en este momento sólo me preocupaba usted, porque ella. . .

—Juan. . . Juan. . . —la voz se oyó cercana y era la de Carmen.

pero no venía desde el lecho sino que vibró cerca, precediendo a la joven que apareció en la puerta del salón.

El facultativo corrió a su encuentro pero ella avanzó con paso firme y lo apartó con ademán resuelto.

—Estoy bien —murmuró— sólo fue un ligero desvanecimiento.

El doctor se acercó a la mujer y le tomó el pulso. Luego la auscultó de nuevo y arrojó el estetoscopio sobre la alfombra.

—Es increíble —exclamó—. El corazón marcha perfectamente y no acusa lesión alguna.

El reloj del comedor dio las tres de la madrugada y cuando Juan dirigió la mirada hacia el jardín, vio la sombra de la Muerte caminando hacia la puerta de la calle. Sobre la mesa, boca abajo, su carta continuaba siendo un enigma para él. Lentamente la volteó y dejó al descubierto un as de corazón que brilló en la blanca cartulina del naipe, como una flor escarlata representando la vida.

DERRUMBE

Los faroles iluminaron algo tendido en medio de la carretera. Angela comenzó a frenar, tratando de descubrir lo que era, y cuando el auto se detuvo por fin a escasos palmos del obstáculo, ella vio al hombre desnudo que yacía inmóvil, con los brazos en cruz abiertos hacia el rumbo de las estrellas.

Titubeó temerosa de una emboscada y estuvo a punto de dar retroceso al coche, pero un gemido del hombre la detuvo. Fijó sobre la figura yacente su mirada, y descubrió manchas rojas que relampagueaban a la luz de los faroles.

El hombre desnudo se quejó de nuevo y Angela se bajó del auto y se acercó temblando.

—Dios mío —murmuró, al descubrir que el hombre tenía varias flechas clavadas en el cuerpo.

El miedo la abandonó para dar paso a un sentimiento de conmiseración infinita, y no hizo caso ya de la desnudez de la víctima. Se arrodilló a su lado, bañada por la luz intensa y trató de arrancarle aquellas flechas que le martirizaban.

El hombre torturado abrió los ojos y murmuró:

—No. . . no. . .

—Es preciso que venga conmigo.

Lo tomó por un brazo e hizo un supremo esfuerzo para incorporarle. El volvió a quejarse, pero ya aferrada su mano al brazo de Angela, se levantó lentamente y se dejó llevar hasta el automóvil cuya máquina continuaba funcionando.

La sangre manchó la tapicería del auto, manando de las heridas en las cuales temblaban las flechas. El hombre lanzó un suspiro que era un sollozo hundido en su voluntad de callar, y se desmayó.

Angela lo cubrió con el impermeable que llevaba a su lado, quitó

el freno de mano, manipuló la palanca de velocidades y el vehículo comenzó a deslizarse sobre la carretera envuelta en las sombras de la noche.

—¿Qué le ha pasado ¿Por qué está usted allí? ¿Quién lo hirió?

Las preguntas brotaban de sus labios, mientras con los ojos fijos en la carretera, anulaba la distancia hacia la ciudad.

Había salido poco antes de oscurecer, para visitar a la mujer del guardián de la finca, que agonizaba lentamente en la casita casi perdida en la arboleda.

El recuerdo de los instantes que acababa de vivir, pasaban por su mente en un desfile de imágenes que volvían a animarse, borrando repentinamente la realidad inmediata.

La sensación de presencia insólita de aquel hombre que se desangraba a su lado, había desaparecido momentáneamente y sólo surgían los minutos pasados, haciéndola guiar el auto sin conciencia de sus actos, como si sus movimientos continuaran actuando, regidos por el subconsciente.

—Gracias, señorita —murmuró la mujer, besándole la mano—. Esto es el final.

Una ráfaga de muerte secó las lágrimas en los ojos de la moribunda y Angela se persignó.

—Su novio la ama —siguió la mujer agonizante— y serán felices, pero. . . Dios mío. . . Veo para usted un peligro inmediato. Hay un estruendo siniestro, algo informe que veo desplomarse, un presagio de muerte que se acerca a usted. . .

Angela se estremeció y llamó al marido.

—Se está muriendo —le dijo en voz baja.

—Delira —dijo el hombre con la voz apretada—. Márchese, señorita. La muerte no es espectáculo para usted.

—No, no. . . No se vaya —susurró la mujer en un suspiro que apenas llegó a los oídos de la joven—. Veo el peligro para usted en la carretera. Dios mío. Dios mío. . . Ayúdame, Rigoberto. . . Dame la cajita. . . la cajita. . .

Rigoberto, con los ojos nublados de llanto, tomó algo de la mesa y se lo dio.

Ella abrió la caja con dedos temblorosos, y con los ojos cerrados, buscó.

—Tome usted —musitó alargando un pequeño envoltorio blanco—. Guárdelo, llévelo y él la librará del gran peligro.

—Descanse —dijo Angela y guardó aquello que con mano trémula le ofrecía la pobre moribunda—. ¡Oh! se ha desmayado. . .

El marido se inclinó sobre la enferma. Suspiró profundamente y con el pulgar y el índice, le cerró los ojos.

—Ha muerto —anunció.

Angela salió lentamente, dejando al hombre en posesión absoluta de aquel dolor suyo, tan profundo y tan sagrado, que reclamaba la soledad para aferrarse a él.

—Peligro... peligro... peligro en la carretera...

De pronto recobró la conciencia, oyó el motor del auto rugir a medida que el pie sumía el acelerador, y vio al hombre que iba a su lado, sintiendo el calor de la sangre que resbalando de las heridas, comenzaba a gotear sobre su brazo.

—Peligro... peligro... —oyó de nuevo gemir la voz cansada de la muerta.

Volvió la cabeza apartando la mirada del camino, y vio al hombre alzar la frente y clavarle los ojos dulcemente.

—Mire... —gritó él de pronto.

De la oscuridad surgió una mole gigantesca. Algo que al principio no pudo distinguir, pero que instintivamente le hizo aplicar los frenos, haciendo que el coche se bamboleara a punto de volcarse.

—Angela... Angela...

La voz desesperada de un hombre, gritaba llamándola, y ante la luz de los faroles, vio aparecer a David, sucio, maltrecho, enloquecido de angustia.

—David...

—Bendito Dios, Angela, amor mío.

Se sintió en brazos de David, fuera del automóvil.

—¿Qué ha pasado?

—Un derrumbe espantoso —explicó el hombre—. Hay varios coches sepultados. Estamos luchando por sacarlos... ¡Oh!, Angela... creí que tú estabas allí.

Sobre el regazo de su novia, David lloraba convulsivamente, en un desahogo de la terrible tortura.

—Estoy aquí, ¿lo ves? —dijo ella, cogiéndole la cabeza con ambas manos— pero él... él necesitaba ayuda... está herido.

—¿El? ¿Quién es él?

Angela fue al coche seguida por David y abrió la portezuela.

—Nadie... nadie... Ha huido, David, ha huido.

El hombre dirigió la luz de su lámpara al interior del auto.

—Sangraba horriblemente —explicó Angela—. Tenía el cuerpo desnudo acribillado a flechas. Lo encontré hace un cuarto de hora.

—Hace un cuarto de hora ocurrió la catástrofe —dijo él.

—El hombre estaba aquí —repitió Angela.

—Calla —rogó David—. El horror te ha afectado demasiado. Ven.

Le rodeó el talle y la apartó del camino. Un objeto blanco cayó a los pies de la joven. David se inclinó y lo recogió.

—Me lo dio ella. Me lo dio la muerta —indicó Angela.

El hombre le dio la lámpara y dijo:

—Toma. Alumbra.

Bajo el círculo luminoso, desató el paquete, haciendo caer la envoltura de papel. Ella dio un grito.

—El. . . él. . . —murmuró.

—Es una estatuilla —apuntó David—. Una imagen sagrada. La imagen de San Sebastián.

Las cuadrillas de salvamento, comenzaban a sacar del derrumbe los primeros cadáveres.

(De la revista *Síntesis*).

ROLANDO VELASQUEZ

(1913-1972).—Nacido en la ciudad de Santa Ana. Autodidacto. Se formó en la lucha diaria, trabajando en imprentas y luego como periodista. Abordó el cuento, la novela, el ensayo, la biografía. Creó en sus crónicas personajes humorísticos por medio de los cuales realizó punzantes críticas de costumbres políticas y ambientales. Pero donde mejor se le aprecia es en el ensayo. *Retorno de Elsinor* (México, 1949) trata de los problemas planteados a la juventud latinoamericana por el totalitarismo político hacia 1942, en plena Segunda Guerra Mundial. En 1957 fue premiado en el Certamen Nacional de Cultura con *Reflexiones de un hombre arrodillado* (1959), ensayo sobre la vida cotidiana que rezuma conocimiento y sabiduría de la vida, aunque no todas sus tesis sean aceptables tanto desde el punto de vista filosófico como social. Buen aporte el suyo en ese ensayo a la indagación, hoy día llevada a cabo por algunos pensadores, acerca de la experiencia vital. Publicó, además, Rolando Velásquez otras obras: *El bufón escarlata,* cuentos, San Miguel, s.f.; *Memorias de un viaje sin sentido,* Santa Ana, 1940; *Carácter, fisonomía y acciones del General Manuel José Arce,* 1949; *Entre la selva de neón,* 1956, novela ambientada en la ciudad de México, de trama sencilla, un poco folletinesca y cuyo protagonista es un líder demagogo que sobornaba a una serie de personajes y personajillos. Hay acción y el relato logra captar el interés del lector. Velásquez colaboró en la prensa nacional, durante varios años en *El Diario de Hoy* y en la revista *Cultura* del Ministerio de Educación.

LA HISTORIA DEL BUFON ESCARLATA

—*Este era un Rey*. . .

Las historias de reyes, en estos tiempos en que ni los mismos soberanos aman ya los tronos resplandecientes, y sienten como una verdadera carga su dignidad, son terriblemente aburridas. Pero esta historia no es en ninguna forma aburrida, aunque parezca o pudiera parecer incongruente y absurda.

El Rey de nuestra historia tenía una hija. Se llamaba Mimí, como las gatitas consentidas y acaso por la frivolidad del nombre carecía por completo de ideas monárquicas. Si se llamase Astrid, o Melisandra o Pompeya, habría sido el anticipo de una Reina austera y maravillosa, porque los nombres sugieren o definen a veces las características de los seres humanos y los tornan nobles, fantásticos y elegantes, o sencillos y silvestres como las florecillas de San Francisco.

Pues Mimí se pasaba la vida soñando con las cosas más alejadas del trono. Entre una reverencia de los cortesanos genuflexos o un ramillete de violetas ofrecido por el más humilde de los servidores del palacio, prefería lo último. Era una princesa capaz de cambiar la deleitosa maravilla del trono por un paquete de bombones o un libro de estampas delicadas. Hasta el nombre de ella era inadecuado para anteponerle el tratamiento de la dignidad real, pues si bien suena agradable decir la pastora Mimí o la jardinera Mimí, decir la princesa Mimí resulta extravagante y acaso irónico, y por eso ella prohibía que la llamaran princesa y prefería que la llamaran simplemente Mimí o la pequeña Mimí.

Así también la pequeña no se capacitaba para el ejercicio del poder degollando gatos ni destrozando corderitos inocentes, sino que a estas diversiones salvajes, invariable norma pedagógica de todo futuro rey, prefería las recreaciones simples y cristianas de leer versos y dibujar pajaritos de acuarela. Su preceptor la auxiliaba amorosamente en estos enternecedores

oficios, y le mostraba los caminos de una formación intelectual y sentimental humanitaria y conveniente.

Un día el preceptor, risueño y octogenario, la hizo leer *La Sonatina* de Darío. Ella, que no tenía ideas trágicas ni maliciosas, encontró que la princesa inconforme del verso lo primero que necesitaba era un buen descanso y una doble ración de fresas en el desayuno, y tal vez hasta una detenida consulta con el sabio médico de palacio. Rió de buena gana ante la melancólica figura porque ella, dichosa, encantadora y alegre, no comprendía que las princesas pudiesen aburrirse o entristecerse teniendo a su lado todo dispuesto para el júbilo y la sonrisa. No pensó tampoco en el caballero montado en caballo con alas que en el exceso de la complacencia anunciara el Hada Madrina, pero pensándolo bien llegó a la conclusión de que ella, a Mimí, sí le hacía falta un bufón. Un bufón escarlata que serviría a la medida para demostrarle a la otra, a la princesita del cuento, que Mimí sí era capaz de aprovechar este grato instrumento de risa, en condición de piruetear y divertirla a toda hora. Fue lo único lógico y aprovechable que halló en todo el poema, el cual juzgó por lo demás demasiado fantástico para que en el juego anduviese metida una princesa de verdad; y pensó también con inefable humor que si acaso la princesa de Darío se hubiese llamado Mimí como se llamaba ella, no habría sido tan inmensa y desastrosamente desventurada.

Al día siguiente en que nacieron estos pensamientos, Mimí dijo a su padre:

—Papá, ¡yo quiero un bufón!

El anciano Rey la miró severo.

—Estás loca —le dijo—. En el mundo de hoy no hay espacio para los bufones.

—¿Y todos tus ministros qué son, sino bufones? Bufones serios, tal vez, pero la bufonería les salta por los ojos y la llevan en la sangre. Aun en tu majestad encuentro a veces algo de risible y bufonesco —concluyó, dispuesta a salirse con la suya.

El Rey llamó, súbitamente encolerizado, al demócrata y octogenario preceptor, y le enrostró lo que estaba haciendo de su hija, infundiendo odiosas doctrinas republicanas a una princesa de la sangre, llamada a ser la Reina de un vasto imperio.

—Los Reyes del futuro serán alegres e ingeniosos —dijo el viejo visionario—. Hay también una alta majestad en la risa y la sonrisa. Los monarcas de los tiempos venideros no morirán ya más decapitados, porque al dejar la simulada austeridad destruirán el único y ostensible descontento de los súbditos, que prefieren ser tiranizados por un bufón antes que ser gobernados por un legítimo Rey.

Y en aquellos solemnes momentos, la princesa volvió a clamar:

—¡Quiero un bufón! ¡Un bufón escarlata! De lo contrario me. . .

Una mirada dura y fulminante del Rey le cortó la palabra. Pero serenándose luego Mimí completó:

—¡Me tiro al suelo. . .!

Volvió el Rey a reñir al profesor porque le permitiera o enseñara a la hija cosas poco delicadas como eso de "tirarse al suelo", tan plebeyo y fuera de las reales costumbres. Para el ambiente de la Corte, sugirió, habría sido más a tono decir "me desmayo", o "me moriré de pesar", o "me clavaré en el corazón la última daga de nuestros antepasados". Esto, sobre todo, era más romántico, más heroico y sensacional como para ser expresado por unos labios llamados a dignificar la majestad.

Pero al fin transigió y consintió, para que la pequeña Mimí no transgrediera las reglas echándose al suelo, en que fuera llevado al palacio el bufón escarlata.

La princesa dio al Rey un estruendoso, significativo beso, reñido también con los preceptos de la Corte, y en su interior pensó qué tontita era la princesa de Darío, que se habría ahorrado tantas molestias con sólo decir oportunamente "me tiro al suelo", pues los padres, sobre todo cuando son Reyes gloriosos, son también bondadosos y condescendientes y jamás niegan nada a sus hijos, por caprichosos que éstos sean. Y la otra pobrecita hubiera podido conseguir tan sencillamente cualquier cosa, así la cosa fuera nada menos que un marido. El padre de seguro le habría hallado un buen príncipe en tierras de su vecindario, apuesto y gentil aunque no montara caballo con alas. Y el llanto y la melancolía no habrían entonces tenido razón de ser.

* * *

¿Recordáis vosotros al escéptico y singular Fantasio de Musset, que se disfrazaba de bufón por propio fastidio y para huir de lo aburrido de la vida, porque decía que sólo en lo ridículo hay seriedad y él se hastiaba enormemente de su mundillo lleno de simplezas y terribles banalidades?

Pues este era un caballero así. Se había hecho bufón para reír y sonreír mejor, para esgrimir con más certeza, desde su puesto privilegiado, la sátira y el sarcasmo contra la poderosa soberbia. Como sólo a los bufones les es dado mirar de frente a los tiranos más abominables y reír a costa de ellos sin ningún peligro, para gozar el privilegio de escarnecer a la realeza y de envenenar la tranquilidad de la Corte, el buen mozo había vestido el traje de lentejuelas y el gorro plebeyo y encarnado de los bufones, que más tarde se convirtiera en la insignia de la igualdad y la república. Y fue, por raro designio, este hombre extravagante el llamado para satisfacer el capricho de la pequeña Mimí, que había dado en anhelar y soñar con un bufón vestido de escarlata.

Así pues, el noble hombre cambió desde el día de su designación su traje de vivos colores verdes por un traje de rojo escarlata, y fue desde aquel momento el más inseparable, el más leal y el más insustituible compañero de Mimí.

—El hacerte reír me causa satisfacción —le decía a veces— porque sé que una vez llegues a ser Reina no podrás reír más. Tu felicidad y tu risa de hoy son el premio anticipado del inmenso dolor que sufrirás cuando los republicanos exaltados arranquen tu rubia cabecita dorada, no en una guillotina porque guillotinas ya no hay más y el acero queda solamente para las cabezas plebeyas, sino a tirones, como se arrancan las cabezas de los pollos en el día de San Juan. . .

Y la princesita, que como todos los seres delicados sentía un inmenso placer en que la estrujasen y torturasen, reía a carcajadas ante estas cínicas afirmaciones.

—No, no me cortarán la cabeza —argüía— porque seré una Reina buena.

—Los Reyes buenos no existen —replicaba amargamente el bufón—. El poder destroza en quien lo ejerce, todas las cualidades nobles. Tu visión de hoy, tu conciencia y tu moral de hoy, sufrirán una transformación súbita apenas hayas ascendido, con la testa coronada, los siete escalones que te conduzcan al sitial. Hoy sientes compasión por las mariposas y lloras ante las abejas torturadas y las hormigas aplastadas. Mañana, cuando seas Reina, no podrás estar satisfecha si no tienes las manos rojas en sangre. Aplastarás con tu pie verdaderos hormigueros de hombres, y la lucha por el poder te suprimirá toda dulzura y toda bondad.

—Pero piensa que si cortan mi cabeza ya no te daré más besos. . .

—Por eso debes hacerme hoy todos los anticipos que puedas —decía el caballero.

Y Mimí, que de la noche a la mañana se había convertido en una mujercita seductora, dulce y provocativa, tendía sus delgados labios rojos hacia la boca del bufón, quien la besaba amorosamente, diciéndole después:

—Vas a envenenarme, porque besas con besos succionadores y mortales, como de víbora. . .

* * *

Un día toda la Corte amaneció consternada. La noche anterior se había dado la voz de escándalo y se había anunciado la triste y desconcertante nueva. La pequeña Mimí. . . ¡Bueno, el bufón, el maldito bufón escarlata, era quien tenía la culpa!

Pero quien primero pagó el pecado fue el médico de palacio, un anciano venerable y sabio, que al amanecer fue decapitado ignominiosamente, llevándose a la tumba la honda tristeza de perder toda su ciencia al perder la cabeza, y lamentándose de que la ciencia no se pudiera acumu-

lar más que entre las estrías de la masa cerebral. Porque de haberse podido situar en otra parte, él la habría salvado, escondiéndola, como salvaron los judíos el candelabro de siete brazos, para que sólo los iniciados pudieran encontrarla de nuevo.

Mimí se había puesto mal. Los médicos cortesanos, austeros, graves y falaces quedaron perturbados apenas la auscultaron. Fueron desfilando después silenciosamente, y dijeron que se trataba de un mal extraño y que en cónclave solemne estudiarían el próximo paso que iba a darse para salvar la salud y la vida de la princesa. Por ello se creyó, aunque era imposible según la marcha de los tiempos, que se trataría de un caso de hechicería y encantamiento, o de una enfermedad muy grave y peligrosa, puesto que los médicos prodigaban tanta seriedad y circunspección.

Pero el anciano médico de confianza tuvo el coraje supremo de decir la verdad. Ante la cara de angustia del Rey, apegado a sus normas de hombre sencillo y sincero, el médico llamó aparte al monarca y le dijo tranquilamente:

—Vuestra Majestad no debe alarmarse. Se trata de un hecho muy natural. Vuestro nieto nacerá en la próxima primavera...

Y el Rey encolerizado hizo ajusticiar al médico, mientras por toda la Corte se extendía el clamor unánime:

—¡Fue el bufón!

—¡Maldito bufón!

—¡El bufón escarlata!

—¡El malo y pérfido bufón!

—¡El bufón morirá al anochecer!

* * *

Pero el bufón no murió. Cuando el Rey lo hizo comparecer ante él, antes de que la majestad hablara, el bufón sereno y tranquilo le dijo estas palabras:

—Me siento honrado de haber mezclado mi sangre con la tuya. ¿Y tú cómo te sientes?

Y cuando el Rey le comunicó fríamente que tendría que pagar su culpa con la cabeza, le respondió:

—No veo en qué haya habido culpa. Nos amábamos y éramos jóvenes los dos. Como los Reyes pocas veces saben reír, pensé que le haría un gran bien a tu descendencia inyectándole un poco de sangre de bufón, porque tal vez así serán tus nietos más felices al convertirse en menos austeros. Creo haberte hecho un gran favor.

—Eres insolente. Mañana, al clarear el día habrás muerto. Te haré ejecutar sin ninguna misericordia.

—Añadirás a un crimen una torpeza. El crimen será dejar a tu hija un hijo sin padre. La torpeza será mancharte las manos con la sangre de un bufón. Esto es groseramente innoble, y piensa que en castigo tu nieto puede venir al mundo vistiendo mi pobre traje de escarlata. . .

—Hablas como si fueras un noble.

—Lo soy, pero la nobleza me causa vértigos.

Y mostró al Rey, sorprendido, los pergaminos que testimoniaban su estirpe.

—Y ahora —le dijo— cuando sabes que sangre igual corre por nuestras venas, podremos pactar. Aunque no soy Scherezada, bien lo ves, pues si no lo fuera tu pobre princesa no estaría hoy sufriendo las consecuencias, me sé y tengo escritas muchas historias bonitas. Son cuentos de amor, de sangre y de muerte. Ellos te revelarán lo que yo he aprendido, desvinculándome de la nobleza, en la larga experiencia de la vida. Todas las mujeres, aun las que sienten transcurrir entre las venas sangre real, son frágiles, y además de serlo, el demonio ha puesto en ellas el veneno de la secreta voluptuosidad. No hay mujer que resista a la tentación, aun cuando ésta se ponga las humildes vestiduras de bufón y mendigo. El haber nacido príncipe no cuenta con las mujeres. Una larga lista de las mujeres de tu dinastía que se juntaron a los peores hombres te dará la medida de ello. Ellas no buscaron jamás la sangre azul con el empeño con que la buscas tú y los otros. Te sostengo que la mujer más pura, cuando llega al matrimonio con el príncipe azul, ha sido disfrutada ya por el jardinero. No te enojes por esto, pues ya sabes que el hermoso Brummel hacía que sus criados estrenaran sus mejores vestidos. Y al ponerme a escoger entre una mujer hermosa y un vestido elegante, yo me quedaría siempre con el traje. La virtud en la mujer es sencillamente relativa. No peca nunca la que en realidad no puede pecar, porque se lo prohíben las circunstancias, porque no puede ella asumir la iniciativa, porque vive en el claustro o en el cautiverio. Pero dale un poco de libertad, y ya la tendrás sucumbiendo al instinto y poniendo por los suelos la educación más esmerada y la virtud más nítida y mejor fomentada.

—Hablas ligeramente, y no pareces sino bufón hijo de bufones; acaso tus atestados de nobleza sean espurios y tú no seas descendiente de nobles como lo muestran tus pergaminos.

—Soy un bufón vocacional. En cuanto a mi nobleza y mi educación, de ello te hablará el libro que he escrito y que traigo conmigo. Son cuentos de mujeres plebeyas y de la clase media. Pero por la muestra de ellas podrás colegir cómo se comportarían en situaciones parecidas las mujeres de más rancia nobleza, ya que el pecado iguala y nivela a la Reina y a la bailarina. El pacto que te propongo es el siguiente: te leeré en toda esta noche, en que tú aunque lo quieras no podrás dormir, mi pequeño manuscrito. Si al amanecer no estás persuadido de que la virtud de la mujer

es un mito, apenas una sombra vaga y convencional, y que sus acciones morales son simplemente relativas, y que nadie puede sustraerse al pecado, en siendo mujer, entonces me matarás o harás de mí lo que quieras.

El Rey asintió. El bufón sacó de entre sus vestiduras un libro con encuadernaciones negras y cantos dorados, sobre cuya pasta estaban visibles las insignias de su condado, los magníficos e históricos blasones de su raza; se sentó cómodamente a los pies del Rey, e inició la lectura. . .

* * *

. . .Sobre las magníficas torres del palacio apuntaba de nuevo el día cuando el bufón terminó su lectura.

—Eres ingenioso y perverso —dijo el Rey—. No me has convencido sobre lo que pactáramos, pero has disipado mis preocupaciones y me has hecho un bien al dar una tregua a mi enojo. Lo he pensado mejor, y en atención a tu nobleza, te haré mi yerno. Te casaré con mi hija, y como no tengo descendencia masculina, al morir yo serás mi sucesor en el trono.

Un surco de tristeza se dibujó sobre la frente del pálido bufón, del caballero desengañado y melancólico que en su larga vida de libertino había saboreado todas las amarguras y todos los placeres de la carne.

—¡Mejor mátame! —suplicó—. No podría ser nunca Rey. Yo nací para la vida errante, frívola e inestable. El ser Rey significa demasiada carga y demasiadas responsabilidades que yo no podría soportar. Yo sería el más infeliz de los Reyes, y haría que mis vasallos fueran tan desdichados como yo. Prefiero ser el último de los bufones antes que el más noble y magnífico de los Reyes. . .

Y enjugando una lágrima con la manga de su vestidura escarlata, se marchó despacio y entristecido, pensando en la cabellera rubia y los ojos azules de Mimí. . .

Al día siguiente lo encontraron muerto. Se había ahorcado, como el peor de los plebeyos, en la rama de un alto nogal, usando el cinturón con que ceñía su vestido. Un delgado hilo de seda escarlata se escurría a través de los dientes, viniendo de entre su boca extrañamente abierta.

1942.

(De *El Bufón Escarlata* (cuentos). Editorial "Lastenia". San Miguel. El Salvador, C. A.)

ESENCIA DE AZAHAR

I

—En realidad Liliana —dijo él, sinceramente enternecido— yo la deseo y la necesito. Debemos amarnos porque de lo contrario moriré. Sí. Estoy seguro que moriré de amor. . .

—No se ponga dramático —replicó ella, mordiendo deliciosamente la boquilla de marfil. Las mujeres adoramos el que los hombres vivan para nosotras pero nos reímos de los que por nosotras mueren. Además, eso de morir de amor está fuera de moda.

—¿Pero cómo quiere usted oponerse a la expresión de un viviente sentimiento? ¿Ignora que los hombres tenemos corazón, un corazón más sensible acaso que el de las mujeres?

—Sí. Ya sé que los hombres, la mayor parte de los hombres, son enternecedoramente ridículos.

—¡Liliana! —reprochó el amante, irritado—. Le concedo el derecho a ser cruel pero no el derecho a ser grosera. La grosería va mal con la belleza.

—La belleza va bien con todo —insinuó ella, coqueta—; la belleza va bien hasta desnuda.

Enarcó las cejas ligeramente, elevando a la vez el torso con movimiento espontáneo, mientras el viento sutil de la playa le levantaba la ligera camisita azul, descubriéndole los hombros armoniosos y carnales. Dijo después:

—Está bien. Ya que quiere que le hable en serio, le hablaré en serio. Nunca podré quererlo, nunca seré suya. . .

—¿Por qué? ¿Duda de que yo la amo?

—Creo sinceramente en que usted me ama y me desea. Y precisamente por eso yo no podré quererlo. Es la ley de contrastes.

—¡Pero Liliana, por Dios! ¡Me estoy muriendo!

—Si desea morir, si tanto insiste, muérase, pero que no sea en mi presencia. Yo no gusto de la tragedia.

Escribía, sonriente, con el pie menudito, signos cabalísticos sobre la arena, teniendo la vista baja, como temiendo enfrentarse al fuego de los ojos masculinos, arrebatadores y trágicos. Continuó:

—Sigo hablándole en serio. No lo quiero.

—¿Y por qué?

—Sencillamente porque no me da la gana. . .

Cuando una mujer dice que no quiere a un hombre "porque no le da la gana", ya puede el adorador inscribirse en la lista fatídica y larga de los amantes infortunados. Ya puede sentarse a esperar y a llorar toda su vida, sin tener la más remota esperanza de vencer la resistencia. La mujer es eminentemente voluntariosa, aun en los inspirados momentos de la pasión. Cuando dicen: "No te amo porque nuestro amor sería culpable, porque ofenderíamos a Dios y a la sociedad, o porque me da lástima mi marido", entonces hay que llenarse de esperanzas y confiar. A la más ligera insinuación y en el momento oportuno, ya las tendremos ofendiendo a Dios y a la sociedad de las peores maneras. Pero cuando dicen "no me da la gana", nos vencen definitivamente con el argumento incontrastable, irrebatible, irreductiblemente lógico.

Esto lo comprendía aquel hombre que tenía una gran experiencia sobre la vida y las mujeres, y vio por lo tanto que el juego estaba perdido. Sin embargo insistió:

—¡Liliana, tenga piedad! Mi corazón, mi pobre corazón va a destrozarse en esta prueba. Siento en él un dolor inmenso, irremediable, clamoroso y angustioso.

—Le daré una receta —dijo ella, ya para ausentarse, manteniéndose siempre provocadora y coqueta—. Para curarse trate de olvidar. Ponga tierra de por medio y márchese.

Se iba y él fue tras ella, balbuceante, dominado, infantilizado y repentinamente quebrantado. . . Diciéndole no sé cuántas cosas sobre el sufrir de su torturado y lacerado corazón.

Ella, acaso ya molesta por el asedio, se volvió de pronto y casi le gritó:

—Y otro consejo para esos males del corazón. Tome en agua azucarada unas gotitas de esencia de azahar. . .

II

Siguió el primer consejo pero no el segundo. Puso tierra de por medio. Y no bebió la esencia de azahar. Sin embargo, siguió llamándola para

sí a ella, a la ingrata y veleidosa, "Esencia de Azahar", sobrenombre dulce y cordial, porque decía él que ella y el recuerdo de ella eran un calmante maravilloso, algo así como la esencia de azahar para los enfermos del corazón.

Se perdió en un torbellino de mujeres y placeres, buscando el olvido. Viajó por países extraños y conoció el deleite voluptuoso de muchas sonrisas y muchas palabras femeninas. Y retornó un día, cansado y satisfecho, a su país natal, más maduro en la experiencia, más desilusionado de las mujeres y el amor.

Su vida agitada había aumentado sus capacidades de seducción.

Volvió entonces a encontrarse con "Esencia de Azahar" y se dio cuenta, no sin experimentar cierta tristeza, que se mantenía insensible ante ella. Los antiguos resortes de su pasión primaveral y violenta no respondían ahora a la incitación. La contempló frío, extrañamente inconmovible, a pesar de que ella no había perdido su gracia ni su encanto.

—¿Eres feliz en tu matrimonio? —le dijo él.

—No, de ninguna manera —respondió—. Me casé con un hombre ya viejo. Creí encontrar en él el amor perfecto, porque el amor de los viejos es siempre preferible al de los jóvenes calaveras, por más sólido y constante. Pero me engañé. Pasada la luna de miel, se enfrió él y yo me quedé queriéndolo. Ahora colecciona estampillas y guarda un amor profundo, que yo considero denigrante y enfermizo, hacia los perros. . . Yo, en cambio, me dedico a coleccionar trajes.

—Trajes que nadie admira, porque eres una fruta prohibida —sugirió él.

—Pero que me servirán para tener una bonita colección de enamorados cuando mi marido muera y yo quede joven y rica —argumentó ella. Y a propósito, dijo, maliciosamente: —¿qué se hizo de tu gran pasión?

—Se me perdió en el camino —respondió el héroe, con un hondo y terrible acento vengativo—. Al fin me di cuenta de que no existen los amores eternos.

—Pero oye: ¿si yo enviudara algún día, te casarías conmigo? Estás todavía guapo y todavía aceptable.

—No —dijo él rotundamente—. El amor de las viudas, aunque sean jóvenes y bellas, huele siempre a catafalco y a funeraria. Casarse con una viuda es como alquilar una casa en donde hay fantasmas. De vez en cuando la sombra del otro nos persigue, nos fastidia, nos abruma, y las mujeres siempre gustan de utilizar al pobre muerto para infundirnos celos y aprisionarnos y dominarnos más que nunca. A veces llegan hasta a disimular el amor a un sér vivo y real, bajo la apariencia de la adoración al marido muerto. Y pelear con fantasmas no me gusta.

—Eres grosero y cínico —dijo ella—. Algún día te castigaré.

—No, "Esencia de Azahar" —replicó el hombre tristemente—.

Cuando un hombre ha vivido y sufrido tanto como yo, se vuelve invulnerable. . .

III

Cuando ella de veras enviudó, para quitarse el pesar se compró un gran automóvil azul negro.

Y no volvió a ver al hombre aquel que la había despreciado y humillado, permaneciendo impasible ante las ofertas, las veladas insinuaciones, los cariñosos ardides con que ella quiso reaprisionarlo en la malla sutil de sus encantos. Se casó de nuevo, con otro hombre más rico, pero terrible y angustiosamente insoportable, aunque no coleccionaba estampillas de correo ni amaba entrañable a los perros, como el marido anterior. Este, en cambio, vestía con extravagancia y coleccionaba autógrafos y escribía cartas largas y llenas de faltas de ortografía a las estrellas de cine, las cuales le enviaban en cambio fotografías suyas, con frases cariñosas pero cajoneras, y cumplidos insípidos y tontos. Tenía además la manía de presumir de Don Juan, y era dueño de un caudal de ideas excéntricas sobre la fidelidad de las mujeres, en la cual creía con la misma fe con que de niños creemos todos en los sacramentos.

—A mí ninguna mujer me engañará nunca —decía a veces—, por el único motivo de que yo no desconfío de ninguna. Los maridos celosos, los dubitantes y bobos, son los únicos a quienes las mujeres engañan, pero no a nosotros los maridos inteligentes, que sabemos darles la felicidad en el bienestar y el cariño.

Y "Esencia de Azahar", sólo por llevarle la contraria, por propio espíritu de contradicción, que no por maldad, se dedicaba a engañarlo atrozmente, con todo el que podía, con todo el que le llegaba a las manos y se ponía al alcance de su seducción y de su coquetería. Había reunido una verdadera colección de aventuras, pero de tarde en tarde sentía la nostalgia de aquel primer amor perdido en el pasado; y la inquietaba el sueño continuo, inevitable, de aquel amante a quien había rechazado y por quien, a su vez, había sido rechazada. A veces, mientras pensaba en él, absorta y como ausente, le decía el marido:

—¡Pero qué tontas ideas las mías! Imagino lo que haría yo el día en que tú me engañaras, el día en que sorprendiera en tu cuerpo las huellas de besos extraños, el día en que tuviera la certeza, la inevitable certeza de tu infidelidad. . . Te mataría. . . indudablemente te mataría. . .

Y ella, tornando de la ausencia y vuelta de pronto una mujer ingenua, sencillamente dulce y sencillamente tierna, le respondía entrecerrando los ojos:

—Yo no esperaría que tú me mataras. Moriría en el momento mismo de engañarte.

Y el marido abandonaba su aire feroz, terriblemente feroz de carnicero y dictador, y sonreía feliz.

IV

Una tarde "Esencia de Azahar" y su viejo amor de otros tiempos se encontraron en una fiesta elegante. Ambos estaban muy cambiados. Ella un tanto marchita, pero siempre apetitosa, carnal y deleitosa. El más encorvado pero elegante siempre, y siempre cínico y propicio a la aventura. Se reconciliaron al fin. Dispusieron cancelar sus rencillas pasadas y amarse tierna y maravillosamente, con el afán de dos vidas crepusculares que se juntan en el último ardor y en el último encuentro.

—Capricho tonto el tuyo —le dijo él, después de la primera cita confidencial—; entregarte hasta ahora, después de haberte deseado yo toda una vida. . .

—Pero aquí me tienes íntegra.

—No. Yo creo que ya no podemos amarnos de la misma manera que podríamos haberlo hecho antes. En algunos teatros del extranjero hay instalados bares elegantes en donde después de la función tomamos el refresco o los "cocktails". Y yo experimento, amándote tan tardíamente, la sensación de esos hombres que llegan al teatro ya cuando la función ha terminado y se conforman con gustar un estúpido refresco de limón. Tú no puedes dárteme íntegra porque ya te diste, en parte, como las novelas por entregas, a otros muchos. Si las mujeres supieran que el hombre lo único que ama de ellas es la primicia, lo inédito, lo absolutamente original, no nos harían sufrir tanto y se nos entregarían la primera vez que las solicitamos, sin hacernos esperar. . .

—De nuevo te estás poniendo trágico —había dicho ella—. Ya que dices que nuestro amor es como las novelas por entregas, y a ti te ha tocado el final, procura al menos que sea un final risueño.

—Sí —confirmó él— un amor sin lágrimas que no necesite, a su desenlace, el agua azucarada y la esencia de azahar.

V

Cuando más confiados estaban los amantes llegó el marido brutal, confiado y celoso como un carnicero, que disimulaba sus celos bajo el velo tenue de la confianza y aseguraba que ninguna mujer le engañaría nunca, porque él era demasiado inteligente para dejarla vivir después de haberlo engañado. Entró súbitamente, y no dio tiempo al otro, al viejo amor de "Esencia de Azahar", más que de salir al corredor, semi-vestido, con la ropa y los zapatos entre las manos. Más bien los zapatos no, porque uno

de ellos había quedado allá, en el dormitorio, metido a medias entre la alfombra que de un momento a otro se ensangrentaría con la sangre de "Esencia de Azahar", quien a esa hora estaría ya medio muerta, esperando el disparo fatal, conturbada y estremecida por la angustia y la tragedia.

Salió a la calle, y no se dio cuenta de que no podía seguir adelante hasta que estornudó, al golpearlo una racha de viento. Se puso la camisa y terminó de vestirse, nervioso y apurado, esperando el momento tremendo en que el marido celoso apareciese ante él, empuñando la pistola todavía humeante. Al buscar el otro zapato hizo un impulso de retroceder, pero después decidió emprender la fuga así como estaba, medio calzado, con sólo el zapato del pie izquierdo. En esos momentos a sus espaldas y desde el balcón sonó una voz vigorosa:

—¡Venga hacia acá, caballero!

Y cuando volvió la vista, estremecido, se dio cuenta de que era el marido de "Esencia de Azahar" quien estaba al balcón. Sacando la mano a través de los barrotes le dijo, sin ferocidad ni alteración:

—¡La próxima vez que vuelva, no deje olvidados sus zapatos!

El infiel echó a correr, con un zapato en un pie y un zapato en una mano. Y llegando, jadeante, a la primera farmacia, pidió que le sirvieran una copita de. . . esencia de azahar.

1942.

JOSE MARIA MENDEZ

Nació en Santa Ana en 1916. Destacado orador y catedrático universitario. Ha sido Fiscal, Vice-Rector y Rector de la Universidad Nacional de El Salvador.

Ha publicado: "Disparatario", "Tres Mujeres al Cuadrado" y "Espejo del Tiempo". En derecho: "El Cuerpo del Delito" y "La Confesión en Materia Penal".

CUENTOS DEL ALFABETO

COCKTAIL CIANURADO

¡Conjunto carnavalesco! ¡Comida cesareana! Cascabeles, caretas; capones, carpas, cabritos cocinados caprichosamente; champagne Cotteret.

Comían carcajeándose. Carmen comía cabizbaja; cada comensal constituía cordial contrincante; celos crueles cegábanla. Celebrábase, complementando carnaval, compromiso contraído Carlos Canizales con Celia Cañénguez. Celia conquistólo con cínica coquetería, consciente cometía crueldad con cariñosa compañera Carmen.

—¡Ciertamente cuesta convencerse! —Carmen conversaba calladamente consigo—; condenada condiscípula, ¡cómo cerró caminos, cómo cercenó cielos, cómo cortó confirmados cariños! ¿Carlos caballero consumado, correctísimo? Cualquiera convéncese. ¡Canalla! ¡Canalla! Cuando confesó: "Carmen, compréndeme. . ." Carmen contúvose: "¡Claro, comprendo!"

Continuaban cenando. Celia contestaba cumplidos con celestial cortesía. Carmen cavilaba: ¿cómo cumpliríase condena consignada?

Carmen compró cianuro con certeza consumiríalo culpable. ¡Champagne con cianuro, curioso certero cocktail!

Carlos conversaba cálidamente con Celia. Conmovido, casi cantábale:

—Cerca cariño, cerca, completas cadenas. . .

Contrájose corazón celosa; cólera cruzó como colibrí.

—Celebra conmigo, Carlos.

—Ciertamente, celebraré contigo Carmen.

Cambió copas cautelosamente. Carlos —candidato cadáver— cogió copa cianurada.

—¡Cielos! ¡Contiénete! cambiemos copa, como cuando cumplí catorce.

—Concedido Carmen.

Cogió copa cianurada. Consumióla. Cayó convulsa.

AMOR ANIQUILANTE

Amanda Arriaza amaba a Antolín Antunez ansiosa, ardorosa, alocadamente. A Antolín asfixiábale Amanda. Al advertirse asediado, acorralado, aflorábanle al alma ansias asesinas. Aspero, airado, alfilerábala:

—Amo a Alicia. ¿Atiendes? ¡A Alicia!

Aun así Amanda arremetía acosándolo adoquier avizorábalo. Asaz acribillado Antolín asumió actitud abiertamente afrentosa ante aquel apuro. Acordó ahuyentarla altaneramente.

—¡Aléjate adoquín! ¡Apártate asna! ¡Afuera! ¡Arre! ¡Arre! Al Averno.

Acertaron afiladas armas abalanzó agresor artero. Amanda abrumada aceptó arrancarse amor atenazante.

Alejóse. Aislóse anacoréticamente. Al abjurar aullaba:

—Agudo aguijón abracadábrico, atracción abominable. ¡Ah!, aún aherrójame, aún acuchíllame.

Amigas apasionada Amanda alarmáronse. Años atrás, animosa, agraciada, atraía. Ahora, alicaída, adelgazada, asténica aparentaba ancianidad anticipada. Alimentábase a adarmes. Aliquebrada, alejaba afectos, atenciones, alegrías.

—¿Apagaráse al alba? —auscultaba anciana abuelita, ambulando atormentada.

Acometiéronle alucinaciones. Aunaba, atropellándolas, afirmaciones arrevasadas. Alienábase. . . Alienóse. Alojáronla Asilo. Allí arrullaba almohada:

—Antolín, Antunito, acércate, abrázame.

—¿Antolín arrepintióse? ¿Alma acongojada apenábase acción moral?

¡Abscóndito arcano! Atravesó Atlántico. Afincóse América. Abrió almacén abarrotes.

ERNESTO EL EMBOBADO

Elena Estévez —española extremeña— era extraordinariamente elegante, exquisita. Emanaba efluvios enervantes; evidenciaba energía, espíritu. En escueto elogio: encantaba. Encontrándola empezaba el embrujo. Esto experimentó Ernesto Echegoyén —emigrante europeo, ex-embajador estoniano— enamoróse.

Encontrábase entonces Ernesto en el Ecuador, en "El Exeter". Ella emergió en el espejo, esplendorosa, escotada, envuelta en encajes. Efectivamente estaba en escalera.

Enardecido, exaltado, Ernesto empezó espetándole exabruptamente escandaloso exordio:

—¡Escaso ejemplar!

Ella, endiabladamente elástica, escapó, envolviéndolo en enigmático ensueño. Ernesto estaba ebrio, en eclipse, en el Edén.

Elenita empezó esquivándolo. Empero en seguida entendiéronse. Escarceos en esquinas. Enternecidas epístolas. Enojos, explicaciones. Ensueños, éxtasis, etcétera. Epílogo: enlace.

En esa época escribía Ernestillo extremadamente encariñado: "Eternos enamorados". "Ella es estupenda esposa".

Espejismos, equivocaciones: estaba engañado. Epoca efímera esfumóse evanescente. Enrique Echeverría —estafador, embaucador empedernido— escamoteóle españolita encantadora. Elena era. . . (Evitemos expresiones espinosas).

Entristecido el encuernado empuñó estilete envenenado. Empujó. . . ennegreciéronle extremidades. . . expiró.

LUIS GALLEGOS VALDES

Nació en San Salvador el 30 de agosto de 1917. Se ha desempeñado como excelente escritor y periodista. Fue Director General de Bellas Artes y ha ocupado puestos diplomáticos en el extranjero.

Ha publicado: "Tiro al Blanco" (crítica literaria), "Plaza Mayor" (novela) y "Panorama de la Literatura Salvadoreña".

EL AVIADOR DESCONOCIDO

Tuve noticia de él por un amigo guatemalteco que viajó en su compañía de Europa a Guatemala en 1943, y con el que fui presentado una noche en "Ciro's". Nuestra conversación no fue fácil, ya que se inició en medio del bullicio de la orquesta y de la alegría desbordante de un público numeroso que llenaba la parte baja y alta del café nocturno.

—Observe usted, principió, cómo entre tanta gente puede uno a veces entregarse a la reflexión. Esto me ocurría con frecuencia en Inglaterra. Rodeado de mis compañeros, en las horas de descanso entre uno y otro vuelo, oyendo tocar un piano, echaba a volar mi imaginación.

En la misma mesa estaba su esposa, bella y elegante mujer de unos veinticinco años.

—Pedro Romero Palomo, de la misma flotilla que yo, e íntimo amigo mío por ser además mi compatriota, me reprochaba esa tendencia a quedarme callado y a solas con mis ideas.

—Y no dejaba de tener razón —dijo su esposa—. Ya tú no eres el mismo de antes de ir a la guerra.

—¿Tanto ha cambiado su carácter? —le pregunté a ella sorprendido.

—¡No se imagina usted!

—Por favor, déjame continuar —exclamó él.

Y, retornando el hilo de la conversación, siguió:

—Pedro es un hombre un poco mayor que yo: veintisiete, treinta años a lo sumo. Después de Dunkerque, pasó a la Isla. Fue a caer en uno de los nidos de águila de la Real Fuerza Aérea.

—Igual que usted, veo que él también ama la aventura —dije.

—Ciertamente, es un hombre de acción.

En Francia se hizo amigo de Antonio de Saint Exupéry, por quien sentía viva admiración. El citado escritor y André Malraux, según tengo noticia, como antaño Nietzsche, arrastran ahora a los jóvenes. Desde luego

que esa predilección artística, la cual respondía a un anhelo vitalísimo, contribuyó a que Palomo entrara en la RAF.

Volvía la orquesta a tocar. El se levantó llamado por unos amigos que estaba en el bar. Aproveché su ausencia para inquirir acerca del cambio al que había aludido su esposa hacía un momento.

—Efectivamente —me contestó ella—, ya no es el mismo de antes: se ha vuelto más nervioso e impaciente. No me atrevería a llamarlo egoísta; pero es el caso que ahora vive para sí.

—¿Se casaron ustedes muy jóvenes?

—Y muy enamorados el uno del otro. Pronto advertimos, sin embargo, que nuestros caracteres eran completamente opuestos. . .

—Una forma de ser felices. . .

—No se crea; sobre todo en el caso nuestro, no. El partió a Europa con el pretexto de la muerte, en Londres, de un tío suyo, un poco antes de estallar la guerra. Su tío le dejó una regular fortuna. No quiso atender mi consejo de poner el asunto en manos de un abogado o de nuestro Cónsul y realizó el viaje, que se había vuelto para él una idea fija. Consentí, debido a que temía que me abandonara de todos modos.

—¿Reñían ustedes mucho?

—Esto hubiera sido lo de menos. Lo que me preocupaba era la separación. Viví meses de angustia. Un día recibí una carta suya, bastante lacónica, en que me anunciaba su ingreso en la RAF.

Calló unos instantes, como tratando de ahuyentar el mal recuerdo de aquellos días.

—No hace mucho ha regresado, gracias a un permiso. Aparentemente, para nuestros conocidos, incluso para nuestra familia, seguimos como antes: nada ha cambiado. Yo, en cambio, sé que todo ha cambiado. Una nueva obsesión ha venido a sustituir a la anterior por el viaje. Se queja, con rabia a menudo, de no poder expresar lo que ha vivido como aviador. Dice que sus experiencias podrían aprovecharse en una novela, que, a lo mejor, podría resultar una obra maestra, y si no una obra maestra, siquiera un libro de éxito que podría ser traducido al inglés. Su impotencia literaria le atormenta, le hace sufrir. Me he cansado de recomendarle paciencia, de distraerlo. Ya no me escucha: se escucha a sí mismo y, a veces, lo veo estar ajeno a la realidad.

—Caso raro de veras.

—Creo, incluso, descubrir en sus lamentos algo de odio. Dice: "Palomo es tan desconocido como yo; pero tengo la seguridad de que él, con ese talento que posee, explotará la experiencia, terrible, que ambos hemos vivido".

La música había dejado de tocar. Cruzaban los criados por entre las mesas con la servilleta y el azafate bajo el brazo o bien llevando este último lleno de vasos y botellas. Las figuras aparecían inmersas como en un

acuario. La semi penumbra del local, el cambio de las luces cada cierto tiempo, no hacía sino difuminarlas, hacerlas irreales. En la calle todo aquel conglomerado era vulgar, pedestre; dentro, la magia de la música, el deseo de aturdimiento, el hálito sensual que emanaba de las parejas, ponía toques de misterio en las mujeres, haciéndolas más apetecibles.

Enhebramos la interrumpida charla con él, quien agregó:

—Palomo es completamente desconocido aquí y en el resto del istmo.

Les he hablado de él a algunos amigos míos que se interesan por la literatura.

—¿Escribe mucho, tiene publicado algo?

—La vida intensa que hemos llevado estos últimos tiempos no le ha permitido escribir casi nada. Más de alguna vez me leyó notas, ligeros apuntes, arrancados de su diario, que se acostumbró a escribir desde su época de estudiante en la Sorbona.

—¿Cómo ese hombre de acción tiene tiempo para meterse en los hondos recovecos del yo?

—Es paradójico, realmente.

—Me llama la atención su caso porque en nuestros países, fuera de los poetas, casi nadie se interesa en lo subjetivo. Nos gusta el paisaje, nos gusta el hombre; pero únicamente como elementos decorativos. Puesto acá, Palomo encontrará, estoy seguro, material literario estupendo tanto en la ciudad como en el campo.

—Y, sin duda alguna, sabrá explotarlo. Ha hecho suyas las técnicas de los mejores novelistas europeos. Aunque esto no basta para crear una obra de vuelo, ya es bastante. Ha pasado, desde luego, por el superrealismo, del que hoy por fortuna se ha alejado. A él le preocupan nuestras cosas. La distancia se le hace más entrañable. Me hablaba con frecuencia de nuestro espíritu de imitación. . .

—Del que, a Dios gracias, ya vamos poco a poco curándonos.

—Cierto. El me decía. "Lo que ocurre es que los centroamericanos —lo cual puede aplicarse a otros países de habla española—, no hemos aprendido a vernos tal cual somos. O pecamos por soberbios, creyéndonos el ombligo del mundo, o nos mostramos demasiado humildes".

Le tenía ante mí, bebido, pero mentalmente firme.

Le dejé hablar porque, al fin y al cabo, había conseguido interesarme en Romero Palomo.

¿Sería éste un hombre verdadero, un seudónimo o una invención de la mente de mi interlocutor? No acababa yo de ceder toda mi confianza a aquel individuo al que fui presentado en medio del ruido y a través de la brumosidad alcohólica de una noche de aquellas en que la lluvia nos encerraba en aquel lugar hasta muy avanzada la noche.

Sacudió su cigarrillo en el borde del cenicero. Sus dedos jugaban con

la negra boquilla. Cejas, palidez de morfinómano, envejecimiento prematuro y un cierto señoritismo que su estada en la guerra no había logrado borrarle, eran los rasgos que, sin ahondar en su personalidad, me saltaron a la vista desde nuestra primera conversación.

No reía tampoco. ¿Neurastenia? ¿Cansancio? ¿Vanidad por haberse jugado la vida volando sobre Alemania? ¿No sería él mismo el tal Romero Palomo sobre el que hablaba con tanto calor y seguridad? Yo sentía curiosidad ahora por conocer siquiera alguna página de Romero Palomo. Y, en el fondo, envidiaba la vida que ambos habían llevado en la RAF. Mi provincianismo —lo confieso— se sentía un poco deprimido ante el panorama de vida que sus palabras, tan corrientes como las mías, abrían ante mi vista.

El ruido, la penumbra, el sumergimiento en aquel falso acuario donde estallaban las risas y donde los gritos de alegría rebotaban contra el techo, las paredes, los vasos y las columnas, habían contribuido, con el whisky, a embriagarme.

Puse la mirada en el cenicero, sucio de colillas. Quería salir, pedir un taxi, hundirme en la noche.

Estábamos ahora solos y, sin embargo, la presencia impalpable de Romero Palomo se hacía sentir. Estaba allí con su uniforme de aviador, sonriente y fumando una pipa. Creí verlo, casi estaba seguro de su gesto un tanto desdeñoso. ¿Estaría yo definitivamente borracho?

De pronto, vi que él, haciendo un esfuerzo, se puso de pie; hacía el gesto de adelantar, amenazante, el brazo, como empuñando un arma. Y dijo claramente:

—Usted Pedro Romero Palomo, me roba mis pensamientos, me hace sentirme cada vez más infeliz, más estúpido. Voy a matarlo ahora mismo...

MISS SANDRA 1930

I

En una de las terrazas de a bordo hay un grupo de pasajeros que se entretienen en ver cómo la quilla del barco va rompiendo suavemente las aguas del mar. Las olas lamen con sus picos verdeoscuros, la línea de flotación. Una gaviota va y se posa sobre una enorme ola. De cuando en cuando se las ve reunirse en bandadas y perderse en el aire. Inmensidad del cielo e inmensidad de las aguas oceánicas. En esta tarde de junio ¡qué grato es echarse en una "chaise-longue" y dormitar con los músculos laxos, el espíritu distenso!

Otro grupo de pasajeros se entretiene jugando a las cartas. Los niños alborotan con sus carreras y travesuras. La mayor parte de las personas mayores lee o conversa apoltronada en las sillas de extensión. El médico de a bordo pasa conversando animadamente con Mr. Roberts, uno de los oficiales. Como ocurre siempre en un viaje largo, casi todo el mundo se conoce y trata con cierta familiaridad. Hay una familia alemana: el padre, la madre y cuatro muchachas. Algunos holandeses viajan también procedentes de Curaçao. Se les ve siempre con sus pipas frente a los bocks de cerveza. Algunos yanquis, unos cuantos suramericanos y Fernando Granados, oriundo de una de las pequeñas repúblicas de la América Central.

Fernando Granados acababa de doctorarse y va a completar estudios en la Sorbona. Hijo de familia muy rica, todo le sonríe. El café tiene buen precio y nada mejor que haberlo enviado a él, que tiene un brillante porvenir —en el foro y en la sociedad— a darse un baño de cultura, también de vida, sobre todo de vida, en el París de sus ilusiones.

El joven es serio y observador, pese al ambiente de molicie y de holgura en que se ha criado; pese también a los amigos parranderos. No ha perdido el tiempo estúpidamente. Tampoco se le ocurrió liarse con una

querida como más de alguno de sus amigos, o entregarse de lleno a la bebida como lo han hecho los más de ellos. El trago y las mujeres, he ahí el enemigo, le decía con frecuencia su padre. Cuidate hijo, de la botella y de las faldas. Efectivamente, él supo seguir tan sabias enseñanzas. El éxito profesional no había que malograrlo. Una fortuna no se levanta todos los días en aquellas tierras donde los terremotos, las revoluciones y los precios del grano de oro con sus bajas dan de pronto al traste con familias distinguidas. No, él debe prepararse en Europa; saturarse de refinamiento, sacudirse el "bayunquismo" del país y pensar en la forma como va a iniciar su nueva vida en un ambiente completamente desconocido hasta ahora, si no es a través de vagas lecturas novelescas y de la información sumaria y superficial de otros ricos, que, al regresar de Europa, no le cuentan a uno más que de los cabarets y almacenes elegantes. Jamás se les oirá comentar nada interesante. Repiten casi todos las mismas frases hechas, los mismos juicios de confección sobre las costumbres de los franceses. Sobre todo del encanto de las francesas. Lo divertido del caso es que casi todos los centroamericanos que van a Francia juzgan a la mujer francesa no como ella es realmente, sino como se la encuentran en los lugares de vicio.

El innato buen gusto y asentado juicio de Fernando le hace contemplar, no sin cierta ironía, el espectáculo grotesco de gente que pudiendo darse el lujo de una cultura, porque según él ha leído por ahí "la cultura es hija del ocio", cometen el pecado imperdonable de aprovechar su privilegiada situación en esas sociedades semifeudales, casi patriarcales, para holgar y divertirse, olvidándose que tienen una responsabilidad ante el país y que si quieren ser la clase rectora deben comenzar por amueblar la inteligencia y no sólo la casa. No se ha hecho nunca cuestión Fernando del origen de la herencia patrimonial. Señorito típico, sabe por instinto que si se escarba un poco en la historia de la mayor parte de las familias ricas, se topa con algo que no está claro en la adquisición de fincas, casas, haciendas. ¿Para qué analizar las causas de los contrastes que presentan aquellas sociedades del trópico? Háganlo en buena hora los sociólogos. Esto es peligroso para su tranquilidad. Más bien su propósito es afirmarse con el estudio en su personalidad de miembro de una clase. El se merece ser un doctor, viajar, disfrutar a sus anchas del espectáculo del mundo. Su padre, que no tiene un pelo de tonto, si bien se crió en el campo y habla como campesino, aunque haya estado en Europa y en los Estados Unidos, ya le ha explicado muchas veces que los haberes patrimoniales hay que defenderlos no sólo con habilidad de negociante, sino con las armas del derecho. Por algo se tiene una situación expectante y se es respetado. El dinero es la clave de todo. Pero es preciso saber administrarlo. Estar en guardia contra las asechanzas de los que no poseyéndolo tratan de engañar y robar a los que lo poseen. Es una lucha de vida o muerte en la que hay

que estar constantemente alerta como en la guerra. No es fácil ser rico. Cuántos no han derrochado tontamente el caudal familiar en torpes especulaciones, siendo engañados como niños. El está dispuesto a ser un representante digno de su clase. El sacrificio de su padre no será en vano. El volverá un día a su tierra. Las muchachas se lo rifarán. "Es un buen partido" dirán las mamás en los bailes mientras él, apuesto, elegante, sacará a las señoritas más bellas de la ciudad entusiasmándolas con sus relatos de París, Londres o Berlín.

Fernando piensa en todo esto; la tarde va cayendo lentamente. Un día menos a bordo, se dice, y ya se ve en París paseando por los bulevares, mirando la vida extraordinaria de la gran ciudad en sus escaparates, en sus teatros, en sus paseos y enormes avenidas, en sus edificios majestuosos, en los ojos de las lindas francesitas.

2

Avanza el paquebote por el océano. Fernando consulta el mapa de singladura. Observa la distancia recorrida. Cada día Francia viene a él como una realidad que va creciendo, tomando contornos precisos, saliendo de una nébula. "Dulce Francia, dulce Francia" —se repite al dejar el libro o la revista a un lado y dejar que la mirada se espacíe en el horizonte igual, infinito—. De vez en cuando un barco se cruza con el suyo. Alegría a bordo como si dos desconocidos se encontrasen de pronto en una tierra desértica. El humo que se pierde al poco rato de nuevo en el cielo, en el mar. Y la fácil meditación en torno a la grandeza humana que ha creado este hotel flotante donde se está tan a gusto. Envuelto en sus ensoñaciones, luego de echar un vistazo al océano, Fernando cae en un delicioso sopor. Los pasajeros pasan frente a él, conversando; pasa el doctor en animada charla con Mr. Roberts, el oficial; pasan las chicas alemanas alborotando con sus risas; otros pasajeros dormitan como él o leen estirados en las tumbonas. Pero, tras largo dormitar y ensoñar, despierta; se acuerda en este momento de que se acerca la hora del "five o'clock tea" y que es preciso ir al camarote a arreglarse. Fernando se despereza y se levanta.

En la terraza hay ya animación. Van llegando los habituales al té. Los músicos afinan los instrumentos. Entre un grupo de amigos está una joven alta, blanca, elegante. Pelo oscuro, vestido claro, con un gran sombrero blanco de alas planas y una pluma de avestruz. Es Miss Sandra, la norteamericana, a la que rodean el Doctor, Mr. Roberts, uno de los jóvenes ingleses que regresan de sus vacaciones en los Estados Unidos, y un diplomático sudamericano que ejercita el inglés siempre que puede. Todas las tardes Miss Sandra atrae a sus amigos con su simpatía, sus vestidos claros, sus maravillosos ojos negros. Las faldas le caen hasta la espinilla; lleva

una pulsera en forma de sierpe y de su bolso saca la petaquera de plata y enciende un cigarrillo. El vestido de seda le ciñe el cuerpo. Los brazos blancos, largos, se apoyan en la baranda. La mano tiene un momento pensativa el cigarrillo turco. Luego se oye una carcajada armoniosa.

Miss Sandra es de California y viaja sola. La señora Malvina, la madre de familia alemana, la critica porque fuma. La gringa lo hace desafiando todo convencionalismo; pero como fuma con soltura, a los hombres les hace gracia su "sans- façon" y su buen gusto por el tabaco de marca; más de alguno se ve en aprietos cuando le ofrece corrientes cigarrillos de Virginia y ella saca su linda petaquera con los cigarrillos turcos. El hombre se ve obligado a guardarse los suyos y a aceptarle en cambio a ella uno de boquilla dorada, de excelente sabor y humo aromático. Miss Sandra ríe más que habla. Una sonrisa suya cuando entra en el comedor, llena el ámbito, decapita prevenciones. Tiene el don de la sonrisa y sabe guiñar un ojo con inocente malicia para saludar. Su compañía es por eso tan agradable. Sabe "flirtear" y escucha los elogios de los hombres sin creerse. Es una mujer afirmativa, liberada. Ha estudiado y lee buenos libros y discute de política. Y, sobre todo, baila flexible, ondulantemente.

Mr. Roberts y ella son buenos amigos. Juntos se pasean por el puente de popa. Mr. Roberts fuma su pipa; ella fuma cigarrillo tras cigarrillo. Mr. Roberts le cuenta de sus diversos viajes y ella le narra cosas de su tierra; le habla de su vida en la Universidad de California, de las algaradas estudiantiles y sobre todo de deportes. Le gusta a ella evocar los grandes naranjales, las pomaredas inmensas. Ríos de naranjas, ríos de manzanas, todas iguales, bien cultivadas, que luego son envueltas en papel y colocadas, para la exportación, en cajas de madera. "No hay nada más agradable a la vista que esos mares de frutos de oro en primavera a los que el viento mueve con suavidad" —exclama Miss Sandra, dejando que su imaginación viaje hacia allá rápidamente.

Mr. Roberts es alto, musculoso, cenceño. Se pasea con una mano generalmente metida en uno de los bolsillos de la chaqueta azul, mientras que la otra aprieta la pipa. Su rostro completamente rasurado muestra dos grandes arrugas que le bajan de la nariz y dan a su rostro cierta tirantez de máscara. Es joven pero su piel, tostada por los soles del mar, por los innumerables viajes a través del océano, aparece curtida y áspera. Su afición es el tennis y la ginebra; colecciona además estampillas. Con Miss Sandra, que tiene sus veleidades filatélicas, repasan el tema con frecuencia, y no es raro verle a él ir en busca de su álbum de sellos para mostrar sus últimas adquisiciones. El joven inglés, amigo de ambos, se les agrega y les toma de cuando en cuando una foto. Miss Sandra ríe y Mr. Roberts da largas chupadas a su pipa.

Cerca de ellos, doña Malvina y su esposo contemplan el mar. Doña

Malvina ya se ha cansado de ver el mar y le interesa ahora observar a Miss Sandra por el rabillo del ojo para criticarla por lo bajo. Ella es una señora criada en la severidad pietista y esto de la libertad femenina la saca de quicio. Va envuelta en su chal de lana gris. Su marido es gordo y aparece siempre con una gorra y de chaleco, fumando un cigarro puro, mascullando el tabaco cuando se le apaga la lumbre y lanzando breves gruñidos en respuesta a las palabras, que a veces se le vuelven insoportables por lo insistentes, de su esposa. "Deja ya a la yanqui que haga lo que le dé la gana. . .", le dice. Y se endereza a una de las sillas de extensión para recostarse. Lo sigue su mujer un poco mosqueada de tener que abandonar su puesto de escucha. El matrimonio lee y cuida a las hijas que corretean sin cesar. Para ellos el viaje no modifica en absoluto las costumbres caseras, aburridas, uniformes.

El diplomático suramericano lleva un sombrero de Montecristi. Impecablemente vestido de blanco de la cabeza a los pies. Se enfrasca con uno de sus compatriotas en apasionadas discusiones sobre política local de su país. El por supuesto defiende al gobierno que le paga y premia con un puesto en Europa; esto es lo importante; lo demás es circunstancial. Agita los brazos, lanza exclamaciones, habla con locuacidad incontenible. Los holandeses levantan su tarda mirada de niños de los bocks de cerveza y lo miran como a uno de esos loros traídos de las colonias. Ellos prefieren beber y jugar.

Fernando ha llegado ya a la terraza. Toma asiento frente a una mesita. Inmediatamente un camarero se le acerca. Fernando pide un Martini seco. La orquesta calla un rato. Se oyen las voces de la gente: Miss Sandra ríe rodeada de sus amigos. Fernando la contempla. Es espléndida la gringa con su collar de perlas, con su sombrero alón, con su ademán de mujer deportista. ¡Qué distinta ella de sus paisanas: tímidas, inseguras! "Nuestras mujeres, piensa, son inermes ante la vida". . . Fuera de las monótonas tareas que les enseñan en los colegios: coser, bordar, cocinar un poco, no sienten curiosidad sino es por el novio que ha de desposarlas. ¿Cómo será éste? ¿Guapo? ¿Feo? ¿Más o menos rico? ¿Las hará dichosas o desdichadas? Pasan años con las monjas y salen completamente inadaptadas al medio en que les tocará vivir y actuar. Recuerda aquella tarde en la pequeña ciudad provinciana. Había ido a ella acompañando a un amigo que estaba enamorado de una chicuela de un colegio de religiosas. En las calles empedradas, sólo un carruaje saltando sobre las piedras. La hierba creciendo en las aceras de laja. ¡Qué tristeza en el ambiente y qué fastidio más denso, más pesado! Las chicas cruzaron el parque rumoroso de árboles, seguidas por las monjitas. Su amigo y él se hicieron los encontradizos y el primero cambió una expresiva mirada con su novia. Y eso fue todo. ¿Amor romántico eso? El no creía en esa clase de amores. La implacable

separación entre muchachas y muchachos traía como consecuencia un desajuste en el trato, una desconfianza mutua y, en los hombres, la evasión hacia la copa y las mujeres venales. Ni una experiencia auténtica, de tú a tú con la mujer de la misma clase. Siempre la barrera insalvable, el prejuicio, la tontería ambiente. Miss Sandra era lo nuevo, lo franco, lo sano. Ella simbolizaba a la mujer de la postguerra dispuesta a afirmar sus derechos.

La figura de Miss Sandra tiene por fondo el mar y la tarde; la tarde, el mar y la música. La terraza resume el pequeño gran mundo del transatlántico. Y Miss Sandra es para sus amigos el centro de atracción de la fiesta. Baila con unos y otros. Se inicia un vals. Miss Sandra lo bailará con la misma seguridad que los foxes, *shimies* y otras piezas de moda. Su cuerpo alto, fino, lleno de "souplesse"; su vestido claro, su sombrero de alas anchas, el desmayado ademán de su brazo sobre el hombro del Doctor y el movimiento de su pulsera —todo en ella es personalidad, plena, irradiante, magnética. ¿Por qué esta muchacha que viaja sola se siente tan segura? Es que en su país, piensa Fernando, la mujer constituye una fuerza. Ella manda. "Los Estados Unidos, según le ha explicado un amigo educado allá, son un matriarcado. . ." Claro, Miss Sandra irá por el mundo sin preocuparse del amor, del sexo contrario, riendo cuando le digan un piropo, dueña de sus actos. Mandará a paseo al inoportuno; acogerá con su guiño sonriente al caballero maduro que se le acerque galante; atraerá, como sólo las mujeres seguras de sí mismas saben hacerlo, al jovenzuelo incipiente.

Ahora Miss Sandra sale a bailar un tango. Ha cambiado de compañero. Tenía que ser el diplomático sudamericano quien la invitase. La orquesta toca "El chingolo". Recuerda Fernando haberlo oído antes. Es un tango que le remueve —no sabe él por qué— cierto poso sentimental. La gringa y su "partenaire" se lucen ante la mirada de los espectadores. Las parejas les abren paso y, finalmente, les hacen rueda. Los danzantes se desplazan con movimientos rápidos, apasionados. Ella se inclina hacia atrás, cimbreante, flexible como un junco. "El junco pensativo de Pascal, piensa Fernando, transformado en una bella mujer, indiferente, pero segura de atraer las miradas. . ." El diplomático está en sus glorias. Su obsequiosidad habitual, sus sonrisas, sus discusiones a gritos, se olvidan al verlo atacar un paso difícil, girar con Miss Sandra violentamente, conducirla por el piso como se llevaría a una flor delicadísima y opulenta a la vez. Fernando piensa en esta otra imagen vegetal. Hijo del trópico, para él las mujeres son frutos, flores, lianas; a veces son profundas y peligrosas como la selva. Y Fernando echa un vistazo al mar, tan profundo y peligroso también.

3

Mr. Roberts, el Doctor, el diplomático y Fernando se alejan del bullicio de la terraza donde la orquesta ameniza la tarde, para ir a tomar unas copas al bar. Invita Mr. Roberts, quien siéntese un poco anfitrión. Lleva a sus amigos a una mesita. No lejos de ellos están los holandeses consumiendo su invariable cerveza, fumando y cambiando cartas. El diplomático y Fernando comentan a veces el último baile.

—Usted se ha lucido, amigo.

—No cabe duda que la yanqui es estupenda, ¿no le parece?

—Estoy de acuerdo con usted. La yanqui es magnífica, superior.

—Y baila como una gitana. Me encanta esa mujer. Su elegancia, su apostura, su aplomo, sus perfumes, sus sombreros, todo. Tiene un cuerpo recio y delicado a la vez... El sport, mi amigo, el sport. El sport y la dieta. Nada de adiposidades. Músculo y gracia nada más.

—Una diosa —le interrumpe Fernando.

—Sí, señor, una diosa, remacha el diplomático, echando una bocanada de humo y volviendo la vista hacia atrás como queriendo buscar la figura de Miss Sandra perdida en la terraza y entre las notas saltantes de la orquesta.

Mr. Roberts aprueba con un movimiento de cabeza la opinión de los dos entusiastas. El Doctor sonríe sin decir nada, masticando el habano. Brillan sus ojos tras los lentes al oír el nombre de ella. Es alemán, calvo y moreno. Un alemán bávaro y católico. Siempre se le ve pasear en silencio por el puente, leyendo. Parece un clérigo empeñado en sus oraciones. Mr. Roberts y el Doctor suelen conversar con los dos latinoamericanos. Jorge Barrera ha servido a su país en varias partes del Continente. Es un hombre de unos treinta y cinco años, muy preocupado de la sociedad de buen tono, de los tabacos finos, de los pañuelos. No se le puede llamar culto en el sentido pleno de la palabra, pero se permite opinar sobre literatura y arte y pretende conocer de navegación mejor que Mr. Roberts.

—Chico. Estos "gringos" me cargan con su lentitud —le dice a Fernando al oído—. Mira a esos holandeses parecen morsas, ¡qué fastidio pasar la vida ingiriendo toneladas de cerveza y dándole a la baraja! —Jorge gesticula cuando habla y le echa a Fernando el brazo sobre el hombro. A Fernando le simpatiza este hombre que habla de todo y a propósito de todo, a veces sin saber lo que dice; pero lo hace con tal desenfado, que aun en el peor de los apuros, sabe que Barrera se saldrá con la suya a fuerza de hablar.

—¿Te gusta la gringa, muchacho? Confiésalo. Atrévete. Al toro bravo, a los cuernos. Yo te confieso también que me gusta una barbaridad; pero aunque se ríe de mis cosas y me celebra mis cumplidos, bien echo

de ver que le importo un pepino... ¿Sabes que Miss Sandra ha seguido un curso de periodismo? Escribe tan bien como baila. He leído sus impresiones de viaje. Creo que sólo a mí me ha confiado su diario... a lo menos en lo que se refiere al paisaje exterior, que el paisaje interno, el secreto, es decir, donde está su preferido, esto, imposible averiguarlo. Es muy ladina, no suelta prenda. Pero, ¡qué encanto de chica! Has visto, me he lucido con ella.

Fernando quisiera tener un poco de la frivolidad locuaz de Barrera. Junto a él se siente mudo. El otro le quita la palabra cuando trata de redondear una frase, de explicar algo. Barrera salta al momento y sigue él por su cuenta como si tuviese a Perico de los Palotes enfrente. Al principio esto enfadaba un poco a Fernando, mas ya se ha convencido de que Barrera es incontenible y que así es con toda la gente. Locuacidad a toda hora, conversación inacabable con quien topa, sonriente banalidad, superficialidad simpática, inofensiva. Mr. Roberts consulta su reloj de puño como aludiendo a lo precioso del tiempo que corre en fútiles palabras. A él Miss Sandra —no obstante ser su amiga— le tiene sin cuidado.

—Señores —les dice a Fernando y a Barrera—, se trata de tomarse un trago, no de Miss Sandra.

—Tomémoslo a su salud —exclama inmediatamente Barrera, animado por la frase intencionada del oficial.

—Bien —dice éste—, pero sin hablar de ella...

—¿Por qué no? —dice Fernando tímidamente, como esforzándose por cumplir con un deber caballeresco.

—Brindemos por Fernando y Miss Sandra —grita Barrera alzando su vaso de *whisky and soda.*

Cuatro vasos tintineantes se alzan como en pleito homenaje a la ausente. En el ámbar de la bebida, sobre los cubitos de hielo, se quiebra la luz eléctrica, que acaba de ser encendida. Los cuatro hombres callan ahora, pensando unos en Miss Sandra —sus admiradores— y otros en el "roast beaff". En efecto, acaba de oírse el gong anunciando la cena.

HUGO LINDO

Nació en el puerto marítimo de La Unión el 30 de agosto de 1917. Abogado. Hizo sus estudios en Chile, Venezuela y la Universidad de El Salvador. Ha sido Embajador de El Salvador en la República de Chile.

Obras: *Poema Eucarístico, Sinfonía del Límite, Este Pequeño Siempre, Maneras de Llover* (poesía), *Guaro y Champaña, Espejos Paralelos* (cuento), *El Anzuelo de Dios, Cada día Tiene su Afán, ¡Justicia Señor Gobernador!* (novela).

LA VERDAD JURIDICA

Arriba, en un marco de vieja talla por cuyos altibajos no pasaba escobilla ni trapo desde hacía largo tiempo, veíase un cromo de explosivos colores, editado sin duda en cantidades fabulosas, que representaba una mujer vendada, un poco gruesa para el gusto actual. En una mano la imagen sostenía una balanza desnivelada, de las de vender al por menor, y en la otra una espada monumental, como las que debieron de usar los más forzudos y esforzados caballeros de la Edad Media, aquellos que eran capaces de moverse con relativa agilidad dentro de una especie de metálico y vertical ataúd. Abajo el ancho escritorio que aún conservaba ciertos aristocráticos aires de su ya lejana prestancia inicial. Frente a él, los dos hombres.

—No, señor. . . ¡De ninguna manera. . .! Usted es inteligente y ha de comprender que yo me encuentro limitado por el texto preciso de la ley. . . Faltaría a mi deber si me dejara llevar por consideraciones políticas, sentimentales o de cualquier otra naturaleza.

Tímidamente el hombre magro trató de interrumpir al juez:

—¡Pero señor. . . si yo lo que. . .!

—No hay pero que valga. . . ¡Mire usted. . .!

Con certero impulso de conocedor, abrió el grueso tomo de los códigos.

—Lea. . . Aquí. . . Este artículo. . .

El hombre magro ni siquiera se movió. No parecía interesarle un ardite, el contenido de aquel volumen, cuyo frecuente manoseo era ostensible en la grasienta flexibilidad de la encuadernación. El Juez no se inmutó por ello, aunque ya le parecía que, mal de su agrado, aquel hombrecillo estaba càmbiando de temperamento y que a la timidez de los comienzos estaba sobreponiéndose un desdén casi insolente.

—¿No quiere leer. . . ? ¿Le falla la vista. . . ? Bueno: Se lo diré yo

porque me lo sé de memoria. Es el artículo diecinueve que reza: "Cuando el sentido de la ley es claro no se desatenderá. . ." —Continuó con un rezongo profesional, como si hablara sólo para sí. Daba lo mismo. Al hombre magro, de todos modos, no le interesaba.

Luego de una brevísima pausa, volvió a hablar:

—Además, existe otra disposición que indica, sin margen de duda de ninguna especie que "lo favorable u odioso de una disposición". . .

Y otra vez desfalleció en el rezongo profesional.

—¿Ha terminado?

Se sorprendió el juez del tono de voz del hombre magro. Era como si de pronto se le hubiese borrado de la garganta y de las manos —porque había que verle también las manos, en ese vigoroso gesto con que subrayaba la pregunta— toda la inquietud y el apocamiento que lo embargaran a los comienzos de la audiencia. ¡Ah! Y no sólo las manos. También había que verle los ojos: de nublados que eran al principio, se habían tornado ofensivamente brillantes: taladraban, punzaban, herían. . . El juez se sintió inquieto. Una rara superioridad trascendía del indiciado. De magro pasaba a biliosamente cadavérico e infundía cierta sensación de eternidad: eso que en los diccionarios se llama calofrío. Dominando sus nervios hasta sobreponerse a la impresión, que algo de irrespeto, tenía el funcionario respondió:

—Ya casi he terminado. Tenga paciencia. Sólo me falta agregarle que, como el sentido de estas leyes es claro y su tenor literal no admite vuelta de hoja, no estoy dispuesto a escucharle esa historia de miserias y dificultades familiares que usted está tratando de referirme desde hace varios minutos. Nada tengo que ver con eso. Como simple hombre, ya sería otra cosa porque no me falta corazón. . . Pero como juez, entiéndamelo bien, no hay para mí más que una sola verdad: la verdad jurídica, la que fluye de las probanzas. Así debe ser para todo funcionario judicial: sólo existe lo que consta en el expediente y no tiene más alcances que los que otorga la ley. ¿Entendido?

Había recuperado su aplomo. A medida que hablaba sus palabras se hacían maduras, casi golpeantes. Cuando concluyó remató violentamente volviendo la cabeza hacia atrás y hacia arriba como un león que sacudiera su melena y le pareció ver en la dama gordezuela del cromo enmarcado, un sutilísimo rasgo de aprobación por la autoridad recuperada. Acaso una inflexión de luz que rebotaba en la superficie terriblemente lisa y barnizada de la estampa.

El hombre magro, entonces, se enderezó en la silla, espigando como bastón la columna vertebral. Posó sus manos huesosas sobre el escritorio, dando a entender que la entrevista aún tenía para largo, y después de aclararse la garganta con un carraspeo de fumador consuetudinario, dijo:

—¿Y si esta historia familiar de miserias y dificultades de que

usted habla, no existiera. . . ? Y si la historia que yo le pensaba contar tuviese un contenido jurídico de indiscutible importancia. . . Porque ha de saber, señor Juez que yo también estudié leyes y no pude graduarme porque a última hora. . .

—Son asuntos particulares, ya se lo he dicho, no interesan a la judicatura.

—¿Sería usted capaz de condenar a un ser inexistente?

—¿Cómo? ¿Me va usted a hablar ahora de la teoría de la inexistencia jurídica? Pues sepa que la conozco y bien pues sobre eso versó mi tesis doctoral. . .

—La mía también. . . Mas es el caso que para mí, el problema de la inexistencia no tenía un interés simplemente especulativo y teórico. . . En ello se me iba la vida. . . Era para mí cuestión de ser o no ser. . .

—Comprendo su pasión por el tema. . . A mí también, más de alguna vez, el estudio de alguna institución me ha conmovido hasta los cimientos del alma. . . Pero ya estoy entrando en un terreno en el que no debo. . . Puede quedarse usted con sus motivaciones sicológicas, sus entusiasmos jurídicos y todo lo que quiera. . . Yo me atengo al sentido de la ley, clara y terminante manifiesto en su expresión. . .

Los ojos saltones y enrojecidos del hombre magro cayeron sobre el Juez con una mirada paralizadora, que lo desazonó. Una corriente misteriosa le recorrió la médula espinal. Y el hombre magro, aprovechando ese instante de visible desconcierto, le espetó con una voz firme y casi autoritaria:

—Sé que es usted hombre ocupado. La cortesía me obliga a ser más lacónico de lo deseable, de modo que tendré que plantearle las cosas de otra manera. Oigame bien. Yo no existo.

Puso tal énfasis en la última expresión pronunciada en letras mayúsculas, que el Juez dio un respingo en el asiento, abrió desmesuradamente las pupilas y tuvo la certeza fugaz, instantánea, de que se hallaba frente a un loco. Luego reaccionó cobrando aplomo, y por disimular su estado de ánimo dio a sus palabras un retintín irónico:

—¡Ah! ¡De manera que me hallo frente a un fantasma!

—Depende. En cierta forma sí; en otra forma, no.

—Explíquese.

—Es precisamente lo que he estado tratando de hacer desde que entré aquí y usted no me ha dejado.

A todo esto, los ojos saltones y enrojecidos estaban todavía sobre el Juez con la misma mirada paralizadora. Eran como dos perros de corvas patas y anchas quijadas, prendidos en el desasosiego del funcionario, que empezaba a soltar hilachas de franco miedo.

—Bueno, explíquese ahora —dijo nerviosamente—. Y para su coleto "que este hombre hable de una vez lo que quiera y se vaya. . . No sea que le tome aquí mismo un acceso. . ."

—Un fantasma, a lo que entiendo, es un ser como de humo de materia ingrávida... Los teósofos dicen "cuerpo astral". Los espiritistas dicen "ectoplasma"... los científicos dicen "ilusión óptica"... Llámelo usted como quiera porque en el fondo da lo mismo... Pero véame: yo tengo un cuerpo físico delgado y tangible y tengo ojos y manos y voz... Y puedo golpear con los puños sobre el escritorio. ¡Así...!

—Cálmese hombre. ¿Qué le pasa?

—Nada. No me pasa nada. Quería solamente demostrarle mi corporeidad, a modo de que no quede duda alguna a este respecto. Si soy fantasma, no lo soy en este sentido.

Hubo una interrogación que cruzó como una ráfaga por los ojos del funcionario y que el hombre magro alcanzó a percibir.

—Pero desde otro punto de vista sí lo soy. Jurídicamente hablando...

—¡Mi señor, por favor. La ley no dice nada de fantasmas...!

—Es cierto: No tiene reconocimiento expreso de los fantasmas jurídicos. Pero los hay, y aquí está uno... Esa misma ley que en ninguno de sus artículos estampa la voz "fantasma" se encuentra ahora, por medio de usted persiguiendo a una sombra, cazando a un espectro, porque debo repetirle que yo no existo.

—¡Vamos! ¡Termine de una vez!

El Juez hubiera querido pisar un timbre oculto en la alfombra para que llegase el Secretario o alguno de los policías que solía haber por el tribunal; pero era imposible: también el timbre era inexistente. Había sobre el escritorio, sí, una campanilla que él hubiera podido agitar, de no temer, como temía, que aquel loco se saliera más de sus casillas y en un rapto de violencia, pusiera en peligro su integridad física y jurídica. Se contuvo.

—Simplemente señor Juez... la existencia de una persona se prueba con su partida de nacimiento. ¿No es así?

—No exactamente. Se prueba con la certificación de esa partida.

—Usé una figura que los retóricos llaman "elipsis"... En ninguna parte del mundo encontrará usted asentada mi partida de nacimiento y, en consecuencia, de ninguna manera podría sacarse de ella una certificación... Mis padres se descuidaron a este respecto, y como nunca tuve interés en probarle a nadie que yo existía, tampoco seguí diligencias judiciales para establecer un hecho, que, para mí no admitía dudas... Luego, desde un punto de vista jurídico, yo no existo. Soy, si usted quiere, nonato... Como entre sus legajos no hay ni puede haber constancia de mi existencia, y para usted no hay ni puede haber otra verdad que la que consta en autos, usted está persiguiendo lo que yo llamo, sin vacilaciones, un fantasma jurídico.

Mecánicamente el Juez pasó entre sus dedos los primeros folios del expediente, aquellos del sumario en que debía constar el cuerpo del delito. Con increíble sutileza, el tacto le indicó que no estaba plenamente probada la existencia del hombre magro y se sintió desvanecer.

—Pero hay algo más señor Juez. . . A pesar de que yo no nací jamás, puedo probarle que estoy muerto. . .

—¿Muerto o loco? —se atrevió el funcionario a decir entre dientes. El hombre magro alcanzó a escuchar.

—No me preocupa si me cree loco. Es peor saberse muerto. . . Cuando cumplí los años necesarios para ingresar en el servicio militar, a pesar de mi falta de documentación y de una manera jurídicamente inadmisible me metieron en el cuartel. Allí conocí días incómodos como usted debe haber conocido si hizo alguna vez el servicio militar. . . El caso es que por esa época nos enviaron a maniobras; pasé noches de desvelo y nerviosismo, a veces entre el zumbido de innumerables mosquitos y a veces temblando con el frío indomable de un paludismo tropical. . . Oía cómo reventaban en mi propio campamento, que era el de los troyanos, las granadas de fogueo y los tiros falsos que tiraban los tirios. . . Supe de las amarguras de las trincheras, del sol ardiente del mediodía y del barro de las charcas inmundas. . . Una mañana, recuerdo bien que esto ocurrió por la mañana, porque a pesar del tiempo transcurrido no puedo olvidar un solo detalle, estábamos en una maniobra envolvente auxiliados por la fuerza aérea de nuestro grupo, cuando cayó incendiado un avión sobre el propio sitio en que nos encontrábamos. . . Y no sé cómo pude escapar, Murieron como quince. . . Esto fue hacia el año 48. . . Usted debe recordar cómo los periódicos dieron cuenta del sucedido. . . Con palabras que ya parece que tienen permanentemente levantadas en los lingotes de linotipia, el diario *El Globo* decía: "Terrible Acontecimiento" y la *Hoja Vespertina* titula su gacetilla así: "Doloroso Drama". . . ¿Se acuerda?

El Juez asintió con un cabezazo.

—Pues ahí está la cosa. El parte militar me dio por muerto. Yo creo que equivocadamente.

—¿Lo cree? ¿No está seguro?

—Sí lo creo, pero no estoy seguro. Lo creo porque no me parece muy lógico que muera una persona que no ha nacido. . . Pero no estoy seguro porque en mi vida han ocurrido tantas cosas disparatadas, que ya dejé de creer en la lógica. . . Cuando en mi calidad de muerto me licenciaron de las filas, se me ocurrió conocer a fondo mi situación. Algo en mi interior me decía que aquello de no haber nacido y estar muerto, no era demasiado normal. . . Entré en la Escuela de Leyes e hice todos mis estudios completos, porque era la única manera de comprender a cabalidad el problema. . . Estaba dando remate a mi tesis de doctoramiento, cuando un acreedor trató de resucitarme para comprar una cuenta im-

paga... Esto me impidió continuar la cosa hasta el final... De todos modos creo que no me habrían dado el diploma... Porque ¿dígame usted? ¿Quién soy yo...? ¿A quién iban a darle el atestado?

Sacándose del bolsillo un papel bastante arrugado y sucio, lo desdobló con lentitud, lo alisó con las palmas de ambas manos sobre el escritorio y se lo tendió al Juez.

—Le ruego agregar a mi expediente mi partida de defunción...

—La certificación...

—Es otra elipsis.

—¡Con qué alivio vio el funcionario, cómo aquel loco, a zancadas lentas y grandes, abandonaba su despacho! Sacó entonces su pañuelo de hilo y se lo pasó por la frente, la cabeza y la nuca. Volvió a ver hacia el cuadro de la pared. Tocó la campanilla y la sacudió con fuerza, dos, tres, cuatro veces. Llegó el Secretario.

—Que cosan esta certificación al expediente y me lo traigan para estudio.

Al llegar el momento de salir del despacho, el pobre hombre se notaba agobiado... Había envejecido.

Tuvo tres noches de insomnio. "Se apagaban los faroles y se encendían los grillos" como en el romance porque la alcoba se le poblaba de rumores inquietantes, fantasmales: ya crujía la cómoda de madera llena de duendes de palo y sonaba afuera, en la calle, el aullido de una apresurada bomba de incendios o el lamento doloroso de una ambulancia... Las cañerías del agua se quejaban de la presión, la lluvia tocaba tambores de zinc en el techado de la casa...

Era insoportable. Además, estaban aquellos otros ruidos. Los que sonaban dentro de la cabeza y a veces lograban salir de la condición de meros ruidos, para tomar perfiles concretos: se hacían palabras, frases, artículos del código:

—Cuando el sentido de la ley es claro...

—No hay más verdad que la verdad jurídica...

—Lo favorable u odioso de una disposición...

Al cuarto día presentaba su renuncia. Documentada, por supuesto. La certificación del médico era terminante: no podía continuar en el desempeño de sus labores.

Un día más y los periódicos publicaban su renuncia.

El hombre magro, ya en su casa, recortó minuciosamente el párrafo que aparecía en *La Hoja Vespertina.*

"...Graves motivos de salud lo obligaron a retirarse del servicio al cual entregara los mejores años de su vida, con abnegación y desinterés patrióticos, unidos a un conocimiento ejemplar de los alcances de la legislación vigente".

RISA DE TONTO

Una noche sí, otra no, dormía Juan Francisco Pérez en lo que él llamaba "su casa".

"Su casa" no era casa ni suya.

Era un "mesón" una de esas casas grandes y semiderruidas, oscuras y fangosas, en donde habita la miseria.

El "mesón" tiene por nombre "Las Delicias" quizá por estar frente al mar y en él vivía la misma fauna triste de todos los conventillos del mundo: la vieja gorda asmática, y hedionda que tapiza las paredes de su pieza con todas las estampas de santos que regalan las boticas; el niño lustrabotas, escuálido, ladrón a ratos, prematuramente entrenado en el deporte trágico del alcohol y en la sombría virilidad de las palabras cáusticas... No faltaba la prostituta de puerto, siempre a la espera de barcos para contaminar marinos, ni el chulo holgazán que vive y muere explotando la sífilis de su mujer.

Juan Francisco Pérez y Rosario estaban allí fuera de su elemento. En realidad, lo que Juan Francisco ganaba como cobrador de la empresa de ferrocarriles, era suficiente para que los dos llevasen una vida un poco más digna. Pero no bastaba para tres y Rosario no se habría conformado sabiendo que su pobre hermanito Julián, el tonto, estaba abandonado sobre el mundo.

Cierto que Julián reiría siempre con esa risa desdentada y angustiosa... pero habría de sufrir mucha burla por la calle, y acaso el hambre lo acosaba sin piedad.

Así y todo, Juan Francisco Pérez sentía el placer de estar junto a Rosario, y especialmente, el de pasar con ella los domingos, en vez de pasarlos en San Salvador, bebiendo o jugando naipes en una infeliz pensión para mientras llegaba la hora de acostarse.

—¡Esa vida de San Salvador. . .! Solía decir con un acento a la vez temeroso y despectivo.

El puertecito de La Unión tenía para él mejores regalos. Allí estaban su Rosario y el mar, dos cariños grandes.

Julián no le era estorbo. El tontito se pasaba la vida en un rincón de la pieza, sin hablar con nadie, sin molestar por nada. Cuando le dirigían la palabra abría sus grandes ojos inexpresivos y preguntaba entonces alguna cosa simple, sin demostrar mayor interés por la respuesta.

Comentaba Juan Francisco, a veces, su extraña situación. Se quejaba de una sola cosa: de que el tren no pudiese regresar durante el mismo día a La Unión y él se viese, por ello, forzado a pernoctar en San Salvador, que sobre no tener a Rosario ni mar, le exigía gastos extraordinarios.

—¡Esta es una vida a medias! ¡Yo he nacido aquí y aquí me he criado! —O si no, después de comer en "su casa": —San Salvador me va a matar. Cada día se me hace más antipático. . .

Estas palabras caían en los oídos de Rosario como una piedra en el agua, formando en su alma una serie de ondas circulares y concéntricas, en donde había, revueltos, pensamientos y emociones. Ella había visto acentuarse diariamente la fobia de su marido por la capital, y eso le daba placer y miedo, porque en parte era cariño hacia ella y en parte peligro para la salud de Juan Francisco.

Y así iba deslizando la vida.

Nunca ocurría nada nuevo.

El "mesón" carente siempre de noticias, no comentaba nada. Acaso, sí, algún chisme sobre la conducta de la Fulanita o los gritos recios y destemplados de un pescador borracho en día sábado.

Todos protestaban allí de su miseria a excepción de Julián, cuyos ojillos menudos y torpes parecían ser hechos para no ver nada, y de Pedro Vásquez, el hombre más extraño de todo el vecindario.

De Pedro Vásquez no se sabía nada o se sabía muy poco. Su vida estaba envuelta en una nebulosa que nadie lograba descifrar. Cayó en "Las Delicias" como pudo haber caído en otro conventillo cualquiera y ya no se movió de allí falto quizá de voluntad. Era Pedro Vásquez, hombre culto. Tal vez fue profesor o periodista, antes de que el alcohol lo tomara entre sus garras.

Pedro Vásquez hablaba de muchas cosas, y bien, con una despreocupación de hombre amargado. Se sabía el ser más importante, más humano, que a excepción de Juan Francisco y su mujer vivía en "Las Delicias". Y sin embargo, siempre viérase a Pedro taciturno, como si la pereza le pesara sobre los hombros.

Desde un ángulo triste y desesperanzado, veía Pedro Vásquez todas las cosas. Mas dentro ese ángulo triste y desesperanzado, conoció un de-

leite. Un deleite que llenó en su existencia los huecos que el alcohol dejaba intactos.

Fue el deleite de envenenar.

Sin premeditación, sin maldad. Porque dejar caer palabras venenosas de esas que todo lo alteran y lo ensucian, era la función de su espíritu venido a menos.

Aquellos que no lo entendían en el "mesón", es decir todos los inquilinos de "Las Delicias" creyeron, al principio, que Pedro Vásquez estaba loco. Era el único que pensaba y por lo tanto, el único que decía las cosas al revés. Y aunque el conventillo no lo comprendió, sintió pronto, sí, que Pedro Vásquez, era indispensable en él. El destino de Pedro se reducía a romper ese equilibrio agotador, de los pescadores borrachos, las viejas y las prostitutas.

Con nadie hizo Pedro amistad estrecha. Con nadie excepto con Julián. Con ese sí. Con el tontito.

Y sentado Pedro Vásquez a la puerta del conventillo, frente al mar, dijo alguna vez a quienes quisieron escucharlo: Después de mí, es Julián el ser más inteligente de esta casa.

Algunos del mesón se ofendieron.

Otros se limitaron a contestar:

—Son cosas del Pedro. . .

Pero hubo uno, Juan Francisco, a quien la frase de Pedro Vásquez hizo pensar.

—¡Si fuera cierto! ¡Si Julián fuera el más inteligente. . .!

Pedro vio, sintió que Juan Francisco pensaba. Y el saberse escuchado, quizá hasta interpretado, lo hizo continuar:

—En efecto: Julián es aquí, después de mí, el que mejor vive. No tiene preocupaciones ni penas como todos los demás; se pasa la vida riendo, como si la vida fuera cosa liviana. . . ¡Para eso hay tontos que trabajen por él!

A Juan Francisco cayó esto último como un asalto de sorpresa. Vio todas las caras de los oyentes. En unas había signos de aprobación, en otras sello de asombro. . . y corriendo la vista, los ojos de Juan Francisco hubieron de detenerse en el rostro de Julián.

Julián reía.

La cara pequeña y achatada se le veía más estúpida aún, con los párpados apretados y los gruesos labios babeantes, tirados hacia las orillas en una mueca de satisfacción animal.

Allí hubiera parado todo, pero el corro se deshizo llevando la mala semilla de Pedro Vásquez.

Cuando una noche sí y otra no, tocaba a Juan Francisco quedarse a dormir en el puertecito de La Unión, no faltaba en "Las Delicias" quien recordase el incidente en son de burla.

Un día, Juan Francisco ya no pudo resistir.

Volvía del trabajo, agotado. La noche anterior, en la capital, había sido noche de desvelo y jolgorio. Sus nervios estaban tensos, próximos a estallar.

Cuando alguien repitió:

—"Julián es el más inteligente de todos nosotros"... Reventó la catástrofe.

Juan Francisco entró silencioso, con la cabeza baja, pasando por el corredor angosto de ladrillos de barro, a su pieza. Allí estaban Rosario y Julián el tonto. Ella zurcía algo, y tenía a los pies su cesta de labores. El, escondido en el más apartado rincón, de cuclillas en el suelo, se divertía con las moscas que el verano había echado a zumbar en el aire y reía, reía, despreocupado, libre...

Juan Francisco lo vio. Sintió repulsión por la cabeza chica pelada al rape y por la cara hinchada, y por el cuerpo adiposo del pobre Julián...

—¡Esto no puede continuar...!

Rosario alzó los ojos de su labor:

—¿Qué?

—¡Esta vida! ¡Esta perra vida! ¡Estoy trabajando para mantener a este holgazán!

—¡Juan Francisco! —protestó ella.

—Sí, para mantener a este holgazán que es más inteligente que todos nosotros, como dice Pedro Vásquez...

—¡Juan Francisco! —tornó a decir ella con voz que era a un tiempo de reproche y de súplica—. ¿No te das cuenta de que el pobre es tonto?

—¡Tonto! ¡Preguntale a Pedro Vásquez! ¡Preguntame a mí que trabajo para darle de comer, que sacrifico tu vida y la mía en este mesón de m...!

A medida que subía el tono de voz de Juan Francisco, Julián olvidaba sus moscas y alzaba la cabeza pelada, y abría la boca como atemorizado... Pero cuando Juan Francisco dijo las últimas palabras:

—...este mesón de m...

Julián rió con su risa en e, con su risa opaca y gelatinosa que hacía recordar las medusas de mar.

—¡Y se ríe el imbécil! —Selló Juan Francisco.

Rosario, digna, parsimoniosa, dejó en la cesta el zurcido, y al perderse en el corredor los pasos de Juan Francisco, que salía, se echó sobre la cama, sobre la pobre cama y sollozó largamente.

* * *

Desde entonces, Juan Francisco cambió de gustos y de conducta.

Fueron mejores para él las noches que había de pasar en San Salvador. Allí estaban sus amigos, sus verdaderos amigos, con quienes se podía beber "guaro", con quienes se podía jugar a la taba, con quienes se podía salir, a las once o doce, en busca de la aventura barata.

Estar en La Unión era ver la cara imbécil de Julián, cada día más antipática y repulsiva, era escuchar las palabras de Pedro Vásquez, siempre raras y dañinas, era aguantar ese llanto constante de Rosario, que ya no sabía hacer otra cosa que estarse lagrimeando y protestar de vez en vez:

—¡Dios mío! ¿Qué le pasa a Juan Francisco? ¡Dios mío! ¡Dios mío. . . !

Decididamente era mejor la capital. Para Juan Francisco; pero no para Rosario ni Julián, porque el sueldo del cobrador se convertía en tragos y humo, y cada vez mermaba el dinero destinado a la casa y al alimento.

Por otra parte, era frecuente que Juan Francisco llegase borracho, bestial, blasfemando, gritando.

—¡So idiota, hasta cuándo diablos vua aguantar esa tu car'ebruto!

Y es verdad que con ello lastimaba a Julián, al pobre Julián obtuso e inofensivo; pero cierto es también que esta conducta hería más a Rosario. La buena mujer enflaquecía y se arrugaba, porque el dolor es algo que se parece al tiempo.

Cuando Pedro Vásquez estaba menos ebrio, volvía a sus comentarios ante la gente de todo el "mesón".

—Muy tonta debe ser la Rosario para aguantar ese bruto de Juan Francisco. . . Juan Francisco no la quiere. . .

* * *

Sucedieron por entonces dos cosas atroces.

La primera fue que Juan Francisco, tomado por la vida nocturna y disipada de San Salvador, dejó de cumplir a satisfacción sus deberes de empleado, y fue despedido de su cargo.

La miseria apretó más su círculo de acero en torno a la familia, y un día que Juan Francisco no estaba, Pedro Vásquez dijo a Rosario:

—Hacé como la Raquel. . .

Raquel era la cazadora de marineros lascivos.

Y la segunda cosa fue que la Rosario hizo como la Raquel. . . Sin que lo supiera Juan Francisco, por supuesto. . . Y contra su propia voluntad de mujer honesta. Pero ella ni Julián podían quedar abandonados al hambre. Era menester cualquier sacrificio.

* * *

Sucedió lo inevitable. Juan Francisco llegó una noche menos borra-

cho que de costumbre y sorprendió a su mujer con otro hombre. Trató de matarlo pero el otro hombre huyó. Hubo de conformarse con tomarla de los cabellos y emprenderla con ella a golpes y patadas.

A los gritos de Rosario despertaron Julián y Raquel y todos los habitantes del conventillo "Las Delicias".

Y, ¡cosa extraña!, Pedro Vásquez, siempre amigo de estar en incidentes, no apareció por ningún lado. Luego le contaron la historia pero pareció no importarle.

Fue así como Rosario y Julián, el tonto, quedaron definitivamente abandonados por Juan Francisco, viviendo del pecado de ella.

Juan Francisco, por su parte, se fue a trabajar al muelle de Cutuco, en calidad de cargador de bultos. El dolor lo iba enflaqueciendo poco a poco y el "guaro", el guaro caliente y áspero, lo envenenaba con pertinacia, mintiéndole energías pasajeras.

Sobre su torso moreno, de la mañana a la tarde, pasaron muchos quintales de azúcar y café. Juan Francisco sudaba. Al terminar la tarea, agitado, jugaba y bebía con sus nuevos compañeros de trabajo.

Alguna vez, el "guaro" lo puso romántico y habló de Rosario con lágrimas en los ojos:

—¡Es una gran p. . . !

Se le quebró un sollozo.

Los compañeros hicieron silencio respetuoso y esperaron que Juan Francisco relatase su historia.

Pero no fue así.

Después del comentario candente, el cargador guardó mutismo y se quedó viendo con los ojos muertos el poco de "guaro" que aún había en la copa. Lo vio dos, tres minutos sin parpadear, con el ceño fruncido, y repentinamente, en un arrebato de violencia, se lo bebió.

Nunca supieron más los cargadores. Nunca, hasta que ocurrió el accidente fatal.

* * *

De Hamburgo habían llegado unos botellones que la grúa del barco dejaba caer suavemente en el hormigón del muelle y los cargadores tomaban de allí para llevar a la bodega.

Nadie sabía lo que era eso, pero a nadie importaba. ¡Cuántas cajas habían pasado sobre sus hombros, sin que ellos supiesen su contenido!

Varios viajes había hecho del muelle a la bodega, de la bodega al muelle, Juan Francisco. Su comentario fue escueto:

—¡Esto pesa!

Y para cobrar mayor aliento, bebió.

Llevaba el cuarto o quinto botellón, cuando escuchó unos gritos, ya entrando en la bodega:

—¡Apartate!

Fue tardía la advertencia. Una viga cayó de lo alto, nadie sabe cómo, y fue a dar al botellón. El vidrio se rajó con un crack hueco, y un líquido espeso y humeante bañó a Juan Francisco.

—¡Acido!

El ácido sulfúrico cayó al suelo desnudando los huesos del cargador. La ropa, la carne, todo se hizo una sola masa negra que nadaba en el suelo.

Entonces se hizo corro de cargadores:

—¡Pobre hombre!

—Habrá que avisar a su mujer. . .

—Que vaya Antonio que sabe dónde vive. . .

* * *

La tarde había caído. En el último tren anduvo Antonio los dos o tres kilómetros que hay entre Cutuco y La Unión, y llegó al mesón "Las Delicias" cuando ya era de noche.

Preguntó por la pieza de Rosario y le señalaron una puerta cerrada. Afuera, un idiota que podía tener quince o treinta años, estaba sentado en cuclillas sobre los ladrillos de barro.

—¿Aquí vive la Rosario?

El idiota alzó los ojos y se quedó viendo con la boca entreabierta y húmeda al recién llegado.

—¿Aquí vive la Rosario? —tornó a preguntar Antonio con voz más fuerte.

—Sí.

—Quiero verla.

—Está ocupada.

Antonio comprendió que ese idiota no podía servirle para nada, y empujándolo con brusquedad, forzó la puerta.

Crujió la aldaba débil.

—¿Qué fue? —preguntó un hombre entre sorprendido y airado.

—Que se ha muerto Juan Francisco y. . .

El hombre salió. Afuera se le podía reconocer. Era Pedro Vásquez. Antonio, el emisario, se marchó. Pedro volvió a entrar a la pieza. Ya estaba allí Julián viendo llorar a su hermana:

—¡Yo lo quería! ¡Yo lo quería!

Julián repitió su pregunta:

—¿Qué pasó?

—Que se murió Juan Francisco...

En la cara redonda de Julián, el ser más inteligente del mesón "Las Delicias", se pintó una vez más la sonrisa, ancha, gelatinosa y desdentada...

(De *Guaro y champaña*).

RICARDO MARTEL CAMINOS

Nació en Verapaz, Departamento de San Vicente, en septiembre de 1920.

Autor de: *A falta de pan...* Comedia en 3 actos que obtuvo primer premio en el Concurso promovido por el Ministerio de Cultura en 1953. Ha publicado: *Media Luz* (poemas), 1953 y *Tres Elegías a mi Padre*, en 1955. Su cuento *Los Tísicos* obtuvo primer premio en los Juegos Florales Agostinos de 1955.

LOS TISICOS

Han de ser poco más o menos las cuatro de la mañana. Me ha despertado el ruidazo de un camión que pasó veloz sobre el puente haciendo retemblar la enorme bóveda. Hace frío. Me duelen los huesos. Al estirarme sobre el húmedo lecho de arena, le he abierto otro agujero a la colcha pegajosa de sudor y tierra con la punta del pie. Anoche me dejó dormir un poco la tos y he soñado con el pobre Chico Tapita. Era un consumado comedor de dulce de panela. Siempre que lo mirábamos bajar por el senderito polvoso y lleno de hojas secas, por entre el charral retostado, agarrándose de las piedras salientes del paredón, hacia el hilo de agua negra que pasa bajo el puente, le gritábamos:

—¿Qué tal le fue hoy, Chico?

—Mal hermanos. Ni siquiera conseguí para mi tapita de dulce.

Y otro día:

—Hoy me fue bien hermanos. Conseguí para mi tapita.

Así le nació el apodo.

* * *

Todos queríamos y respetábamos a Chico Tapita. Tenía un alma de ángel y un corazón de pan. Era como nuestro hermano mayor. Cuando algunos caíamos postrados por la fiebre, él, a pesar de sentirse ya agotado por la enfermedad, salía a pedir por los alrededores del Hospital Rosales. Algunas veces se estiraba hasta por el Mercado del Cuartel, y regresaba bajo el sol de las doce, sudoriento, cansado, con un paquete envuelto en papel periódico repleto de tortillas heladas, frijoles fritos, aguacates, algún guineo y la indispensable tapa de dulce. Le oíamos gritar desde el senderito: ¡Hoy me fue bien hermanos! Cuando entraba en la sombra del puente sonreía feliz con los brillantes ojos bailándole

dentro de las cuencas huesudas: ¡Aquí está la vida, hermanitos! Ya ven. Bien dicen que Dios cuida hasta de las hormigas. Diosito es bueno y no desampara a sus hijos. Sea por siempre alabado, hermanos.

Nos íbamos incorporando silenciosos y melancólicos. A él le molestaba nuestro silencio, nuestra tristeza y trataba de alegrarnos con alguna salida de buen humor: ¿Bueno? ¿Y a ustedes qué les pasa ahora? Cualquiera diría que están todos tísicos al verlos ahí amelarchiyados y tosigosos. Reía. Reíamos. Tosíamos, kof, kof, kof. Resonaba la inmensa bóveda gris.

Después del frugal almuerzo. Chico Tapita sacudía las migas del papel y se ponía a leernos las noticias del día.

* * *

Otras veces asomaba radiante, sonando en las manos unas cajitas de cartón: ¡Pas y Rimifón, hermanos! —gritaba—. Al fin logré arrancarle otras cien pastillas al doctor Alcoviche. ¿Saben ustedes por qué le dicen Alcoviche al doctorcito ese? Es porque cuentan, que cuando está con la perra gana de chupar, se empina hasta los alcoholitos que los parientes traen a los de la Cuarta. Cualquier día amanece él también escupiendo sangre. Pero es bueno el chelito ese, vieran. A mí me pone de vez en cuando una inyeccioncita, aunque dice, poniéndose colorado de risa, que los juracos de mis pulmones no se remendarían con todo el *estrapto* del mundo. Pero yo pienso que eso dice él por hacerme la broma. ¿O será cierto que ya estoy bien pasado. . . ? ¡Ay, hermano! —decía con voz desgarrada—. Si no fuera por mi mujer y mi hijo, ya me hubiera tirado de cabeza en ese pedrero desde allá arriba.

De pronto se le apagaban las pupilas y perdía su habitual jovialidad. Extendía su deshilachada estera sobre la arena y se echaba boca abajo sollozando. Entonces éramos nosotros los que tratábamos de alentarle y hacerle reír con bromas e inofensivas procacidades; pero todo era inútil. Así, mudo y boca abajo, permanecía durante horas y horas.

* * *

Por qué caminos me trajo el destino a convivir con estos seres desventurados, es algo que, por ahora, no quiero relatar. Lo cierto es que hace cinco meses, bajo un ahumado crepúsculo de fines del mes de marzo, llegué, caminando como un autómata, a guarecerme bajo la sucia arcada de este puente que no tiene nada de mágico como la montaña de Mann.

Había siete u ocho enfermos tirados sobre la arena. Una mujer es-

cuálida oraba arrodillada frente a una litografía de Santa Rita —*abogada de los imposibles*—, que colgaba de la pared e iluminaba apenas una velita de cera envuelta en espirales de papel dorado.

Al verme llegar, un hombre de cortas piernas y alargado tronco se levantó y acudió a mi encuentro diciéndome amigablemente:

—Pase adelante, hermano. Por lo que veo, usted viene dispuesto a pasar una temporadita a nuestro lado. Aquí hay lugar para todos y amigos para servirle.

Uno de los enfermos que estaba tirado hacia el extremo más oscuro, levantó la cabeza para mirarme y gritó:

—¿Cuánto hace que tiene rompidos los fueyes, chero?

Y el hombre respondiendo y fulminándolo con una mirada:

—El hermano no está hoy para bromas, Peretete. Dejá tus gracejadas para otro día. Sólo Dios sabe cómo se siente uno cuando llega por primera vez a este maldito arenal... ¿O ya se te olvidó?

Yo lo miré agradecido. El, después de haberme ayudado a limpiar el espacio de suelo que desde ese momento me serviría de cama, se acuclilló en su estera y se mantuvo por largo tiempo en un respetuoso silencio. Más tarde, cuando la oscuridad había invadido por completo el pequeño túnel del puente, oí que me decía:

—Hermano, si algo desea más noche, no más me habla. Me llamo Francisco Aguirre, para servirle.

Era Chico. El inolvidable Chico Tapita.

* * *

Hijos todos de la desgracia y la fatalidad, tenemos como una sagrada y secreta consigna el no investigarnos nuestra procedencia. Por eso, el día que Elena vino a buscar la sombra acogedora de este puente, se encontró sólo con rostros al parecer llenos de indiferencia.

Chico Tapita, como siempre bondadoso y servicial, le barrió un lugar junto al mío diciéndole:

—Aquí, hermanita, sólo hay buena gente; pero el hermano Carlos —se refería a mí— por ser el más leído, es el más formal y respetativo.

El Peretete y Lalo el *Canillita*, viendo que la muchacha se disponía a poner su lecho junto al mío, empezaron a reír suavecito bajo los perrajes y a dar tosiditas maliciosas. Yo me incorporé indignado enrollándome la manga de mi rota camisa, dispuesto a dar de puñetazos a los insolentes.

Chico Tapita intervino para recordarme:

—Hermano, no olvide que el que con chicos se acuesta... Y usted ya no es un cipote. No haga caso, se lo suplico. Hágalo por la enfermita que acaba de entrar.

Me eché nuevamente, avergonzado, sobre la arena. Volvió a reinar el silencio, pesado silencio de las dos de la tarde, interrumpido solamente por el ruido de los vehículos que pasaban arriba, y los ahogados sollozos de la compañera recién "ingresada".

* * *

Largas noches de insomnio. Grillos. Luciérnagas. Perros. Pupilas ardientes y resecas clavadas en la oscuridad. Recuerdos que hacen más terrible esta lenta agonía.

Una de esas tantas noches, mientras llegaba el sueño, que no habría de llegar sino con las primeras brisas del alba, me puse a contar los carros que pasaban arriba, sobre la Avenida Universitaria. Uno... dos... tres...

Desde la torre del cercano Hospital caen lentas las tristes campanadas del reloj... lan... lan... lan... Las diez.

Sigo contando: cuatro... cinco... seis.. siete carros.

El tiempo pasa y pasa, y sobre nosotros, para el norte y para el sur, pasan y pasan las caravanas interminables de vehículos.

Vuelve a sonar la campana... lan... lan... lan... Las once de la noche. En sólo una hora han pasado más de doscientos carros. O doscientos. No estoy seguro de haber llevado la cuenta con exactitud, porque el pensamiento se me va a cada instante tras recuerdos que quisiera tener olvidados para siempre. Pero ellos me persiguen, me acosan, me torturan de tal modo, que a veces he tenido que golpearme la cabeza contra el cemento de la pared para aturdirme y no pensar. Bueno: suponiendo que hayan pasado doscientos carros. Si cada uno vale por término medio seis mil colones, veamos: seis por dos, doce y cinco ceros ¡un millón doscientos mil colones! ¡un verdadero río de oro ha pasado y sigue pasando sobre nuestra miseria, sobre estos cuerpos nuestros, que más que cuerpos son esqueletos que respiran! En esos carros van cómodamente arrellenados los privilegiados de la fortuna: finqueros, judíos exprimidores, falsos apóstoles de Cristo, funcionarios públicos, en fin, bribones enriquecidos con el sudor y la sangre del pueblo. Pero para nosotros no hay una cama en el Hospital y mientras sobre la mesa de esos se vuelca diariamente el cuerno de la abundancia, nosotros aquí abajo, y como nosotros muchos, bajo todos los puentes de la ciudad, muriéndonos de inanición; masticando solamente los pedazos de nuestros pulmones desgarrados por el bacilo y ahogándonos en nuestra propia expectoración sanguinolenta. ¿Por qué tanta desigualdad e injusticia? Si este mundo es obra de Dios, ¡me voy al cacho!

Sin duda terminé pensando en alta voz, porque las palabras de Chico Tapita sonaron dulces, serenas, como un mensaje en medio de la noche:

—No blasfeme, hermano Carlos. No se desespere. Eso le hace mucho mal. Oyéndolo hablar hace un momento he recordado, nítidas, las hermosas palabras que a un grupo de hermanos nos dirigió en cierta ocasión el Espíritu de Verdad: vengo a enseñar y a consolar a los pobres desheredados —nos dijo—. Vengo a decirles que eleven su resignación al nivel de sus pruebas; que lloren, porque el dolor fue consagrado en el Huerto de Los Olivos; pero que esperen porque los ángeles consoladores vendrán también a enjugar sus lágrimas. Nada se pierde en el reino de mi Padre, y vuestros sudores y vuestras miserias forman el tesoro que deben haceros ricos en las esferas superiores, en donde la luz reemplaza a las tinieblas, y en donde el más desnudo de vosotros puede que sea el más radiante de luz. Sí, hermano Carlos, suframos, lloremos, pero sin odios ni rencores en el corazón. Pensemos también que para poder encontrar las causas de nuestros sufrimientos, es preciso mirar lo pasado. . . Más allá de lo que han visto nuestros ojos, y de lo que nuestro pensamiento recuerda.

—¡Bien que filosofeya el Chico! ¿Verdá *hermanitos?* —dijo atragantándose de esputos el Peretete, quien no desperdiciaba oportunidad de recurrir al gracejo—. Es una biblia el baboso; pero con todo y el discursazo que nos acaba de echar encima, ay vive maldiciendo de su suerte y diciendo que de un momento a otro se romperá la de hacer versos.

—¡Echese ese trompo a la uña, padre Francisco! —dijo Lalo el *Canillita*, que siempre iba haciéndole segunda al Peretete.

Y la bóveda resonaba por la tos y las risas de todos. Y Chico Tapita, sin inmutarse respondía:

—Como ser de carne y huesos que soy, no niego que a veces me entran grandes desesperaciones; pero por eso aquí me ven tirado durante ratos y ratos, pidiendo perdón a Dios por este insensato deseo de irme del mundo antes de que él lo disponga.

—Se me hace que usté ha estudiado para cura, Chicó —dijo un enfermo desde la oscuridad.

—No. Por gracia de Dios, hermano.

Y me pregunta:

—¿Espiritista quizá, Chico?

—Por gracia de Dios, hermano.

Callamos. Arriba seguía pasando el río de plata; pero sobre mi espíritu afiebrado, las palabras de Chico Tapita habían caído como una suave lluvia de resignación.

* * *

Hacía tres días que ya no se levantaba sino para ir por ahí no más

a orinar, pues que otra cosa no podría hacer porque rotundamente se negaba a probar alimentos masticables. En vano Elena y la otra mujer acudían solícitas, a ofrecerle algún cumbito de atole de maicena, o un trozo de queso con tortilla tostada. El respondía afablemente:

—Que Dios se los pague, hermanas. Ya les dije que no puedo comer. No tengo apetito.

—Aunque sea un bocado, Chico.

—No. No quiero. No quiero.

Y volvía el rostro hacia la pared.

Durante el primer día de ayuno, el Peretete y el *Canillita* lo acosaron a chanzonetas; pero él permaneció impasible. Unas veces acostado boca arriba con las manos entrelazadas sobre el pecho. Otras, acurrucado ahí, bajo el sol, el mentón apretado contra las rótulas huesudas y los brazos desmayados. Rascando la arena con la concha del índice y viendo correr el hilo de agua negra.

Yo estaba realmente preocupado. Cuando le dirigía la palabra se limitaba a sonreírme tristemente. La piel se le había puesto cenicienta, los ojos más brillantes y hundidos, la voz cavernosa y la respiración silbante y acelerada.

No cabía duda: a Chico Tapita le pasaba algo trágico. Terrible. ¿Por qué ese obstinado mutismo y ese terco empeñarse en no probar bocado?

Me fui acercando, despacio. Me senté junto a él en la arena caliente. El sol de las tres lanzaba sobre el zanjón sus oblicuos rayos de fuego. El, haciendo como que ignoraba mi presencia, siguió abstraído, viendo pasar la corriente. Se veía cansado. Tosía y escupía en el agua.

—¿Qué hora es? —dije, y mi pregunta quedó sin respuesta. Pero yo estaba propuesto a hacerle hablar, e insistí:

—¡Uf, qué calor sofocante! ¿Cree que lloverá hoy, Chico?

—Tal vez, hermano.

—A esta hora se siente uno más enfermo de lo que está en realidad. . .

—Sí pues. . .

Yo quería saber, tenía que saber lo que le pasaba a mi pobre amigo y dije ya sin reticencias:

—A usted le pasa algo Chico. Y, bueno, no es que yo quiera meterme a averiguar la causa del cambio repentino que hemos notado en usted últimamente, pero. . . la verdad, estamos preocupados. . . De veras Chico, yo quisiera servirle en algo. Usted que nos llama hermanos y que en verdad ha sido más que hermano para nosotros ¿por qué nos niega la palabra y no quiere aceptar nuestros pequeños servicios? ¿Qué le pasa Chico?

—Es que hay cosas que de verdad parten el corazón, hermano Carlos.

Dijo esto con un desconsuelo tal y en un tono tan triste que, de momento, no supe qué replicar, sin embargo, dije por decir algo:

—Pero recuerde usted que no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista.

—A Dios gracias... Y ése es mi mejor consuelo, porque sé que voy llegando al fin... Oiga —dijo volviéndose bruscamente hacia mí con los ojos encendidos, los puños apretados y el pelo en desorden sobre la frente sudorosa. Hasta entonces noté que se le había encanecido el cabello de las sienes— es horrible. El niño murió y ella va tener un hijo de otro.

—Pero, ¿qué es lo que dice usted?

Y él, sin responder directamente a mi pregunta:

—Me lo contó un amigo que viene todos los meses a vender jarcia. El niño murió, dicen que de bronquitis, y ella, que sin duda vive desde hace mucho tiempo con el chofer de "La Santa Fe", está para dar a luz. Está bien, no quiso esperarme... O tal vez se cansó de esperarme. ¡Pobrecita! Yo no podía regresar ya. Con la esperanza de conseguir cama en el Hospital, he vivido diez meses bajo este puente. Soñaba con regresar un día, feliz, para estrecharlos contra mi pecho sano y robusto. Mas, ahora, soy menos que una piltrafa humana. Pero yo la perdono, ¡Dios mío! —dijo cada vez más agitado e incoherente—. Este sufrimiento mío es justo. ¡Señor! Gracias por haberme dado esta oportunidad de expiar mi pasado...

Las palabras se le apretaban en la garganta enronquecida. Tenía los ojos fijos en el cielo, repentinamente oscurecido por pardas nubes de tormenta. De pronto, mirándome otra vez a la cara, me dijo:

—Hermano Carlos, piense por amor a Dios en lo que está haciendo. Elena es casi una niña... Y, según lo que le dijo hace algunos días el doctor Arroyo (ya no quiso decir Alcoviche), puede llegar a curarse. Pero usted... Bueno, tal vez necesita más tiempo para su cura completa.

—Tarde llegan sus consejos —dijo bajando la cabeza avergonzado.

—¿Qué quiere usted decir, hermano, por Cristo?

—Elena va a tener un hijo...

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —clamó Chico Tapita elevando los brazos al cielo.

Un relámpago rapidísimo, como una mano de oro, arañó la enorme corcova del volcán de enfrente, y un trueno pasó rodando, rodando como un gran lamento por entre el corazón de las nubes próximas a llover.

* * *

Chico Tapita murió antenoche.

Elena consiguió cama en la Cuarta. No quería irse. Estuvo sollozando durante largo rato sobre los huesos de mi pecho. Hazlo por nuestro hijo, le dije, y ella se fue caminando lentamente por ese caminito que yo no podré subir nunca más.

En mi vida, recuerdo haber cometido, conscientemente, una sola vileza. Este sufrimiento mío. ¿Es justo, Señor?

LA FUGA

Cuando Pedro Dimas llegó a San Rafael Siguanango, no traía mujer ni paludismo. Solamente unas alforjas con un pantalón de macartur, una camisa hondureña con ojetes en la espalda y un colín nuevo, nuevito, con la marca aún pegada junto a la cacha de hueso. Marca "Martiyo" y pavón blanco en el colín, y su cacha negra y lustrosa como *piedra de rayo*, como *ojo de venado*.

Era más que liviano el equipaje de Pedro Dimas; pero traía algo muy pesado dentro del corazón: el recuerdo de la Angela, su pobre mujer, que murió de inflamación en la verija, y dejó tendida bajo siete cuartas de barro y cascajo allá, bien lejos, a más de cincuenta leguas, encima de aquellas crestas que desde aquí ya no se alcanzan a ver porque de tan lejos que están y tan altas que son, se borran en el aire azul junto al cielo azul. Allá, por donde el recién nacido hilo del río Sumpul, tímidamente va enredándose entre las corronchudas astas de los pinos, choyándose por el liso lajerío, colgándose, culebrita de plata, de los altos picos de las rocas montañeras. A veces, en el fondo de un musgoso cajón, se apupila en un quieto remanso y se adormece arrullado por su propia canción y el rumor del alto pinar dorado de sol. De pronto, cuando menos lo piensa, lo despierta el grito de sus mismos cristales al ir otra vez, cordillera abajo, haciéndose chingaste contra las filosas aristas de los despeñaderos. Cuántas veces encontró a la Angela, por allá, aporreando los trapos contra las piedras, con la espalda pringada de brillantes gotitas de agua, con los muslos morenos reflejados en su linfa oroazulada.

Cuando Pedro Dimas llegó a San Rafael Siguanango, sólo había unos cuantos ranchos de paja embrocados como sombreros viejos y deshilachados sobre la suave loma desde la que se dominaban los extensos potreros que bajo morrales, una ceiba aquí, otra muy allá, grupos de papaturros y cocoteros, se iban alejando, alejando, hasta juntarse con el

lejano horizonte, ese horizonte costero que tarde a tarde hace gala de incendios multicolores.

En el corredor del rancho más grande, paredes de tablas podridas y suelo empedrado, estaba un hombre echado sobre una hamaca de costal con manguíos de pita. Pedro Dimas saludó:

—Tardes le dé Dios...

El hombre se llevó rápido la mano a la pistola y encendió el único ojo colorado y relampagueante, pues que el otro se lo apagó para siempre la brasa de una bala alevosa y vengadora.

—¿Qué anda buscando, amigo?

—Pegue, no más, señor...

—¿Y de onde viene usté?

—¡Iii! ¡Yo vengo de lejos! ¡Desde San Fernando!

—¿No se habrá fugado usté de la *península?*

—Si desconfía de yo, leya esta recomienda que me dieron en la alcaldía de mi pueblo.

Sacó unas mugrientas y sudadas tiras de cuero, de una que sin duda había sido cartera. Pupusa la cartera de papeles sucios: La magnífica, la vialidá, el boleto de patrulla, la cédula sin retrato, se le despegó, se le cayó saber dónde, quizás la Angela se lo arrancó diyitas antes de morir pa yevárselo con eya entro el cajón. ¡Pobrecita la Angela...! Se sentó en una banca aculada junto a la pared, siempre buscando entre la pupusa de papeles.

—Como que son puras guashcas eso de la recomienda —dijo el hombre, palmeándose un zancudo en el hombro pelado.

—Será tan grande mi tuerce que se mihá caído... No. Aquí está —sacó un papel más limpio. Lo desdobló—. Sí, este es... Tenía un sello morado más grande que una bamba—. Se lo alargó al hombre... —Léyala si gusta...

—Léyala usté...

—Es que, yo no sé ler...

—Entonces guárdese esa marranada, pues de nada los sirve ni a yo ni a usté... Pero no le veyo mal taye. Quédese, si quiere. Yo me yamo Régulo Chicas pa en lo que deseye... Dijo el choco a tiempo que desgobernaba la pistola para ver si tenía la carga completa.

Se quedó Pedro Dimas. Y con el hacha espejeante entre sus manos fuertes y callosas, durante mucho tiempo tiró sobre las lejanías ahumadas, ondulantes anillos de ecos vibradores. Después llegó a ser gallo pa la doma de potros y un maestro en el difícil arte del manejo del pial. Nunca lo desenrolló de balde, y en los tiempos de quema de ganado nadie llegó a igualarlo en destreza y temeridad. Res contra la cual el Pedro largaba su cabalgadura, era res doblegada, así se tratara de la ternera más garrapatosa, como del toro más soberbio y huracanado.

Pasaron los días. El montañés le fue tomando cariño a las planadas calientes y se fue familiarizando con los zancudos y las garrapatas. Llegaron los fríos y las calenturas y la piel del campista fue tomando un desvanecido color de metoquina; pero el paludismo, que a otros sume en la inercia y la incapacidad para el trabajo, al Pedro vino a servirle de estímulo para hacer derroche de jovialidad y energías. No más sentía que el frío lo acometía con alfilerazos de hielo por todas las costillas y los dientes empezaban a castañuelearle, prorrumpía en gritos y despampanantes exclamaciones:

—¡Uuuupaa! ¡Ya viene otra vez este jodido. . .! ¡Véyanlo! ¡Mírenlo! ¡Cómo me sacude el muy bruto! ¡Que naide se me vaya a acercar porque le calo una mordida pa que mentren en calor las jachas! ¡Ja, ja, ja! ¡Uuuupaa!

Así gritando, saltaba al patio y se retorcía en un endemoniado mambeo que hacía reventar de risa a los otros peones acurrucados en los corredores de la casona. Luego corría a la galera, agarraba la albarda sonora de tiras de cuero crudo, la pegaba al lomo escurridizo del "Indio", su caballo favorito —negro y alto era el brioso animal— y echando pie arriba, lo lanzaba por encima de la talanquera y lo tendía, la crin silbante, sobre los potreros planísimos. ¡Uuuupaa. . .! Poco a poco se iba apagando el tamboreo de los cascos y jinete y caballo no eran más que un punto negro y blanco que a la distancia volaba ondulante por entre los cocales. ¡Uuuupaaa!

La María Antonia hija de la molendera, contemplaba el suceso desde el corredor de la cocina y exclamaba: Pobrecito el Pedro. Como si las calenturas lo trastornaran. Y tan buen cabayero que es.

—Ojalá lo somatara el "Indio" por arrestoso —decía intencionadamente el choco Régulo Chicas.

—¡No seya tan mal pensado, don Régulo! ¿Qué le ha hecho el pobre Pedro pa que usté le deseye esa mala suerte?

—Es que no me gusta el modo como lo mira usté, Toñita chula. . . Se le acercaba. Sonreía meloso. Ella le daba la espalda y se metía en la cocina donde la nana palmoteaba las chengas. Caían las ruedotas blancas en el comal, chillaba la masa, la molendera soplaba el fuego, movía los tizones, un avispero de fuego salía de debajo del comal; bravas las malditas que se le metían hasta por los pellejos de las chiches. La María Antonia se carcajeaba comiéndose una pupusa de frijoles. ¡Ay! ¡Qué buenos han de estar esos frijolitos, Toñita! ¡Quién fuera tortiyita tostada. . .! El choco Régulo seguía sonriéndole desde la puerta de la cocina. La María Antonia se quedaba seria, viendo hacia los potreros por la ventana.

Horas más tarde, regresaba el Pedro, sudoroso, y con un torete engusanado a la cola del "Indio" trémulo que chorreaba espuma por la trompa y los ijares.

La María Antonia, saliendo al corredor, decíale sonriendo:

—¡Caramba con este loco de Pedro! En derrepente va quedar colgado del gancho de un morro.

—Sabe Toñita, que si no juera porque me gusta... usté, nada me importaría volar lejos, aunque juera en las tripas de los querques.

—¡Ya dice!

—¡Pordiosito que sí!

* * *

Estar enamorado, dice el poeta, es advertir en unos ojos una mirada verdadera que nos mira. Y eso, precisamente, era lo que el Pedro había advertido en los ojos alegres de la hija de la molendera. Y el campista era y no era feliz. Francamente no podía comprender lo que sentía en el pecho. ¿Era pena? ¿Era alegría...? Era alegría y pena a un mismo tiempo. Era algo que su corazón hubiera querido sentir y no sentir. Todo le parecía emotivo y nostálgico, y ante todo adoptaba una actitud contemplativa. La caída de una hoja, el golpe de un hacha lejana, el pitido de los trenes que pasaban por allá, hacia Acajutla, todo, absolutamente todo, le hacía pensar en el ser amado. ¿En la Angela? No. A veces sentía un remordimiento. ¿Cómo pudo olvidarla tan luego...? ¿Tan luego? Pero si llevaba más de tres años de fallecida. Ya era tiempo de buscarse otra hembra. La difunta no diría nada. Bien veía que él estaba joven y necesitaba mujer. Eso no es pecado. Es una necesidad como la de orinar. A veces le daban ganas de ir un domingo a Sonsonate. Allí por la Administración de Rentas vivían unas hembras bonitas y contentas. Cuando iban por la calle, en grupo, como niñas de colegio, los hombres les silbaban "¡qué cuero!" y ellas se reían a carcajadas y les tiraban besos y los llamaban con las manos. No eran orgullosas como las hijas del gobernador, que solían bajar hasta San Rafael Siguanango. Tal vez iría un domingo. Aunque sentía miedo porque el señor Chico Motate contaba que a él una vez le pegaron una enfermedad bien feya. Mejor no. ¡No fuera ser el diablo! Lo mejor era buscarse por aquí por la costa una mujer honrada para hacerse cargo deya del todo, y tener hijos para remirarse en eyos y tener quien le dé siquiera un bocado cuando uno ya está viejo. ¿Y la María Antonia? Tenía fama de coquetona y le gustaba reírse en las propias narices de cuantos la migueleaban y querían tomar las cosas muy en serio. Pero a él... A él lo miraba de un modo así... así...

Esta era la complicada situación del Pedro Dimas. Amaba a la María Antonia y se sabía amado por ella; pero nunca tuvo valor de hablarle a solas. A veces allá en la tranquila soledad de los potreros, a la sombra de algún papaturro y mientras el "Indio" mordía la grama junto

con las campanitas del freno, el Pedro, la cabeza olvidada contra el corronchudo tronco, el puro apagado en una esquina de la boca y la mirada ida en el vacío pensaba: Abuén, como si yo no juera hombre. ¿Por qué me habré vuelto tan encogido? Estoy seguro de que ella me quiere pero, de onde diablos me sale este miedo que me atraganta, siempre que estoy cerquita de eya? ¡No! ¡Son tonteras! De hoy en adelante, como me dé tantito lugar, la enamoro de una vez.

Con este firme propósito, optimista, se le alegraba el corazón. Parábase rápidamente, sacaba su eslabón, desenrollaba la mecha mugrienta, la juntaba con una piedrecilla blanca como pedacito de mármol y a fuerza de golpecitos, le sacaba estrellitas de fuego y encendía la chenca. Luego, acercándose al caballo que por allí cerca seguía ramoneando, le socaba la cincha, montaba y partía al trote largo. Lejos, allá junto al muro gris de los montales, los toros llenaban la tarde de sordos bramidos, mientras que un sol lidiador recogía lentamente sus dorados mantones de sobre los llanos.

E iba el campista cruzando por entre chaparrales verdes. Loros de vuelo alocado regresaban charlando hacia los manglares. Tras los iscanalares cercanos sentíase el tropel de la yeguada perseguida por el caliente relincho de los garañones. Al no más doblar un tranquilo grupo de sauces encenegados se miraba a lo lejos la ranchería, a cuya vista el optimismo del llanero se iba cambiando en zozobras indefinibles. El, que hubiera querido permanecer constantemente junto a la María Antonia, al aproximarse a las casas, sofrenaba el caballo y lo ponía al paso lento, como si no deseara llegar jamás.

Entre tanto, el mayordomo apretaba su asedio en torno a la muchacha. Y cuanto más grandes eran sus desprecios mayor era su insistencia: —No seya boba —decíale—, con yo nada le hará falta. Todos los quinces la yevaré "al Salvador" cuando vaya onde el patrón a traer el pisto pal pago. ¡Viera qué galán es andar en tren! En cada parada que hace compra uno de todo: pupusas de queso con lorocos, riguas, elotes cocidos, fresco de chan. En el Sitio del Niño venden unas quesadías que hasta se chupa los dedos uno. ¡Viera qué galán! A mí se me hace que el Pedro la migueleya; pero sólo fíjese Toñita, que ese pobre infeliz no tiene ni tapexco en qué quer muerto.

Una tarde, la María Antonia buscó a Pedro por los corrales y le contó lo del mayordomo.

—¡Espérese —dijo el campista apretando la mano contra la cacha del colín—, yo guá demostrar al tuerto ese cómo se chingan a los hombres!

—¡No Pedro! ¡Hágalo por yo! No le vaya a decir nada que ese indio es muy malo. No por gusto le han choquiado un ojo.

—Pues yo voy a dejar en la mera escurana a ese pendejo.

—¡No Pedro! ¡No! ¡Hágalo por yo. . .!

Por primera vez el Pedro se atrevió a tocarle las manos, y en la madrugadita vino a cantarle una canción intencionada.

"A orillas de un palomar
pasa un gavilán volando,
no tengas miedo paloma
que aquí estoy yo cuidando".

Lo acompañaba Aurelio Cushusha, famoso en toda la comarca por la malicia que imprimía al punteo de la guitarra.

Días después, una tarde, en que los otros campistas estaban como de costumbre conversando sobre los diversos incidentes del trabajo, se acercó el mayordomo diciendo, con una desfigurada sonrisa que le dejaba al descubierto los colmillos sarrosos y descarnados:

—¿Nunca han visto ustedes muchachos, a ciertos poyitos que sólo son malicia, pero quen devisando la sombra del gavilán corren, los muy culeros, a meterse debajo de las alas de la nana?

Los hombres comprendieron la alusión y guardaron silencio.

El Pedro, que estaba remendando un pial, se paró con el pretexto de alcanzar un pedazo de sebo y replicó:

—Lo que creyo quihán visto ustedes ¿verdá cheros? Es un infeliz gavilán choco quianda rondando poray a una poya que pa colmo. . .

El mayordomo, con el ojo relampagueante de rabia, le atajó gritándole, machete en mano:

—Bueno, ¿y vos por qué te picás?

—Si yo no me pico. . . Lo quihago es contar el cuento. Pero si quiere ¡rempuje!

Los dos hombres saltaron al patio. Los otros mozos contemplaban la escena asombrados. Nunca nadie en la hacienda se había atrevido a encararse de esa manera con Régulo Chicas, quien ya tenía algunas cruces sembradas en cajones y recodos, y había arrastrado la cadena del condenado durante más de quince años. Todos temían el inesperado y rapidísimo zarpazo del gavilán, aunque confiaban en la agilidad del pollo.

Los rivales se tanteaban con la punta de los machetes que espejeaban a los tendidos rayos del sol. Por los delgados labios del choco vagaba una fría sonrisa y clavando la pupila sanguínea en las de su contricante, retrocedía como calculando una distancia, tratando de atraérselo. . . El Pedro entre tanto, envuelto el brazo izquierdo con una zalea de carnero, se barría dando vueltas, el cuerpo inclinado hacia el lado tuerto del mayordomo.

De repente, la María Antonia se precipitó gritando entre los dos hombres:

—¡Dejen eso, por María Santísima! ¡Deje eso don Régulo! Si es verdá que me quiere, envaine ese machete. ¡Envaínelo por Dios! —le abrazaba las piernas... —Y usté Pedro ¡váyase! ¡Váyase! ¡Váyase...! —Lo fue empujando así hasta más allá de la talanquera. Luego regresó corriendo hasta donde el choco se pavoneaba dándose viento con el ala del sombrero.

—¡Quia agradezca ese istúpido opuesto quiusté lihá servido de ángel de la guardia, Toñita, si no, no siháfigura qué gayo lihubiera cantado!

—Sí, don Régulo. ¡Sí! Tiene usté razón; pero no haga caso, no se enfoque. ¡Véngase! ¡Véngase! Con un fresco de masa se le bajará la cólera.

—¡Válgame Dios! —comentó ño Chico Motate mientras colgaba su hamaca de las vigas del corredor—. ¡Válgame Dios! Entre más viejo, más se da cuenta uno del poder de l'hipocresía y lo que son las hembras...

Horas más tarde, bajo la redonda luna de enero, los colonos de la cercana hacienda de Miravalle, vieron pasar camino de Los Cóbanos, a un joven jinete cabalgando un negro y hermoso corcel, mientras que en la grupa se reía una muchacha feliz.

RENE ARTEAGA

Nació en Ciudad Arce el 20 de abril de 1928. Hizo sus estudios en la Escuela Normal de El Salvador y en la Facultad de Filosofía y Letras de México. Colabora en periódicos y revistas de México y Centro América. Cultiva el cuento y la poesía:

Obras: *El Picapedrero* (cuentos) inédita.

EL VENDEDOR DE SONRISAS

Hay cosas que se venden por sí solas y cosas que bien valen un galante ofrecimiento. Por supuesto que esta segunda manera se usa con anticipación a la venta, o a su compra, que para el caso da lo mismo. Y véase si no. Un chicle, por ejemplo. Viene un señor de muy lejos a un país de muy cerca. En aquel país hay mucha gente y en éste muy poca, pero además, en éste hay algo que no crece en aquél. Pues bien, esto que aquí crece es un árbol que da goma, inofensiva goma, tan inofensiva que bien pudiera masticarse sin peligro alguno. Habría que agregarle sabor, color y una forma adecuada a la mitad del tamaño natural de una boca en ademán de beso y ofrecerlo sagazmente con previa anticipación: "¡gentes de aquí y gentes de allá, abrid la boca; el chicle os dará distinción!" Este señor, pleno de modestia argucia y capaz de vender sin ofrecer la prueba, logra convencer a los consumidores sobre las cualidades que posee su producto. Al poco tiempo y a satisfecho juicio, el 80% de toda la población activa de ambos sexos y de ambos países, se divierte a plena elasticidad mientras consume por toneladas la inofensiva goma.

En este caso se trata de una cosa que no se vende por sí sola, pero se vende. Todo estriba en la galantería del ofrendante. Y aunque el producto no hizo distinguido a nadie y sí les abrió los ojos y la boca, todos creen serlo. La operación es perfecta. Otro ejemplo. Viene otro señor y hace el hielo, o mejor pensado, ordena que se lo hagan. El caso es que él, sabiendo de antemano que el mucho calor imposibilita el vivir en estado fresco, se ofrece enfriar todo lo cálido y promete, por medio del hielo, disolver cuanto calor exista sobre la faz de la tierra. Claro que la anticipación no es aquí muy prolongada al instante en que efectúa la compra, pues existe el peligro de un impremeditado aunque insoslayable derretimiento. Sin embargo, hay aquí previa galantería y operación completa.

Son, pues, tanto el chicle como el hielo, dos cosas que no se venden por sí solas, por cuanto se habla de sus bondades antes de sus anunciados efectos.

De las cosas que se venden por sí solas, simplemente no existen. El mundo es tan pequeño que ya todo lo grande está vendido y para continuar su venta, hay que valerse de las cosas pequeñas e insignificantes. Pero hay que ofrecer y ofrecer. Y esto ha llegado a tal extremo que hay una legión de vendedores de todo lo más minucioso e increíble que la mente humana pueda figurarse. De este modo, hay quien venda sonrisas... sonrisas discretamente escondidas en cajitas negras.

* * *

—"¡Tome usted una sonrisa caballero!" (he aquí a uno de estos legionarios). "Por mirar nada se pierde" (he aquí la previa galantería). "¡Sonría conmigo!" (La bondad se anticipa al efecto).

Así ofrecía don Núñez su novedoso artículo. Aquello no era en rigor un bien de consumo ni podría catalogarse dentro de las especies que pertenecen a los bienes o haberes de uso. Simplemente se trataba de eso que la mente humana no puede adivinar fácilmente. Raro era aquel que no deseaba mirar, al fin que nada había por perder y, para esto, tomaban con reverente curiosidad la cajita negra que el viejo de don Núñez traía colgada del pecho; después de unas cuantas arqueadas de cejas, escudriñaban el interior de aquel objeto; a un gesto penetrante y sagaz seguía la infalible sonrisa y el consiguiente pago.

El vendedor, mientras tanto, doblaba su endeble tronco para acercarse más a sus clientes. El entusiasmo cundía de mirada en mirada. La curiosidad se alborotaba sobre la cajita negra. Había toda clase de clientes, quiénes estudiantes noctívagos, quiénes vagos de profesión y paseantes sin meta; actores de carpas; coristas de teatros; una que otra pareja de licenciosos novios y gente inclasificable. Mas la postrer impresión era la misma en todos: ojos debidamente saltones, gestos nerviosos y alterados movimientos.

Noche a noche, don Núñez, campanilla en mano y cajita al pecho, se metía en bares, cafés y restaurantes de Santa María la Redonda. Se llegaba con alguna mesera y pedía primero su "vasito de agua fría".

—Mi vasito, por favor.

—A sus órdenes don Núñez, o bien, para servir a usted.

Nadie sabía el porqué de su preferencia por el agua fría. Tomaba el vaso de golpe, como quien no quiere humedecerse ni las muelas y gorgoriteaba el líquido con la cabeza alzada. Acto seguido, se pasaba de mesa en mesa. Aquí hacía una reverencia, allá una profunda caravana y más

allá una palmadita en el hombro de algún cliente. Sus gestos estaban determinados por la intensidad del pago. Tras él, todos quedaban sonriendo y visiblemente satisfechos. Adelante, la cajita pasaba de ojo en ojo. Por fin, desaparecía dejando un total murmullo de miradas saltonas y sonrisas en todos los que le habían adquirido su maravilloso artículo.

Apenas salía a la calle y ya volvía a perderse por la puerta de otro café, bar o restaurante.

—Mi vasito, por favor.

—Con todo gusto don Núñez.

Y don Núñez bebía.

Es probable que el agua hiciera las veces de introducción en su afanoso trajín. Valía la pena el apreciar la claridad de su voz y el ánimo bien dispuesto cada vez que se enfriaba la garganta. Aunque es de presumir que no se bebía todo el líquido, éste le proporcionaba un fresco bienestar y un renovado vigor. Bien se dice que el ofrecer merece igualdad de potencia, equilibrio en la intención y uniformidad de estilo. Y vaya que el agua encierra en cada gota el secreto del poder y la razón de la claridad fonética.

—Aquí están las sonrisas. Llévese la imagen de una mujer en los ojos. Vea hasta dónde llega la belleza. No sea incrédulo, vea más allá de su nariz.

O bien, tenía este otro estribillo:

"Ya les cayó su sonrisa.
Si me ayuda su dinero
le demuestro caballero
por qué tiene tanta fama
la sonrisa mexicana".

Y así se pasaba las noches aquel viejo vendedor. Siempre estaba a tiempo allí donde alguien deseaba sonreír. Nadie sabía quién era y quizá hubiera sido una desilusión el conocer sus antecedentes. A una figura como la suya, era preferible inventarle una nueva historia cada día. Don Núñez formaba parte de esa curiosa legión de vendedores de minucias que, a fuerza de obligación, había ido adoptando la única característica aceptable en un vendedor de sonrisas. Cuando empezó a vender su mercancía, no andaba muy bien que digamos. Era alegre, sin barba y sin esos anteojos oscuros que hoy amenazaban con desprendérseles a cada rato; el saco tenía toda su botonadura y sus pliegues correctos; los pantalones no le quedaban bolsonudos. El lunar sí que era el mismo, pues para colmo del lector, hay cosas que no cambian tan así. Antes no tenía esos vellos blancuzcos que hoy le rellenan los hoyos de la nariz; es probable que fuese más alto y menos encorvado de espaldas, cosa que algunos

intelectuales del Café París comentaban en seriedad de opiniones. Los había quienes le comparaban con un personaje de Balzac, quienes con un probable villista o un veterano revolucionario sin pensión federal. Finalmente, un fantástico charlista catalán, decía que esa figura le recordaba a un minero asturiano, muerto por vender el periódico de los JSU en plena defensa de Madrid; "claro, terminaba, aquél era más blanco y más avispado". Pese a la diversidad de comparaciones, todos coincidían en que su actual forma de ser, era la única que se adecuaba a la de un vendedor de sonrisas.

* * *

Don Núñez se venía acercando al lugar que ocupaba Galleguitos. El bar estaba repleto de viejos clientes y por la persiana asomaba el rostro misericordioso de una muchacha desarrapada. El murmullo de los bebedores, el humo de los cigarros y el clásico ruido intermitente de vasos y botellas, hacían de aquel lugar algo insoportable para un neófito como Galleguitos. Vestía como estudiante y tenía urgencia por emborracharse.

—Otra igual —clamaba cuando apenas había ingerido medio tarro de cerveza negra. Sólo aquella carita lánguida que asomaba por la persiana, le preocupaba y, en grado menos, un par de señores que tomaron asiento en las sillas giratorias de la barra. Don Núñez venía cada vez más cerca. Un saludo por aquí, una caravana por allá, mientras él, borracho por accidente, bebía sin misericordia de sí mismo. A cada momento el trapo del mesero secaba la humedad de su mesa; los dos señores consumían "dobles" mientras el tintineo de las copas le agradaban los oídos.

—Otra igual, mesero —la voz le salía cada vez más pastosa.

Pero no fue el mesero quien respondió a su llamado.

—Ya le llegó su sonrisa, caballero. . .

—Otra igual, he dicho. Al cabo. . . ¡pero! ¿qué quiere usted? —gritó observando a don Núñez que le aproximaba a los ojos la cajita negra. El viejo lucía una sonrisa estable.

—Sonría por favor; por mirar nada se pierde —dijo amablemente el viejo.

En ese momento, la niña de la persiana se decidió a entrar. Se dirigió resueltamente a los dos señores ofreciéndoles no sé qué cosa. Galleguitos la observaba. Los dos hombres no atendían la mirada suplicante de ella, que les mostraba en la palma de su mano unos envoltorios de papel celofán conteniendo su minuciosa mercancía.

El mesero le sirvió "otro igual" y don Núñez seguía insistiendo:

—Vea más allá de su nariz.

Galleguitos contestó:

—Sí veo, ¿y qué? Lo único que existe son dos señores que piden "dobles" y no atienden a una pobre muchacha que vende...

—No tiene importancia —don Núñez se acercó más y más al neófito bebedor. Extendió la cajita a sus ojos y entonó su estribillo:

"...por qué tiene tanta fama
la sonrisa mexicana".

Los ojos de Galleguitos no resistieron más la tentación y pasaron con rapidez sobre aquellas fotografías de mujeres desnudas. Con el índice derecho oprimía el botón de la cajita y las figuras llamadas pornográficas por algunos editoriales de la prensa "seria", iban cambiando una a una hasta que terminó el brillante desfile encerrado en aquella caja negra. Con ademán indiferente, retiró de su vista el objeto y siguió observando a la muchacha. Sin duda, ella era ofrendante de alguna cosa que no se vende por sí sola.

—¿Cuánto es? —preguntó al viejo disponiéndose a dar cuenta de su cerveza. Su rostro se iba tornando infantil en cada sorbo. El viejo, que lo miraba atentamente, afianzándose los anteojos oscuros con la mano izquierda y con la derecha mostrándole la cajita, le dijo:

—Como yo vendo sonrisas y usted no ha sonreído, nada me debe—. Don Núñez había hablado con seria preocupación. Galleguitos, confuso por tan rara explicación, se embolsó el billete que había extendido.

—Qué curioso. ¡Mesero! Otras dos iguales.

—Perdone, caballero —dijo el viejo tomando asiento frente al joven—, pero yo no bebo más que agua, agua fría.

—Pues tráigale agua fría y a mí me da otro tarro de negra y me da la cuenta, por favor.

El mesero se acercó sólo con la cerveza y sin el agua, explicando que el hielo se había terminado. Galleguitos se disculpó ante su invitado y éste, sin darle importancia a la falta de agua, inició la conversación.

—¿Sabe? Tengo años en el oficio y usted es el primero que me falla. Antes de usted, todos me han sonreído. ¿Qué le pasa? Tenga confianza en este pobre viejo y cuénteme.

Galleguitos, con voz gastada por la cantidad de cerveza que había bebido y en actitud de quien está frente a un padre bonachón, le contestó:

—Nada me pasa. Nada interesante—. Dos lágrimas le asomaban por los ojos. Quizá temía la mirada de la muchacha pobre que vendía cosas, pero sólo vio al par de señores que, dándoles la espalda, bebían "dobles". Las lágrimas le brincaron y corrieron libremente en su brillante rostro.

—Vamos, conteste amigo. Sepa usted que don Núñez también fue joven y entiende...

—No entiende. Le digo que no entiende—. El joven logró hablar con firmeza y bien pudiera decirse que con el rencor tras cada palabra.

—Sí que lo sé. ¿La novia?

—No, ya no tengo.

—¿Entonces...?

El bar estaba cerrando. Los dos señores firmaron un vale y se marcharon. Sólo el humo de los cigarrillos seguía igual. El mesero empezó a barrer discretamente y el cajero hacía cuentas.

—Cinco años en el mismo periódico y salirme con esas. No es justo. A esos señores...

—¿A los que se acaban de ir?

—No, a los del periódico—. Galleguitos continuó: —A esos señores les he servido fielmente. Si usted supiera. Allí me tenían día y noche por el mismo sueldo. Que un artículo, que un reportaje, en fin, todo por lo mismo. Siempre que les exigía el cumplimiento del contrato, me salían con que me habían recogido de la calle, que allí estaba practicando y que en otro lugar no tendría las atenciones que con ellos. No es justo.

Don Núñez no quiso preguntar ni el nombre del periódico ni nada más. Se descolgó la caja de sonrisas y atendió.

—¿Qué dice usted? Ayer me dijo el jefe: "Galleguitos, cubra la recepción de mañana". Y yo, cámara en mano, pues también le hago de fotógrafo, fui a cubrir la recepción. Allí, en el piso número 20, se reunían todos los diplomáticos con sus respectivas esposas, a celebrar la llegada de otro diplomático. Aunque juro decirle que nunca me ha gustado andar en embajadas. El asunto es que a todos los fotografié cuando sostenían en sus manos sendos vasos de whisky, les pregunté sus nombres y terminado todo, corrí a la redacción y me puse a trabajar como un endemoniado, pues la edición ya estaba cerrada. Todo estuvo correcto, pero al día siguiente, cuál no fue mi sorpresa al recibir una nota del jefe. Quedaba despedido por "incumplimiento del deber y burlas a las naciones amigas". ¿Se da cuenta? ¿Burlas a las naciones amigas? Y eso fue ahora por la mañana. Galleguitos encendió un cigarro y dijo dando un fuerte y seco golpe sobre la mesa: ¡todo por una palabrita! ¿Y ahora me entiende?

—Casi, pero sería mejor que hablara más claro. Por hablar nada se pierde.

—Por escribir sí. En la edición de hoy, la noticia apareció cambiada y en lugar de "gran *recepción*", decía "gran *decepción*". Pero le aseguro que yo escribí correctamente, aunque salí decepcionado de tantos guantes, requiebros, brindis y discursos.

El viejo se puso de pie y, seguido por Galleguitos, se acercó al mesero.

—Mi vasito de agua, no importa que no esté fría. Hizo la reverencia de oficio, sonrió al buen mesero y bebió de un solo golpe el noble líquido.

Ya en la calle, habló de esta manera a su "decepcionado" amigo.

—Si yo no le hice sonreír, tampoco usted a mí y, como puede ver, los dos usamos cámara, nada más que la mía es falsa y la suya ha de ser de 14 quilates.

Galleguitos entendió que el viejo trataba de hacérsele más familiar y continuó la broma.

—En honra a la verdad, ¡qué decepción! Tomó la cajita de don Núñez y le oprimió gustosamente el botón. Ocho mujeres hermosas desfilaron por sus ojos. Todas eran blancas y estaban desnudas. Las había en todas las poses: de frente, de perfil, recostadas con despreocupación sobre alfombras rojas, guiñando el ojo o con el rostro levemente caído hacia atrás. La última fotografía tenía una ingeniosa inscripción: "Ya le llegó el momento de pagar". Una sonrisa le brotó en los labios y, sin que el viejo lo notara, le dejó caer una moneda de plata en la bolsa del saco. La operación fue perfecta.

* * *

Este fue el incidente más agradable que don Núñez tuvo en su brillante carrera de vendedor de sonrisas. En su historial de ofrendante, todos le habían sonreído, hasta el propio Galleguitos.

No cabe duda que en este mundo, las sonrisas no se venden por sí solas.

San Salvador, septiembre de 1955.

LA CALLE DE DAVID

David se encontró de improviso nada menos que con su propia figura. Tenía cinco días de no verse al espejo y una barba raspona le azuleaba en el rostro pegajoso. Como tardara mucho en desprenderse la mirada que le dirigían sus mismos ojos, la bajó hasta la letra D de su propia corbata italiana y murmuró con jocosa convicción: "¡David!" una leve sonrisa lo aclaró todo y volvió a decirse lo mismo: "¡David!" Quizá no exista persona que no haya autogozádose con cierto íntimo rubor, ante la presencia de un espejo minucioso, de modo particular, cuando, como en el caso del hombre de la D, el rostro clamaba ardorosamente la suave contrición de encontrarse a solas después de cinco días de ausencia. Que a estos cinco días había que prolongarles el curso nocturno de las noches conscientes. La mirada no suele ser inamovible y, en búsqueda de semejante perfección, hay que dar cabida a lo movedizo. Por eso, David vio hacia los lados para cerciorarse si alguna burlesca e incomprensible opinión de algún transeúnte le sorprendía; sólo un taconeo pausado, rítmico y en constante disminución, se escapaba en un lugar indefinido de la calle.

El escaparate invitaba amablemente a los 300 mil habitantes de la capital, a usar una sola marca de reloj. El cristal —frontera de dos hombres iguales entre sí, uno real y otro también real— estaba húmedo, como cualesquiera de esos cristales que acaban de soportar una lluvia tibia y escurridiza. En el portal de enfrente, oscuro, moría un murmullo de unas voces apagadas, roncas y lentas. La nota discordante la puso un sonsonete infantil que, por el rigor de la necesidad, balbuceaba: "Ultimas Noticias, la que vale cinco en cuartillo". Después, la soledad se adueñó de David. Un escalofrío le recorrió el interior del saco. Aquella oferta, nada descabellada por cierto, le quedó girando en la cabeza, pero no fue gran cosa el cuidado que le concedió. No le interesaba la lectura de los diarios que no se venden a su precio correcto. Encendió un cigarillo y después

de sacudirse una gota de agua que de la frente le rodó a la nariz, pensó: "un muerto por cualquier infracción a los buenos modales de la pobreza; algún escándalo en más de algún bar; el ladrón de ayer capturado al fin; la cartera que jamás se encontró; la fotografía del vencedor en el concurso anual que consiste en comprobar quién es el ser humano que ingiere más cerveza continuadamente; el perrito faldero que se extravió frente a una embajada europea y por el cual prometen jugosa recompensa; los resultados en las grandes ligas de beisbol; un editorial que bien habla de erradicar definitivamente el paludismo de América Latina y Birmania, o bien, de introducir en nuestro país el cultivo del frijol soya; cuartos para señoritas bien católicas o matrimonio sin hijos; un arquitecto que habla cinco idiomas y solicita urgentemente cualquier empleo, aunque sea de corrector de pruebas, y una sarta de anuncios: "C'est la meme chose, la meme chose".

Pero a qué elucubrar demasiado. De todos modos, el niño no tenía la menor culpa en el negocio y, además, dormía profundamente y quizá soñaba con llegar algún día a poder usar corbata italiana, con inicial y todo. Si el dato no viene al caso, vale la pena consignarlo, pero resulta que este niño ansiaba ser grande sólo para fumarse los puros de su padre, un albañil de cepa, y cuando estaba en camino de serlo, su padre murió y tuvo que dedicarse a esta rama del periodismo.

El reloj que colgaba de la cornisa esquinera, dio muchas veces la hora. Las manecillas giraban en su carátula de números romanos. Giraban con pasmosa fidelidad. Y esto sí le interesó, ya que no disgusta observar de cómo la redondez de una carátula se ve apreciable cuando doce números romanos la circundan. Impulsado por aquel testigo nada burlesco, que no ostentaba el precio de ser la única marca disponible en todo el mundo, David se vio otra vez en el espejo. En fracción de segundo, se aseguró inaugurar desde ese momento una vida nueva; con rapidez se redondeó el nudo de la corbata y con suavidad empañó el vidrio del escaparate con una bocanada de humo. Pensó en lo que le diría a cualquier curioso que se aproximase. Primero le ofrecería un cigarrillo. ¡Ya estaba! Acto seguido le argumentaría con circunspección, el porqué no estaba de común acuerdo con el dueño de la relojería que aseguraba vender la mejor marca del mundo. Bastaba con apreciar el reloj de los números romanos, y ¡asunto concluido! O simplemente le diría la verdad, que (entre paréntesis), ni él mismo podía poner en claro. Pero nadie pasaba ni pasaría a semejante hora. La calle era larga, estaba tupida de neblina movediza y encerraba un enorme lingote de calor endemoniado que lo obligaba a soplarse el pecho por un resquicio de la camisa. "Lo mejor, pensaba, era comenzar a vivir". Hace de cuenta que iba como a nacer de nuevo, que nada le sería infiel a sus pretensiones. Por un momento decidió que al día siguiente, con el sol de los empleados

cumplidores, se rasuraría, pediría algunos cinco pesos prestados al amigo que le guardaba su equipaje y que, con su corbata ya seca y bien anudada, iría a ver al señor Ministro. ¡Eso, al señor Ministro! La tabla de salvación. La aurora de su vida, como diría aquel poeta cursi. Mas, descontando los avatares de la entrevista, no aceptaba el sólo imaginarse saliendo de Palacio con un "no" diplomático brincándole en todo su renacido optimismo. Pensaba que lo mejor sería no forzar situación alguna y seguir el curso normal de los acontecimientos. Porque a un señor Ministro hay que hablarle con cierta modulación en la voz, con la pierna cruzada y tal vez sin fumar, sentado en mullido sillón al fondo de un inmenso despacho, pero, fundamentalmente, saber suministrar su habilidad, a modo de saber bien dosificar lo que se llama "al grano", con ciertos agradables rodeos, dar de cuando en cuando un golpecito semicontundente sobre la pierna cruzada y procurar por todos los medios, no tropezar a la salida, con la gruesa orilla de la alfombra. Y qué tal si le inquiriera sobre los "artistas" de cine, los pormenores de la sentida muerte de Jorge Negrete, etc., etc.; en este caso, no sabría qué contestar. Sucedía que él era tan raro que nada de eso sabía. Y últimamente, ya estaba hastiado de lo mismo. "Venga mañana; partida de nacimiento, cartas de mala pobreza y certificaciones de buena conducta; fotografías de tal tamaño; felicitaciones por tal o cual artículo publicado en la prensa y, para variar la redomada negativa, la infalible pregunta que se le hace a quien estuvo ausente durante se hizo por acá tal o cual cosa. Por ejemplo: "¿qué le parece la colonia X? ¿Ya fue a tal parte?" A él, lo único que le gustaba era La Puerta del Diablo y, para colmo de desgraciaduras, algunos proponían rebautizarla con el nombre de Puerta del Cielo. ¡Qué imaginación! "¡¡No, no, por favor!!" David dio un grito lastimero y comenzó a sollozar; aunque pareciera un lugar común, diré que su llanto le hizo verse más bajo de estatura, como un inconsolable anciano que llorara con la libertad del adolescente. Y ahora sí, si algún transeúnte osara pasar cerca de él, se agachara para verle el rostro y le enjugara las lágrimas con su misma corbata, le atribuiría una decidida ascendencia judía, por aquella cosa cierta de que muchos de los que viven en una ciudad de 300 mil habitantes, se imaginan precisamente blancos, pecosos, narizudos y con gafas, a los judíos nacidos de judíos. Pero qué va. David era simplemente un hombre que lloraba.

El ruido de un desvencijado camión y la algarabía de sus rotundos viajeros, se aproximaba rompiendo la noche. Los excursionistas, que eso eran, le gritaron cosas que no conviene mencionar; basta con explicar que era un grupo de albañiles; decididos a cambiar momentáneamente el mar por la ciudad. Así que se hubo esfumado aquel violento armatoste en la espesura de la neblina, David adoptó una postura serena, con esa serenidad que sólo viene cuando, desde una roca negra cubierta de flores blan-

cas, nos imaginamos cuán azul es el mar y qué fresca es la brisa que nace de sus olas.

Una lluvia cernida comenzó a desprenderse; los árboles del Parque Libertad se mecían sin elocuencia. El frescor lo inundó todo, desde la esquina del reloj hasta el fin de aquella calle casi transparente, por donde apareciera el camión repleto de albañilerías. En el cuenco del portal, las voces se apretujaron unas a otras, como si sus dueños se hubieran hacinado para garantizar un sueño reparador.

A David ya no le fue fácil verse a los ojos. Un relojito de mujer giraba —sin visible eje ni sostén— alrededor de una esfera luminosa. La mirada se le agrandaba cada vez que el Omega femenino pasaba sobre la península de Yucatán, México, California, y se le apagaba cuando su sombra se perdía sobre el mar pacífico. De nuevo volvía a aparecer describiendo el mismo círculo. Y vaya, que ese reloj no se decidía a pasar sobre Suiza, ni siquiera sobre Suecia. Si no era el mejor de su clase, cuando menos podía tenerse como misteriosamente exacto en todas y cada una de sus vueltas. "Un reloj de mujer sobre el mundo". ¡Bonito modo de definir la vida! El asunto es vender. Una mueca de chasco abatió el rostro de David, agitó nerviosamente el brazo derecho y, dando cómicos saltitos, se resignó a que su cigarrillo, casi entero, se deshiciera en el charco que sus ropas mojadas habían formado en el piso. Por suerte, nadie acertó a pasar en ese otro momento. ¡Con lo caro que estaba el tabaco!

Como viera que el portal dormía, que el famoso reloj no tenía para cuando acabar de hacer piruetas mercantilistas y que toda la ciudad dormitaba a su alrededor, aprovechó de medio a medio tan escabroso silencio para ojear su pasaporte. "República de El Salvador. David Rodríguez Rósenberg, conocido socialmente por David Rodríguez. 27 años. Soltero. Estudiante". Encendió un nuevo cigarrillo y siguió leyendo: "Visa de Tránsito. México. Ilopango. Migración"; otra vez "Migración". "La misma cosa", pensó, cerrando despreciativamente aquel documento que lo identificaba como a un hombre corriente. Lo guardó en la bolsa derecha del saco. Sus dedos estaban amoratados. Un frío tropical le endureció los pómulos y orejas. La punta de la nariz le dolía. Se desdobló el cuello del saco, metió la barbilla hasta toparla con el nudo de la corbata y se embolsó las manos. Así quedó largo rato. La pared le servía de sostén, mientras su mirada seguía los movimientos del vapor acuoso que pululaba sobre los baches de la calle, de su otra calle. El vendedor de noticias roncaba en el portal, cubierto con su mercancía rezagada para siempre. ¡Qué dura es la vida!

* * *

La Calle de Correo Mayor aún conserva los sinsabores del México

de antaño. El tezontle enrojece su recuerdo. La pobreza de sus habitantes es general, a excepción de los vendedores de ropa —asiáticos en su mayoría— que, después de los regateos de la gente, siempre salen gananciosos a fuerza de palmaditas en el hombro y ademanes de orador.

Desde el Hospital Juárez hasta las calles de Moneda (hoy Emiliano Zapata), el trajín de los cargadores empulcados y el ajetreo cotidiano de compradores y vendedores, hacían de aquella inmensa avenida, un estrecho mercado al aire libre, donde, en la casa 102, vivía David. Siete años la recorrió. Por aquí jamás se llega a Acapulco ni a los cabarets de lujo. La Facultad, el trabajo y el Monte de Piedad, son lugares más accesibles cuando no se posee más que un mísero salario, unos cuantos libros que leer y algún relojito, no precisamente Omega, que empeñar.

Un día, el simple recuerdo de la patria (en la que no tenía patrimonio alguno), lo obligó a volver. También la calle. Por todo equipaje, lio en un enorme papel sus haberes; sus haberes de siete años. Fotografías familiares, calificaciones de la Universidad, un cincho nuevo, dos piezas de ropa y una buena botella de mezcal. ¡Ah!, y la corbata italiana, regalo de una muchacha paralítica a quien daba clases de francés a domicilio.

Aquella calle, aquella gigantesca ciudad, a la que le conocía sus más íntimos vericuetos, sus grandes avenidas, su nobleza en el llorar y su natural modestia en el reír, le dijo adiós con aparente indiferencia. Atrás dejaba siete años de su vida y quizá la amaba mucho, porque en ella aprendió a disimular perfectamente el llanto.

Y un día volvió. Se goza más del vuelo aéreo cuando algún grupo de magníficos amigos del Café París se hacen cargo de pagar el pasaje. Y aunque su nueva calle no se llamaba Correo Mayor ni vivía en ningún 102; aunque por ella jamás llegó al trabajo ni al montepío siquiera, a sus lados se extendían dos voraces filas de tenderos que siempre salían ganando. Por lo visto, el regateo de la pobredad no tiene resultado alguno ante las palmaditas convincentes y las gesticulaciones de orador de los vendedores de ropa, relojes y demás baratijas. En todas partes abundan las casualidades absolutas. "C'est la méme chose; la méme chose".

Cinco días después de su llegada, David salía de paseo nocturno. Un escaparate le había llamado la atención y allí quedó por largo tiempo.

* * *

Las cinco del amanecer. Aquel reloj de números romanos no se pasaba la hora sin dar previo aviso. En ese mismo momento, el vendedor de noticias andaría pregonando su nueva mercancía, los albañiles excursionistas se encontrarían a poca distancia del mar y, quizá, el señor Ministro dormía tibiamente sobre un agradable colchón y vestido con una pijama blanca.

La banda de guerra de la Policía Nacional tocaba La Adelita y David Rodríguez Rósenberg, conocido socialmente por David Rodríguez, encendió su último cigarrillo y se metió en la calle recién alumbrada por el sol.

San Salvador, septiembre de 1955.

ALVARO MENENDEZ LEAL

Conocido internacionalmente como Alvaro Menén Desleal, nació en Santa Ana el 13 de marzo de 1931. Al momento de realizar la segunda edición de esta ANTOLOGIA DEL CUENTO SALVADOREÑO, Menén Desleal ha sido traducido a varios idiomas y ha publicado tanto en El Salvador como en el extranjero.

Ha vivido en México y Guatemala en donde ha ejercido el periodismo. Actualmente es Catedrático de la Universidad de Argel y figura en muchas antologías de cuentistas latinoamericanos.

Obras: "Una cuerda de Nylon y Oro y otros Cuentos Maravillosos", "Cuentos Breves y Maravillosos", "Historia de un país que edificó un Castillo de Hadas", "Hacer el amor en el refugio atómico" (cuentos), "Ciudad, Casa de todos" (Segundo Premio, Certamen Nacional de Cultura, 1966, rama de Urbanismo), "Luz Negra" (teatro).

ONCE NARANJAS

A las margaritas de aquel prado de Carolina 128, que me vieron vivir horas eternas.

El sol ya estaba alto. Es un mero decir, porque enfrente, a los lados, atrás, muchas nubes grises, apuñadas, en lucha, impedían verlo. Cosas sin sentido: un árbol en la acera. ¿Quién inventó los árboles? ¿Quién inventó las nubes? A nadie hay que echarle la culpa, ni a nadie hay que darle el mérito. El sol, las nubes y el árbol están porque sí. Este mundo no sería este mundo si esa nube no fuese gris; ni esta ciudad sería esta ciudad si ese árbol no creciese en esa acera. Cuando hay sol y nubes y árboles, debe haber hombres.

Y el hombre siempre debe estar de pie...

Abrió los ojos, despacio, y se movió, poco a poco. Poco a poco. Uno se da cuenta de que los párpados pueden caerse de pronto, desgajarse, desprenderse, como antes se ha caído el pelo, como antes se han caído algunos dientes, como se ha caído la voluntad. Sin uno quererlo, sin poderlo remediar, sin poderlo detener. ¿Y qué sería de un hombre sin párpados? Despierto para siempre, para siempre entrando la luz y el viento a través de las cuencas, a través de la sangre, hasta barrer el cerebro, hasta calcinar los huesos. Sin poder morir nunca, porque para morir de verdad hay que cerrar los ojos; sin poder morir, porque para morir hay que empezar por dormir... Morir. Dormir. Sí; dormir. Cuando se tiene hambre no hay más consuelo que dormir. Es cierto que el despertar es cosa grave, que los intestinos evidentemente no participan del sueño; pero, ¿quién asegura que tiene que despertarse siempre? Un día se dormirá de verdad. Los párpados clausurarán las cuencas irremediablemente, bondadosamente, y entonces habrá un sueño para todos los miembros del cuerpo, para todas las vísceras, para el corazón y los pulmones y los poros; y más que todo, con un sueño para las tripas. Sí. Para las tripas, más que todo...

Afuera, en las calles, en todas las calles del mundo, en todas las

ciudades del mundo, los gritos, la prisa, las carreras de siempre, el tráfago de todos los días. Un árbol creciendo en la acera, y bajo el árbol, sobre la acera, porquerías de perro y porquerías de hombre. Sobre la calle, sobre el árbol, sobre las porquerías de perro y de hombre, el mismo sol. Es un decir, porque en medio sólo está el mismo gris. Y el mismo dolor, la misma hambre, la misma duda, en las mismas gentes. ¿Las mismas gentes? ¡Qué importa! Las mismas caras, en los mismos troncos, sobre los mismos pies. Si acaso, una sonrisa, una muecasonrisa desusada y deslustrada. O un mendigo menos. O un mendigo más. O quizá... quizá... un mendigo que nació mendigo. O un mendigo de togada mendicidad. Muchos de estos mendigos van por todas las calles del mundo, elegantes, orgullosos, ricos de caudal, hartos siempre y siempre viendo el mejor modo de medrar, de explotar al hombre. Un mendigo de esos nunca tiene hambre, y nunca le preocupan sus párpados. Jamás duerme: vive pensando a toda hora que el orden hecho por él, que el orden hecho por otros mendigos como él, puede alterarse, cambiar, girar. Entonces perderá su caudal y sus palacios y tendrá hambre. Temerá que los mendigos hechos en virtud del orden por él impuesto, tomen venganza: que dejen de ser mendigos, que puedan decir lo que piensan y que puedan tener lo que necesitan...

Las mismas caras, en los mismos troncos, sobre los mismos pies. La misma hambre en las mismas bolsas de piel, en el mismo mendigo. Un mendigo es un hombre, un ex-hombre a quien la sociedad le escogió trabajo. Así. Nuestro orden, el Orden, lo exige: es preciso hacer mendigos para equilibrar...

—¿Para equilibrar qué?

—¡Bah! ¡Para equilibrar el equilibrio, vaya!

Se sentó en el catre y tosió. Dos voces, nada más, y eso no es grave. Se cubrió el pecho con la camisa y se asomó a la ventana. Menos mal que existe una ventana. Todo tiene una ventana y hay que hallarla. Siempre hay que hallarla. Es necesario.

¡Eso tenía que ser!

¿Por qué no hablar de otra cosa? Cuando se tiene hambre, hablar de *eso es* un crimen; es lesionar las cuerdas más sensibles de la dignidad humana... Pero, ¿es que tiene dignidad un hombre hambriento? ¿Es que es humano un hombre hambriento? ¡A saber! Pero es un crimen hablar de *eso*. Podría hablarse, en cambio, de política, de los maravillosos avances de la ciencia, del arte de matar hombres, del movimiento de las estrellas, del cambio de amo de un pueblo— ...bueno, esto último...; porque un pueblo con amo... —¡Sí. Hablar del fútbol, de la moda, de las reuniones sociales, de beneficencia, de cualquier cosa! Pero hablar de *eso*, hoy, con un altavoz y en plena calle... Claro; se comprende: el equilibrio, el orden... el Orden.

¡Esas mujeres! Cuando corren, las mujeres son muy cómicas. ¿Cómicas? Si se tiene hambre, ¿puede hallarse comicidad en algo? ¿Es que puede ser cómica una mujer hambrienta que corre? No. Esa mujer es altamente trágica. Es trágica su forma de correr, y son trágicos sus hijos macilentos, su marido preso y su hermano enrolado a la fuerza. Todo en ella es trágico. Todo en ella y todo lo de ella rezuma tragedia... ¿Para qué hablar de eso? ¿Tiene, acaso, importancia la tragedia de una mujer hambrienta? ¿A quién puede importarle una familia hambrienta? Que su hija haya ganado el peso con que comprará comida, vendiendo su cuerpo en las calles, ¿qué importa? ¡Caray! De todas maneras es mejor no correr nunca. Uno así... así... ¡vaya, entended! así, con hambre, no puede mover los músculos. Se quiere, se necesita moverlos, pero no obedecen. ¿Qué se puede hacer entonces? Porque ellos, los músculos, tienen razones que la razón entiende perfectamente...

¡Qué ruido más infernal! ¿Es que no va a terminar nunca? ¡Más fuerte, más fuerte, hasta que revienten los tímpanos! ¡Grita, hínchate gritando, hasta que el mundo no sea más que un grito, hasta que el universo, el cosmos todo, se retuerza, se revuelque en un grito, en tu grito!

"A TODAS LAS AMAS DE CASA: DAMOS ONCE NARANJAS POR UN PESO. TAMBIEN TENEMOS PIÑAS A UNO CINCUENTA..."

¡Hínchate gritando!

"ONCE NARANJAS DE JUGO... POR UN PESO... USTED LAS ESCOGE..."

¡Hínchate! ¡Hínchate!

¡Once naranjas! ¡Ja! Dos unos a la par. ¿Es que dos naranjas son igual a once naranjas? No puede ser. Porque dos naranjas son más que once, y siempre será así para el hambriento. ¡Ay, para el hambriento! Si se sacase la radiografía de este espíritu, sería algo así como un uno. ¿Y el otro uno? Veamos... Sí: el cuerpo. Cuerpo y espíritu, radiografiados, un par de unos. Dos unos delgados. Un once delgado...

"ONCE NARANJAS DE JUGO... POR UN PESO... SOLO POR UN MOMENTO... PASE PRONTO POR NUESTRO CAMION A COMPRARLAS..."

¡Caray! Un jugo de un peso. Un jugo de once naranjas... Un jugo de veintidós naranjas. ¿Por qué no uno de treinta y tres naranjas? ¡Qué bien ha de saber un jugo de treinta y tres naranjas! Infinitamente amarillo, infinitamente dulce, infinitamente infinito. Un jugo para siempre. Un jugo de tres pesos. ¡Tres pesos! No es mucho cuando se tiene. ¡Un jugo de...!

"Y PIÑAS A UNO CINCUENTA..."

¡Si tuviese cincuenta centavos! Correría, sí, como las cómicas, como las trágicas mujeres que corren a lo mismo. Correría más que ellas, porque ellas tienen más carne en el cuerpo que arrastrar. Esas son las ventajas del hambre. Correría más que ellas, correría más, porque cuando se tiene un hambre de siglos, un hambre en los huesos, en el tuétano de los huesos del alma, no se guarda educación. Eso también puede ser una ventaja. Once naranjas arrastran. ¿Once? ¡Cinco naranjas! Medio peso. Un jugo de cinco naranjas. ¡De cinco...! Bueno: cuando se tienen cinco naranjas, no importa la mitad de una; pero cuando no se tienen cinco naranjas, ni tres, ni una, ni cicuenta centavos para comprarlas, importan las cáscaras de las naranjas...

¡Ah! Menos mal. Un organillo es un... ¡un organillo, claro! Algo que pretende vender naranjas musicales, y termina regalándolas. Eso también consuela. Naranjas multitudinarias para el hambre multitudinaria que no es hambre del cuerpo. El arte, la religión, son como especie de sueño. ¿El arte? Eso sirve para no estar conforme con lo malo. Para mejorar, para aliviar la presión de las cosas sobre los hombres. Para que éstos nunca se sientan mendigos, aunque tengan hambre, aunque su pelo se haya caído, sus dientes aflojado y su voluntad se haya disuelto. Y también para que los mendigos de la otra clase, los mendigos hartos y elegantes, sean más mendigos, sean irremediablemente más mendigos... ¿La religión? Esa para estar conforme. Para que los hombres no piensen y para que los mendigos hartos puedan estar seguros de hacer el bien a bajo costo, con economía, con regateo, a tanto por bondad, a tanto por absolución, con derecho hereditario sobre la propiedad, con sirvientes, con amantes, con joyas. Y es útil, también, la religión, para que el organillero y el mendigo estén conformes con su parte; para que aquella mujer que corre a comprar once naranjas con un peso que robó su hijo, esté conforme con su parte.

Cuando está tocando un organillo, las tripas se mueven menos; pero nace otra hambre, un Hambre; ¡y a fe que es hambre terrible!

"ONCE NARANJAS... SOLO POR UN INSTANTE..."

Se va; tenía que irse. ¿Qué puede hacer un organillero junto a un camión que vende naranjas a once por un peso?

"...ONCE NARANJAS... ONCE..."

¡Revienta! ¡Hínchate, ruido, de más ruido! ¡Envuelve, aplasta todo! ¡Aplasta tus once naranjas por un peso, aplástalas!

"...ONCE NARANJAS... SOLO..."

¿Y esta tos? Toser dos veces puede no ser malo; pero toser dos, más dos, más dos, más y más dos veces, sí puede ser grave. ¿Grave? ¡Ja! Elástica virtud de las palabras, costumbre, tradición del vocabulario. Después de comer una vez al día durante meses y meses, después de no comer por días y días, ¿puede haber algo grave? ¿Qué importa la tos, qué importa escupir sangre? Un accidente, ¿qué importa? La muerte, ¿no es acaso mejor que tantos meses de hambre?

¡Vamos, no entenderéis! A veces fallan hasta las ideas. Pero lo cierto es que después de tres meses de hambre deja de existir. ¡Qué digo! El hambre existe sólo al primer día en que no se come; en el segundo, molesta un tanto, un poco, pero molesta aún; más, en el tercer día, el hambre ya no existe, y menos en el cuarto, en el quinto día, en la segunda semana, en el segundo mes. La habéis vencido, estad ciertos. Y si un día, por un error del orden, del equilibrio, conseguís unas migajas, unas cuantas migajas, aun no suficientes para el hambre de un gato, es bastante. Demasiado, aún. Los otros tres, los otros seis, el resto, podéis comerlo la semana próxima. O la siguiente, sin prisa. Porque debéis practicar el hábito del ahorro; ¿recordáis la fábula de la hormiga y la cigarra...?

"...ONCE NARANJAS... SOLO POR UN PESO..."

Perdonad. Cuando se tiene hambre sólo se puede dormir y recordar. Nada más. ¿Qué puede exigírsele al músculo? El cerebro es otra cosa. Porque no exige movimientos es fácil y frecuente la acción de recordar. ¡Y qué recuerdos! Os alimentan el espíritu como once naranjas os pueden alimentar el cuerpo. Os hace persistir en vuestra hambre, y os convencen de que está plenamente justificada; de que estáis en lo cierto. Tranquilizan esas ideas. ¡De que está plenamente justificada! Por ejemplo, lo que aquel millonario director de periódico dijera:

"Lo más grande, lo más importante para un artista, para un soldado, para un hombre cualquiera, es mantenerse recto, puro, incorruptible. Pese a todo. Pese al dolor, pese al hambre..."

"...NARANJAS... SOLO POR UN PESO... ONCE..."

Conmueve recordar ese evangelio, ese ideario. ¡Ah! Se siente uno mejor. ¿Qué importa el hambre si se es recto? ¿Qué importa, al fin y al cabo, el sufrimiento, si se lleva en el alma la íntima convicción de que se ha actuado como debía actuarse? Entonces, cuando uno nunca se ha doblegado, cuando ningún hombre puede echaros en cara una mala actuación, cuando ningún índice de ninguna mano puede señalarnos, se ven

las ventajas del hambre. Es cierto nadie dirá eso mañana, cuando el hambre haya desprendido todos los miembros del cuerpo, cuando el hambre haya dado, al fin un sueño sin salida, sin posibilidad de escape; nadie dirá mañana, es cierto, la verdad, la trágica verdad, la harta y opulenta verdad que llevan dentro de sí muchos seres hambrientos...

¿Y lo que dijera aquel justo comerciante enriquecido?

—"No podéis aceptar. Es traicionar la causa del hombre. ¡Tenéis antes que morir de hambre!"

"...PIÑAS DULCES A UNO CINCUENTA..."

No está perdido aún el mundo. No es del todo maloliente la humanidad. Si aún hay dos personas que piensan así, la vida vale vivirse, y el sacrificio, el dolor, la muerte, ¡el hambre!, están justificados plenamente. Con una persona, no digamos dos. Con cualquiera de ellas. El director de periódico, cuyas inmensas posesiones, cuyos numerosos servidores, cuyas bellas amantes, cuyos coches y joyas y viajes largos debían impedirle hablar así. Pero lo dice y lo sostiene con valentía: "pese al dolor, pese al hambre..." Y con valentía, también lo sostiene ese comerciante. ¡Y vaya que ha sufrido! Llegó al país, cuenta él, sin un centavo; y a fuer de honrado y laborioso pudo levantar su fortuna; pero esa fortuna, con todo y lo crecida que es, no le impide reconocer la verdad. Pese a sus joyas, sus latifundios, sus servidores, sigue siendo honrado, justo, como al principio...

"...ONCE NARANJAS... VENGA PRONTO..."

A ambos la suerte ha de seguir socorriendo. Porque la suerte no puede menos: está obligada a proteger a tan justas personas...

"...PIÑAS DULCES... A UNO CINCUENTA..."

Estos intestinos. Y os he dicho que el hambre no existe. ¡Qué va a existir! Y si existe, es por veinticuatro horas. Por cuarentiocho, a lo más. Luego, existís sólo vosotros en vosotros mismos. Porque habéis de saber que el hombre es una verdadera fortaleza cuando su lado débil, el humano, ha sido reforzado. Y el flanco débil se refuerza con sufrimiento, con hambre. Lo dice aquel director de periódico en sus libros, y ese comerciante en sus consejos... Sí. El hambre es una idea, una hipótesis indemostrable. Existís sólo vosotros en vosotros mismos...

"...NARANJAS... POR UN PESO..."

Claro que eso no dura mucho. Cuestión de semanas, de meses. Cada

nuevo día de hambre vuestros músculos obedecerán menos, y menos, y menos, hasta que, por fin, descansen plenamente. Pero todo está justificado. Vuestro pelo, vuestros pulmones, vuestras células todas, habrán de dormir. Por cada hombre que nace, duerme un hombre. También ese es el orden. Con los astros es igual, de modo que no tenéis que afligiros. En esencia, este y el otro orden son lo mismo. Uno impuesto por la naturaleza, por Dios, por quien sea, y el otro impuesto por el artificio, por la explotación, por el hombre. Pero son, ya sabéis, lo mismo. ¿Acaso ignoráis que toda autoridad mana de lo divino? ¿Que cada hombre que esclaviza otros hombres no actúa por sí ni para sí, sino por la divinidad y para la divinidad? Debéis estar conformes, pues, con la suerte. Con vuestra suerte y con la de todos nosotros. Que no os conmueva ver morir al hombre. . .

". . .PIÑAS DULCES. . . A UNO CINCUENTA. . ."

. . .Que no os apene, tampoco, cuando os toque partir, dejar en las amadas calles los gritos, las carreras, la duda, el tráfago de siempre. Ni dejar de ver las mismas caras, en los mismos troncos, sobre los mismos pies. . .

¿Tenéis religión. . . ? ¡Es lástima! Porque si os tocara, si os estuviese destinado un trozo hediondo, podrido, de paraíso. . . ¡Vamos! No nos pongamos pesimistas. Después de todo lo que nos han prometido, no nos pueden fallar. . . Estad, estemos todos tranquilos. . . Las mismas caras, en los mismos troncos, sobre los mismos pies. . . El mismo árbol. Las mismas porquerías de perro y de hombre. El mismo sol, las mismas nubes, el mismo gris. Si acaso, como un error del orden, una sonrisa deslustrada y ya mohosa. O un mendigo menos. Un mendigo que se acostó a dormir y se le clavaron para siempre los párpados. Un mendigo que se acuesta es un probable mendigo menos. La muerte tiende celadas, y la cama es de todas la más peligrosa. . .

". . .ONCE NARANJAS POR UN PESO
. . .ULTIMA OPORTUNIDAD. . ."

Sí. La más peligrosa y la más cierta. Por eso los mendigos duermen en los quicios de las puertas, en las calles, en los basureros. Algunos. Porque hay quien busque cama para dormir. Son los más hambrientos, y necesitan dormir más. Para aliviarse. Porque alivia mucho, mucho, dormir cuando se tiene hambre. Dormir, aunque tenga que despertarse después. Hay esperanzas. ¿Quién asegura que siempre tiene que despertarse? Un día se dormirá de verdad; todos los miembros del cuerpo dor-

mirán de verdad. Y más que todo, las tripas dormirán de verdad. Sí. Las tripas, más que todo... las tripas...

"...ONCE NARANJAS POR UN PESO
...HASTA LA PROXIMA... OCASION..."

Un mendigo menos. Un mendigo hambriento menos. Porque hay mendigos que no tienen hambre, que están hartos. De esos no. Porque muchas veces ellos hacen el orden, determinan el equilibrio. Un mendigo hambriento duerme. Un mendigo de los otros nunca duerme. A un mendigo hambriento se le pueden clavar un día los párpados, mientras que el otro mendigo, si muere, le harán estatuas en que seguirá sin dormir, abiertos los párpados de piedra, abiertos día y noche... día y noche... También eso consuela. Un mendigo menos es un hombre, un ex-hombre, a quien la sociedad le escogió destino. Así. Porque el orden lo exige: hay que hacer mendigos para equilibrar, y para equilibrar hay que matar mendigos...

—¿Para equilibrar qué?

—¡El orden, vaya! Para la religión, para el progreso. Para los organillos, ¡sí, para los organillos! Para que sea grave toser dos veces; para ofrecer en las calles y con altavoz y once naranjas por un peso... ¡Qué importa! ¡Para equilibrar el equilibrio, vaya!

México, 1954.

PILAR BOLAÑOS DE CARBALLO

¿1920?-1961.—Licenciada en Leyes, vivió la mayor parte de su vida en San José, Costa Rica, donde se casó con el licenciado Luis Carballo, con quien tuvo hijos y luego se divorció. Puso fin a su vida y, con ello, a un drama familiar. Escribió poemas y cuentos que parece no han sido todavía recogidos en libro. Colaboró en *Repertorio Americano* de Joaquín García Monge. Perteneció al "Grupo Seis" integrado por Antonio Gamero, Oswaldo Escobar Velado, Rafael Alvarez Mónchez, Carlos Lovato, Matilde Elena López, Margoth Oconor (de Lewy Van Severen) y también por Cristóbal Humberto Ibarra, Ricardo Trigueros de León y Manuel Alonso Rodríguez.

EL TROMPO QUE NO SABIA BAILAR

El maestro Juan Corrales era un fornido y alto mestizo, respetable y respetado de todos en el barrio. La cara morena, en donde el mestizaje había hecho de las suyas, y la cabellera blanca, blanquísima, ondulosa y alborotada, tal y como figuran la del Padre Eterno, hacían tal contraste que obligaban a pensar en un viviente negativo de fotografía, donde la luz y la sombra se presentan al revés. Como buen cristiano, ido a misa, dedicaba al ocio los domingos y fiestas de guardar; pero no resignado: más trabajador aunque buen cristiano, y con seso propio, refunfuñaba siempre acerca de por qué a la Religión podía beneficiarle que él tuviera que pasarse durante aquellos largos días tan aburrido sin su habitual quehacer. Por eso, quien quisiera hallarlo en uno de esos días, tenía que llegarse, en no pocas ocasiones hasta el galerón añoso, de guachipilín rollizo con techumbre recubierta de tejas de barro, en donde tenía su enorme taller de carpintero.

Hasta allí, el gran galerón, solitario como estaba en esos días, hubo de llegar su biznieto, que se empeñaba en saludarlo, no sin sentir éste que le atajaba el miedo, que siempre acecha donde duerme el ruido.

Al verlo, el viejo puso su manota oscura sobre la cabeza del cipote, lo halagó más con los ojos suavizados de vieja y varonil ternura que con palabras, y, quizá buscando su propia forma de expresión, lo llevó de la mano hacia una rueda grande, de madera, que, guarnecida de una manija, podía fácilmente hacérsela girar en sentido vertical. ¡A ver, muchacho —dijo—, si podés con esto! Y uniendo el gesto a la palabra, hizo girar la rueda en la forma en que deseaba lo pudiera hacer el chico.

—¡Más parejo, muchacho!

Uno... dos... tres... varios ensayos y el chico estaba listo, a juicio del maestro, para llevar la tarea.

Con el paso lento que le era peculiar, más bien diríase pesado, que

hacía juego con su corpulencia y con su edad, recorrió la distancia que mediaba entre la rueda grande y otra chica, muy chica, que hacía girar un torno, para dejarlas unidas por medio de una larga correa de cuero embadurnada en sebo. Buscó luego en la solera, entre el maderamen y las tejas y de allí extrajo un trocito de madera oscurecido por el finísimo polvillo que vuela de los muebles cuando se hace el afinado. Lo miró en uno y otro sentido, por el largo y por el ancho, como si algo tuviera dentro y lo buscara; lo colocó en el torno, lo centró, lo aseguró con suaves golpes, y, en franca voz de mando, dijo: ¡Dale muchacho!

Unos segundos de impaciencia por lo irregular del movimiento; otros segundos de paciencia para lograr que se normalizara la indispensable regularidad de aquellas vueltas; y, con la misma seguridad de un virtuoso que lleva el arco a su violín, tomó del banco una cuchilla gubia, de filo en U, y la aplicó al madero. Po-pororó-po-po-poro-ropo-po. . . y cambió el madero de forma y de color.

Cuando apenas había levantado la gubia, cambióla por un plano formón y, rrrrrrrrrrrrrrrr. . . cayó en un zas sobre el banco toda una colochera rubia, dejando desnudo, liso y claro, el trocito que giraba. Otra cuchilla. . . otro sonido de vibración del acero y la madera; otro giro de la diestra mano y otras formas que surgían del material martirizado. Cada cuchilla daba su herida; cada herida daba su nota; cada nota daba una moldura; y sumadas moldura con moldura surgía la gracia de las formas nuevas.

Entre tanto, el chico, dale que dale a la rueda.

Yiyiyiyiyi. . . ¡tas!: la más fina de las cuchillas, con ese arrullo helado, después de trazar dibujos concéntricos al madero, había cortado la pieza terminada.

—¡Pará muchacho, pará! Y entonces el viejo, igual que lo hace el sacerdote con la eucaristía, levantó, cogido de las puntas, lo que quedaba del trocito de madera giratoria: eran dos trompos mellizos de color amarillo reluciente.

¡Ah —pensaba el chico—, cómo habrá podido sacar en cascaritas lo que sobraba en el trozo para dejar solamente, intactos, los dos trompos que llevaba la madera en sus entrañas!

Como lo hiciera un hipnotizado, el cipote seguía más a los trompos que al viejo para no perderse detalles de la ejecución y éste, de dos golpes de sierra separó uno de ellos y luego, con unos golpecitos de martillo y un mordisco de tenazas, le hizo nacer metálico puyón; descolgó de por allí una cuerda, lo enrolló en ella como si le pusiera capa, tiró de la cuerda como para desnudarlo y aquella forma de madera fue a quedarse en el suelo como dormida y roncando.

* * *

¡Miren qué trompo nuevo, nuevecito, mejor que todos!

Los ojos de los niños se volvieron ansiosos al recién llegado y luego destellaron la sincera envidia que les provocaba aquel trompo amarillo; todos lo querían tener.

—Bailalo, bailalo.

Paciente y cuidadoso, forzando la exactitud con la lengua, como si con ella subrayara cada vuelta, fue cubriendo el niño al trompo con la cuerda, mientras uno de quienes le miraban, repetía la conocida adivinanza:

"Me pongo la capa
si quiero bailar,
porque sin la capa
no quiero bailar.
Me quito la capa
si debo bailar,
porque con la capa
no puedo bailar".

Ya con capa el trompo, el chico alzó la mano como para fustigar, y tirando del cordel, dio con el trompo en el suelo; pero —paf—, sin que pudiera bailar. Como banda de pájaros en súbito peligro se alzó la risa de todas partes. . . y se fue con el viento. . .

Mohíno y corrido, no sabía si con el trompo o con el viejo, se alejó el cipote con el trompo en la palma de la mano, como si fuera un pájaro muerto. Aquel trompo que hasta hacía un instante había sido fundamento de su orgullo.

—Este trompo no sabe bailar; yo no lo quiero. Yo quiero uno que les gane a todos, que sea bailarín y trapecista, que se duerma y ronque en la palma de la mano. ¡Ay, si estuviera Teresita que me lo enseñe a bailar!

* * *

Morena y menuda, se pasa todo el día la bailarina suavizando movimientos y haciendo geometrías de gracia musical, con las floridas manos y los menudos pies tejiendo y destejiendo la gracia del ballet.

—Mira, Teresita, mi trompo no sabe bailar.

—¿Ah, sí? Dile que mire, que siga el piano así, y asá. . . y realizó mil gracias en la punta de un pie, giró sobre aquel punto hasta quedar como una corola estremecida, cambió de pie como una garza, alzó los brazos, movió las manos y los dedos como una flor que coqueteara, y

volvió a girar y a girar, hasta que el niño sólo contemplara en ella un lindo trompo dormido y roncador.

—¿Ves? Así, así, buscando la música, como tirada de un cordel, se gira y se gira...

El trompo se hizo grande en el bolsillo cuando de nuevo nació el orgullo infantil de ser su dueño. Volvió a tomarlo con cariño y le fue poniendo la capa al ritmo de la música del piano, y luego —zas—, inesperadamente lo plantó en medio de la sala y se quedó mirándolo enloquecido de contento; y fue entonces que le salieron dos graciosas piernas que como su sombra, seguían los movimientos de la bailarina y le brotaron dos menudos brazos —o así le pareció al niño por lo menos—, que dibujaban en el aire los mismos graciosos movimientos de la menuda Teresita.

Violentamente el chico arrancó su trompo de la sala y fuese a encontrar con sus amigos y en medio de ellos, tarareando la música del piano, lo lanzó en la rayuela circular que hacían los ojos expectantes: y el trompo quedóse erguido en un punto, como dormido y zumbando. Había aprendido a bailar...

San José, Costa Rica, enero de 1955.

MIGUEL ANGEL RAMIREZ

Seudónimo "El Negro Ramírez", periodista, colaborador del *Diario Latino*. Publicó: *Tierra adentro,* cuentos, 1937, y *Algunos cuentos,* San Salvador, 1948. Ramírez nació en 1904 y "sus narraciones están inspiradas en motivos de ambiente salvadoreño". Murió en 1960.

¡QUE TONTOS SON LOS ENAMORADOS!

I

DE COMO LAS MUJERES ENGAÑAN A LOS HOMBRES

—¿De manera que eran falsos tus juramentos? ¡Ah! ¿Cómo has podido mentirme, engañarme, a mí, que te adoro tanto? —preguntó Juan José a Dolores, después de larga discusión. Dolores, toda encendida, anhelante, apenas contestaba a las ardientes preguntas de su amante:

—No, no es que mis juramentos sean falsos. No es que te engañe. Te quiero. ¿Podría yo no quererte, Juan José? Pero mis padres me han entregado a Pedro Miguel. Yo no puedo, no debo desobedecerles.

Juan José, trazando en el suelo caprichosas líneas con la punta de su corvo, permanecía cabizbajo. Pensaba en el extraño olor que tiene la sangre negra que brota a borbollones de las grandes heridas, y cuando el nombre de Pedro Miguel, pronunciado por Dolores, resonó en sus oídos, clavó con fuerza el corvo en el suelo, igual que si lo hubiese clavado en el propio pecho de su odiado rival.

—No —dijo con voz gruesa— no. Porque si tú me quisieras, desobedecerías a tus padres y te irías conmigo a mi casa.

—¡Juan José...!

—Sí. Eso mismo. Desobedecerías a tus padres y te irías conmigo. Pero yo soy pobre y *el otro* es rico. Sin embargo, quién sabe quién de los dos te quiere más.

Dolores estaba inquieta. Comprendía que tenía que consolar, que calmar a Juan José. Sabía que éste era, cuando se enojaba, tan peligroso como la pólvora, y ensayando una de sus mejores sonrisas y frotándole la espalda con una mano, tal como se hace para amansar garañones, empezó a decirle:

—Mira, Juan José. Te he dicho que te quiero, y es la verdad. Ya sabes que el amor lo puede todo. Ten paciencia...

Juan José se paró de un salto, y plantándose frente a su amada con una desfachatez montaraz, entre sonrisas de triunfo gritó más bien que dijo:

—¡Eso! ¡Eso! ¡Así quería oírte hablar!

II

DE COMO DOLORES Y PEDRO MIGUEL SE CASARON

Don Andrés, que se había criado en el campo domando potros y amaestrando bueyes, cuando conoció los amores de su hija Dolores con Juan José, la cogió por el cuello y le tronó en el oído:

—Tienes que casarte con Pedro Miguel, porque así lo deseo yo ¿me entiendes? Además, ese Juan José es un simple pelagatos...

Y de regreso de la iglesia, donde se casó con Pedro Miguel, Dolores no cesaba de pensar en Juan José, que era como la pólvora. En realidad ella le quería, pero no así sus padres, quienes la habían obligado a casarse con Pedro Miguel, por quien no sentía sino una leve amistad. Su corazón de mujer, seguro en los presentimientos, le decía que algo sucedería aquel día, sin que ella acertara a adivinar con precisión qué era ese algo que tanto la inquietaba. Pedro Miguel, que daba sostén con su brazo a la que ya era su esposa, notó en ésta cierta nerviosidad. Entonces él también se acordó de Juan José, y un extraño estremecimiento le recorrió el espinazo: ¡Juan José era como la pólvora!

En llegando a casa, donde la música, el baile y el vino despertaron la alegría que cada mortal lleva dormida dentro de su corazón, Dolores y Pedro Miguel se olvidaron de todo, hasta de que Juan José era como la pólvora. La fiesta se ponía más alegre a cada momento. El vino, obrando como un cordial maravilloso, levantó los corazones, y la música, placentera, alegre, enredaba en la deliciosa red del baile a hombres y mujeres.

III

DE COMO LA NOTICIA LLEGO A DONDE NO DEBIA LLEGAR

El viento, o su olfato de tigre, o su oído de tísico, quién sabe quién se lo diría, pero Juan José supo inmediatamente que Pedro Miguel y Dolores se habían casado. No penséis vosotros que Juan José, que era como la pólvora, rugió o blasfemó, o hizo algún juramento. No. Permaneció silencioso. Ni penséis tampoco que se tragó su dolor de los labios al estó-

mago. No. Su despecho se le escapaba de su corazón de león hasta sus ojos de lince, en extrañas fulguraciones. Una sonrisa enigmática plegó sus labios. Por último, como si le brotase de lo más profundo de su hombría, articuló:

—Jmmm. . . ¡Como si no fuera hombre!

Después se puso a afilar su corvo. En cuclillas, inclinado sobre la piedra de afilar, parecía una estatua antigua. Si pensaba en algo, seguramente pensaba en el extraño olor que tiene la sangre negra que brota a borbollones de las grandes heridas, y resbalando su pensamiento seguramente fue a parar en Pedro Miguel:

—Jmmm. . . ¡Como si no fuera hombre!

IV

DONDE SE VE QUE UNA DAMA PUEDE IRSE CON OTRO EN SU NOCHE DE BODAS

Extraño jinete corre por la cinta sucia de la carretera, esfuminado fantasmalmente por la media luz de la tarde y la noche, martirizando a su cabalgadura con los talones, rematados por grandes espuelas de chalán. Martirizando cada vez más a su cabalgadura el jinete no para hasta encontrarse frente a la propia casa de Pedro Miguel, ante cuya puerta echa pie a tierra, y corvo en mano, la traspone. Todo vuelve a quedar en silencio y por la puerta aparece el que a caballo llegó, conduciendo en sus brazos a Dolores, quien desasiéndosele se le planta enfrente, y resoplando como una yegua chúcara, le interroga:

—¡Tú! ¡Tú! ¿Qué quieres, Juan José? ¿A qué has venido?

—¡Ah, traidora! ¿Crees que yo soy un hombre con el que se puede jugar? Pues para que lo sepas: ¡he venido a traerte, porque me perteneces!

Y tomándola por la cintura la obligó a montar en el caballo, a cuya grupa saltó él. Aquel caballo, corriendo a galope tendido sobre la cinta sucia de la carretera, conduciendo a dos personas entre las primeras sombras de la noche, era algo fantástico.

V

DONDE SE VERA QUE DOS PERSONAS Y UN CABALLO PUEDEN MORIR JUNTOS

Juan José, que respira de cerca un penetrante olor a hembra, sin darse cuenta martiriza cada vez más a su caballo, exigiéndole más y más velocidad, al tiempo que su mano crispada sobre las bridas dirige inseguramente la carrera del noble animal. El viento silba en sus oídos, y en

él le parece oír risas, gritos, música, juramentos, toda una gama de ruidos y sonidos. Y su corazón montaraz, orgulloso de su victoria, le decía en cada pulsación que era el hombre más valiente, y el más osado, y que nadie se atrevería contra el poder de su brazo ni contra el ímpetu de sus instintos. Y cuando mayor era la embriaguez, y cuando más se complacía del mal rato que le proporcionaba a Pedro Miguel, un convulsivo movimiento de la mano directora envió a la cabalgadura a un abismo de la orilla del camino, por donde rodó con quienes la montaban, destrozándose todos. Un ¡ay! largo y cruel se estiró en el viento y la distancia. Y la luna que en aquel momento se asomaba, contempló, riéndose burlonamente, aquel cuadro. Desplegó su bocaza de plata y se le oyó decir, con palabras que atravesaron el infinito:

—¡Qué tontos, qué tontos son los enamorados!

(De *Tierra Adentro.* 1937. Ediciones de la Biblioteca Nacional. Talleres Gráficos de "Diario Latino". S. S.)

GOTA Y ESTOICISMO

—Sí, amiguitos. Los fuertes siempre son estoicos. El dolor no logrará quebrantar jamás a los grandes espíritus. En los grandes descalabros, las almas bien templadas quedarán flotando, como lotos sobre las aguas. El llanto es susceptible de convertirse en risa. No creo en el dolor. El dolor, para mí, no existe... ¡Ay!...

Don Agustín se movió impacientemente en el sillón en que lo tenía arrellanado la gota, desde hacía un año, y se puso a sobarse la pierna derecha. Nosotros le veíamos medio asombrados por lo que acababa de decirnos, y medio compadecidos, al verle la pierna vendada, inmóvil e inútil. El buen hombre tomó aliento, irguió la cabeza mechuda y cana, y continuó:

—Sí, señores. Sólo las mujeres creen en el dolor. ¿Ven ustedes esta pata? Hace un año que la gota ha tratado de convencerme, en ella, de que sí existe el dolor. Pero yo sigo en mi creencia, fiel a mis principios. Si ustedes fueran hijos míos... ¡Ay! ¡Ay!...

El anciano quedósele viendo a su pierna vendada e inmóvil. En su mirada había un reproche. Era la mirada que los papás biliosos clavan a sus hijos pequeños, cuando éstos se disponen a hacer una diablura. Diose tres sobadas más y continuó:

—Decía, que si ustedes fueran hijos míos, los educaría en las normas del estoicismo. Sólo los estoicos llegan al sacrificio y al heroísmo. Pero es porque no conocen el dolor ni creen en él. Napoleón, Bolívar, otros muchos guerreros y muchísimos sabios, no fueron sino superestoicos. Algún día ustedes pensarán como yo. Hoy son demasiado jóvenes. Y la juventud es mala consejera... ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...

El color del gotoso iba subiendo tanto como su excitación. Con gran asombro de nuestra parte, don Agustín comenzó a quitarse las vendas. Un penetrante olor a medicina nos picaba la nariz. Yo le supliqué invo-

cando cualquier razón a propósito, que no se descubriera la pierna. Antes de contestarme, me midió con una fría mirada despreciativa.

—Cómo —me dijo— ¿cree usted que esta pata gotosa va a ser capaz de domar mis convicciones? ¡Usted es un niño, amigo, usted es un niño! Dígame: ¿su padre de usted es algún sacerdote, o qué?

Me limité a sonreír, avergonzado. Yo sí creo en el dolor, porque ya he tenido hinchazones de hígado, que es cosa tremebunda. Pero juzgué inconveniente contradecir al anciano, e hice el bobo paseando la mirada por toda la sala donde estábamos. Allá, en un ángulo, sobre una mesa, había una formación de botellas y otros frascos menores. Medicinas, pensé. Más acá, rollos de algodón y vendas. Al otro extremo, sobre un mueble, un león de bronce; sillas, camastro, hamaca, estante con libros polvorientos, mucha basura en el piso como telarañas en el cielo raso. La voz de don Agustín se dejó oír de nuevo:

—Cuando yo era joven como ustedes, cifraba toda mi dicha en escalar los volcanes más altos. Hoy no puedo. Y no puedo, porque el barro vil de mi cuerpo se opone. Pero no vayan a creer que he olvidado el placer de las ascensiones. No. Yo suspiro siempre por las cimas aireadas y frescas. Algún día... ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...

El gotoso estaba colorado y sudaba. Era evidente que el dolor lo martirizaba horriblemente. El se empeñaba en demostrar lo contrario, pero la expresión de su rostro, su boca apretada, denunciaban su tormento. Era la suya una cara de angustia. Cuando las exclamaciones se le escapaban indiscretas, hacía un rápido movimiento con la diestra, como queriéndolas contener.

—Don Agustín —dijo mi acompañante— quizá es mejor que no se excite más. Nosotros nos retiramos.

—No —respondió—. Yo hago y digo todo lo que me viene en gana, y ustedes no tienen por qué retirarse. ¿Sólo que mi pata gotosa les proporcione un triste espectáculo?

—Al contrario, don Agustín —respondí—. Siempre ha sido de mi agrado estar cerca de los espíritus fuertes. Soy su admirador, señor.

—Muy bien, muy bien. Usted está en camino de ser un estoico. Tal vez ya lo sea sin darse cuenta. Dígame: ¿ya ha aguantado hambre, sólo por el gusto de aguantar hambre y martirizarse el estómago?

—No, señor. No se me ha ocurrido nunca...

—Entonces estaba equivocado. Usted no puede aspirar al glorioso estoicismo. Usted es un epicúreo completo y excelente.

—Dispense, pero ese estoicismo de que me acaba de hablar, no lo entiendo.

—Ustedes los jóvenes no entienden nada. Cuando les salgan las

canas tal vez entiendan un poco. Por de pronto, estudien... ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...

Aquello era ya insoportable para el gotoso. Se le quedó viendo fijamente a su pierna enferma, con firmeza inaudita. De pronto se agachó, se tomó con ambas manos la punta del pie y se lo movió de derecha a izquierda. Debe haberle arreciado el dolor, porque se le escaparon tres exclamaciones:

—¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...

Después se enderezó sobre el sillón. Estaba abstraído. Era indudable que meditaba algo. De pronto, casi a gritos, repitió las palabras del estoico Zenón, estoico y gotoso como él:

"—¡Dolor, aunque me mates, no diré que existes! ¡Eres una mentira!"

Y golpeó el suelo cuatro veces, con fuerza, con el pie enfermo.

(De *Tierra Adentro*. 1937. Ediciones de la Biblioteca Nacional. Talleres Gráficos de "Diario Latino". S. S.)

FRANCISCO RODRIGUEZ INFANTE

Cuentista y poeta. Nació en 1908 y falleció el 3 de mayo de 1957. Cultivó especialmente el cuento regional, con verdadero conocimiento del medio y hábil presentación de los personajes. Hay en sus producciones sentimiento de poeta y lenguaje lírico.

No publicó ningún libro. Sus cuentos aparecieron en periódicos y revistas.

LA ENREDADERA DE HUIZAYOTES

En el patio del ranchito de paja situado casi a la vera del camino *rial* en una enramada, crecía en alucinante confusión la mata de huizayotes. Era una enredadera caprichosa de envidiable impulsividad de vida. Desde lejos se ofrecía a la vista como un oasis de verdor. Aquellos bejucos rollizos, aquellas hojas grandes y verdes y las florecillas minúsculas y amarillentas eran un elocuente triunfo de la fecundidad tropical. Los frutos, ni redondos ni ovalados, exactamente pendían pletóricos de vitalidad y de savia en abundancia, tiernos unos y los otros sazonados, revestidos todos por la Naturaleza de infinidad de espinitas, para dejar en cualquier mano osada más de un recuerdo. Frutos jugosos que se deshacen en agua alimenticia, frutos apetecidos e indicados para los organismos débiles, para los convalecientes, para los ancianos y los niños.

La mata de huizayotes era de la Cande, quien la cultivaba con amor maternal. Todas las mañanas y tardes la regaba y con mimo le quitaba las hojas secas y los bejucos inútiles. Ella le había construido la ramadita de palos secos y la cuidaba de los insectos y otros animales dañinos y con un pedazo de machete limpiaba las hierbas que pugnaban por crecer bajo su sombra.

La Cande era una muchacha de trece años, flaca y esmirriada, de un color bastante negro, la boca grande y los ojos muy pequeños, silenciosa como todos los de su raza indígena. A pesar de su estatura baja, parecía tener más de trece años. Sus piernas, delgadas al andar, como sus brazos al moler maíz dejaban ver unos tendones endurecidos por el trabajo.

Era un amasijo de músculos tensos. Sus pechos no se le presentían bajo su blusa barata y haraposa.

La Cande sólo tenía por familia a su madre, la Bibiana, y a un cipote de siete años, hermano suyo. Con la Bibiana, la Cande llevaba dos veces por semana, al pueblo próximo, huevos, gallinas, frutas y granos alimen-

ticios para negociarlos y ganar algo, con lo que pasaban duramente la vida. En tiempos de los cortes de café y de las pepenas, abandonaban el tráfico mencionado, para ir a rozarse las manos con las "pepitas dioro", labor mucho más productiva.

* * *

Aquel domingo en el pueblo, vio la Cande en el baratillo de un turco, unas etaminas de colores que le encantaron y un collar de perlas baratas y falsas, tras del cual se le fueron los ojos como media hora. Preguntó ruborosa por el precio del collar y le dijeron que valía dos colones, ni un centavo menos y el corte de etaminas otros dos colones. Cuatro colones era una CANTIDAD fantástica de dinero para la Cande, que crecía ante su imaginación de una manera desproporcionada. ¡Cómo deseaba poseer un collar y un vestido de aquel género tan lindo y tan lleno de flores! Su anhelo de mujer, su recóndita sexualidad, la empujaban a lucir aquel traje y aquella prenda. Se vio de pronto con la imaginación ataviada así y el collar alrededor de su prieta garganta y sonrió...

Camino del rancho, ya de regreso del pueblo, la Cande que llevaba la obsesión de las prendas, le dijo a su madre:

—Mama, ¿cómo hago para comprar el corte y el coyar?

Y como la Bibiana silenciara, volvió a preguntar:

—¿Cómo hago mama?

—Ajuntá el pisto de cuartillo en cuartillo, de cinco en cinco. No se puede diotro modo. Y te guayudar. Para los cortes de café ya has riunido el pisto.

—¿Y si ya loan vendido, mama, para entonces?

—Los turcos tienen bastantes de esas cosas.

Fue entonces que apareció en el patio del rancho la matita de huizayotes. Y la Cande la cuidó con esmero, con verdadero amor. La matita que Dios le había dado tendría que producirle para el collar y el corte de etamina. En el pueblo, lo sabía ella, vendían los huizayotes a buen precio y en cantidades. Y una mata de huizayotes bien cuidada y frondosa da frutos en abundancia, no sólo para recoger unos cinco colones, sino más.

Con qué ternura aquel sábado por la tarde, cortó la Cande los primeros frutos de su enramada y los colocó suavemente en un canastillo. Contó una docena, todavía tiernos. El domingo, con su madre, los llevó al mercado y pronto los vendió recogiendo con ellos cuarenta centavos. Cuarenta centavos que sentía palpitar en sus manos de niña dolorosa, de niña campesina, pobre hasta la miseria y la misericordia, pobre como son pobres casi todos los campesinos salvadoreños, que desde que nacen, todo lo que

abarcan con sus ojos es ajeno. Su tierra, tierra de sus antepasados, y donde mueren en calidad de colonos.

Esta vez la Cande pasó por la tienducha del turco. Y como no viera el collar preguntó:

—¿Se liacabaron los coyares?

—No muchacha. ¿Quieres uno, te lo saco?

—Más ayá señor.

El siguiente domingo trajo al pueblo dos docenas de huizayotes. Los vendió de topón al sólo entrar al mercado, en sesenta centavos. Amarró las fichas en un pañalito negro y se las metió bajo la blusa. ¡Qué alegría la de Cande! Ahora sí iba a ser dueña del collar y de la etamina, y tal vez, tal vez, del chal rojo.

—Mama, ya tengo más de un peso, mire.

—Agüen —dijo la Bibiana—. Así como vas, lueguito serás rica. . .

Y se ponía a soñar, a soñar con baratijas que compraría de su matita milagrosa: peinetas, aritos, espejitos, delantales y hasta el chal rojo que ansiaba tanto. . . y que ni a la madre, había hecho partícipe de tal deseo, para que la Bibiana no la creyera tan ambiciosa y antojadiza. Cómo la verían entonces las muchachas vecinas. . . con envidia, también los muchachos, que le dirían cosas bonitas al verla pasar y rondarían su rancho. . . porque la Cande ya quería tener su enamorado, ya sentía en su vida, en las fibras de su alma, en sus células, la inefable, la dulce ansiedad de toda mujer, de saberse cortejada y amada.

* * *

En sucesivas ventas dominicales fue expendiendo los huizayotes de su emparrado, que parecía inagotable, que parecía darse en frutos, para brindar contentura y satisfacción a la pobre Cande. Se llegó la hora en que la muchacha se supo dueña de tres colones y centavos. Era ya poco lo que le faltaba para hacerse del collar y del vestido. Y la cosecha, hasta entonces, no iba para la mitad, ni mucho menos. Muchas serían las cosas que la Cande compraría con la dádiva de su matita bondadosa.

Pero un domingo al regresar con su madre del pueblo, ya bastante entrada la noche, desde antes de llegar al rancho, la Cande, admirada comprendió que algo grave pasábale a su matita de huizayotes. No la distinguía, no la miraba, como solía hacerlo. Tal vez seya por la oscurana, se dijo. Pero no. Su matita querida estaba arrancada, devastada por el suelo, pateada, destruida. Pronto supo por unos vecinos, que los bueyes del patrón se saltaron un cerco y habían hecho aquel destrozo que era para ella nada menos que una catástrofe. Ayudada por la Bibiana quiso la Cande, enderezar la mata, darle vida, levantándola en nueva enramada;

pero ambas comprendieron que sería en vano. Sí, todo era un desastre, una destrucción total.

Grandes lagrimones salían por los ojos de la Cande y su pecho enjuto se agitaba gimiente y dolido. No cenó esa noche, se tiró de bruces sobre el tapexco. Y la madre silenciosa, no trató de turbar con palabras la pena infinita de su hija. Toda la noche gimió la muchacha, y no tanto porque ya no podría comprar el collar y la etamina, sino por la muerte de su matita, que era como su amiga, como una hermana, a quien quería y sentía con ternura filial. ¡Ah su matita...!

Al día siguiente la Bibiana le dijo:

—No llorés tanto Cande. Sembrá otra mata y tené paciencia que todo será lo mesmo. No tiaflijás por tan poca cosa...

—Viera mama como queriya a mi matita, sies como que me han arrancado alguna cosa, del pecho, a tirones.

—Calmate hija. El domingo vua vender el chanchito y tiayudaré para que merqués el collar y el vestido, ya poco de pisto te falta.

Pero la Cande sollozaba...

(De *Prisma*).

MARIO HERNANDEZ AGUIRRE

Nació en San Salvador el 10 de enero de 1928. Inició sus estudios en la misma ciudad. Viajó por Chile, Argentina y Uruguay.

Obras publicadas: *Litoral de Amor* (poesía), *Del Infierno al Cielo* (cuentos).

ELLA Y EL MAR

Me acomodé en el marco de la ventana y eché al aire de aquella tarde de agosto una bocanada de humo. Me gustaba esa clase de cigarrillos rubios, siempre me había gustado, y pensé que ese aroma, la tarde vista desde esa misma ventana, el viento que soplaba del Sur, y un blus que tocaba una radiola cercana, todo me traía al recuerdo la imagen de ella.

Tantas cosas habían pasado, y a mí solamente me había quedado escondido, agazapado en el fondo del corazón, un pequeño recuerdo como sostenido por puntas de alfileres. Me había acostumbrado tanto a no recordar, que me sentía extraño evocando a esa hora de la tarde la presencia de la menuda muchacha que pudo haber salvado mi gran soledad.

Fumaba, como era mi costumbre, con el cigarrillo prendido en los labios, mientras con una navaja afilaba un pedazo cualquiera de madera recogida en la playa. El mar se perdía, y las últimas barcas regresaban al puerto deshaciendo apenas un hilo de plata que las amarraba a lo azul. A pesar del sweater cerrado hasta el cuello, sentía frío.

"También había hecho frío aquella tarde —pensé—. Pero, para qué seguir recordando".

Ya no había ninguna razón para ello. Estaba completamente huérfano de recuerdos. Había llegado mi soledad a tocar las murallas de acero del olvido. Había perdido mi último chance de entre las manos, como un día había perdido la idea de Dios sin darme cuenta.

Me serví un trago grande de whisky y seguí viendo el mar. Bebía, como siempre, pausadamente.

"Era original ver el mar —pensaba— a través de un vidrio mojado".

No sentía pasar las horas y, sin embargo, cuando me di cuenta estaba terminando la botella y lo primero que se me ocurrió fue pensar que la

noche me encontraría sin whisky. Era exactamente igual la sensación que sentí el día que ella se había ausentado de mi lado, desposándose con el infinito olvido.

La botella de whisky, oscura y rolliza, como una estatua diminuta de esperanzas encerrada en una cárcel, era mi único testigo.

Sí, ella se había ido para siempre.

"¡Qué cursi —me decía—, decir "para siempre", como si se tratara de novelones radiales para maestras y costureras! ¡Qué poco original. . .! Como si hubiera existido alguna razón, una sola razón, para que ella hubiera perdurado a mi lado".

De un sorbo amplio, bebí el último trago y el whisky áspero y cálido me volvió a la realidad.

No había tenido alternativa. Ella se ausentó, y yo había tenido la impresión de sentir en mi interior rota una cuerda de violín. Tantas cosas habían pasado, y ella —a veces— volvía a mis recuerdos.

(Eran recuerdos al fin y al cabo, y me costaba mucho disimularlo). Ya estaba tan acostumbrado a no recordar, que me sentía extraño, como sentía extraño el cognac cuando escuchaba un tango.

* * *

Cuando la encontré, el otoño había entrado de puntillas en la ciudad, y las hojas secas en el parque crujían bajo sus pasos. Vestía un sweater amarillo cerrado al cuello, y llevaba la cabellera suelta. Creo que nunca supo que entonces me enamoré de ella. (Bueno, digamos "me acostumbré a verla"). Tenía una interna armonía al caminar que la hacía inconfundible, pero a pesar de todo, todavía llevaba en sus ojos —en lo que se refería al amor— el complejo de la gran aldea. El esperado amor de los 15 años se le había ido de las manos, como a mí, después, se me había escapado la luna. ¡Ese es el único otoño que logro recordar! Cuando la maté, era un verano áspero como aguardiente de soldados.

Quise crear una leyenda alrededor de ella, su nombre me llamaba la atención porque lo relacionaba con la gran pasión de Pancho Villa. Y cuando me dijo que en verdad ese era su nombre yo ya lo presentía.

Me había hecho la idea de un nombre suave.

Yo era un hombre que buscaba la noche. Conocía todas las madrugadas en el puerto, y escribía al caer el sol. Escribía frenéticamente. Sin descanso, aunque luego me quedaba tendido boca arriba y fumando durante horas enteras, después recorría uno por uno los bares del puerto y me adormitaba en el muelle cuando los últimos trasnochadores se habían retirado.

Un día, ella supo que yo escribía para liberarme. Y era cierto. Me

ataban millones de costumbres burguesas que casi se me habían hecho imprescindibles. Quería hacer estallar mi vida con la poesía. Pero la vida era simplemente una frontera, y mi poesía y el cognac continuaban igual.

—Voy a marcharme... —dijo una tarde.

Yo continué escuchando a Rachmaninoff y terminé de beber el trago que tenía en la mano. Me senté a la máquina de escribir:

"Es como si de pronto, me dijeran que ha muerto..."

La máquina parecía un animal ebrio amarrado a mis dedos. Cuando alcé la cabeza la armonía uniforme de Rachmaninoff, emergía del viejo tocadiscos. El humo se había apoderado de mi apartamento y un ambiente asquerosamente confortable —burguésmente confortable— me llegaba hasta la coronilla. Sólo ella no estaba.

Se había marchado.

Esperé durante horas. Durante días enteros. Durante meses. Ya sabía que se había marchado para siempre, pero no quería destruir mi última esperanza. Me hacía falta tener una idea fija para que mi vida se desenvolviera de manera normal, es decir lo que yo llamaba normal.

No la busqué nunca. Por el contrario cuando por equivocación, o por casualidad recorría caminos comunes de otro tiempo, o escuchaba música que habíamos escuchado juntos, apartaba la idea de sus ojos de mi cabeza.

Dolía. Era hondamente triste recordar. Pero la vida es una gran apuesta, y el que no marca su carta, lo madrugan.

Yo no la había marcado, y ese había sido mi error. Y todo eso, en el fondo no tenía ninguna importancia, porque el "Concierto para piano y orquesta" de Khachaturian que habíamos escuchado juntos tantas veces, estaba en el mismo lugar. El mar era el mismo. No había ni siquiera cambiado la marca del cognac. El whisky era diferente, pero eso era cuestión de precios. Nada tenía de importancia. Mi vida era asquerosamente la misma vida que llevarían en los cuatro puntos cardinales del globo miles de escritores que escribían para libertarse a sí mismos.

"Cuando vuelva —me dije cierta vez—, si es que vuelve, la amaré hasta la inquietud".

Sabía bien que no regresaría nunca. Y que si regresaba se rompería todo el misterio. Pero me gustaba sentirme cómodo con mis pensamientos, y a falta de otras cosas en qué pensar, pensaba en ella.

"Si acaso vuelve —me repetía meses después—, abriré una botella de pernod y la beberemos acodados en la ventana..."

Ese día, el invierno golpeaba implacable en mi ventana, y yo pensaba demasiado en ella. Por eso me pareció absurdo pensar que tomaríamos pernod en la ventana, y absurdo también porque a ella nunca le había

gustado el pernod. Yo, simplemente, no había hecho mi apuesta a tiempo. Tenía que haberle arrancado de los ojos el complejo de aldea en que escondía un amor infantil amarrado al miedo.

Un día cualquiera, pensé: "Hoy debería venir, porque la mataría y me mataría yo".

Pero en el fondo, sabía que yo no era capaz de matarme.

Además guardaba la idea de que ella se había ido con el alma amarrada a recuerdos comunes. Revisando papeles, otro día encontré unas letras escritas a la carrera:

"Gracias. Siempre te estimo igual o más que antes.

Por favor no me odies. Compréndeme".

Eso era todo.

Yo la había amado, hasta donde me sentía capaz de amar, porque era muy probable que muy poca gente comprendiera el ruiseñor lleno de miedo preso en su corazón. Fuimos otra noche —de las noches de ella— al "Atelier". Me gustaba mucho ese pequeño bar en donde todos escondían su cobardía en la semipenumbra, entre pernod y agua con azúcar, tangos y mujeres con demasiado rímel. Sin embargo ella era una isla. Desde entonces la llamé "*Mi pequeña isla*". Tocaba la pequeña orquesta *San Luis Blus*, y yo hacía casi ocho años que no escuchaba esa melodía, por eso la recuerdo. Cuando bailamos, se quedó con los ojos llenos de lágrimas. Entonces no la entendí, sin embargo me dijo: "Sé que al fin me vas a perdonar".

Cuando sucedió aquello, yo me había acostumbrado a tenerla a mi lado, me había acostumbrado a sentir sus manos en las mías, a despertarme con su pelo suelto sobre mi pecho y a dormirme pronunciando su nombre. Prácticamente la quería.

A veces tocaba el piano hasta altas horas de la noche. Lo que más le gustaba era *El Claro de Luna*, que se escapa de sus manos con emoción sin paralelo. Después me acariciaba la cabeza, y se quedaba viendo el mar hasta que el sol aparecía y nos hería los ojos.

* * *

Un día muy opaco en que el invierno se había apoderado del puerto, llamaron a mi casa. Era ella. Se presentó vestida de azul claro, que la volvía aún más niña. Se había cortado el pelo, y no me dio ninguna explicación, solamente se acercó y se me quedó viendo sin decir una sola palabra. En una bolsa de papel rosado traía una serie de caracoles marinos de diversas formas. Pusimos un plato más en la mesa, y nuestra vida siguió igual que siempre.

Todo lo que yo había pensado en su ausencia, cuando llegó el momento no tuve ningún interés en hacerlo.

Ella apenas hablaba. Cuando le llamaba: "Isla, Isla mía..." Me miraba y en sus ojos se abría una infinita tristeza. Su pasión por el mar había vuelto con ella, pero era ahora una pasión incontrolable. A veces, por el excesivo calor, me despertaba y al notar que no estaba a mi lado, me invadía una momentánea preocupación, pero de pronto la descubría acodada en la ventana mirando fijamente el mar y me tranquilizaba. Caminaba hasta su lado, le acariciaba suavemente la cabeza, pero ella seguía inmóvil, y yo regresaba a mis eternos pensamientos.

Fue en una de esas noches que decidí matarla. Después estaba seguro que no me mataría yo. Pero me gustaba la idea de consolarme pensando que si fuera capaz de matarme, mataría al mismo tiempo toda una historia sin interés. Tenía todavía miedo al dolor físico de morir. Sin embargo —comprendía—, era necesario que los dos muriéramos.

Yo la iba a matar a ella porque sí. Porque ya ninguno de los dos florecía. Porque ya habíamos perdido la costumbre de vivir, aunque yo sabía que en la hora de mi verdad, iba a jugar con trampa.

Entre nosotros no había lugar a una moral cómoda, de biblias baratas, de curas barrigones y simpáticos y limosnas para los infieles. Dentro de nosotros había existido una armonía que ahora se había quebrado. No había una sola razón que valiera la pena considerar y cambiar a última hora los boletos para la eternidad.

Entonces la maté.

Y cuando ella me miró con sus ojos alucinados, yo estaba de pie, bañado en sudor y cognac. Me acerqué a la cama, y cuando estuve a su lado, me dijo tristemente:

"¿Qué vas a hacer?"

Sólo recuerdo sus ojos enormes, mirándome con cariño y lástima, sus hombros coloreados por el sol de verano y la luna blanca que caía vertical en la ventana:

"Voy a matarte —le dije—. Me has dejado solo".

Entonces llorando le acaricié la garganta fuertemente. Ella apretó las mandíbulas y cerró los ojos, los abrió de nuevo y dejó en mí, para siempre, una mirada cariñosa y humilde. Eso fue lo único que me quedó en el alma.

* * *

Ahora nada de eso vale la pena de ser recordado. Tuve miedo de morir por mi mano y fui al extranjero alistándome en la Guerra contra la Bananera.

Todo pasó tan rápido. A veces me pregunto si la vida no es más que

un recuerdo inútil que llevamos colgando en el corazón, o si es simplemente una apuesta cualquiera.

La guerra se desencadenó. Nosotros la perdimos. Yo abandoné las trincheras en el momento de un ataque decisivo... no encontraba ninguna razón para seguir luchando. Fui hecho prisionero.

Mañana voy a ser fusilado.

Eso es todo.

LA VIDA ES UN CIELO CERRADO

En realidad ya todo había terminado, y nada, absolutamente nada tenía importancia.

Yo estaba allí de pie, sangrando y mareado en mitad de mi estudio, como perdido. Lo único que escuchaba era la lluvia incesante que golpeaba a mis espaldas por la ventana abierta de par en par. Miraba todo —de pronto— como un extraño que descubría aquellas paredes manchadas por las goteras y el tiempo y que nosotros habíamos querido disimular con reproducciones de cuadros famosos y dibujando grandes imágenes de diversos colores. Mi mirada se arrastraba por la habitación tocando las libreras llenas de volúmenes de todos los tamaños, las botellas vacías amontonadas sin orden en los rincones, mis dos caballetes que ocupaban toda la luz, viejas mesas llenas de caracoles, cuchillos —siempre me gustó coleccionar cuchillos—, papeles, cartas, retratos, copas, fragmentos de jade, pipas, como si todo ello lo descubriera por primera vez en la vida. Y mis ojos eran los ojos de un viajero que llegaba en mitad de la noche a una ciudad desconocida por completo.

Estaba de pie. Herido y sangrando. Vencido. Acosado. Solo.

Dentro de unos cuantos minutos la luz, y el aire, y el mundo iba a terminar completamente para mí: Digo por completo, porque para mí, Manuel Otero, que en otro tiempo más claro hice vanos intentos para sobresalir como pintor, y sólo fui un aprendiz sin futuro, un desafortunado amante y un revolucionario cobarde, el mundo, y el aire, y la luz —repito— habían terminado ya hacía tiempos de una manera natural y absurda: como termina una botella de whisky, una camisa, o la idea de Dios o del amor dentro de nosotros mismos.

Si Raquel tuvo o no tuvo que ver en aquella parte de mi vida cuando todo se volvió oscuro y me arrastró un torbellino interno sin paralelo, es cosa que me tiene sin cuidado pues no le doy ninguna importancia.

Si es cierto o es mentira, da exactamente lo mismo. Por otra parte el porcentaje de la influencia de una mujer en la vida de un hombre, es tan reducido y tan sin importancia, que un caballo de carrera, una botella de whisky o un partido político nos hacen cambiar de dirección con una facilidad espantosa.

Ahora, como recordé en un principio, ya nada tiene importancia.

Lo único que vale la pena, es que me amó con inquietud, que yo me apasioné hasta la mentira, y que juntos vivimos minutos tan extraordinarios e increíbles que hoy día me parece que todo ello no es más que un recuerdo de escenas vistas en una película en cualquier cinematógrafo.

Todo fue muy simple. Recuerdo que la conocí en el bar que por entonces frecuentaba, y ella vestía de azul. Un azul tan intenso y tan suave que la sentí cercana, y su cuerpo —fresco y puro como la tarde—, se me insinuó en sus hombros desnudos y coloreados por el sol de verano.

* * *

Es muy probable que en un principio Raquel haya querido salvarme. Eran días sin final en que bebía como un desesperado y la niebla empezaba a llenar implacable las callejuelas de mi alma, y sobre mí sólo se alzaba apabullador el infinito negro del cielo. Hoy creo que tal vez su amor no fue lo suficientemente puro, o que quizá yo no estuve lo suficientemente cerca de ella. Si algo de eso hubiera pasado, es muy probable que yo me hubiera salvado. Pero el hombre nace y muere solo, y todo lo demás no son más que accidentes. Por eso a veces lloramos, porque la vida es absurda y las cosas suceden como nosotros no queremos que sucedan. Claro que si hubiera escondido una moral barata con cualquier Dios convencional de por medio, todo hubiera sido diferente. Pero estaba muy lejos de esa posibilidad, ya que me daba perfecta cuenta que el mundo, mi mundo, el mundo de todos los hombres, era cerrado y oscuro y no había puerta alguna por la cual, llamando, se pudiera escapar uno con esperanzas.

Ahora no me interesa reconstruir en mi mente la manera como trabé conversación con Raquel, pero evoco con cariño nuestro amanecer, cuando nuestro amor crecía joven y fuerte como un árbol y nos divertíamos hasta la saciedad bebiendo y bailando noche a noche de "cabaret" en "cabaret". Después nos convertimos en amantes. Era algo que los dos esperábamos y que sabíamos que llegaría de una manera sencilla y pura, tal como llegó. Suspendimos nuestras excursiones a los "cabarets" de la ciudad y bajamos a los cafés del puerto a beber coñac en las mesas sucias y olientes a mariscos junto a los muelles. Allí éramos felices mirando de cerca los barcos, oyendo las olas golpear su costado, sentir el yodo en el

aire, y nos divertíamos viendo bailar a los marineros y oírlos pelearse y maldecir en lenguas completamente extrañas para nosotros. Después regresábamos con el alba a mi estudio, ella se desnudaba, yo bebía unas copas más, pintaba un momento y los primeros rayos de la aurora iluminaban nuestro amor apasionado y triste. Porque es doloroso, pero cierto. Ahora lo reconozco, fue triste. Nos amamos hasta lo increíble, pero Raquel y yo teníamos conciencia que un día todo iba a morir, y el pensarlo, nos ponía tristes.

Mis días con ella, son, quizá, lo único que se salva al hacer el cómputo de mi desordenada y vacía existencia. No realicé nunca nada. Pintaba porque la amaba, ya que cuando la encontré había decidido abandonarlo todo. Ella me obligó a volver a la pintura. Embadurnaba lienzo tras lienzo, pero —en lo que se refiere a ella—, su figura desnuda era tan perfecta que nunca conseguí un cuadro que me satisfaciera, y todos los destruía, uno tras otro. Por otra parte los cuadros que vendía para vivir, los compraba la pequeña y la gran burguesía que no tenía el menor conocimiento de pintura, pero sí un gusto pésimo. Por eso los pagaban bien, y yo por eso jamás intenté superarme en serio.

Fue mi amante durante mucho tiempo. No quiero medir ese tiempo con medidas convencionales de días, minutos y horas, y cuando ya se había convertido en una costumbre maravillosa para mí, me la quitó el Partido y mi miedo y mi cobardía que no disimulé jamás, me impidieron sacarla a flote. Por el contrario, nos hundimos juntos, hasta mancharnos las manos y correr desesperados en la vida, hasta resolverlo todo —mejor dicho terminarlo todo, que no es lo mismo—, de la manera más estúpida.

* * *

—Es necesario inscribirse en el Partido —me dijo un día un amigo comunista en el bar, durante una discusión agitada—. La oligarquía está hambrienta de poder, y necesitamos gente como tú, ahora que el Partido se está reestructurando.

—¡El Partido es una mierda! —le dije, y al día siguiente nos inscribimos Raquel y yo.

Aparentemente nuestra vida iba a cambiar, pero las consignas, las estúpidas jerarquías, la sed escandalosa de poder, la desorganización interna hicieron que nunca tomara en serio todas aquellas luchas en que se mezclaban idealistas, intelectuales estúpidos, desorientados y ambiciosos. Sin embargo, comprendía que el mundo estaba podrido —yo también estaba podrido—, y que en cierto camino el Partido era lo único que podía salvar al hombre. Raquel, por el contrario, se llenó la cabeza de literatura y militó entusiastamente con honradez.

En nuestras campañas conocimos mucha gente, pero me importaba tan poco todo el mundo, que no logro recordar el nombre de nadie, a no ser los que tuvieron que ver de una manera un poco directa con nuestra vida. Es decir, los que se entrometieron en ella. Raquel y yo estábamos solos, y el día que se rompió el cristal que protegía nuestra soledad, la vida me asqueó.

Cuando amaneció el invierno en la ciudad, dejamos de acudir a los bares del puerto, y nos refugiamos con los compañeros en el local del Partido. La pretendida seriedad de los directivos universitarios, o el aparente despego material de los jefes y altos directivos me daba risa y lástima, sin embargo empezaba a querer aquella lucha, aunque no era mi lucha, ni quería que fuera mi lucha. Los grandes retratos que adornaban las tribunas y las salas, eran imponentes, oscuros y absurdos, como las imágenes de los templos que de niño apenas recuerdo haber visitado, llevado de la mano de una tía anciana desocupada. Sin embargo había entonces en la ciudad un clima de lucha, y Raquel estaba demasiado encerrada en su marxismo. Eso ayudaba a aumentar mi enorme miedo. "Es asqueroso —pensaba para mí solo—, que yo no esté identificado con todos ellos. Pero, ¿si lo estuviera qué haría? ¿y para qué? El hombre que está solo nada le puede salvar. . ." Entonces, si continuaba haciéndome todas estas reflexiones mientras alguien dirigía un discurso, me ponía en pie, tomaba mi abrigo de la percha y esperaba a Raquel en el bar de la esquina, en donde una taza de café y una copa de ginebra, me parecían más interesantes.

Llegó la represión, y una época de terror se arrastró como una serpiente de lodo por las calles de la ciudad. Los estudiantes, defendiendo como siempre el sueldo y los intereses de los profesionales, morían en encuentros con la guardia de asalto y el Partido tuvo que volver a la clandestinidad, de donde un día había surgido en su lucha ambiciosa de poder.

Yo era la persona más indicada para liquidar a un alto funcionario que había traicionado al Partido, se había valido de los compañeros y después había vendido la huelga de los mineros en el norte a las compañías extranjeras que los explotaban, y de esa manera había conquistado un puesto en el Gabinete. Salimos sorteados Raquel y yo, y lo matamos. Eso fue todo. Lo liquidamos un día que regresaba a la ciudad conduciendo su automóvil, de pasar el fin de semana en su cabaña de las sierras. Raquel le hizo parada, y yo me limité simplemente a acribillarle la espalda a balazos. Después huimos en otro auto que teníamos escondido y sólo nos persiguió el grito desesperado de su mujer y el llanto de sus dos hijos que se rompía en la tarde.

Por eso he dicho que soy un cobarde y que siempre me dominó el miedo. No me interesaba el Partido, ni me interesaba la vida del traidor,

ni me interesaba el llanto de su mujer y de sus hijos. Lo maté por miedo. Sí, por miedo de perder a Raquel, o tal vez por miedo a que ella tomara para sí la misión y la cumpliera a pesar de todos los peligros. Algunas veces he llegado a pensar esto último, porque tal vez es posible que haya anidado en mi corazón —a pesar mío— alguna idea diferente a mi manera de ser y de contemplar la vida. O puede ser, también, que lo haya matado simplemente porque me dio la gana. Al fin de cuentas había sido muy simple matarlo, porque es lo mismo: matar, morir, uno está igualmente solo.

A pesar del laberinto en que nos movíamos, en el refugio de mi estudio olvidábamos todo —o tratábamos de hacerlo—, y luchábamos por lograr ser nosotros mismos. Ella se desnudaba, yo bebía coñac y trataba de pintar, pero, como siempre, dejaba a medias el cuadro y la amaba con intensidad y miedo. Fue una amante completa y pura. Hacíamos el amor con una pasión exagerada en el estudio, en la playa, en el automóvil. Muchas veces visitábamos los hoteles del puerto para darnos a nosotros mismos la impresión de que hacíamos algo malo, pero luego volvíamos a nuestra vida sin equilibrio y nos revolvíamos entre la gente que llenaba los parques, los bares, los cinematógrafos, en donde nos tomábamos de la mano como dos enamorados de quince años que buscan el cielo. Aunque comprendíamos perfectamente que ya no teníamos quince años y que no había cielo.

La lluvia caía de continuo, y por nuestra ventana la niebla nos impedía ver los mástiles de los barcos anclados en el muelle. Sólo escuchábamos las sirenas sordas que gemían en la noche, entonces reclinaba mi cabeza en su regazo, ella me acariciaba los cabellos y yo soñaba que la vida era diferente. Tocaba sus muslos suaves y firmes, la besaba en la boca y le pedía que cantara. Raquel no podía cantar, pero me gustaba escucharla en una vieja melodía que le habían enseñado de niña, y terminábamos riendo juntos, y bailando muy juntos en la intimidad del estudio al compás de una radiola vieja. Todo eso ahora me parece maravilloso, y ese tiempo que vivimos bien pudo ser el tiempo de otros, pero fue nuestro, nuestro fue el dolor y el miedo de comprender que las cosas pasan como tienen que pasar y no como uno quisiera que pasaran.

Estábamos solos en la vida. Eramos felices y por eso sabíamos que eso no podía durar eternamente. De lo que pasó después, ni Dios, ni el Partido, ni nadie han tenido culpa alguna. Porque no hay una sola razón lógica para que las cosas hubieran pasado de manera diferente a como pasaron.

Nos hundimos juntos. Matamos a González, yo lo acribillé a balazos y ella lo engañó. Por lo menos ella creyó en el contenido social de su misión, a mí me importaba un cigarrillo. De todos modos eso pasó, y Raquel y yo continuamos amándonos.

Un día llegó Roberto a casa. Era alto, delgado, de gruesos anteojos de aro de carey oscuro, burgués arrepentido con pretensiones de intelectual que había buscado el Partido para redimirse, y que entonces era jefe de operaciones clandestinas. Yo sabía que desde algún tiempo perseguía a Raquel, pero estaba tan seguro de ella, que me divertían sus miradas cargadas de lujuria y su envidia escandalosa cuando después de cenar en mi estudio, él se retiraba, y nosotros nos quedábamos felices, junto al fuego de la chimenea. Ese día, mientras leía engañaba las horas con el whisky, le vi llegar excitado:

—Es necesario que desaparezcas —me dijo.

—¿Yo? —pregunté extrañado después de ofrecerle un trago que él no aceptó.

—Sí —continuó—, se sabe con seguridad que tú mataste a González, y ahora el Gobierno quiere negociar con nosotros.

—¿Y eso qué? No hay ninguna prueba que el Partido haya intervenido en el asesinato.

—No —afirmó. Después dudando añadió—. Pero se sabe que tú lo mataste. Es decir —volvió a dudar—, que tú le hiciste desaparecer.

—A mí, personalmente, me importaba un cigarrillo González —le grité excitado—. Tú lo sabes tan bien como yo. Me importaba un bledo tanto él, como tú, como tu estúpido Partido de cerdos intelectuales llenos de poses. Yo lo único que hice fue cumplir una misión. El Partido apretó el gatillo por mi mano. . .

—Sí. . . Sí. . . Pero cálmate. . .

Quiso continuar, pero yo no lo dejé. Para tranquilizarme seguí bebiendo whisky con agua que tenía servido, y acercándomele le grité en la cara:

—¡Andate a la mierda tú y tu Partido! Me ensucié de sangre hasta los codos por ustedes. Corrompí a Raquel por ustedes. Estoy hecho una mierda por ustedes, y todavía me pides que desaparezca porque ahora el Partido ha cambiado de tácticas en su lucha desmedida por alcanzar el poder.

—Entiéndeme Manuel. ¡Entiéndeme por el demonio! —gritó a su vez—, el Partido sabe que a pesar de llevar la vida que llevas eres recuperable para la causa, pero ahora tu presencia estorbaría ciertas negociaciones de suma importancia. Te daremos dinero, irás al extranjero, y a la larga todo esto se olvidará.

—Mira mi viejo —grité a mi vez— no es la primera vez que el Partido se quiere deshacer de alguien que ha cumplido una misión como la mía. . . —tranquilizándome, continué—. Ya no soy un niño. Creo que nunca lo fui. Sé además, y tú también lo sabes, que el Partido no me llevará al extranjero ni me dará el dinero que tú has venido a ofrecerme. Simplemente, y eso también lo sabes tú, fuera de la ciudad es más fácil

liquidarme. Aquí soy conocido, tengo relaciones, alguna influencia. En una hora como esta, el Partido comprende que sería para ustedes muy estorboso que se le acusara públicamente de mi muerte, sobre todo con un gobierno que está a punto de derrumbarse, y al que ustedes quieren unirse para devorar los despojos. Pero es el caso que no me da la gana largarme, ni de morirme todavía.

Regresando a servirme otro trago, le observé silencioso en el espejo, luego concluí sin verle de frente:

—Es mejor que te marches. Me gusta beber a gusto, y tú ya eres una persona con la que nunca me volveré a sentir a gusto.

Sólo escuché sus pasos que se alejaron y el ruido del ascensor que lo llevaba a la planta baja del edificio.

Raquel estaba ausente, me alegré de ello, porque no me hubiera gustado que hubiera sido testigo de la desagradable escena que acababa de pasar. Yo sabía, desde un tiempo atrás, que el Partido quería liquidarme. Era lógico, en la corrupción actual ellos podían lograr el poder, y yo estorbaba por la misión que había cumplido meses atrás y por mi posición actual, por eso ahora me ofrecían un viaje al extranjero, y de esa manera podía morir fácilmente en el camino, y todo quedaba arreglado.

Meditando en todo ello estaba, cuando apareció Raquel en el espejo. La vi entrar excitada por la puerta que Roberto había dejado abierta al marcharse. Gritando y sollozando me pidió que nos largáramos:

—¡Manuel! ¡Manuel! Vámonos —lloraba y sus ojos enormes se humedecían. Yo la veía a través del vidrio mojado, y me gustaban sus lágrimas como gotas de lluvia resbalando en la ventana.

—No querida —le dije convincente—. No nos marcharemos. El Partido lo que quiere es liquidarme. Te han engañado, lo único que quieren es que abandone la ciudad, luego en el barco, o en el tren o en la carretera ¡zas!... de la misma manera que nosotros matamos a González, ellos me liquidan.

—No recuerdes eso por favor —suplicó—. No hay comparación. El era un traidor.

—Raquel, yo estoy convencido que me quieren liquidar. A ti te han engañado para que me convenzas—. Luego cambiando de tono, y tomándole suavemente la barbilla, le dije: —Es mejor que me sirvas otro trago y te sientes a mi lado. La lluvia me entristece, y quiero estar al lado tuyo cuando me llena la tristeza.

El aire se había preñado de presentimientos. Raquel no podía conciliar el sueño, y yo mirando la niebla, fumaba. La ventana era un marco armonioso a la oscuridad total del cielo, y hacía frío, a ratos se escuchaba el ruido de hierros viejos que hacían los tranvías, y uno que otro grito de algunos borrachos que buscaban paz y cariño en el corazón de la noche.

Yo sabía que a partir de entonces, Raquel comenzaba a perder su fe

en el Partido. Ya sólo le quedaba mi amor. Juntos nos habíamos olvidado de Dios. Juntos hicimos a un lado el sentido común y vulgar de la vida y la vivimos como contradicción. Ahora estábamos juntos, pero ya nada valía la pena. Sólo quedaba una enorme inseguridad en nuestros corazones.

* * *

Lo que tenía que suceder tarde o temprano, sucedió cuando el otoño había entrado de puntillas en el puerto. En esa época había comenzado a pintar a los pescadores que fuera de la ciudad destazaban grandes tiburones para aprovechar su carne y su aceite. Solía regresar entrada la noche, cuando ya no había luz en el horizonte. Hoy tres individuos quisieron matarme. Salieron a mi encuentro en el despoblado. Desde mi entrevista con Roberto permanecía armado constantemente, aunque sabía, por experiencia propia, que en un momento decisivo la sorpresa y la traición es un golpe dado con tanta maestría que nadie, o casi nadie, logra evitarlo. Así iba a suceder. Un automóvil viejo se paró en pleno cruce, bajaron dos hombres armados, y por mi izquierda un tercer hombre empezó a dispararme. Sentí que me habían tocado el hombro, pero en lugar de descontrolarme al ver a los dos que venían a mi encuentro apreté el acelerador de la máquina, y con la automática que llevaba junto a mí en el asiento delantero, disparé todo el cargador, de suerte que mis atacantes se sorprendieron, coloqué un nuevo cargador y al recuperarse el que quedó en pie, yo corría velozmente por una carretera transversal que se abría a mi derecha. Es muy posible que dos de ellos estén resolviendo su sangre con el lodo. Uno con seis balas en el estómago y el otro con el tórax destrozado, porque sentí que crujió como una nuez tostada cuando le pasé encima.

Por un intenso dolor que casi paralizaba mi brazo, y por algo caliente y viscoso que me resbalaba por el pecho comprendí que estaba herido, poco a poco sentí mareos, cuando por fin logré llegar hasta la calle donde estaba mi estudio. Trabajosamente abrí la puerta del ascensor y logré llegar a mi apartamiento.

Raquel al verme gritó excitada y me ayudó a llegar hasta una silla cerca del ventanal de vidrio.

—¡Esos cerdos. . . ! —fue lo único que le dije—. Hoy tuvieron mala suerte.

Ella me miraba con miedo, y no se movía.

—¡Whisky! —le grité—. ¡No soporto más este dolor!

—¡Llamaré un médico! —dijo y apresuradamente se dirigió al teléfono que estaba a mi lado.

—¡No! —volví a gritar—. No es nada.

Y tomándola de la muñeca la obligué a verme de frente.

—¿Qué te pasa? —dijo con miedo.

—Nada —le repliqué— nada, es que hoy han pasado demasiadas cosas.

Aparentemente se tranquilizó. Se dirigió al bar, abrió una botella nueva, y me sirvió. Luego se paró de espaldas a la ventana, me miró como desde lejos, y me dijo:

—Mientras querían matarte como un conejo, yo me acosté con Roberto.

Y estalló en sollozos, tapándose con las manos crispadas el rostro que tanto había besado yo, y que hacía unos minutos Roberto también lo había acariciado. La vi impasible, desde una lejanía jamás imaginada. Bebía despacio. Volví a servirme. Comprendía que hacía tiempos Roberto iba tras ella. Sabía que ese día él le había telefoneado diciéndole que necesitaba verla antes de partir a cumplir una misión de la cual no regresaría con vida. Probablemente le pediría que se entregara a él antes de morir. Eso en realidad no importaba, el marxismo de Raquel era puro. Por ello me encogí de hombros, encendí un cigarrillo y miré las manchas de la pared.

—La misión de Jorge —le dije— era matarme. Luego tuvo miedo y mandaron a otros.

—¡No! ¡No! ¡Oh no! —estalló en sollozos—. ¡Entonces todo ha sido en vano!

Y se volvió a doblar como una espiga que quiebra la lluvia. Yo sólo miraba sus cabellos revueltos, por los que el otro había pasado sus manos; veía sus manos crispadas por la histeria tapándole el rostro, ese rostro que Roberto había besado con ambición y lujuria; veía su sweater celeste también, y la ventana por donde lloraba la lluvia.

La perfección de sus rasgos a la luz de las lámparas me pusieron triste. Todavía estaba triste cuando disparé. Había dejado la pistola en la mesa donde tenía el whisky, y cuando sin querer mi mano la encontró, pensé que la quería demasiado y apreté el gatillo, una, dos, tres veces. Los disparos retumbaron en la noche y ella se quebró —sí, se quebró como una espiga doblada por la lluvia—. Me miró como desde un tren en marcha y vomitando sangre se dobló sobre sí misma.

Ya no nos hubiera podido salvar nada. Ni a ella ni a mí. Juntos nos habíamos perdido, y juntos ahora vamos a morir.

Estoy pensando:

—Ahora, yo también tengo que morir.

He apretado la automática contra mi pecho y he disparado. La sangre me ahoga. Siento como si una vara de fuego se me incrustara en la carne. Afuera sólo veo el cielo, oscuro, mudo, cerrado. Es una lástima que todo haya terminado de una manera tan vulgar. Todo.

INDICE

Esta edición consta de 1,500 ejemplares. Se terminó de imprimir el 1º de marzo de 1976, en los Talleres de la Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación. San Salvador, El Salvador, C. A.



